

Vble. M. M.^o ANTONIA DE JESÚS

EDIFICIO ESPIRITUAL



BX2349
.M33

JUAN FLORS, Editor

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el "Centro de estudios de espiritualidad" de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Dirigida por:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

De las RR. Academias Española y de la Historia.

LUIS SALA BALUST

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Espirituales Españoles pretende dar a conocer las obras maestras, inaccesibles hoy, que en su día estuvieron en gran aprecio y dejaron de entrar hace tiempo en la rutina de los editores. La colección se titula así porque abre los brazos con generosidad a todos los autores cristianos, ascéticos o místicos, especulativos o experimentales, tratadistas o devotos, que en los diversos climas hispanos y en distintos tiempos se afanaron en levantar su espíritu y el de los lectores hasta Dios.

La colección constará de dos series: una (serie A) de TEXTOS, con las obras de nuestros místicos olvidados, a veces inéditas todavía. Incluirá libros escritos en cualquiera de las lenguas de España y se dará siempre en versión castellana. En la otra (serie B) se publicarán las LECTURAS de nuestros mejores autores. En esta serie, además del texto original de las obras no españolas que, leídas por nuestros místicos, influyeron, sin duda, en nuestra espiritualidad, se dará también traducción castellana, y, a ser posible, aquella misma versión clásica, si la hubo, que manejaron nuestros autores.

Cada volumen va precedido por una introducción jugosa y al día, en que un especialista presenta al autor y su obra. Los tomos son manuales y nítidamente presentados. Y para facilidad del lector actual la ortografía ha sido discretamente modernizada según criterio uniforme.

EDIFICIO ESPIRITUAL

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad»
de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

De las RR. Academias Española
y de la Historia

LUIS SALA BALUST

Catedrático de la Universidad
Pontificia de Salamanca

Serie A

TEXTOS

TOMO V

Vble. M. M.^a ANTONIA DE JESÚS O. C. D.

EDIFICIO ESPIRITUAL

✓
María
VBLE. M. M.^a ANTONIA DE JESÚS O.C.D.

EDIFICIO ESPIRITUAL

Edición e introducción

de

FR. ISIDORO DE SAN JOSÉ O.C.D.



JUAN FLORS, EDITOR

BARCELONA

1961

© JUAN FLORS, Editor - Barcelona, 1961

DEPÓSITO LEGAL, B. 6.031 - 1961

N.º R.º 153 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

	Págs.
1. Razón y alcance de este estudio	1
2. Fuentes documentales	3
3. Ambientación histórica	4

I. LA VIDA

La Madre María Antonia, mujer

1. Publicaciones biográficas	7
2. Seglar: Niñez, juventud, matrimonio	8
3. Religiosa: Novicia, Profesora, Superiora	10
4. Fundadora	12
5. Mujer, mística y santa	13
6. Retrato fisicomoral de la Madre	13
7. Proceso informativo	15

II. LA OBRA

La Madre María Antonia, escritora

1. Motivo, objeto y finalidad de sus escritos	17
2. Formación de la escritora	20
3. Influjos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz	25
4. Producción literaria	30
5. Estructura del "Edificio"	32
6. Caracteres generales de la doctrina	37
7. Cualidades literarias	42
8. Proceso judicial de los escritos	45
9. La presente edición	47
10. Reseña documental	47
A) Producción literaria de la Madre María Antonia	48
1. <i>Autobiografía</i>	48
2. <i>Edificio espiritual</i>	50
3. <i>Epistolario</i>	51

	Págs.
B) Documentos primitivos relacionados con la Madre María Antonia	52
C) Bibliografía sobre la vida y la obra de la Madre María Antonia	54

EDIFICIO ESPIRITUAL

PRÓLOGO de la Madre María Antonia de Jesús (En que se trata de la Oración, cuyo ejercicio pertenece derechamente a la Fábrica interior del Edificio Espiritual).	59
CAPÍTULO 1. — De la pureza de corazón con que se ha de entrar en la Oración, y explica cómo se han de ejercitar las almas a los principios valiéndose de imágenes, figuras y discursos, conducentes al estado de principiantes y vaciándose de las que las divierten de su buen propósito. Pondera el peligro a que se exponen las que pretenden subir a lo más alto de este ejercicio antes de pasar por el medio	61
CAPÍTULO 2. — Explica con más individualidad el modo que han de tener en el ejercicio de la meditación para sacar el fruto a que debe ordenarse la oración, que es el ejercitar las virtudes y comienza por la muerte. .	69
CAPÍTULO 3. — Cómo se ha de meditar en el Juicio, Infierno y Gloria, y de los efectos que a su meditación están vinculados.	72
CAPÍTULO 4. — Cómo después de ejercitarse en la meditación de los novísimos y [en] otras, deben alentarse a subir a otro estado más alto, rebatiendo las astucias con que el demonio procura apartarlas de este camino	79
CAPÍTULO 5. — Prueba con una inducción admirable la necesidad de la Oración para la práctica de las virtudes. Y explica que la imaginación es muy distinta del entendimiento. Y lo que a cada una de estas potencias y facultades le corresponde	84
CAPÍTULO 6. — Cómo es necesario que el entendimiento desmenuce y pondere lo que la imaginación le propone. Trae ejemplos y comparaciones muy oportunas reducidas a la práctica de meditaciones diversas. De los efectos que han de sacar los principiantes de la Oración que les corresponde y cómo el Señor les paladea con diversas consolaciones sensibles para que no des-	

mayen. Y prudencia que han de tener en regar las flores tiernas de las virtudes	93
CAPÍTULO 7. — Refiere cómo la santa obediencia le mandó que prosiguiese explicando otros grados más altos de Oración, según la luz que el Señor la diese. Y se introduce, protestando su insuficiencia, en la <i>vía iluminativa</i> . Da los motivos de no individuar por su orden los grados de perfección a que pueden llegar . . .	105
CAPÍTULO 8. — Cómo después de salir de la <i>vía purgativa</i> o estado de principiantes, se sigue la <i>vía iluminativa</i> o estado de aprovechados. En donde el entendimiento obra con más independencia de la imaginación. Explica cómo se ha de ejercitar y trabajar para reducir la parte inferior a la sujeción que tenía en el estado de la inocencia y trae oportunamente explicado el precepto intimado a Adán que trabajase y comería de su sudor	109
CAPÍTULO 9. — De las luces que perciben las almas en la vía iluminativa y efectos que sacan de ellas. Peligros que hay en las que se dejan llevar de sus aprehensiones sin rendirse a sus directores espirituales. Condena el falso quietismo y ocio torpe de algunas con reflexiones y ejemplos muy a propósito, siguiendo la comparación del precepto intimado a Adán	120
CAPÍTULO 10. — Cómo la operación del entendimiento, ayudada de la luz que recibe aquí, no es sobre su capacidad natural ni oración de quietud. Y da la razón apoyada en el símil de las abejas que discurren de flor en flor para la fábrica de su miel	128
CAPÍTULO 11. — Del movimiento oblicuo con que vuelan las almas a Dios en la vía iluminativa y de Dios bajan a las criaturas para volver a Él con más fervor y seguridad. Contiene admirables documentos conducentes a este estado de aprovechados	136
CAPÍTULO 12. — Cómo sube el alma por la consideración de las criaturas angélicas a más alto conocimiento de su Criador y de los efectos que ha de sacar. Encarga la rendida obediencia al director para no ser engañada en los recibos que aquí suele participar y se remite a la doctrina de nuestra Madre Santa Teresa y [de] nuestro Padre San Juan de la Cruz para saber los que son de Dios y cómo se han de portar en ellos tomando sólo lo sustancial y buscando la fe como	

	Págs.
medio próximo y más seguro para unirse a su Majestad	144
CAPÍTULO 13. — Prueba con ejemplos y reflexiones muy oportunas la eficacia de la fe viva. Y cómo debe el alma desnudarse de sus discursos para arraigarse en ella, después que está sazónada	151
CAPÍTULO 14. — De la humildad con que el alma anda al fin de este estado de la iluminación y [lo] aprovechada que está en las demás virtudes, aunque ella misma no lo conoce, para que más se humille y disponga para el alto bien que barrunta	163
CAPÍTULO 15. — Aridez y sequedad de espíritu en que Dios entra al alma para disponerla para la oración de quietud y da la razón. Y cómo por otra parte el demonio aprieta los cordeles y echa todo el resto para estorbarle el vuelo a tan alto grado. Es muy provechoso	168
CAPÍTULO 16. — Cómo el Señor destierra las tinieblas, dudas y temores del alma descubriéndosele por medio de la fe y conocimiento experimental de Sí mismo. Explica con una oportuna comparación este grado de Oración de recogimiento y los modos con que sube a ella desde su conversión hasta la <i>vía unitiva</i> que comienza aquí. Es muy de notar	179
CAPÍTULO 17. — De los efectos de este favor en que se conoce que proceden estos tan altos de buen espíritu.	189
CAPÍTULO 18. — Satisface a la duda que se suele suscitar sobre la doctrina que da cómo deben las almas desnudarse de sus discursos en este estado. Es de mucho provecho por la claridad con que explica este punto.	194
CAPÍTULO 19. — Confirma la materia antecedente con otras reflexiones. Pondera cómo la <i>contemplación adquirida</i> , junto con la desnudez y pureza del alma, es la última y óptima disposición para la infusa	199
CAPÍTULO 20. — Cómo dispone el Señor al alma con otras visitas y favores extraordinarios, antes de entrarla en otro crisol con que la prepara para celebrar el divino Desposorio	208
CAPÍTULO 21. — Explica la purgación y crisol terrible en que Dios entra al alma antes de celebrar con ella el Desposorio espiritual en grado más elevado de divina unión	216

- CAPÍTULO 22. — Prosigue la misma materia precaviendo una duda y declarando más por menudo el modo con que hace Dios esta purificación y desnudez en el alma. Contiene muy subida doctrina 226
- CAPÍTULO 23. — Explica para consuelo de las almas, que no pasan por el crisol que acaba de referir, cómo el Señor tiene otras muchas maneras de acrisolarlas para desposarse con ellas. Aconséjales la *contemplación adquirita* y desnudez de su propia habilidad natural y las encamina al conocimiento seguro de la fe como a medio próximo para la divina unión. Contiene doctrina muy provechosa para directores de almas cuando llegan a la *vía unitiva* 236
- CAPÍTULO 24. — Explica admirablemente el Desposorio que el Verbo eterno celebra con el alma y los efectos soberanos que causa en ella 247
- CAPÍTULO 25. — Explica la distinción que hay entre Desposorio y Matrimonio espiritual con una oportuna comparación. Trata de las dos disposiciones previas a una y otra merced. Es de grande admiración. . . 255
- CAPÍTULO 26. — Refiere cómo en el Matrimonio espiritual se le cumple al alma a la letra la promesa de que vendrían a ella las Tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad y que harían en ella mansión. Altísima inteligencia que se le comunica de este misterio y otros maravillosos efectos de amor endiosado en retorno de la suma pobreza y desnudez de su espíritu a que la redujo el divino Amante. Sobre que alega la historia del pacientísimo Job oportunamente. 265
- CAPÍTULO 27. — Del grado de amor suave que comunica el Esposo al alma dichosa en este estado del Matrimonio. Y cómo ya no siente los ímpetus que antes la arrebatában y sacaban de sí con mucha pena del natural. Da con los motivos de todo y toca incidentalmente otros puntos. 273
- CAPÍTULO 28. — De la perfección y exacto ajustamiento a la divina ley y particulares obligaciones con que viven las almas que llegan a este sublime estado y de sus eficaces deseos de aprovechar a sus prójimos y engendrar hijos en Cristo. Con un apóstrofe a los religiosos. 281
- CAPÍTULO 29. — Breve recopilación de todo lo dicho en este tratado y exhorta al modo con que se ha de emprender este camino espiritual para aprovechar en él

sin peligro de volver atrás. Concluye el capítulo con una exclamación propia de un espíritu y celo apostólico

289

CAPÍTULO 30. — Exhorta a sus Hijas y Hermanas venideras a la fina correspondencia que deben al beneficio de haberlas Dios sacado de los peligros del siglo y traídas al puerto seguro de la religión, a que enmienden a su Majestad en sus oraciones entre las necesidades comunes las del pueblo en donde residen. A la práctica de las virtudes propuestas y elección de los medios más conducentes para llegar a desposarse en fe con su dulce Jesús y consumir el Matrimonio espiritual. Y protesta su rendida obediencia a nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana y los trabajos que padeció por ver esta fundación establecida, para esforzarlas más

297

INTRODUCCIÓN

1. RAZÓN Y ALCANCE DE ESTE ESTUDIO

CON ser la Vble. Madre María Antonia de Jesús una de las glorias más preclaras de la Reforma del Carmen, desde los tiempos de Santa Teresa hasta nuestros días, no ha tenido aún la suerte de un estudio serio que la dé a conocer como se merece. Estudio de síntesis que nos ponga en contacto a la vez con su Vida y con sus Escritos. Porque son ambos, Vida y Escritos, joyas espirituales de inestimable precio. Así lo han reconocido, al menos, prestigiosos autores carmelitas.

“Flor de subido precio de santidad y ornamento eximio del Carmelo teresiano en el siglo XVIII”, la llama el benemérito historiador del Carmen Descalzo, P. Silverio de Santa Teresa.¹ De “tesoro escondido” había calificado mucho antes a sus escritos el teólogo salmanticense, Fr. José de Jesús María, su Confesor.² Figura extraordinaria, en frase del malogrado P. Crisógono, “tan desconocida como indigna de serlo”,³ “cuya Obra es, a nuestro juicio — continúa — el más autorizado y convincente testimonio de nuestra tradición mística en este

1 Cf. *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, Burgos, 1943. Tomo XI, c. XX, pág. 506.

2 Carta a la M. Priora y Comunidad de Carmelitas Descalzas de Santiago en recomendación de las Obras de la M. María Antonia de Jesús. Cfr. el n. 10 pág. 53,5 de esta Introducción, donde damos noticia de esta Carta. Era el P. José, cuando la escribió, Prior del Convento de Batuecas (Salamanca), lleva fecha de 25 de abril de 1760.

D. Manuel Capón Fernández, Rector actual del Seminario de Santiago, tuvo el gran acierto de publicarla en su edición del *Edificio espiritual*, “Biblioteca de Galicia” (VIII), Santiago de Compostela, 1954. Ocupa 20 págs. De esta edición damos noticia en la nota 7, p. 2. Las citas las hacemos por esta edición.

3 Cf. *La Escuela Mística Carmelitana*, Avila, 1930, cap. IX, página 214, nota.

siglo [xviii].⁴ Y en otro lugar, añade: "Obra [la de la Madre María Antonia de Jesús], comparable sólo con los libros de San Juan de la Cruz y Santa Teresa."⁵

A pesar de todo, la Vida y los Escritos de esta insigne escritora, una de las más destacadas del Carmen Descalzo, de las más eminentes de la literatura mística universal y la mayor sin duda alguna de Galicia, reposan aún en el más lamentable olvido, da pena, después de dos siglos largos que se escribieron.

Porque si bien la *Autobiografía* tuvo la fortuna de hallar una mano amiga que la diese a conocer en el P. Evaristo de la Virgen del Carmen⁶ y el *Edificio espiritual* encontró al fin un mecenas en el sacerdote compostelano, D. Manuel Capón Fernández,⁷ ni la *Autobio-*

4 *Ibíd.*, l. c.

5 *La Escuela Mística Carmelitana*, cap. IX, p. 212, nota.

6 Cf. *La Monjita del Penedo. Vida de la Vble. Madre María Antonia de Jesús, Fundadora del convento de Carmelitas Descalzas de Santiago de Compostela*. 2 vols. El primero publicado en Santiago en 1931; el segundo en Madrid en 1948.

Esta obra merece de justicia en este lugar una mención honorífica. Por dos títulos: uno, por haber sido el P. Evaristo el primero que dio a conocer a esta escritora; otro, por haber tenido el acierto de reflejar en ella el doble fondo que distingue la producción literaria de la Madre María Antonia, es decir, su carácter histórico-doctrinal. A lo cual cabe añadir un tercer título: el acerbo inmenso de documentación que aporta, adornado de la más sana y escrupulosa exactitud crítica; no menos que la multitud de notas complementarias de carácter doctrinal reveladoras de la competencia teológica del autor.

El doble defecto que se le ha atribuido a esta Obra de ser difusa en demasía y de desdeñar el aparato técnico exterior, no amengua en lo más mínimo el valor objetivo de la misma. Ese doble defecto está justificado por el carácter histórico-doctrinal que el autor ha querido darle. Hay que tener en cuenta que se hace difícil sintetizar más de 4.000 páginas manuscritas de la autora, sin contar las 1.900 y pico del Proceso Informativo.

El defecto de aparato crítico *externo* está además justificado por la finalidad primaria del autor más bien edificante que no científica.

7 "*Edificio espiritual*", escrito por la Me. María Antonia de Jesús, "*A Monxiña do Penedo*" (1700-1760), *Fundadora de las Carmelitas Descalzas de Santiago*. Prólogo del M. I. Sr. D. Manuel Capón Fernández, Rector del Seminario de Santiago y Canónigo de la Catedral. Santiago, 1954. Edición patrocinada por la Biblioteca de "Bibliófilos Gallegos" (Biblioteca de Galicia, v. VIII).

Dos cosas hay que advertir acerca de esta edición: la primera, que sólo se publica parte del *Edificio espiritual*, es decir, la parte segunda (con algunos trozos de la parte primera en Apéndice); y la segunda, que está hecha no a base del *original* de la Madre, sino a base de una copia del P. José de Jesús María. Haciendo constar que, aunque la transcripción es fiel de ordinario, se aprecian a veces algunas variantes si bien son de tipo accidental.

El editor tuvo el feliz acuerdo de incluir en este volumen, además de una breve introducción sobre la autora y sus escritos, la

grafía ni los escritos han tenido la suerte de suscitar un trabajo de conjunto, que nos revele en síntesis la incomparable riqueza ascético-mística que allí se guarda. No sin razón, escribía hace años su más autorizado biógrafo: "Si algún día Galicia, sobre todo, llega a enterarse de ellos [de sus escritos], casi sentirá remordimiento de haber tenido por tanto tiempo escondido este tesoro; es decir, una escritora mística gallega, que apenas habrá quien la iguale, fuera de nuestra Madre Santa Teresa."⁸

La celebración del segundo centenario de su muerte (1760-1960), nos brinda ocasión oportuna para afrontar este estudio, que sirve de introducción a la edición de su *Edificio espiritual*. Lo dividimos en dos partes: en la primera, daremos un esbozo de la *mujer*; en la segunda, pondremos de relieve la personalidad de la *escritora*.

2. FUENTES DOCUMENTALES

A doscientos años de distancia de la Vble. Madre María Antonia de Jesús, tenemos hoy la incalculable fortuna de poseer el más rico tesoro de información directa sobre su Vida y sobre su Obra, así en el aspecto histórico como doctrinal. Como que se conservan íntegras todas las fuentes documentales. Es decir, se conserva íntegra toda la inmensa producción literaria de esta incansable monja gallega, en sus mismos originales manuscritos. Las Carmelitas Descalzas de Santiago de Compostela son las depositarias de estas joyas. Ellas las guardan con el más delicado esmero y la más religiosa piedad.

Las fuentes aludidas son las siguientes: *Autobiografía*, *Edificio espiritual*, *Epistolario*. De ellas existen varias copias, realizadas bajo la dirección de su confesor,

pequeña biografía del P. Casal, O. F. M., ya casi desconocida (de la que hacemos mención en el n. 1, pág. 7), la Carta del P. José y la Relación de los Confesores de la Madre, según la reducción del mismo P. José.

Las frecuentes notas, así históricas como doctrinales, que completan la edición, están tomadas en su mayor parte, como se hace constar, de la obra del P. Evaristo.

8 Cf. P. EVARISTO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, *Compendio histórico de la Vida de la Me. María Antonia de Jesús, Fundadora del Convento de Carmelitas Descalzas de Santiago*, 1948, pág. 101.

Fr. José de Jesús María, en preciosa y correcta caligrafía. Fueron sacadas a raíz de la muerte de la Venerable.⁹

Además de ellas, se conserva íntegro el proceso informativo "De vita et moribus", en cuatro respetables folios, de extraordinaria riqueza documental; así mismo los libros fundacionales de Santiago, juntamente con una porción de documentos de gran valor, emanados de la pluma del P. José. De todas estas Fuentes daremos cumplida noticia un poco más adelante.^{9 bis}

Tal vez no haya otro caso semejante en toda la historia de la Reforma Carmelitana, si se exceptúa a la gran Doctora Mística. Así lo ha confesado también el prestigioso teresianista, P. Silverio de Santa Teresa.¹⁰

3. AMBIENTACIÓN HISTÓRICA

La Vida de la Madre María Antonia se desenvuelve exactamente en los dos primeros tercios del siglo XVIII, durante el reinado de los dos primeros Monarcas de la dinastía borbónica. Ella aparece en el marco del tiempo, justamente en el momento en que sube al trono Felipe V. Por eso los años de su infancia llevan salpicaduras de sangre. Son consecuencia de la guerra de Sucesión (1701-1713), motivada por el ascenso al trono del primero de los Borbones, que tiene repercusiones más sensibles que en las restantes regiones españolas, en las costas gallegas.

Pero conseguida la victoria por el Monarca borbónico contra Inglaterra y Austria, protectoras de su rival el Archiduque Carlos, el resto de sus días se deslizó en un ambiente sereno de paz y de progreso nunca más turbado. Prestigian el florecimiento de las ciencias y de las artes los nombres de Feijoo, Flórez, Menéndez Valdés, Quintana, Moratín, el P. Isla, Churriguera, Ventura Rodríguez, Goya, Salcillo, y tantos más.

9 Así consta de la citada Carta del P. José, pág. 22. Hacíalo en cumplimiento de una orden del P. General, Fr. Pablo de la Concepción, intimada por Carta con fecha 24 de marzo de 1760. (Cfr. Epistolario, f. 299. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Santiago.) De él damos noticia en la reseña de Fuentes, n. 10 de esta Introducción, pág. 51.

9 bis Cf. p. 48 y sigs.

10 Cf. *Historia del Carmen Descalzo*, t. XI, c. XX, p. 506, nota.

Por lo que hace al Carmelo, vivía en el cenit de su esplendor. Las religiosas, mantenidas bajo la jurisdicción de la Orden, vivían entregadas a la más estricta observancia y a la más pura realización del espíritu teresiano. Los religiosos habían llegado a conseguir la cifra nunca más igualada de diez mil descalzos en dos siglos apenas de existencia.

Los hombres más eminentes en ciencia y en virtud de la Reforma, después de los Santos Padres, se extinguían en la primera mitad del siglo XVIII, después de una estela luminosa de virtud y sabiduría.

Juan de la Anunciación, el último y más esclarecido de los Salmanticenses, cerraba sus ojos en Salamanca en 1701, después de haber regido los supremos destinos de la Orden durante un sexenio. Poco después, en 1703, pasaba a mejor vida el prestigioso autor de la *Médula Mística*, Francisco de Santo Tomás. Pocos años más tarde le seguía en su carrera a la eternidad el célebre autor de la *Disceptatio mystica* y de los *Quodlibeta theologica, mystica et moralia*, Antonio de la Anunciación. Con veinte años de diferencia († 1734) extinguíase en Granada otra gran lumbrera de la ciencia teológica, Pablo de la Concepción, General que había sido de la Reforma y autor famoso de los *Tractatus theologici juxta Salmanticensium doctrinam*. A los dos años justos († 1736) cerraba sus ojos en Madrid, septuagenario casi, a los 42 días de haber sido elevado para ocupar el primer puesto de la Orden, José del Espíritu Santo (andaluz), el inmortal autor del *Cursus theologiae mystico-scholasticae*, a quien la Vble. Madre María Antonia tuvo la dicha de conocer y tratar espiritualmente antes de su ingreso en el Carmen.

Tal es el marco histórico en que se proyecta la figura de la humilde monja descalza.

I. LA VIDA

LA MADRE MARIA ANTONIA, MUJER

1. PUBLICACIONES BIOGRÁFICAS

AUNQUE los Superiores de la Orden tuvieron el propósito de publicar los escritos de la Venerable, a raíz del proceso judicial que de ellos se hizo, muerta la autora, tal propósito no se realizó. Nos consta que encomendaron la redacción de una Biografía al prestigioso autor del *Año Teresiano*, Fr. Antonio de San Joaquín. Pero lo cierto es que esta biografía no se escribió.

Hubo de transcurrir más de un siglo hasta ver publicado un pequeño bosquejo biográfico. Y para eso de fuera de la Orden. El tal bosquejo era debido a la pluma de un religioso franciscano, docto y ágil escritor, llamado Fr. Bartolomé Casal. Veía la luz pública en Santiago el año de 1870. A pesar de no ser más que un ligero esbozo, en un folletín de apenas cien páginas, sus pinceladas son exactas desde el punto de vista histórico, y está escrito con gusto y agilidad desde el punto de vista literario. El autor ha tenido ante los ojos la Autobiografía de la Madre. No obstante, parece averiguado que este mismo folleto hubo de tropezar también con sus dificultades al tiempo mismo de comenzar a divulgarse. 10 bis

10 bis Cf. CASAL, P. Bartolomé O. F. M., Memoria / de la V. M. / Antonia de Jesús, / Fundadora del Convento / de Nuestra Señora del Carmen / de Santiago /, La extractó al leer los Manuscritos / de la V. M. / Fr. Pedro Bartolomé Casal, / Presbítero de la Orden Seráfica, / Santiago, 1870. Tipografía de José M. Paredes. Picho de la Cerca, núm. 12. Un vol. de 15 X 10 y 98 págs. Con reproducción de la portada y fotocopia de la Venerable. La reprodujo en su edic. del *Edificio* D. Manuel Capón Fernández, Santiago, 1954,

Pocos años más tarde, en 1887, hubo un conato de publicación de la misma Autobiografía de la Madre. Se hacía eco de ese conato "El Pensamiento Gallego", bajo la dirección del prestigioso tribuno D. Juan Vázquez de Mella. Llegó a publicar, en efecto, los cien primeros capítulos en dos pequeños tomitos en 8.º, hoy muy raros. Pero la publicación hubo de suspenderse a poco de haberse iniciado por dificultades surgidas de la misma autoridad eclesiástica.¹¹

Hasta 1931 no se publicó una Biografía digna de la Venerable. Al P. Evaristo de la Virgen del Carmen, O. C. D., cabe el honor de haber reivindicado su memoria y haber desempolvado sus escritos. Este mismo autor publicó en 1948 un Compendio biográfico con el fin de facilitar la difusión.^{11 bis}

También el P. Silverio de Santa Teresa le dedicó un amplio capítulo en su monumental *Historia del Carmen Descalzo* (tomo XI, c. 20, págs. 506-535, Burgos, 1943), y el P. Dámaso de la Presentación recogió un breve bosquejo biográfico en su *Año Cristiano Carmelitano* (vol. I, páginas 431-437, Madrid, 1948). Es todo cuanto se ha escrito hasta ahora, bajo el aspecto biográfico, sobre la Vble. Madre María Antonia.

En esta primera parte destacaré los rasgos más salientes de la mujer, para ocuparme en la segunda de la escritora mística.

2. SEGLAR: *Niñez, juventud, matrimonio.*

Nació la Vble. Madre María Antonia de Jesús en El Penedo (Pontevedra), pintoresco y solitario lugar con

páginas XV-XXIX. Ocupa 20 páginas, en letra muy menuda. Las citas las hacemos por esta edición. De la edición antigua, muy rara ya, guardan las Carmelitas de Santiago un ejemplar.

11 Cf. Vida / de la / Madre María Antonia de Jesús / fundadora de el Convento de Carmelitas descalzas / de la ciudad de Santiago de Galicia, escrita por la misma Madre / por mandado de sus confesores y dividida / en partes y capítulos por el P. Pr. José de Jesús María, / Religioso Carmelita Descalzo. / Santiago: Imprenta de José M. Paredes, / Virgen de la Cerca, núm. 30 /, 1887. (Biblioteca "El Pensamiento Gallego".) Dos tomitos de 16 x 11. El primero abarca los cincuenta primeros capítulos, en 331 páginas; el segundo los cincuenta siguientes, justamente hasta el cap. 99, que está incompleto en la pág. 548, en la cual quedó truncada la publicación. Las Carmelitas de Santiago guardan un ejemplar en su archivo.

11 bis Cf. nota 8.

aspecto de yermo, enclavado en la Parroquia de Santa María de los Baños de Cuntis, equidistante como unos treinta kilómetros entre Pontevedra y Santiago, el 4 de octubre de 1700.

Fueron sus padres Manuel Pereira, oriundo de la Casa Blanca de Portugal, y María Do-Campo, descendiente en línea materna de Doña Ana de Andrade, sobrina del Arzobispo de Santiago, D. Fernando de Andrade.

Sietemesina de nacimiento, enclenque y enfermiza, con una educación rigurosa por parte de su padre, su niñez está amasada de percances sombríos y escenas torturantes. La muerte de su padre, cuando apenas contaba ella doce años de edad, viene a tender un manto de luto sobre su infancia.

El desamparo, el hambre y la enfermedad se ceban en su cuerpo; mientras su alma tímida es víctima de terribles sufrimientos. Una nube tenebrosa de escrúpulos, temores e incentivos malignos, se cierne impresionante sobre los días de su adolescencia. Tras rudas luchas vocacionales, recrudecidas por la incomprensión materna, se decide a contraer matrimonio con un joven de su edad, rudo y honesto, llamado Juan Antonio Valverde. Ocurre el enlace el día 19 de marzo de 1722.

El cielo le concedió dos hijos: Sebastián, nacido el 20 de enero de 1723, y Leonor, que viene al mundo unos años más tarde, el 22 de junio de 1727. Esposa buena, madre tierna, ama hacendosa, vive con ejemplar espíritu de sacrificio las virtudes del hogar. El trance de la maternidad la pone dos veces en peligro de muerte. El temperamento rudo y afanoso del consorte le proporciona no pocos sufrimientos. Pero ella lo soporta todo con una resignación inmutable. Prendado el Señor de la fidelidad de su sierva comienza a visitarla con extraordinarios favores.

Un día Cristo la dice, tras una victoria heroica en que ha visto gravemente comprometida su virtud, "Sígueme". Estas palabras dejan impreso en su alma todo el sentido que tienen. Su espíritu se siente inundado de luz, de fortaleza y de dulzuras inefables. Era el comienzo de una catarata de carismas maravillosos sobre su vida, que se habían de repetir por espacio de cerca de

cuarenta años. Desde las más elementales visiones y locuciones místicas, hasta los más encumbrados vuelos del espíritu, éxtasis maravillosos, toques sustanciales, sin excluir las gracias del Desposorio espiritual, Matrimonio místico, y la inefable merced de la transverberación. Todo ello después de haber pasado por las más impresionantes pruebas de las Noches pasivas o "Crisoles", como ella los denomina, en los que se dan cita las torturas más inverosímiles. Desde la enfermedad, el hambre, la calumnia, la persecución, aun de los buenos, hasta el desamparo de los elementos, los malos tratos del demonio con toda suerte de tentaciones, y los desvíos más crueles de parte de Dios. Todo ello soportado en su estado de casada con admirable heroísmo, sin la más leve ayuda de libros (que no sabe leer por ser una pobre analfabeta), ni de maestros de espíritu, ya que el único que la comprende un poco, apenas tiene luces para poderla asegurar de su camino. Así, día por día, por espacio de diez años largos.

3. RELIGIOSA: *Novicia, Profesa, Superiora.*

Un día le habla el Señor en la Oración y le dice: "Tú serás fundadora de un convento." Humanamente parecía imposible que esta profecía pudiera realizarse. Enferma, casada, con hijos, sin dinero y sin cultura, parecía incluir una serie de milagros no fáciles de prever.

Y, sin embargo, el cumplimiento más exacto de aquellas palabras misteriosas, tras una carrera de dificultades sobrehumanas y de portentos inexplicables, nos fuerza a concluir que no tuvieron otro origen que Dios.

Después de serias consultas a varios directores eminentes, se decidió a seguir la invitación divina que la llamaba al claustro. Solicitada la licencia del marido, primero se la niega; luego, de un modo apenas explicable en lo humano, se la otorga incondicional y se decide él mismo a seguir su ejemplo. Realizada solemnemente la disolución canónica del hogar ingresan ambos esposos en la Reforma de Santa Teresa. Vestían el hábito en Alcalá de Henares el día 15 de marzo de 1733. Antes, como era lógico, habían dejado resuelto el porvenir de

los dos hijos. Estos ingresaban más tarde en la Orden de Santo Domingo: el primero en el Convento de Salamanca con el nombre de Sebastián Valverde y la segunda en las Dominicas de Loeches, con el nombre de Sor Leonor de Santa Columba.

Tras el año de Noviciado, año de pruebas y de temores, ambos esposos profesaban el día 19 de marzo de 1734.

La Madre se había adaptado al rigor de la vida del Carmen como la más ejemplar novicia. Su humildad, su espíritu de desprendimiento, su mortificación, su amor a la pobreza, a la soledad, al silencio y a la oración, su delicadeza en la regular observancia, su caridad fraterna, su estima por las tradiciones y costumbres santas de la Orden, la venían a hacer una perfecta hija de Santa Teresa, cortada a la imagen de la Santa Reformadora. En este ejercicio santo de virtudes, bien probadas en el desempeño de varios oficios dentro de la Comunidad, la sorprendía una orden extraña. Había de escribir su vida, narrando por menudo todas las gracias que el Señor la había hecho hasta entonces. Le imponía esta obediencia en nombre de Dios su confesor, Fr. Antonio de la Cruz, hombre docto y espiritual, muy pronto Provincial de Castilla la Vieja. La Madre cumplió, aunque con no pequeña repugnancia, la orden del confesor. Y en un año, poco más o menos, ponía su Relación biográfica en manos del P. Antonio. Era la primavera de 1738.

No bien había terminado de entregar su manuscrito, cuando el Señor le recuerda de nuevo, y de modo sobrenatural, la fundación profetizada. Lo consulta con directores y prelados y todos concluyen que es voluntad de Dios que la fundación se realice; y no en otro lugar sino en Santiago de Compostela, como parece que el Señor se lo da a entender a la Venerable. Las gestiones duran varios años. Años cargados de pruebas y sufrimientos. Uno de ellos fue la cruz de la prelación que Dios colocó sobre sus hombros de modo inesperado. Quería prepararla para ser Fundadora y Madre de almas. Ella, como siempre, dio pruebas de virtudes heroicas.

Después de varios años de preparativos, merced a las aportaciones económicas de unos señores distinguidos

de Madrid, D. Miguel de Helguera y su primo D. Gregorio Cariga, partía la Madre María Antonia de Alcalá el 4 de septiembre de 1748. En Valladolid se le agregaban otras seis religiosas procedentes de diversos conventos, que iban a formar la nueva Comunidad compostelana, conforme a la decisión de los Prelados.

4. FUNDADORA

El día 15 de octubre de 1748 hacían su entrada triunfal en Santiago las hijas de Santa Teresa. Eran acogidas con entusiasmo y con cariño. Lo más señalado del clero y de la nobleza las salió a recibir. Entre el acompañamiento se halla el Excmo. Sr. Marqués de Bendaña, que desde aquel momento se convertía en su gran favorecedor.

Hasta que se hiciera el nuevo convento las religiosas hubieron de instalarse en una casita provisional. Era pequeña, vieja, destartada, apenas con luz. Pero las siete religiosas se sentían felices en aquel portalito de Belén, fiel trasunto de aquel otro en el cual había dado comienzo la Reforma del Carmen en San José de Avila. El día 16 de octubre del mismo año 1748 se ponía solemnemente el Santísimo Sacramento y se decía la primera Misa. Con este acto quedaba inaugurada la observancia regular en todo el rigor carmelitano. En esta estrecha vivienda apta para el ejercicio de las más heroicas virtudes hubieron de permanecer las religiosas unos diez años. Penuria, enfermedades, estrecheces, todo lo llevaron con ejemplar resignación las hijas de la insigne Reformadora.

A pesar de todo, la fama de santidad fue cundiendo por los contornos y bien pronto varias jóvenes pretendieron el hábito. Eran jóvenes distinguidas, como Luisa de la Concepción, emparentada con los Condes de Amarante y con los Marqueses de Parga, Josefa Antonia de la Concepción de una de las más nobles familias de Santiago, con varias otras. La Madre María Antonia las formaba en el más puro espíritu teresiano. Dos veces estuvo al frente de la Comunidad como Priora. Y en su último trienio tuvo lugar la inauguración solemne del nuevo convento el día 22 de octubre de 1758. Al fin,

se habían cumplido las palabras divinas: "Tú serás Fundadora."

Dos años más tarde, el 10 de marzo de 1760, tras larga carrera de enfermedades y de virtudes, entregaba su alma a Dios, dejando impregnado su Convento de un suave olor de santidad.

5. MUJER, MÍSTICA Y SANTA

Al terminar de leer la Autobiografía de la Madre María Antonia, no puede uno menos de afirmar que está en presencia de una gran mujer, de una mística singular y de una santa de virtudes excepcionales.

Como mujer, producen admiración algunas virtudes típicas: su austeridad, su espíritu de sacrificio, su recato, su constancia, su serenidad en medio de la prueba, su prudencia, su temple en medio del sufrimiento, su silencio, su espíritu de intrepidez para embarcarse en obras del servicio de Dios, frente a dificultades humanamente insuperables.

Como mística, maravilla el camino por donde la conduce la sabia y amorosa Providencia de Dios. Es significativo y hace pensar que todos los carismas con que Dios la quiso regalar, tantos y tan sorprendentes, tuvieran lugar en el estado del matrimonio.

Como santa, es admirable y altamente edificante su fidelidad a la divina vocación, en el cumplimiento de sus deberes de estado, su fe inquebrantable en la Providencia, su caridad exquisita con el prójimo, con los pobres y con los enemigos, su docilidad y su humildad, su penitencia y su oración, su celo y su perseverancia.

Como mujer, como mística y como santa, la Madre María Antonia es, en verdad, de una ejemplaridad nada común. Basta hojear el Proceso para convencerse hasta la evidencia de la heroicidad de sus virtudes.

6. RETRATO FÍSICO-MORAL DE LA MADRE

Un elemental esbozo de la estampa físico-moral de la Fundadora de Santiago, tal cual ha sido captado en la *Autobiografía* y en las declaraciones del Proceso informativo, vendría a reducirse a las siguientes pinceladas:

Fue la Venerable Madre María Antonia de Jesús, mujer de mediana estatura, más bien baja que alta, de cuerpo delgado más que grueso, miembros acordes y bien proporcionados, de compleción endeble y enfermiza, rostro alargado, frente ancha, amplias cejas bien pobladas, ojos negros y grandes dulcemente expresivos, con mirar suave y lleno de mansedumbre, nariz regular, tirando un poco a aguileña, pómulos prominentes, boca alargada, labios en conformidad un poco pronunciados, semblante apacible, voz suave llena de bondad, en conjunto ni fea ni hermosa, sino tipo de mujer corriente de buen parecer. Esto en lo físico.

En lo espiritual, temperamento sanguíneo, de humor uniforme, siempre dulce y tranquila, sensible a la belleza y al cariño, prudente y austera, abnegada y paciente, ingenua y humilde, serenamente alegre. De niña, tímida, de joven pudorosa, de casada retraída, de religiosa pura como un ángel; siempre hacendosa y hábil para las labores de manos; tierna con los propios, compasiva con los extraños, en especial con los pobres a los que profesó singular veneración desde joven, amante del aseo y de la limpieza, sana en su piedad, sincera en su trato, servicial hasta el heroísmo con todos, cumplidora exacta del deber en todo instante; complaciente con los iguales, reverencial con los superiores, maternal con las súbditas. Inteligencia destacada, pero sin cultivo humano, memoria prodigiosa, llena de lozanía, voluntad robusta, inquebrantable en la adversidad, imaginación fresca de fina captación, genio más que de fecundo vigor creativo, de sorprendente capacidad asimiladora; espíritu de recio temple bien probado, escritora de inagotable facundia espiritual, de estilo llano y pintoresco, alma de virtudes heroicas, llena de unción, acrisolada en sufrimientos sobrehumanos, henchida de mercedes sobrenaturales de lo más alto en la calidad, de lo más inverosímil en la forma y de lo más plurifacético y repetido en el número.

Tal es la estampa físico-moral de la Venerable Madre María Antonia de Jesús, Fundadora de las Carmelitas Descalzas de Santiago.

7. PROCESO INFORMATIVO

Razones graves lo motivaron. Signos evidentes de incorrupción, olores maravillosos, cumplimiento de profecías hechas por la Madre, apariciones sorprendentes, curaciones ruidosas de cuerpo y de alma, luces singulares con carácter preternatural. Todo ello constatado no sólo en el recinto del convento sino en toda la ciudad y aún fuera de ella. Como que bien pronto comenzaron a llegar al Convento escritos de diferentes puntos solicitando reliquias y objetos de la Venerable, entusiasmadas las gentes de los prodigios que el Señor obraba por medio de su Sierva.

Todo esto movió a los Superiores a promover la Causa. Aún no se había cumplido un mes de su fallecimiento, cuando el General de la Orden, Fr. Pablo de la Concepción, confesor que había sido años atrás de la Madre María Antonia, daba órdenes para instruir el Proceso informativo sin demora. Le daba esta encomienda al P. José de Jesús María, prior del convento de Palencia, el último de los confesores de la Venerable, urgiéndole que sin pérdida de tiempo iniciara la Causa.

El P. José cumplió la orden del P. General con una exactitud digna de los mayores encomios. Comenzó por recoger los escritos de la Vble. con el más delicado esmero; y con discreta prevención mandó sacar copias de todos ellos. Gracias a él poseemos un acervo documental tan rico.

El mismo nos traza la historia del Proceso, en una larga "Declaración y protesta", con la cual encabeza las Declaraciones, reproducidas al frente del primer volumen manuscrito de la *Autobiografía*.

Pasan de ciento treinta los declarantes. Todos ellos testigos "de visu". El P. José detalla en la dicha Declaración los lugares recorridos, los nombres de las personas interrogadas, al mismo tiempo que la condición particular de cada testigo.

Los lugares, por orden cronológico de recorrido son: Salamanca, Tuy, Camiña (Portugal), Bayona, Santiago, El Penedo, Los Baños de Cuntis, Caldas de Reyes, Puente de Lugo, Madrid, Loeches, Alcalá.

Los testigos pertenecen a todos los estados y categorías sociales: simples sacerdotes, canónigos, religiosos de distintas Ordenes, seculares. Hay cinco comunidades de carmelitas descalzas, dos de dominicas, una de agustinas, otra de clarisas, un provincial de franciscanos, varios carmelitas de relieve en la Orden, el abad de Bayona de Tuy, su protector desde la infancia; el Dr. D. José Ventura de Castro, su primer director; el P. José de Jesús María, hombre doctísimo y santo, profesor de Mística y Escritura en Salamanca durante diez años; graves doctores de Alcalá, personas de sangre noble y gente sencilla. Todos testifican bajo juramento acerca de la vida, de las virtudes y de los escritos de la Madre con el mayor encomio.

Las declaraciones fueron codificadas, luego, y encuadradas por el P. José en cuatro gruesos volúmenes en folio, que dan la cifra de 1.908 páginas. Modelo de procesos informativos, es de una riqueza documental extraordinaria. Basta él sólo para deponer muy alto en favor del eminente profesor de Salamanca, en nada inferior a los ilustres Salmanticenses.¹²

El proceso estaba terminado en febrero de 1762. El P. José lo entregaba a los superiores. Estos sin saber por qué lo dejaron empolvar. Ello es que desde entonces no ha vuelto a hacerse ningún conato de prosecución. ¿Quedará ya para siempre así? Buena oportunidad para renovar la Causa la de esta fecha centenaria.

¹² Cf. P. EVARISTO, *o. c.*, vol. 2.º, c. 25, pág. 532; *ibíd.*, páginas 614 y sigs.

II. LA OBRA

LA MADRE MARIA ANTONIA, ESCRITORA

1. MOTIVO, OBJETO Y FINALIDAD DE SUS ESCRITOS

CONVIENE dejar bien asentado, antes de nada, que la Madre María Antonia no es escritora ni por vocación, ni por instinto, ni por manía publicitaria. Menos por móviles lucrativos o por coacción de los imponderables circunstanciales. Diríase que lo es por una razón superior. Al modo que lo es, por ejemplo, su Madre Santa Teresa y lo son tantas y tantas Hermanas suyas, en cuya producción literaria atísbase algo de providencial, al margen del común acaecer de las cosas.

Quede, pues, fuera de toda duda que, si escribió, no fue por alardear de letrera simplemente. Ni siquiera por afán de magisterio monjil en virtud de su título de Fundadora. Ni mucho menos aún por ostentación vanidosa de sus múltiples, insospechados, recibos místicos.

Si escribió fue sencillamente por obediencia. Y bien costosa por cierto para su humildad. Persuadida hasta la evidencia de que tras aquel mandato del director espiritual se ocultaba el imperativo categórico de Dios. “¿En qué te detienes para hacer lo que te mando por el que está en mi lugar para ti?”, la reprocha dulcemente el Señor un día, mientras delibera en su espíritu acerca de la orden recibida. Y luego de humillar su terquedad y de resolver sus dificultades, concluye el Señor amorosamente: “Y así fíate de Mi y déjate a ti del todo en

mis manos, como lo has hecho en lo demás que se te ha mandado, por ser esa mi voluntad.”¹³

Está claro, por lo tanto, que si toma la pluma entre los dedos es únicamente por cumplir la voluntad de Dios. Lo mismo que cuando hace gestiones de Fundadora. La Madre es exagerada en la exposición de las dificultades y repugnancias que implica para ella esa obediencia.

No es obsesión ni terquedad. Es conciencia de esas mismas dificultades. Dificultades circunstanciales de la Madre; dificultades de las íntimas experiencias del alma para ser volcadas en el papel, sobre todo cuando se trata de mercedes carismáticas; dificultades, en fin, de parte del espíritu así favorecido, en el que una especie de instinto sobrenatural de humildad y de recato (signo de autenticidad) le lleva a silenciar las gracias recibidas. Por eso, al tratar de señalar la causa motiva de estos escritos, es preciso haber en cuenta las anteriores anotaciones.

El objeto de su producción literaria es doble: histórico y doctrinal. La *Autobiografía* es la historia de su vida. Historia completa de su vida interior y exterior. El *Edificio espiritual* es el código de su doctrina ascético-mística. Doctrina que no es pura teoría, sino sincera expresión vital. Ambas obras vienen a ser algo así como el anverso y el reverso de una misma realidad indivisible. Expresión viva del alma de la Madre María Antonia, informada por la gracia, a través del largo proceso de su transformación divina en el marco concreto del tiempo y del espacio.

En eso estriba el valor incalculable de su obra. El P. José de Jesús María, que tan bien conoció a la autora, lo ha expresado con claridad y exactitud: “En todo el discurso de este tratado [*Edificio espiritual*] procede del mismo modo y con el mismo estilo que en la relación de su vida, y es como sustancia y médula de su exterior e interior.”¹⁴

Porque las *Cartas*, otro fruto copioso de su producción literaria, vienen a recoger en una especie de síntesis armónica de tipo mixto (con su fondo, mitad histó-

13 *Edificio espir.*, p. 1.^a, c. 1 f. 13.

14 Cf. Carta citada del P. José, p. 21.

rico, mitad doctrinal), el doble aspecto complementario de la *Autobiografía* y del *Edificio*.

La finalidad inmediata de estas dos obras es manifiesta, tanto por parte de la autora como por parte del confesor a cuyo mandato se deben. Por parte de la Madre su única finalidad es esta: obedecer. Obedecer al confesor a través del cual se le hace manifiesta la voluntad divina. Por parte del P. José los móviles son múltiples. El mismo los expresa en la carta autógrafa que sirve de prólogo a la Relación biográfica de la Madre. Resaltan estos tres: la gloria de Dios, la edificación de los prójimos, la ejemplaridad que de ella pueden tomar directores y almas a quienes Dios lleve por semejantes caminos extraordinarios...

Por lo que hace al *Edificio espiritual*, el propio P. José nos expone el motivo que le movió a imponerle su redacción. "No sosegaba yo — escribe — o no me dejaba sosegar el celo que me comía de esa Casa del Señor [la Fundación de Santiago], y de que su Edificio se asegurase y aumentase y se estableciese en lo espiritual con perfección y hermosura y con ventajosa correspondencia a la material de su fábrica. De modo que no desdijesen sus fines de sus principios y se verificase de él lo que el Señor le había mostrado a su Sierva en una misteriosa visión, la primera vez que ella estuvo en esta Ciudad..."¹⁵

Dándole vueltas a la idea — continúa el P. José — "se me vino al pensamiento el mandar le hacer un *tratado espiritual*, dirigido a sus Hijas y Hermanas venideras, en que les dejase su espíritu como en depósito, y en herencia sus dictámenes, tan arreglados a las santas Leyes y al de Nuestra Madre Santa Teresa y Nuestro Padre San Juan de la Cruz, que parecía como una esponja le tenía embebido en sí. Valiéndome de una mañosa suavidad para reducirla a la ejecución"¹⁶ Después de haberlo encomendado al Señor durante algunos días, concluye el P. José, "le ordené que lo ejecutase así"¹⁷

Con ello queda señalado el motivo, el objeto y la finalidad de los escritos de la Fundadora de Santiago.

15 Cf. Carta citada del P. José, ps. 16-17.

16 *Ibid.*, l. c., p. 18.

17 *Ibid.*, l. c., p. 18.

2. FORMACIÓN DE LA ESCRITORA

Para calibrar en su valor objetivo la obra literaria de un autor, se hace necesario el estudio previo de su formación como tal.

En el caso de la Madre María Antonia hay que dejar bien asentado que contrasta notablemente la elevación de su doctrina con la deficiencia de su formación humana. No es que no la hubiera; pero hay que confesar que fue muy relativa y que dista mucho de estar en proporción. No obstante, porque no hay mortal que no sea tributario a cuanto le rodea, hemos de señalar en este caso los que pudiéramos definir influjos formativos. Los reducimos a tres: ambientales, directivos y literarios. En otros términos: educadores, directores espirituales y libros.

Antes de nada hay que hacer constar que en el aspecto propiamente cultural la formación de la Madre no sólo fue deficientísima, sino totalmente nula. Hasta el extremo de tenerla que calificar de “analfabeta” en todo el rigor del vocablo en la primera mitad de su vida, es decir, hasta cerca de los treinta años, edad aproximada en que — según testimonio de ella misma — aprende milagrosamente a leer y a escribir.

Más afortunada que en lo cultural, fue su formación en otros órdenes de la vida de más estima en el ambiente familiar: en el doméstico y en el religioso, por ejemplo.

En lo relativo a formación doméstica, virtudes hogareñas, labores de manos, menesteres propios de mujer, salió bastante aventajada según su clase y su condición, como se deduce de su propio relato y de las deposiciones de los testigos.

En el aspecto religioso, recibió una austera educación inicial. Por supuesto, más teórica que práctica. Primero, en el seno familiar en el lugar mismo de su nacimiento; luego, al lado de su piadosa tía María Pereira, en Caldas de Reyes; después, ya huérfana, en casa del “santo” Abad de Bayona de Tuy; y, últimamente, al contacto de piadosos y discretos confesores.

Sus padres se preocupan, desde los primeros años, de enseñarla de viva voz la doctrina cristiana. “Y yo era

de tan feliz memoria — añade candorosa la Madre — que la deprendí bien pronto; pero no el sentido de ella, pues todavía la razón no había amanecido para mí hasta los siete años, como después diré.”¹⁸ Luego, entre los ocho y diez años, aprende a hacer meditación al contacto con su tía María Pereira. Pero la propia María Antonia advierte con sencillez, que las lecciones de su tía eran también de tipo práctico y verbal. “De memoria me decía el punto — escribe — que era sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; porque no sabía leer ni yo entonces tampoco.”¹⁹

Más tarde, huérfana ya, entre los 13 y los 15 años, pudo haber adquirido alguna cultura en casa del piadoso Abad de Bayona, que recogió a la pobre viuda con los tres hijos pequeñitos, la mayor de todos María Antonia.²⁰ De hecho sus dos hermanos, Lucas y Mateo, “que sabían ya leer y escribir por haber acudido a la escuela”, en casa del Abad “aprendieron algo de gramática”.²¹ En cambio, “de mí — confiesa ella con tristeza — nadie se acordó de enseñarme a leer; ni siquiera la cartilla de los “Cristos” me pusieron en las manos, ni en mi vida había oído un libro espiritual, ni de otra materia; pues mi abuelo, aunque sabía leer y había sido grande estudiante, como ya estaba viejo, no leía; y si lo hacía, era sólo para sí. Y, por cortedad o porque no alcanzaba a comprender si me estaría bien el que me enseñaran a leer, no lo supliqué a nadie; y así me crié tan remota y ajena de consejos espirituales y doctrina, que me quedé hecha un zoquete, sin más habilidad que para ofender a Dios”.²²

Algún magisterio, sin embargo, hemos de conceder en toda justicia a los confesores con quienes comunicó en los albores de su adolescencia.²³ Aunque de intento uso del vocablo confesores y no el de directores, porque en lo primero se quedaron por lo común cuantos trataron espiritualmente a la retraída jovencilla en los años que corremos, salvo alguna honrosa excepción. Hasta

18 *Autob.*, T. I, P. 1.^a, c. 1, f. 3. [Ibíd., c. 1, p. 33.]

19 *Ibíd.*, l. c., f. 5. (Ibíd., l. c., p. 35.)

20 *Ibíd.*, l. c., c. 5, f. 13. [Ibíd., l. c., p. 52.]

21 *Ibíd.*, l. c., 5, f. 13. [Ibíd., l. c., p. 52.]

22 *Ibíd.*, l. c.

23 *Autob.*, T. II, P. 2.^a, c. 1, f. 1.

el año 1728, en que la tomó bajo su dirección el piadoso, aunque poco letrado según testimonio de la Madre, Dr. D. José Ventura de Castro, pudiérase afirmar que los sacerdotes que trataron su alma más merecen el nombre de confesores fijos que no el de directores espirituales.

La Madre da cuenta de dos religiosos franciscanos con quienes trató y se confesó durante esta época, de los 18 a los 25 años, poco más o menos. El uno era “un Padre Lector, harto santo, del Orden del Señor San Francisco”.²⁴ No hemos podido identificar su nombre, ni con qué asiduidad acudía a escuchar sus consejos. Lo que sí advierte es que le “duró poco, que luego se lo llevaron de aquel convento [de Bayona] a otro, no sé dónde, con empleo de la obediencia de su Orden”.²⁵ Luego trató con otro religioso del mismo convento. “Este era ya — escribe — un sujeto jubilado (me parece) y harto graduado por su Orden, al que antes de tomar yo el estado del siglo, trataba y me confesaba con él y lo mismo mi madre, ya viuda, y nos estimaba así mismo mucho; porque era muy buen religioso de todos modos.”²⁶

Mas ella misma añade de este último que “las [letras] de este buen Padre no debían ser muchas con toda la fama que tenía. Porque en tierra de ciegos, dicen, *quien tiene un ojo es un rey*. Así parecía que éste para mí no tenía ninguno, pues parecía estaba ciego de los dos”.²⁷

Ello es que al magisterio de estos hombres hay que otorgarle un valor bastante relativo. Fuera de los dichos, aunque trató con algunos otros confesores, “pero como eran todavía principiantes en el estado sacerdotal, me parece pocas veces me he confesado con ellos..., ni tengo que decir cosa más especial de ellos que el haber alguna u otra vez llegado a sus pies a sólo confesarme. Que el hablarles de cosas de espíritu sería acaso hablarles como en lengua desusada entre los del mundo”.²⁸

Pudiera decirse que una dirección espiritual, propia-

24 *Ibíd.*, l. c.

25 *Ibíd.*, l. c.

26 *Ibíd.*, l. c.

27 *Ibíd.*, T. I, P. 1.^a, c. 41, f. 135. [*Ibíd.*, c. 41, p. 246.]

28 *Ibíd.*, T. II, P. 2.^a, c. 4, f. 19.

mente dicha, no comienza hasta fines de agosto de 1728 con el fervoroso, aunque poco letrado, D. José Ventura de Castro.

De todos modos, de su magisterio espiritual dice la Madre que pese a "no tener letras a mi entender, como los hombres doctos, tenía práctica en cosas de oración", y "con letras o sin ellas" la ayudó eficazmente en todos sus problemas, así espirituales como materiales.²⁹ A él cabe el honor de iniciar la serie de maestros de espíritu, que dejaron honda huella en su alma. Sobre esta serie de directores espirituales con quienes comunicó, a partir de los treinta años, tenemos datos precisos del mayor interés documental y ascético, suministrados directamente por la Madre. Es toda una "Relación", escrita de su puño y letra, por mandato expreso de su Confesor, Fr. José de Jesús María.³⁰ Relación interesante, porque no sólo da los nombres de los confesores, sino sus cualidades, el método seguido con su alma y hasta el juicio que le merecen. Es de una riqueza considerable amén de original.^{30 bis}

Se registran hasta veinticinco, casi todos ellos identificados por sus nombres, sin contar otros muchos anónimos, a quienes la Madre no trató más que de paso. Cifra verdaderamente respetable, que casi infunde un poco de prevención en principio de no justificarse.

Porque no es que la Madre, al modo de tantos espíritus enfermos, tuviese la manía de cambiar de director como cambiaba de vestido. Sino que era un cambio obligado para su espíritu. Cambio impuesto doblemente por la necesidad y por las circunstancias.

Por la necesidad, primero. El camino raro por donde Dios comenzó a llevar a su alma, con sus perplejidades y angustias consiguientes, las mil pruebas de cuerpo y de espíritu que la torturaron casi constantemente, los carismas maravillosos de la oración que no se reducían al ámbito íntimo de su conciencia sino que repercutían en la complicación de su vida externa y familiar, su inexperiencia e incultura, todo contribuía a hacerla buscar ansiosamente la luz.

29 *Ibíd.*, T. II, P. 2.^a, c. 9 y sigs. [*Ibíd.*, P. 1.^a, c. 24, f. 304.]

30 *Ibíd.*, T. II, P. 1.^a, c. 46, f. 163 v.º. [*Ibíd.*, c. 46, p. 290.]

30 bis Cf. *Reseña documental*, n. 10, p. 49, *ibíd.*, p. 50.

Por las circunstancias, después. Era lógico buscar seguridad y consuelo en presencia de reproches y de condenas. Ante las dudas, las vacilaciones y los dictámenes, condenatorios por un lado, aprobatorios por otro, de algunos maestros de espíritu sobre la legitimidad de su camino, la naturaleza de aquellos recibos carismáticos y la solución, con frecuencia contradictoria, que para su vida práctica representaban las mercedes recibidas en la oración, se imponía de toda necesidad la consulta a distintos maestros. Máxime pasando por centros universitarios de primer orden, como Coimbra, Sevilla, Alcalá, Madrid y Santiago, donde podía hallar varones insignes de toda garantía doctrinal.

El relato que la Madre nos hace de sus directores es formidable. Y de la mayor precisión. Pertenecen a ambos cleros, aunque los más son religiosos. Los hay de varias Ordenes: franciscanos, bernardos, jesuitas, dominicos, carmelitas de la Observancia y reformados, trinitarios calzados y descalzos. Unos son jóvenes e inexpertos, como el Dr. Castro, recién venido de Roma, donde cursó sus estudios; otros ancianos, cargados de edad y de experiencia tras largos años de ministerio, como el "jubilado" P. Neira. Algunos virtuosos, pero de pocas luces, como el Abad santo, D. Fernando de Heras y Mier; otros doctos y de nombradía en la Corte, como los jesuitas Blanco y Campoverde; los hay eminentes, como el P. Clarke, confesor de Felipe V, y el Dr. Agudo, Canónigo de Alcalá. Hasta graduados, como el maestro Carral, jesuita, "gran sujeto — al decir de la Madre — y con especial don de Dios para probar y examinar espíritus",³¹ y José del Espíritu Santo (el andaluz), especialista en cuestiones de Mística Teología, con fama de sabio en toda Sevilla y hecho célebre después con su monumental *Cursus Theologiae mysticae-scholasticae*.

Unos trataron a la Madre ocasionalmente, como de paso: el Dr. Salcedo, por ejemplo, canónigo de la Metropolitana de Sevilla; otros de asiento, por espacio de varios años, como el P. Pablo de la Concepción, General más tarde de la Reforma del Carmen.

Los más son carmelitas. Es lógico a partir de su in-

31 *Ibíd.*, l. c.

greso en el convento. Se citan por sus nombres hasta doce. Y son más. Sujetos todos ellos de lo más señalado en ciencia y en virtud de la Descalcez, en aquellos días de esplendor intelectual nunca después superado. Profesores eminentes en Alcalá y en Salamanca, como Antonio de la Cruz y José de Jesús María, con otros eminentes varones que llegaron a escalar más tarde los primeros puestos de la Orden.

Como se ve, la Madre tuvo maestros de todas las clases sociales, de los más distintos ambientes y de las más diversas escuelas. Y todos ellos, quienes más quienes menos, hubieron de marcar su impronta doctrinal en el alma ingenua, dócil y humilde de la autora del *Edificio*.

Esa es una de las cosas que más sorprende. La unidad admirable de pensamiento que acusa esta escritora. Unidad estupenda de vida y de doctrina, bien patente en toda su producción literaria, que no han sido capaces de romper esa incursión tan múltiple y heterogénea de influjos doctrinales a través de maestros de las más diversas escuelas. Y no hay más que una explicación: o fue su espíritu el que les impuso allá dentro esa unidad que salta a la vista a las distintas corrientes doctrinales, o hubo un magisterio más potente que las absorbió a todas imponiéndoles su propia forma. Para nosotros la explicación es esta última. Y ese magisterio es el de los libros y el de la vida que representan o expresan esos libros.

3. INFLUJOS DE SANTA TERESA Y DE SAN JUAN DE LA CRUZ

No hace falta advertir que al tratar de señalar influjos doctrinales nos referimos al magisterio de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, concretado en sus Obras y en la vida íntima del Carmelo Reformado. Tal es el influjo doctrinal más fuerte sufrido por la humilde monja gallega. Como que sus libros, sobre todo el *Edificio Espiritual*, siendo el reflejo más espontáneo de su vida íntima, es a la vez uno de los más bellos comentarios y de las más autorizadas interpretaciones de la doctrina de los dos maestros carmelitas.

No es que la Madre no leyera otros libros; si bien hay que hacer constar que fueron pocos. Primero por no saber leer; y luego porque a partir de los treinta años pudiérase decir que el alimento espiritual de su alma venía a reducirse a las Obras de sus Santos Padres. Habiendo de advertir que no vino en su conocimiento sino alrededor de los veintiocho a los treinta años. Primero, bajo la dirección del Dr. Castro, conoció a Santa Teresa; luego, acaso en el contacto con los primeros directores carmelitas, a San Juan de la Cruz. Ello es que para el año 1730 la vemos equipada en su viaje de retorno de Madrid a Santiago de las Obras espirituales de ambos reformadores, aún seglar.

De los demás libros que pudieron influir en su espíritu apenas nos queda noticia más que de unos pocos: el *Catecismo de la doctrina cristiana*, las *Floreillas* de San Francisco, el *Libro de la oración y meditación* de Villacastín, el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* del P. Rodríguez, las *Crónicas* de la Orden y la *Sagrada Escritura*. En total apenas media docena de libros, de los cuales hace mención ella misma en sus escritos.

Por encima de todos está, por supuesto, la Sagrada Escritura, como puede apreciarse por la cantidad de citas que aparecen en sus escritos. Es posible que leyera algunos otros; pero no podemos precisarlo con exactitud, ni creemos ejercieran demasiado influjo en su alma.

Pero el principal influjo — lo hemos dicho — lo tienen los místicos Reformadores del Carmelo. Tanto la *Autobiografía* como el *Edificio*, y más aún éste que aquélla, están plagados de alusiones, unas explícitas, otras implícitas, a los libros de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. La *Autobiografía* y la primera parte del *Edificio* recuerdan más a la Doctora Mística; la segunda parte del *Edificio* refleja más el pensamiento del autor del Cántico y de la Llama. Todos los libros de los dos Santos Padres han dejado su huella característica en los escritos de la mística gallega.

La *Autobiografía* teresiana ha marcado un influjo muy palpable en todo lo concerniente a la Oración mental: su necesidad para el crecimiento en las virtudes, su

evolución progresiva, sus luchas específicas, sus grados y formas diferentes. Hasta el símil teresiano de los cuatro modos de regar el jardín, es repetido por la autora del *Edificio* con nuevos detalles y matices propios. También ha influido la *Autobiografía* de la Santa en la adhesión a la sagrada Humanidad de Cristo como objeto perdurable de la Oración del alma, aun en la cima de los mayores encumbramientos contemplativos. Sólo que la autora del *Edificio* traza un método de Oración mucho más claro, más ordenado y más completo que la Doctrina Mística.

El *Camino de perfección* ha influido en otros extremos espirituales: en la formación de las virtudes monásticas, obediencia, pobreza, castidad, humildad, mortificación interior y exterior, silencio, caridad fraterna... En realidad la primera parte del *Edificio* viene a ser como una especie de *Camino de perfección* adaptado. Adaptado de forma personalísima a su tiempo, a las personas a quienes se dirige, a las circunstancias que la rodean.

Las *Moradas* han dejado también huellas muy hondas en los escritos de la Madre. Pueden concretarse en las siguientes: el concepto del alma humana, santuario de la Divinidad; la descripción de los grados iniciales de la Oración infusa; las mercedes del desposorio y del matrimonio espirituales, con la descripción de la unión transformante y sus caracteres.

Es impronta teresiana bien patente en la Madre María Antonia el carácter teocéntrico y cristológico de su espiritualidad. Todo se desarrolla allá dentro, en la intimidad del santuario del alma, al contacto del Huésped eterno que la habita. También en el matiz cristológico. Cristo es ante todo el "Amado" que la lleva a la máxima intimidad con el Padre. Los carismas no son signos de mayor santidad; antes al contrario, a veces lo son de flaqueza. El único signo de santidad es la perfección en las virtudes sobrenaturales, como síntesis, la perfección en el amor de Dios y del prójimo.

La Madre María Antonia nos da una doctrina más estratificada, más precisa, unas locuciones más técnicas, hasta nos explica algunos fenómenos extraordinarios que en la Santa no se encuentran tan directamente tratados

como el de la contemplación adquirida, por ejemplo, o el de las Noches pasivas.

También los libros de San Juan de la Cruz acusan su influencia característica. Así la *Subida*, por ejemplo, con la doctrina íntegra de la abnegación y renunciamiento más absoluto como base previa de toda labor espiritual. Abnegación que llega hasta las últimas consecuencias. Hasta el despojo de las especies e imágenes para llegar al conocimiento más perfecto del Creador. Claro que no desde el principio, sino a su tiempo. Porque aunque no son medios próximos para la unión con Dios, pueden ser remotos. Esta abnegación ha de llegar a toda forma particular. Sólo las tres virtudes teologales, que nos ofrecen a Dios como es en Sí mismo, pueden ser los medios próximos de nuestra unión con El. Cualquiera otra forma circunscrita por alta que sea hay que negarla.

Otro influjo notable de la *Subida* es el de la contemplación activa, como término normal de la vida de Oración. La Madre se hace portavoz elocuente de esta doctrina afirmando con toda claridad que el alma puede llegar con sus propias fuerzas, ayudada de la gracia ordinaria, a este grado de Oración mental. Y es para ella la forma característica y habitual de las almas aprovechadas y perfectas que no hayan de subir a contemplación infusa por secretos designios de Dios.

Huella muy marcada ha dejado el Santo con la doctrina sobre el aprecio de los carismas místicos. La Madre traspira la misma actitud de abnegación e indiferencia frente a ellos que el Doctor de las Nadas.

Pero el influjo más profundo y característico es sin duda el de las "Noches" sanjuanistas. Pienso que no hay otro autor en toda la escuela que mejor haya reflejado y hasta completado el pensamiento de San Juan de la Cruz que la autora del *Edificio*.

Reflejado, porque le consagra directamente al tema varios capítulos, lo cual manifiesta la importancia que le concede; y además porque en ellos reproduce perfectamente asimilada la doctrina del Doctor Místico. Completado, porque su forma descriptiva y concreta nos hace puntualizar algunos extremos que en el Santo quedan un poco vagos y como en abstracto. Así, por

ejemplo, la precisión con que señala el tiempo en que suelen producirse las noches, las pruebas físicas y morales que suelen acompañarlas, la división de la noche del espíritu en dos fases, una antes de la merced del desposorio y otra antes de celebrarse el matrimonio místico. El mismo término con que las define "crisoles" es bello, expresivo y original.

El *Cántico* ha influido con su concepto de "búsqueda del Amado", ideal de toda la vida del espíritu allá en la intimidad del corazón. En la escala que el alma ha de seguir para llegar a su conocimiento y amor perfecto. Conocimiento, primero, por la creación sensible; luego, por las criaturas racionales, ángeles y hombres; y al fin, por los soberanos Misterios de la Encarnación y Redención. También se percibe el influjo del *Cántico* y de la *Llama* en la doctrina de los toques, en la descripción del fenómeno de la transverberación y del estado de la unión transformante.

La Madre María Antonia conviene con ambos reformadores en los siguientes puntos fundamentales: en el concepto de la perfección cristiana, exclusión del más mínimo defecto voluntario y llenez positiva de la propia vocación, reflejo de la voluntad divina; en el llamamiento parcial a la contemplación infusa; en el concepto de vida mística que identifica con el concepto de contemplación infusa; en la actitud frente a los carismas preternaturales; en la necesidad de las noches pasivas sólo para las almas que llevan camino místico; en la vitalidad santificadora de las virtudes teologales.

La Fundadora de Santiago aporta, en cambio, experiencias místicas singulares que no aparecen en el Santo ni en la Santa. El fenómeno de la inedia, por ejemplo, las pruebas del sueño, del hambre y del desamparo de los elementos. El más señalado de todos, el fenómeno de la participación sensible en los dolores de la Pasión de Cristo y en la Soledad de su Santísima Madre. Son ejemplos. Hay otros muchos matices en los que la autora del *Edificio* se muestra completamente original.

A pesar del gran influjo ejercido por ambos reformadores en la espiritualidad de la Madre, hemos de tener en cuenta las siguientes palabras para interpretarlo con exactitud: "Después que algo supe [leer], no leí mucho,

porque fue más mi estudio leer en la Oración en aquel divino Libro, que se acomoda a la pequeñez y cortedad y poca inteligencia de una pobre alma, que no tiene más saber ni letras de escuela que lo que le enseña el Señor.”³²

4. PRODUCCIÓN LITERARIA

El primer dato que hay que tomar en consideración es que toda la producción literaria de la Madre María Antonia pertenece a la segunda mitad de su vida. Es decir, cuanto salió de su pluma está escrito después de su ingreso en el Carmen (1733). Casi con más exactitud pudiéramos afirmar que sus escritos están redactados en el último tercio de su vida, cuando la Madre frisaba en cerca de los cuarenta años, en plena madurez humana y espiritual.

Desde el punto de vista cronológico fue la *Autobiografía* la primera obra que salió de sus manos. No carece de interés apuntar que a la Relación biográfica que poseemos habían precedido algunas otras. Tres por lo menos. Todas ellas escritas por obediencia a los confesores y todas ellas desaparecidas. A pesar de lo cual, no es para lamentar semejante pérdida; porque la que se conserva, sobre ser la última, es la más minuciosa y completa, según testimonio de la Madre. Sospechamos con fundamento que es así mismo la más perfecta desde el punto de vista literario.

Para hacernos una idea cabal de la producción literaria de la Venerable es preciso concretar estos tres extremos: proceso cronológico de composición de sus libros, contenido interno y conservación de los manuscritos.

El proceso histórico de composición es del tenor siguiente:

La *Autobiografía* fue escrita en dos tiempos y en dos lugares distintos. A esta circunstancia obedece su división fundamental en dos partes.

La primera abarca la niñez, la juventud, los once años de casada y los cinco primeros años de Carmelita

32 Ibid., T. I, P. 1.^a, c. 61, f. 274. [Ibid., c. 61, p. 114.]

(1700-1738). Fue redactada en Alcalá de Henares por mandato de su confesor, Fr. Antonio de la Cruz, profesor de Teología en el Colegio Carmelitano de San Cirilo. Sabemos con exactitud que dio comienzo el 9 de marzo de 1737 y que el 12 de marzo de 1738 la había concluido. Si se tiene en cuenta que la Madre ejercía el oficio de provisor y que había de hacerlo a ratos libres y con el mayor sigilo, no dejará de sorprender que en tan poco tiempo pudiera escribir una Relación tan minuciosa y de fenómenos tan complicados. La segunda comprende desde el año 1738 hasta el año 1755. Fue escrita por mandato de Fr. José de Jesús María, su confesor, en la ciudad de Santiago de Compostela, cuando se estaba construyendo el actual monasterio de Carmelitas. Sin poderlo precisar con exactitud, sabemos que la redacción hubo de durar poco más o menos un año, ya que fue comenzada el día 1 de octubre de 1754 y concluida en el otoño del año siguiente, 1755. Toda esta segunda parte gira en torno a la Fundación de Santiago: preparativos, gracias carismáticas relacionadas con ella, salida de Alcalá, gestiones y realización de la fundación.

El *Edificio espiritual* lo escribió en el dicho convento de Santiago, por mandato de su confesor, el P. José de Jesús María. Lo comenzó el año de 1756. "Del día y mes no me acuerdo" — escribe el mismo P. José.^{32 bis}

Las *Cartas*, sobre todo aquellas que más resaltan por su carácter doctrinal, datan de su ingreso en el Carmen (1733). En la copia auténtica que mandó hacer el benemérito P. José aparecen reunidas en torno a diversos grupos de destinatarios.³³

En cuanto al contenido interno de las obras de la Venerable hemos de destacar su fondo doctrinal, no sólo en el *Edificio* sino en la *Autobiografía* y en las *Cartas*.

La *Autobiografía* va dividida en dos "trozos" cada trozo en dos "partes" y cada parte comprende varios "capítulos". Consta la obra de un total de 231 capítulos y 2.248 páginas. Es la historia íntima del alma de la Madre, informada y transformada por la gracia de Dios,

33 Es el P. José de Jesús María quien nos ha dejado la historia de composición de todos estos escritos con el mayor detalle. Cf. Carta citada, ps. 22-23. Cf. P. EVARISTO, o. c., vol. 2.º, p. 531.

32 bis Cf. Carta citada, p. 19.

desde los albores de su existencia hasta cuatro años antes de morir.

El *Edificio espiritual* es un tratado ascético-místico de perfección claustral, especie de código directivo para sus Hijas, las Carmelitas de Santiago. El *Camino de perfección* y las *Moradas* en una sola pieza. Está dividido en dos partes, y consta cada una de 30 capítulos, con un total de 400 folios. Trata la primera parte de las virtudes monásticas que pertenecen a la fábrica exterior del Edificio espiritual; mientras la segunda va dedicada a la Oración, que pertenece, según la Madre, a la fábrica interior del *Edificio*.

El *Epistolario*, codificado con esmero por el P. José, recoge cerca de 200 cartas de la Venerable en un infolio de 331 páginas. Van divididas en dos secciones: en la primera se recogen las cartas dirigidas a personas masculinas (confesores, prelados, sacerdotes y caballeros seglares); en la segunda se reúnen las que van dirigidas a personas femeninas: su hija, Sor Leonor de Santa Columba, dominica en Loeches, como también a otras religiosas de diversas Ordenes y señoras del mundo. Son en verdad estas *Cartas* un verdadero tesoro ascético-místico.

Todas estas obras, junto con otras preciadas reliquias, se hallan en poder de las carmelitas descalzas de Santiago, custodiadas con edificante veneración.

5. ESTRUCTURA DEL "EDIFICIO"

Por ese carácter de infabilidad que lleva inherente todo lo sobrenatural, máxime lo carismático, casi todos los autores que escribieron sobre temas de Mística-Teología, se vieron obligados a recurrir al símbolo o a la alegoría al tratar de redactar sus experiencias.

En la Madre María Antonia esta necesidad era doble. Exigencia de la materia en sí misma, lo exigía aún más su impreparación cultural. Al fallarle el lenguaje directo por lo inadecuado de su expresividad circunscrita no menos que por su desconocimiento personal, no le quedaba otro remedio, si quería darse a entender, que recurrir al figurado. Por eso nos ofrece toda su doctrina ascético-mística bajo la envoltura de una bella

alegoría de sabor clásico: el *Edificio espiritual*. Es una síntesis de sus experiencias íntimas perfectamente lograda. Luego en el decurso de la obra recurrirá con frecuencia al símil y a la metáfora; pero todos ellos quedarán absorbidos por aquel símbolo primero de carácter universal. El es, en efecto, el que le impone el título a la Obra, el que sintetiza el pensamiento de la escritora, el que le presta a todo el tratado la triple unidad temática, estructural y literaria que le distingue.

Hay que decir que este bello símbolo no fue invención de la autora. Se lo inspiró el Señor — conforme ella misma testifica — cuando se disponía a dar comienzo a la obediencia impuesta por el P. José. Y esta inspiración guarda relación con una visión extraordinaria con que el Señor la favoreció la primera vez que llegó a Santiago a intentar la fundación. El Señor la hizo ver un hermoso templo iluminado por unas lucecitas blancas, dándole a entender que en él había de ser muy alabado.

El *Edificio espiritual* representa una concepción magnífica de la Teología de la perfección cristiana, con su matiz monástico, desde un punto de vista práctico o vital; partiendo desde sus comienzos, hasta su máxima explicación mística. Concepción original de una mujer sencilla, que no cuenta con más fuentes de información para escribir este tratado, que las propias experiencias, los libros de los Místicos Reformadores, cuya doctrina es su alimento constante desde su ingreso en el convento y la ayuda de la gracia divina, prometida expresamente por Dios.³⁴

Por ser así y por estar escrita por quien no tiene más formación humana que la imprescindible para expresar lo que siente, la Obra adquiere un valor del todo excepcional en la historia de la espiritualidad cristiana. Y llama la atención que, sin letras, haya llegado a realizarla de un modo tan perfecto, así en el fondo como en la forma, pese a algunos defectos accidentales de tipo técnico y literario.

Dirigido, en principio, el *Edificio* a sus hijas las carmelitas de Santiago, como "norma, pauta y nivel" de su vida claustral, puede servir de medio eficaz de

34 *Edificio espir.*, P. 1.^a, c. 1, f. 13 v.º.

orientación en el camino del espíritu a toda alma piadosa en general. Seglares, religiosos, especialmente carmelitas, hallarán en él un tratado completo de perfección cristiana, “desde los principios de su conversión, hasta el grado más alto de amor suave a que pueden llegar en pos de El con el favor de Nuestro Señor”.³⁵

La Madre discurre así. La obligación fundamental del religioso, en fuerza de su profesión, se cifra en esto: en tender constantemente a la perfección de la caridad. Tal es la tesis previa que motiva la construcción del *Edificio*. Con lo cual está dicho que quien comienza a edificar ha de estar revestido de la gracia santificante y de las virtudes sobrenaturales.

Luego hay que convencerse de que no se trata de entusiasmos de momento. Empresa ardua, erizada de dificultades, la de la perfección sobrenatural. Implica una labor de por vida. Por eso exige seriedad, constancia y método. Labor semejante, en lo espiritual, viene a decir la Madre, a la que realiza en lo material el arquitecto que pretende levantar un gran edificio. La idea es del más puro sabor evangélico y paulino. ¡Y qué usada en los primeros documentos cristianos! De no constarnos habérsela sugerido el Señor en la oración nos hubiera hecho pensar tal vez en posibles influjos primitivos.

Labor que hay que realizar no de golpe, sino por etapas. De un modo ordenado y progresivo. Mucho depende del tecnicismo en la forma la perfección del trabajo arquitectónico.

Para la Madre María Antonia importa un doble quehacer: quehacer material, primero, que se reduce a la estructura externa del edificio; y quehacer espiritual, después, que se concreta en la ornamentación del interior. Estos son los dos quehaceres de toda obra arquitectónica perfecta. Y esto le da pie a la autora para dividir su trabajo espiritual en dos partes.

La primera implica en lo externo tres actos sucesivos: abrir los cimientos, levantar los muros y poner la techumbre. La segunda importa en lo interno otros tres actos complementarios: pintura, decorado y ornamentación.

35 Cf. Carta citada del P. José, p. 21.

Según esto, la autora se ocupa en la primera parte de la humildad y del conocimiento propio, como base fundamental del edificio ascético; luego vienen los muros de la fábrica exterior, votos religiosos y virtudes monásticas correlativas (obediencia, pobreza, castidad) con derivación a algunas otras virtudes morales de típico matiz carmelitano, como el silencio, la mortificación, la sencillez, el retiro de celda, etc.; y por fin la techumbre que pone a salvo el edificio de la incursión de los enemigos malévolos y del influjo destructor de los demás agentes exteriores. Tal es el símbolo de lo que representan para la perfección individual y colectiva del religioso los superiores, los confesores y la observación de las leyes.

En la segunda parte, sin embargo, todo se reduce al atuendo interior del edificio espiritual. Labor más delicada y costosa sin comparación que la primera, no de arquitectura, sino de artística ornamentación.

Por eso establece la Madre como medios indispensables la Oración mental, la penitencia y la dirección espiritual. La Oración es el alma, viene a decir, de toda la obra interior. Si ésta falla, quedará inexorablemente por realizar la labor más primorosa del espiritual edificio. La Oración lo es todo, y sin ella no hay nada. Como que los otros dos medios de ornamentación interna — penitencia y dirección espiritual — no son más que exigencia de la misma Oración. La penitencia, para que el peso de la carne no agrave al espíritu; la dirección espiritual, para que no corra riesgo alguno de desviarse. Pero la Oración lo abarca y lo resume todo. Mediante ella es seguro que el arquitecto humano llegará a conseguir su meta ayudado de la gracia ordinaria de Dios.

Tras esto, es posible que acuda el Soberano Artífice a dar los últimos toques a la obra interior a través de intervenciones directas de su mano delicada fuera del común acaecer de las cosas. Son los grados superiores de la oración. La contemplación infusa, en sus diversos grados, con las noches pasivas y los fenómenos concomitantes de la mística: visiones, revelaciones, locuciones, sentimientos de divinos toques, éxtasis inefables, sin excluir el mismo desposorio y matrimonio espirituales. Con lo cual se ha logrado la meta suprema que se

puede alcanzar en esta vida, según los designios de Dios: la unión transformante.

Pero la Madre no deja de advertir que toda esta labor interna de primores divinos no es necesaria para el ornamento *común* ni para la perfección *esencial* del edificio. Es más bien una exhibición particular de los primores del divo Artífice. Ostentación más o menos espléndida, pero totalmente gratuita, de sus maravillas infinitas, previamente dadas a gustar en esta vida a las almas que El quiere, como quiere y cuando quiere.

Tal es, en pocas pinceladas, la estructura técnica del *Edificio espiritual*. Puede calificarse sin hipérbole de construcción magnífica. Y en verdad que no desmerece en nada este Tratado ascético-místico al lado de los mejores de nuestros tiempos clásicos; no digo sólo de autoras, sino de autores; sin exceptuar siquiera las mismas *Moradas* teresianas, ni el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz.

SÍNTESIS DOCTRINAL

Un elemental esquema de este bello *Tratado de Oración* sería el siguiente:

Introducción: La Oración, medio eficaz de adquirir, incrementar y llevar a su mayor perfección las virtudes (Prólogo), Preparación, división y método a seguir en el ejercicio de la Oración (c. I).

I. *Período purificativo*: Oración discursiva, propia de principiantes, con fin de computación (capítulos II-VII).

- a) Noción, objeto, tentaciones en esta jornada (capítulos II-IV).
- b) Necesidad de la Oración para el ejercicio de la virtud (c. V).
- c) Oración *discursiva: imaginaria e intelectual* (c. VI).
- d) Oración *afectiva* (c. VII).

II. *Período iluminativo*: Oración contemplativa, propia de principiantes, con fin de iluminación (capítulos VIII-XV).

- a) Oración contemplativa *activa* (c. VIII).
- b) Tentaciones y escollos de la misma (capítulos IX-X).
- c) Proceso y método a seguir en la c. activa (capítulos XI-XIV).
- d) Tránsito a la c. *infusa*, a través de la contemplación purgativa (Noche del sentido) (c. XV).

III. *Período unitivo*: Oración contemplativa *infusa*, propia de las almas proficientes y perfectas que llevan camino *místico*; y orac. cont. *activa* para las no místicas (capítulos XVI-XXVIII).

- a) Oración contemplativa de recogimiento *infuso* (c. XVI).
- b) Mercedes concomitantes de ella y efectos (c. XVII).
- c) Actitud del alma y escollos a evitar (capítulo XVIII).
- d) Contemplación "*adquirida*" o *activa* (capítulo XIX).
- e) Gracias carismáticas en prepar. al desposorio (c. XX).
- f) contemplación purgativa *infusa*, preparativa de la unión transformante (Noche pasiva del espíritu, en dos fases: 1.^a ante el desposorio, y 2.^a ante el matrimonio (capítulos XXI-XXIII).
- g) Oración propia del estado de desposorio (capítulo XXIV).
- h) Diferencia entre desposorio y matrimonio (c. XXV).
- i) Unión transformante (caps. XXVI-XXVIII).
- j) Epílogo y conclusión (caps. XIX-XXX).

Tal es, en una sencilla visión de conjunto, el contenido del *Edificio espiritual*, en su segunda parte, consagrada a la *Oración*.

6. CARACTERES GENERALES DE LA DOCTRINA

Varios son los caracteres que resaltan en el análisis de la doctrina espiritual de la Madre. Pueden reducirse

a los siguientes: ausencia absoluta de todo elemento científico, carácter experimental muy acusado, fuerte sentido de unidad y notable originalidad.

El primer carácter que apreciamos en la doctrina de la autora del *Edificio* es la *ausencia de todo elemento científico*. Ausencia absoluta. En el fondo y en la forma. No hacía falta que la autora repitiese tanto que carece de letras. Salta a la vista. Y es natural. Lo contrario hubiera sido un milagro, bien manifiesto, dadas las circunstancias en que la obra se produjo.

Narración llana y sencilla de cosas íntimas, hechos vitales de fondo ascético-místico, que se conocen no por el estudio, ni la reflexión ni el influjo ajeno; sino que se saben puramente por el testimonio de la propia conciencia que los ha vivido, narrados con la máxima espontaneidad, sin que la mente se preocupe antes ni después de indagar la razón de ser de su existencia, su constitutivo esencial ni la relación de causalidad que guardan unos con otros. Puro reflejo espontáneo de las vivencias íntimas, tal cual han sido percibidas por la propia conciencia.

Eso en el fondo. En la forma ocurre otro tanto. Nada de estructuración sistemática, en la exposición de las reacciones o experiencias vitales, a base de un razonamiento filosófico que dé al discurso la cohesión de un silogismo.

Si se da un cierto orden en el desarrollo, hasta un cierto proceso lógico, con alguna relación de prioridad y posterioridad entre los distintos elementos, es mucho más aparente que real. Sin decir que falte del todo. Y esa apariencia de sistematización externa tiene una doble explicación. Por un lado, es fruto espontáneo de estos dos extremos: la metáfora que sirve de nervio central a la escritora y el desdoblamiento progresivo de la perfección sobrenatural, semejante al de la vida natural. Ambos imponen, en principio, en fuerza de su contextura elemental, un proceso lógico de desarrollo doctrinal. Por otro, existe un influjo extrínseco bien patente que va regulando la pluma de la escritora mientras avanza la redacción: es el P. José. Nos lo declara él mismo detallando el proceso de composición del *Edificio espiritual*. Primero le manda que escriba un tratado de

disciplina claustral más bien externa. Una vez concluido, le ordena que diga algo de la perfección interna, cuya base está para la carmelita en el ejercicio de la Oración mental. Pero con la acotación de que no ha de meterse de propósito en los grados más subidos, sino sólo en los primeros grados. Hecho esto, le vuelve a intimar que prosiga su tratado afrontando los grados superiores de la Oración.³⁶

Merced a este doble influjo circunstancial, intrínseco y extrínseco, la obra presenta una cierta sistematización técnica que no aparece en otros tratados espirituales de mujeres, sin excluir el mismo *Camino de perfección*, ni el *Castillo interior* de Santa Teresa. Sorprenden también a veces ciertos términos técnicos y hasta de escuela, que revelan el influjo de los confesores y la capacidad asimiladora de la Madre. El influjo es claro, porque sólo por esa vía pudo llegar a su conocimiento; la asimilación es patente, porque dada la forma de la redacción y la limpieza con que aparece el manuscrito se ve que no ha habido ninguna intervención extraña.

Pero, aun con esto, hay que decir que ni el fondo ni la forma del *Edificio* son en verdad científicos. Si es que hemos de dar a este vocablo el sentido que importa en pleno rigor filosófico de conocimiento causal, proceso sistemático y locución técnica a la vez.

El segundo carácter de la doctrina de la Madre es ser *experimental*. Esa doctrina no es más que la expresión de una vida. Nada de especulaciones escolásticas sobre temas de mística teología a base de lo leído en los libros, estudiado en los maestros o aprendido en las aulas. Reflejo sencillo y espontáneo de una vida tal como se ha vivido. Eso, no más. No podía ser tampoco otra cosa, ya que la autora lo único que sabe es lo que ha vivido, sin que cuente para su exposición con otro adobo que el modo espontáneo como lo ha vivido. Es además lo único que se le pide cuando se le ordena escribir un tratado espiritual para dirección de sus Hijas.

Como testimonio, pues, de vida y experiencia tereciano-sanjuanista, esta escritora y esta obra son de un valor sumo en la historia de la espiritualidad carmelitana.

36 Cf. Carta citada del P. José, p. 18.

Pero lo son además como pura expresión de unas experiencias ascético-místicas, en la historia de la espiritualidad universal; ya que en lo que tiene de experimental la Teología de la Perfección Cristiana, apenas se hallará una autora que le haya prestado elementos tan valiosos, así en el fondo de riqueza doctrinal como en la forma de exposición literaria, excepción hecha de Santa Teresa, como esta singular monja carmelita. Hay un texto en el *Edificio* relativo a este fondo vital-experimental de la ciencia del espíritu que parece arrancado a la pluma de un teólogo místico de la talla de San Juan de la Cruz.

Dice así: “Y, aunque no sé Teología — hijas mías — que no es para mujeres el estudiarla, me atrevo a decir que como os sepáis desapegar y desapropiar de lo que puede caer en el sentido y de cosas inteligibles y palpables a nuestro modo de entender, dejándoos ya gobernar de vuestro Esposo divino, que es el que os tira y recoge de dentro, os *la enseñará por práctica* y lo que por vuestro sexo no habéis estudiado. Y esa es la que mejor provecho os hará, teniendo el principal objeto de la Teología Mística, que es Dios, en vuestro entendimiento, con quien os quedaréis en sólo actos de amor, viva fe y sobremanera ilustrada, y a su vista se esforzará grandemente la esperanza, la que cuanto espera alcanzará de Aquél que desea dársenos todo por toda la eternidad.”³⁷ Expresiones como ésta, estampadas en la cúpula del *Edificio*, en plena madurez de vida sobrenatural y humana, son la mejor confirmación de la riqueza experimental atesorada por el alma de la autora.

Brilla, en tercer lugar, en la obra de la mística gallega, un *sentido sorprendente de unidad*. Atributo que resalta tanto más cuanto más complicada y múltiple ha sido su existencia. Unidad triple: vital, doctrinal, literaria.

El doble elemento ascético-místico, que tan admirablemente conjugado aparece en su vida, resalta en su doctrina con la más viva claridad, así en el fondo del libro como en la forma literaria en que lo envuelve. Y no ciertamente como dos líneas paralelas que mutuamente se destacan; sino como una sola trayectoria indivisible de una misma realidad vital. No hay tal vez autor

37 *Edificio espir.*, P. 2.^a, c. 30, f. 396v.^o-397. (Ibíd., ps. 257-58.)

ni autora en toda la escuela que ofrezca tan fuertemente acusado ese triple carácter de unidad, vital, doctrinal y literario, como la Madre María Antonia de Jesús. Absorción de su alma por las formas sobrenaturales de la gracia, las virtudes y los dones, en el máximo grado de intensidad vital que puede lograrse aquí en la tierra consumada en la cima de la unión transformante. Su obra es la expresión de ese fondo vital, donde la trayectoria ascético-mística del alma no tiene sentido de dos sendas paralelas independientes entre sí, sino de un sólo camino rectilíneo, en el que la ascética llega hasta las claridades de la iluminación divina, para dar luego paso a la mística, que recibe al alma clarificada para llevarla hasta la cumbre del matrimonio espiritual. Vida y doctrina que van urdidas en el hilo dorado de un bello símbolo literario de sabor clásico que remata y patentiza ese formidable sentido de unidad.

¿Quiere decir esto que la autora del *Edificio* se haga precursora de las teorías modernas de la unidad de vía y de llamamiento universal a la Mística? En manera alguna. ¿Entonces?

Ese fuerte carácter de unidad, que tanto destaca en su vida y en su obra, tiene en ella la misma explicación que en sus Santos Padres. Explicación sencilla. No es invento personal; la dan ellos mismos. Y a través de esa explicación desaparecen los textos enigmáticos y hasta contradictorios que algunos han querido ver en sus escritos.

Son vidas que han logrado la cima de una santidad *no común* sino *especial*, a la cual Dios las había graciosamente predestinado, a través de unos medios no comunes sino especiales. Sus obras son la expresión de la trayectoria singular seguida por sus mismas vidas hasta lograr aquella cima de santidad propia. Están escritas después de alcanzada esa meta. Su ejemplaridad y su magisterio respecto de las demás almas tiene, en consecuencia, un alcance que es preciso delimitar con exactitud.

Es decir, que mientras para aquellos espíritus privilegiados que como ellas estén llamados a la cumbre de una santidad *especial*, su vida y su obra, su magisterio, puede servir de orientación absoluta así en lo ascético

como en lo místico, para aquellos otros, en cambio, que no hayan sido predestinados sino a una santidad *común*, sus libros no servirán más que de orientación relativa, norma de vida sólo en lo que tienen de ascesis, más no en lo demás. Aunque no por eso el magisterio y la ejemplaridad de estas almas reales pierde en extensión, sino que sigue teniendo una proyección de universalidad. Sólo con la acotación debida de que cada alma ha de tomar para su enseñanza lo que le corresponda según su propio destino sobrenatural. ¿Cuál sea? Dios solo lo sabe, según la doctrina de San Juan de la Cruz.^{37 bis}

El otro carácter de la obra de la autora del *Edificio* es un notable carácter de *originalidad*. Es lógico que lo tenga, puesto que es expresión fiel de su vida, y apenas habrá una existencia de tipo tan original como la suya: virgen, primero; casada, después; luego, carmelita; al fin, fundadora; y, en todos los estados de la vida, espíritu portentoso abrumado de carismas preternaturales.

Su concepción de la vida espiritual es también original. Aunque es el Señor el que le inspira el símbolo que sirve de nervio a toda su obra, es ella quien hace las aplicaciones doctrinales a través de todo el discurso con total independencia de otros libros y de otros autores. Este carácter de originalidad ha sido reconocido por autores tan prestigiosos como el P. Crisógono de Jesús Sacramentado. "Su libro — escribe — no es una compilación de los tratados anteriores: es una obra absolutamente original, escrita con total independencia de cuanto se había escrito en la Orden después de los sublimes Reformadores, que sin embargo conviene en todo con eso que constituye el fundamento y el carácter de nuestra escuela."³⁸

Tales son los caracteres generales más destacados de la doctrina espiritual de esta fecunda escritora ascético-mística.

7. CUALIDADES LITERARIAS

Pese a no haber tenido formación literaria alguna, la Madre estuvo dotada de excelentes cualidades innatas.

^{37 bis} Cf., Noche, l. 1, c. 9, n. 9.

³⁸ *Escuela mística Carmelitana*, c. 9, p. 214, nota.

A mi entender se reducen a las siguientes: delicado espíritu de observación, notable capacidad asimiladora, visión personal de las cosas, memoria sorprendente y gran facilidad de exposición.

Delata su espíritu delicado de observación el recurso frecuente a las comparaciones, símiles y alegorías para exponer sus experiencias. Unos están tomados de la vida familiar, otros de la vida humana, muchos — los más sin duda — de la misma naturaleza. Todo ello manifiesta a las claras el fino espíritu de captación de la escritora así como su vigorosa potencia retentiva.

Su capacidad asimiladora está patente en las citas, bastante frecuentes — casi únicas — de los dos Santos Reformadores, que alternan en menor número con otras de la Sagrada Escritura. Pero todas ellas hechas de memoria y en una forma conceptual. Así mismo la referencia constante a la propia experiencia, a lo que ha visto y oído. Mas todo obtiene allá dentro una elaboración íntima que lo transforma en propia sustancia. Por eso cuando lo vierte en el papel da la impresión de algo propio, íntimo, personal.

Esa visión personal de las cosas es otra de sus cualidades innatas. Llama la atención poderosamente dada su humilde condición y su escasa cultura.

Mas ella, a su modo, expone con objetividad las cosas, describe sencillamente los hechos, relata con ingenuidad las más subidas mercedes. Lucha con los vocablos, vence como puede las dificultades, trata de reflejar del mejor modo sus vivencias. Se vale para ello de su experiencia íntima, de sus conocimientos elementales, de sus frases gramaticalmente incorrectas, de sus regionalismos típicos. Y la expresión es muchas veces inexacta. Pero no se conforma con una mera exposición impersonal. Sus relatos están cargados de vida.

Junto a la exposición va el juicio. Afirma o niega, aprueba o desaprueba, admite o rechaza, alaba o transige, emite en fin sin titubeos su propio dictamen. Es que escribe con un criterio personal. Podrá equivocarse; pero esa equivocación será fruto de su propia ignorancia. Donde más se admira esta cualidad es en la Relación de sus confesores. Es que tenía mandato expreso de que no había de contentarse con hacer un simple "catálogo",

sino que había de emitir “su parecer y dictamen acerca de todos, formando juicio del estilo y conducta de cada uno”.³⁹ Y la Madre lo observa con una perfección que no deja de sorprender.

Otra cualidad de la escritora es su memoria prodigiosa. Ella se lamenta con frecuencia de que la tiene muy flaca. Hasta teme decir una cosa por otra. Pero ese temor se refiere únicamente a la exactitud cronológica, año, mes, día.⁴⁰ En realidad causa admiración que sin apuntes de ninguna clase, a tantos años de distancia, haya podido proporcionarnos un relato tan minucioso y tan exacto de toda su existencia, tan cargada de peripecias humanas y de portentos sobrenaturales. Puede comprobarse con asombro cotejando la *Autobiografía* con las deposiciones juradas del Proceso informativo.

Una última cualidad de la escritora es su notable facilidad de exposición. Eso que se trata de las materias más difíciles de explicar, las del espíritu, máxime siendo de tipo carismático como las de sus libros. Como que el mismo teólogo tropieza con serias dificultades cuando trata de reflejarlas en el papel. Sus descripciones, sin embargo, de los más subidos fenómenos son de una riqueza de colorido, de un realismo, de una exactitud tal, pese a la inexpresión a veces de los vocablos, que maravilla. Eso que en ella la dificultad de la expresión sube de punto, por los tres motivos insinuados: infabilidad de las mercedes sobrenaturales, número y calidad de los fenómenos y falta de instrucción de la persona.

Con tales cualidades innatas, de haber tenido una más esmerada formación cultural y haber vivido en un momento histórico más favorable, la Madre María Antonia hubiera sido una escritora de la talla de Santa Teresa. Su lenguaje y su estilo, aunque se resienten como es natural de su falta de formación y del mal gusto de la época, no difiere en realidad de otros escritores de su tiempo. Y supera a muchos así hombres como mujeres.

El lenguaje es, por lo común, gramaticalmente correcto. Mucho más, sin comparación, en el *Edificio* que en la *Autobiografía* y en las *Cartas*. Lenguaje puro, es-

39 Carta citada del P. José, p. 16.

40 *Autob.*, T. I, P. 1.^a, c. 38, f. 125. (Ibid. c. 38, p. 229.)

pontáneo, manejado con propiedad generalmente. Adecuado de un modo pleno a la persona que escribe y a la materia que trata. Sencillo sin ser vulgar, digno sin ser rebuscado, animado sin caer en artificioso, realista sin degenerar en chillón, personal sin atisbos de amaneamiento, lleno de viveza y amenidad sin pretensiones efectistas. En la *Autobiografía* llanamente descriptivo, didáctico en el *Edificio*, en las *Cartas* dulcemente familiar e íntimo. Siempre sincero.

El estilo de la Madre es llano y sencillo como su lenguaje, natural y oportuno, rico y variado. Exageradamente difuso, empedrado de paréntesis y de repeticiones. A pesar de lo cual, mantiene el interés y se lee con agrado. "La sencillez y naturalidad de su decir — escribe el P. Casal —, manifiesta evidentemente que habla el corazón lleno de amor de Dios. Ahí no hay artificio ni aparato. La intención, el afecto, la bondad, están en claro con sus naturales encantos."⁴¹

8. PROCESO JUDICIAL DE LOS ESCRITOS

Como la vida de la Venerable había pasado por el crisol de la prueba, así su obra hubo de pasar, a raíz de su muerte, por el contraste de la más enconada persecución. A tal punto llegaron las cosas que los Superiores de la Orden se vieron precisados a examinar sus escritos. En 1761 se presentaba en la Mesa del Definitorio General la *Relación de su vida* y el *Edificio espiritual*. Ambos fueron entregados a dos graves teólogos de la Orden para que los examinaran minuciosamente. Nos constan sus nombres: Francisco de San José, luego Provincial de Castilla la Vieja, y Manuel de la Virgen, que acaba de ejercer este mismo oficio. Al fallecimiento de éste se nombró un tercero en sustitución cuyo nombre se desconoce. El examen hubo de durar cerca de diez años.

Los jueces tomaron a conciencia su cometido. Hasta el extremo de analizar con la más implacable rigidez escolástica las obras de la Madre en todos sus aspectos. Si los Superiores les pedían un juicio certero sobre la

41 Cf. P. CASAL, o. c., p. 34.

doctrina en el puro terreno dogmático-moral, ellos lo emitieron sobre otros muchos puntos que nada tenían que ver con la comisión recibida.

Verdades o aseveraciones imprecisas en el terreno teológico, fórmulas inadecuadas de sabor vulgar interpretadas en rígido sentido escolástico, actuaciones imprudentes desde un punto de vista puramente humano, mercedes infrecuentes o francamente raras en la fenomenología mística tradicional, gracias de carácter carismático no bien definido, inexactitudes históricas, contradicciones aparentes, atisbos de vanidad, de desequilibrio o intervención demoníaca, hasta la forma literaria, incorrecciones gramaticales y defectos puramente ortográficos, hubieron de ser puestos en evidencia con el más implacable rigor. Hay en este proceso cosas que enervan de no pensar en la buena fe de aquellos severos jueces.

Los reparos, a centenares (como que pasan de quinientos) fueron puestos en manos de los Superiores al cabo de tantos años de examen minucioso. No ha de maravillar el tiempo invertido en tan ruda tarea, si se tiene en cuenta la escrupulosidad de los censores y las *tres mil y pico* páginas revisadas. Como que para 1770 apenas se había terminado del todo.

El Definitorio General entregó estos reparos al P. José de Jesús María, teólogo de Salamanca, confesor de la Venerable, especialista en Exégesis y en Mística Teología, para que los examinase con detención y diese su juicio. El P. José fue respondiendo, en efecto, una tras otra a todas las observaciones de los jueces. En realidad no hay ni un solo reparo grave. A lo más a que se llega es a la conveniencia de explicar algunas frases un poco oscuras, que podrían prestarse a falsas interpretaciones, y alguna que otra afirmación inexacta. Basta leer estas respuestas del P. José para acreditarle de gran teólogo y de autorizado maestro de espíritu.

Al cabo de diez años largos, los Superiores Mayores quedaron satisfechos. Los escrúpulos de los émulos de la Madre, vencidos. La admiración de los devotos, corroborada. La legitimidad de aquella causa, bien demostrada. Aquel largo y duro proceso no había logrado más que hacer subir de punto su valor y su estima así fuera como dentro de la Orden.

A pesar de todo, da pena que esas OBRAS sigan inéditas en casi su totalidad.

9. LA PRESENTE EDICIÓN

La presente edición quiere ser un obsequio a la Venerable Madre María Antonia en el *segundo centenario* de su muerte. Agradecemos a los directores de la biblioteca de "Espirituales Españoles", doctores D. Pedro Sáinz Rodríguez y D. Luis Sala Balust, la delicadeza de incluir en su colección esta obra de la Fundadora de Santiago.

Dos observaciones hemos de hacer a nuestra edición: sea la primera, que aquí sólo publicamos la *parte segunda del Edificio* espiritual. Razones de índole privada nos han aconsejado omitir la primera parte por su finalidad particular y doméstica; sea la segunda, que ofrecemos por vez primera el texto compostelano transcrito con la máxima fidelidad del manuscrito original de la Madre.⁴² Sólo nos hemos permitido la libertad de adaptar la ortografía y puntuación primitiva a las exigencias actuales con el fin de facilitar la lectura. También ofrecemos la comprobación de las citas que no se hallan en el original. La división de los capítulos y sus epígrafes son del P. José de Jesús María. Por eso van entre corchetes.

10. RESEÑA DOCUMENTAL

Bajo este epígrafe queremos recoger así las fuentes documentales como la poca bibliografía existente sobre la Madre. Todo puede ayudar a un conocimiento más perfecto de la escritora mística.

Distribuidos en tres grupos, recogemos en el primero la producción literaria de la autora; en el segundo, lo que de ella nos dicen otros documentos primitivos; y en el tercero, la escasa bibliografía sobre su vida y sobre su obra.

42 Cf. nota 7.

A) PRODUCCIÓN LITERARIA DE LA MADRE MARÍA ANTONIA

1. *Autobiografía:*

a) *El Original:* "Relación de la vida interior, y exterior / de la M. María Antonia de Jesús, / Fundadora de el Convento de Carmelitas Descalzas, / de la ciudad de Santiago de Galicia. / Escrita por la misma Madre por manda / to mui apretado de sus Confesores, / Dividida en diversos Trozos, Partes, y Capítulos. / por uno de ellos el P. F. Joseph / de Jesús María, Religioso C. D. / Con un Prólogo, y Copioso índice de los títulos correspondientes a sus lugares / Ad majorem Dei laudem et honorem." /

Tres vols. de 20 × 15 cms., enc. en pergamino, con broches de pergamino. Entre los tres volúmenes dan la cifra exacta de 2.248 páginas. Distribuidas del modo siguiente, en dos trozos, dos partes y 131 capítulos, a saber:

Volumen primero: Consta de 398 folios, numerados sólo en el anverso. Lleva, además de los numerados, dos folios en blanco al principio y al fin del volumen; mas la Portada, el Prólogo que ocupa seis folios y medio, el Índice general de toda la obra, que ocupa un total de treinta folios. Todo sin numerar y de letra del P. José de Jesús María. A continuación del Índice siguen tres folios en blanco. Luego comienza el Prólogo de la autora y siguen los 76 primeros capítulos de la primera parte del primer "trozo".

Volumen segundo: Consta de 516 folios, numerados sólo en el anverso como el anterior. Están distribuidos del modo siguiente: Prosiguen los folios con la numeración del primer volumen que corresponde a la pág. 399, hasta la 818 en que termina la primera parte del primer "trozo". Con el comienzo de la segunda parte se inicia nueva numeración. Llega en este volumen hasta la pág. 96.

Inserta este volumen al principio el siguiente documento:

Carta del P. Joseph de / Jesús María, Prior del Santo De / sierto de San Joseph de el Monte / de las Batuecas a Ntra. Madre Pri / ora, y Religiosas Carmelitas Descalzas de el Convento de Ntra. M. Sma. de el Carmen de la Ciudad / de Santiago sobre las Obras de la V. M. María Antonia de Jesús / Fundadora de el mismo Convento. Año de 1760. / [Hay un texto en latín correspondiente a los vers. 6-7 del cap. 12 del lib. de Tobías, "Benedicite Deum", etc.]

La Carta del P. José, escrita de su letra, ocupa 20 folios. Contiene este volumen los restantes capítulos de la primera parte hasta el 133; y los 15 de la segunda parte del primer "trozo".

Volumen tercero: Consta de 500 folios, numerados como los anteriores sólo en el anverso. Están distribuidas del modo siguiente: comienza nueva numeración con el comienzo del segundo "trozo" y llega hasta la pág. 410, en la que termina la primera parte de este segundo "trozo". Comprende 75 capítulos. Sigue la segunda parte con nueva numeración, formada por el "Apéndice" sobre los padres confesores y directores espirituales con quienes comunicó la Venerable. Comprende este Apéndice 90 páginas y 17 capítulos. Tiene una hoja en blanco al principio, repite íntegra la portada del primer volumen y termina con dos hojas en blanco al final. De este Apéndice hizo un resumen más tarde el P. José de Jesús María.

(Cfr. Archivo Conventual de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago de Compostela.)

b) *La Copia:* "Vida de la Me. / María Antonia de Jesús / Fundadora de el Convento de Carmelitas / Descalzas de la ciudad de Sant-Yago / de Galicia / Escrita por la misma Me. por mandado de sus / Confesores: y dividida en partes, y capítulos por el Pe. Fr. Joseph de Jesús M.^a/Religioso Carmt^a. descç^o."

Dos volúmenes de 30 × 21 encuadrados en pergamino, con broches de pergamino. Entre los dos volúmenes dan la cifra de 2.264 páginas, distribuidas en la forma siguiente:

Volumen primero: "Contiene la Relación de la Vida interior y exterior desde / su niñez hasta el año de 1738, en que tenía cinco de / Religión / Escribióla en el Convento de Sta. M.^a de Corpus Christi de Alcalá / de Henares por mandato de su Confesor el P. Fr. Antonio de la Cruz, Lector de theología escolástica en el Colegio de sn. Cyrilo de / los Carmelitas descalzos de la misma ciudad / dicho año de 1738."

Tiene este primer volumen un total de 1.379 páginas numeradas. Lleva al principio la "Certificación y protesta / de el P. Fr. Joseph de Jesús María, prior actual / de el Convento de Carmelitas Descalzos de la ciudad de / Palencia. / En apoyo de la verdad, con que procedió en la relación / de su vida interior y exterior / la M. María Antonia de / Jesús. / Ocupa ocho folios, más el Índice.

Volumen segundo: "Contiene la Relación de su Vida interior, y exterior desde / el año de 1738, en que el Señor renovó sus antiguos deseos / de la Fundaz^on. hasta el de 1754, en que después de ya comenzada, / se estaba ya fabricando el nuevo Convento., con una addición de los Directores espirituales que tuvo y de el método, que / observaban en la direc^on. de su / espíritu /. Escribióla en la ciudad de Sant-Yago por man / dato de su Confesor el referido P. Fr. Joseph de Jesús / María, Ex-Lector de theología Expositiva / y Mystica en el Collegio de S. Elías de / Salanc^a. el dicho año de 1752."

Tiene este volumen un total de 885 páginas. Lleva al principio la Carta del P. José a la Priora y Carmelitas Descalzas de Santiago etc. que ocupa 17 folios; más el Índice de esta segunda

parte, en 10 folios y medio sin numerar, con una hoja en blanco al principio y otra al fin.

(Cfr. Archivo Conventual de MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

2. Edificio espiritual:

a) *El original*: “Edificio espiritual, / que dedica a sus hijas, y Hermanas / venideras / la M. María Antonia de Jesús, / Fundadora de el Convento de Carmelitas Descalzas de la Ciudad de San- / tiago de Galicia, / Escrito por la misma M. María Antonia. / por repetidos mandatos de su Confesor / el P. Fr. Joseph de Jesús María, / Dividido en partes, y Capítulos por el mismo / Padre / Con un índice de los títulos, Correspondientes / a sus lugares. /Ad majorem Dei laudem, et honorem. / Año de 1756.”

Un volumen de 20 × 16 cms. encuadernado en pergamino, broches de pergamino. Dividido en dos partes con un total de 30 capítulos cada parte y 400 folios numerados sólo en el anverso; sin contar cinco hojas en blanco al principio, más otras seis que ocupan la Portada y el Índice general de la obra de letra del P. José, con otras tres en blanco al final.

(Cfr. Archivo Conventual de MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

b) Copias:

Copia A': “Edificio espiritual, / que dedica a sus hijas, y hermanas venideras la / Me. María Antonia de / Jesús. / Fundadora de el Convento de Carmelitas Des / calzas de la Ciudad de Santiago / de Galicia / Escrita por la misma Me. María Antonia / por repetidos mandatos de su Confesor, / el Pe. Fr. Joseph de Jesús / María. / Dividido en Partes, y Capítulos por el / mismo Pe. / Año de 1756.”

Un vol. de 30 × 21 y 796 págs. Lleva al principio la Carta del P. José sobre las Obras de la Madre María Antonia a la priora y comunidad de Santiago. Ocupa 37 folios paginados; a continuación la *Relación de los Confesores* con quienes comunicó la Madre, en 12 folios sin paginar; al fin se insertan unas advertencias en obsequio a la verdad y sinceridad con que se procedió en el traslado del *Edificio*, que ocupan 1 folio, páginas 794-795. La Relación de los Confesores y estas advertencias son del P. José. La primera es un resumen de la hecha por la Madre en la *Autobiografía*, Trozo 2.º, parte 2.ª.

(Cfr. Archivo Conventual de la MM. Carmelitas de Santiago.)

La gracia del espíritu Santo me favoreció,
 y me arrojó para una cosa tan superior a
 mis fuerzas, como para mi insuficiencia y
 inutilidad, y suyo entendimiento. Como me
 manda, hazer V. D. de y Señor mio, que
 no me basaba con el Sabido o obedido,
 en hazerle por exalto, y por sumando de
 la cacion de la bestia, que me saltaba de mi
 vida, (lo que me costó tanto, como d' y v. d.
 sacud) sino que despues de cumplir con a-
 quella obediencia, me manda mi padre
 conuebo otra, que aun cumplido, que pa-
 ra mi mucha suadencia e mucha marañada.
 la materia, q' me ordena V. D. - yo nose, que
 piense, ni que diga mi lengua, ni que haga
 mi mano, y sobre discurso, para poder, mo-
 ver la pluma en cumplimiento de su santa
 obediencia: que me halló combatida bastante
 de pensamientos contra aquella obediencia parti-
 cular de exaltacion pero d' como estan ama-
 dor de gloria. Virtud. de la Santa obediencia.
 ya, me pone presente la suya, para debatin
 ala opacion del enemigo, y al mismo me fue

Fotocopia de la primera página del "Edificio espiritual",
de puño y letra de la Vble. M. María Antonia.



Copia B': "Edificio / Espiritual / Que dedica a sus Hijas, y Her / manas venideras de el Convento / de Carmelitas Descalzas / de la Ciudad de San / tiago de Galicia su / Fundadora la V. M. María An / tonia de JHS. / Escrito por ella misma por repetidos man / datos de su Confesor, y Director Espiritual. / Año de MDCCLVI."

Dos vols. de 21×15 . El primero de 552 págs., más 27 folios sin pagar al principio — sin contar la portada y una hoja en blanco — que ocupa la mencionada Carta del P. José recomendando la *Vida* y el *Edificio espiritual* de la Venerable a la priora y comunidad de Santiago, juntamente con el Índice de capítulos de la primera parte del *Edificio*. Lleva al fin dos hojas en blanco. El segundo volumen consta de 542 páginas, descontadas las 2 hojas en blanco al principio además de la portada y 3 hojas que ocupa el Índice de capítulos de la 2.^a parte del *Edificio*. Lleva al fin otras 2 hojas en blanco.

(Cfr. Archivo Conventual de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

3. Epistolario:

a) *Original*: "CARTAS DE NUESTRA VENERABLE ME. / a varias personas, y otros escritos. /

Así reza el título de un respetable cartapacio, donde guardan las carmelitas descalzas de Santiago una buena colección de *Cartas* autógrafas de la M. María Antonia. Hacen un total de 135 cartas, en tamaño infolio de 31×20 en general; sin contar otras 50 lo menos en tamaño cuartilla y media cuartilla, que las mismas Madres de Santiago guardan en otra carpeta.

b) *Copia*: "Cartas de la / V. M. María Anto / nia de Jesús / Fundadora de el Convento / de Carmelitas Descal / zas de la Ciudad de / Santiago de / Galicia / Dividida en dos Partes de este / volumen por el P. Fr. Joseph de Jesús / María su Confesor. / Año de MDCCLXVII."

Infolio de 30×21 con un total de 331 folios numerados, más los Índices.

(Cfr. Archivo Conventual de MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

Acerca de la caligrafía de los originales hemos de decir que es elemental, pero clara y bien legible, de rasgo uniforme, sin ortografía ninguna y puntuación anárquica. Las copias, en cambio, dirigidas no realizadas por el P. José, son de una pulcritud notable así caligráfica como ortográfica.

B) DOCUMENTOS PRIMITIVOS RELACIONADOS CON LA M. MARÍA ANTONIA

1. *Proceso informativo "de vita et moribus"*:

Lo forman cuatro gruesos folios de 30 × 21 encuadrados en pergamino, con un total de 1.908 páginas, distribuidas en la forma siguiente:

Volumen primero: Abarca un total de 214 folios, sin paginar.

Volumen segundo: Abarca un total de 415 folios, paginados.

Volumen tercero: Abarca un total de 112 folios, paginados.

Volumen cuarto: Abarca un total de 213 folios, paginados.

Contiéndense en ellos las "Declaraciones juradas" de unos 130 testigos "de visu". Personas de todos los estados y condiciones: clérigos, religiosos, seculares, hombres de cultura, gente sencilla, familiares de la Madre, confesores, preladados, etc. Fue abierto al poco tiempo de morir la Madre por orden del General de la Orden, P. Pablo de la Concepción. Recogió las Declaraciones el P. José de Jesús María. Menos de dos años invirtió en esta labor. En febrero de 1762 estaba oficialmente terminado y era puesto en manos de los Superiores. No se prosiguió.

(Archivo Conventual de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

2. *Libro de las Carmelitas Descalzas de Santiago*:

"Libro de Becerro / de las Carmelitas de San / tiago.
Año de / 1748 /."

Infolio de 30 × 20 cms., encuadrado en pergamino, con broche de pergamino. Aunque el título que lleva el primer folio en su anverso en letra grande es como está transcrito, en el reverso en cambio se completa en letra más pequeña: "Compendio historial de la Fundación de / Ms. Carms. Descas. de la Ciudad / de Santiago, y de la Vida de su Ve. Me. Fundadora María Antonia / de Jesús. /"

No está paginado sino en parte; y las 42 páginas primeras están dedicadas a la Madre.

(Archivo Conventual de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

3. *Libro necrológico de las Carmelitas Descalzas de Santiago*:

"Libro de las Religiosas / difuntas de este Convento de / Carmelitas Descalzas de esta Ciu / dad de Santiago desde su Funda / ción que fue el año de 1748. /"

Infolio de 30 × 20 cms., encuadernado en pergamino, sin numeración completa. El primer Acta necrológico es el de la Venerable M. María Antonia de Jesús, pág. 2. Ocupa cuatro folios y medio, numerados. Es el complemento de la *Autobiografía*, para la historia de los últimos cinco años de su vida.

(Cfr. Archivo Conventual de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

4. *Libro fundacional de las Carmelitas Descalzas de Alcalá:*

“Libro del es / tado i fundación / deste Convet^o. de Sta. M.^a / de Corpus Xpti. / de Descalzas Religiosas de Ntra. Sra. / del Carmen desta Villa de Al / calá de Henares. / Hízose este libro el año / de 1636.”

Infolio de 31 × 23 cms., encuadernado en pergamino. Contiene: la historia de la fundación (1599). Memorias de Misas y otras obligaciones, privilegios, escrituras, inventarios (incompletos y sin orden), profesiones, prelados, visitas canónicas, etc. Y, por fin, la Relación bio-necrológica de las religiosas fallecidas en esta casa, desde su fundación hasta el año 1914.

(Cfr. Archivo de las MM. Carmelitas Descalzas de Alcalá de Henares.)

5. *Documentos emanados del P. José de Jesús María, su confesor:*

a) CARTA a la M. priora y comunidad de Santiago, en recomendación de la Vida y del Edificio de la M. María Antonia. Hállase al comienzo del segundo volumen de la *Autobiografía*, de puño y letra del mismo autor. Ocupa 20 folios sin paginar. También se halla en la copia de la *Autobiografía*, al comienzo del segundo volumen, hecha por orden del P. José. Ocupa 34 páginas numeradas. Hállase igualmente en las dos copias del *Edificio espiritual*, al principio. En la primera ocupa 37 páginas; en la segunda 52 páginas sin numerar.

b) RELACIÓN de los confesores y directores espirituales con quienes comunicó la M. María Antonia. Es una reducción del Tratadillo de la Madre, y se halla en la primera copia del *Edificio* a continuación de la carta citada del P. José. Ocupa 12 folios sin numerar.

c) ADVERTENCIAS en obsequio a la verdad y sinceridad con que se procedió en este traslado del *Edificio*.

espiritual. Se halla al fin de la primera copia del *Edificio*, pág. 794.

d) CERTIFICACIÓN Y PROTESTA en apoyo de la verdad con que procedió en la Relación de su vida interior y exterior la M. María Antonia de Jesús. Va al frente de la *Autobiografía*, vol. 1.º, de letra del P. José. Ocupa ocho folios.

d) RESPUESTAS de el P. / Joseph de Jesús María / Religioso Carmelita Descalzo / a las Notas de los Padres Reviso / res de las Obras de la V. M. / María Antonia / de Jesús. /

Infolio de 30 × 21 cms., encuadernado en pergamino y 496 páginas. De las cuales, 334 ocupan las respuestas relativas a los reparos del *Edificio espiritual* y 162 las que se refieren a los reparos de los dos Trozos de la *Vida*. Tiene dos hojas en blanco al principio y cuatro al final.

(Cfr. Archivo de las MM. Carmelitas Descalzas de Santiago.)

C) BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DE LA M. MARÍA ANTONIA:

CAPÓN FERNÁNDEZ, M., *Una escritora mística gallega de altos vuelos*, en "La noche" (Diario de Santiago), 10 de noviembre de 1948.

COUCEIRO-FREIJOMIL, A., *Enciclopedia gallega. Diccionario bio-bibliográfico de escritores*. Santiago de Compostela, 1945. Vol. 3, V. Pereira do Campo, 70.

CASAL, Pedro Bartolomé, O. F. M., *Memoria de la V. M. María Antonia de Jesús, fundadora del Convento de Nuestra Señora del Carmen de Santiago*. Santiago, 1870.

CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, O. C. D., *La Escuela Mística Carmelitana*. Ávila, 1930.

DÁMASO DE LA PRESENTACIÓN, O. C. D., *Flores del Carmelo o Año Cristiano Carmelitano*. Madrid, Edic. de "Espiritualidad", 1948. Vol. I, págs. 431-437.

EVARISTO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, O. C. D., *La Monjita del Penedo. Vida de la Vble. Madre María Antonia de Jesús, Fundadora de las Carmelitas Descalzas de Santiago de Compostela*. 2 vols. de 20 × 14, con XXII-510 págs. el primero; y 646 págs. el segundo. Editados el primero en Santiago, 1931; el

segundo en Madrid, 1948. Este mismo año publicó un Resumen en folleto de 16 × 102 págs. en Santiago, 1948.

ISIDORO DE SAN JOSÉ, O. C. D., *Una gran escritora mística experimental del siglo XVIII: La Vble. M. M.^a Antonia de Jesús, Carmelita Descalza, su Vida y su Doctrina (1700-1760)*. Estudio histórico-doctrinal presentado como Tesis "ad lauream" en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, 8 de junio de 1959. (Dos volúmenes, encuadrados de 32 × 22 cms., mecanografiado a doble espacio, con un total de 918 páginas.)

ISIDORO DE SAN JOSÉ, O. C. D., *Resumen de una Tesis doctoral sobre una nueva figura de la Escuela Mística Carmelitana* (Cr. Rev. de Espiritualidad, 18 (1959) 576-580).

ISIDORO DE SAN JOSÉ, O. C. D., *Una escritora desconocida de la Escuela Mística Carmelitana* (Cr. Rev. de Espirituales, 19 (1960) 163-190).

ISIDORO DE SAN JOSÉ, O. C. D., *La Oración mental en la espiritualidad de la Vble. M. M.^a Antonia de Jesús* (Cf. Rev. de Espir., 19 (1950) 447-479).

SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D., *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*. Tom. XI, c. XX, págs. 506-535. Burgos, 1943.

Con esta visión panorámica sobre la Vida y la Obra de la Vble. Madre María Antonia de Jesús, está el lector preparado para penetrar en este hermoso *Edificio espiritual*, saturado de la unción del Espíritu.

Salamanca, 1960.



‡
Edificio espiritual,
que dedica a sus hijas, y Hermanas
venideras
La M. María Antonia de Jesus,
Fundadora de el Convento de Carme-
litas Descalzas de la Ciudad de San-
tiago de Galicia,
Escrito por la misma M. María Ant.^a
por repetidos mandatos de su Confessor
el P. F. Joseph de Jesus María,
Dividido en partes, y Capítulos por el mismo
Padre
Con un índice de los títulos correspondientes
a sus lugares.
Ad maiorem Dei laudem, et honorem.
Año de 1756.

Fotocopia de la portada del "Edificio espiritual", de puño y letra del P. José de Jesús María, O.C.D., Confesor de la Madre María Antonia. (Año de 1756.)



EDIFICIO ESPIRITUAL, / *que dedica a sus hijas, y Hermanas / venideras / La M. María Antonia de Jesús, / Fundadora de el convento de Carmelitas Descalzas de la Ciudad de Santiago de Galicia, / Escrito por la misma M. María Antonia / por repetidos mandatos de su Confesor / el P. F. Joseph de Jesús María, / Dividido en partes, y Capítulos por el mismo / Padre. / Con un índice de los títulos correspondientes / a sus lugares. / Ad mejorem Dei laudem, et honorem. / Año de 1756. /*

NOTA: El título de la portada y el Índice de los títulos que le sigue es de letra del P. José. Lo dice él mismo en la Carta a la Rda. M. Priora: "el índice de las partes y capítulos que contiene [el *Edificio espiritual*] están también de mi letra, como así mismo sus llamamientos". Cf. Carta citada, p. 23. Ocupan 6 fols.



[PROLOGO DE LA MADRE MARIA ANTONIA DE JESUS]

[EN QUE SE TRATA DE LA ORACIÓN, CUYO EJERCICIO PERTENECE DERECHAMENTE A LA FÁBRICA INTERIOR DEL EDIFICIO ESPIRITUAL]

PUES ahora, hijas mías, en vista de la grande necesidad que tenemos de la Oración para poder ejercitarnos en todo género de virtudes, que sin ella ya sabéis que no pueden permanecer mucho en el alma, porque las falta su propio riego que las mantenga frescas y olorosas, ¿qué os puedo yo decir acerca del santo ejercicio de la humilde Oración que debéis de tener [así] para guardar y llevar adelante como para mantener en pie toda la fábrica que os he dicho al principio de todo este espiritual Edificio, sobre los cimientos que allí dije de una verdadera humildad y rendida obediencia, junto con las demás virtudes que de paso os he encomendado y exhortado a que las procuréis todas con el favor de Dios, vuestro divino Esposo, como verdaderas esposas suyas, que desean imitarle y hacerse semejantes a El, porque eso pretende de vosotras?

No tengo más que deciros, que lo mismo que os he dicho también. Que [así] para vuestra guía interior como para todo ejercicio de virtudes hallaréis toda la luz y doctrina en los Libros santos de nuestra Santa Madre y Santo Padre, San Juan de la Cruz, que con más especialidad hablan tan divinamente de cosas pertenecientes a este ejercicio santo de la Oración mental.

Allí nos dan copiosa doctrina para sabernos ejercitar en ella y los efectos que debemos sacar, y juntamente las obras que debemos hacer y las que corresponden a cada grado de la meditación y contemplación.

Y, en fin, van como Santos experimentados con di-

vina sabiduría, subiendo al alma hasta dejarla en lo más alto de la perfección cristiana y religiosa, unida y transformada en el Hijo de Dios, Esposo, y divino Verbo, donde la esconde y se pierde de vista para nuestros ojos.

Estos míos, hijas, no son para ver tan altas cosas. Esto es, no es de mi corto entendimiento comprenderlas, ni mi voluntad se sabe disponer para que las experimente; y así en ellas, como digo, os remito a la dicha luz y doctrina de nuestra Santa Madre y Santo Padre. Y sólo porque me obliga la santa obediencia (a la que no puedo faltar como en todo lo demás que queda dicho) y me manda que acabe con ella con decir lo que se me ocurra en dicha materia de Oración, lo habré de hacer. Que mis alegatos y disculpas, Hermanas mías, parece que en vez de eximirme de estas materias, que mi inutilidad y poco saber no alcanzan, me sirven de mayor tormento y a costa de mi poca humildad me hacen hacer lo que mi natural tanto repugna.

Dios lo reciba todo y me dé luz, para que pueda yo obedecer en cosa que tanto temo que no acierte con nada que pueda servir, hijas mías, de algún provecho para vuestras almas. Después que para todas vuestras dudas y saber dirigir vuestro espíritu a Dios, lo hallaréis todo en los dichos Libros y en otros a donde os remito. Como también a la guía y dirección de vuestro Padre espiritual, que con la divina luz espero que acierte en el modo de gobernar vuestras operaciones así interiores como exteriores.

No hablaré en este corto discurso de cosas interiores; sino cuanto baste para poder en algo obedecer a quien me lo manda. Y será sólo para almas que, después de salir del mundo y que dejaron su bullicio y los muchos peligros que hay en él por entrarse en la Religión que profesamos, viven ya en esta santa casa con algún desengaño de lo que es la Babilonia de la libertad del siglo, y quieren servir a su Dios que las ha llamado de veras.

Con dichos principiantes hablaré, si Dios me diere alguna luz, para que también vaya conforme a lo que de ellos queda dicho al principio de este Tratado acerca de las otras virtudes que han adquirido y les han enseñado en su santo Noviciado.

Y, así, para que dichas flores de virtudes (que hemos visto en ellas entonces como allí se dijo) no las pierdan, antes bien, para que cada día crezcan en sus almas y las ejerciten con la perfección que piden, diré lo que el Señor me inspire acerca de cómo se han de ejercitar dichas almas principiantes en el santo ejercicio de la Oración que las corresponde, sujetándome en todo lo que las dijere debajo de la protesta que puse y dejo dicho al principio de este Libro.

Y en Nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, empiezo y le suplico me alumbré y me diga lo que las debo decir para su mayor honra y gloria y mayor bien de las dichas almas. Amén, Amén.

[CAPITULO 1]

[DE LA PUREZA DE CORAZÓN CON QUE SE HA DE ENTRAR EN LA ORACIÓN Y EXPLICA CÓMO SE HAN DE EJERCITAR LAS ALMAS A LOS PRINCIPIOS VALIÉNDOSE DE IMÁGENES, FIGURAS Y DISCURSOS, CONDUCENTES AL ESTADO DE PRINCIPIANTES Y VACIÁNDOSE DE LAS QUE LAS DIVIERTEN DE SU BUEN PROPÓSITO. PONDERA EL PELIGRO A QUE SE EXPONEN LAS QUE PRETENDEN SUBIR A LO MÁS ALTO DE ESTE EJERCICIO ANTES DE PASAR POR EL MEDIO]

LA Oración y trato con Dios Nuestro Señor, ya saben las almas que están algo desengañadas por medio de la buena crianza y doctrina y luz que las han dado en el santo Noviciado de la Religión, la pureza y limpieza de conciencia que pide, siendo tan santo ejercicio y divino empleo, para que Dios Nuestro Señor se sirva de darnos luz de lo que debemos hacer y sacar fruto del tiempo que empleásemos en ella; de suerte que lo verifiquemos con obras dignas de algún valor y mérito delante de los divinos ojos del que vamos buscando por tan divina escala; subiendo por ella de grada en grada hasta que el divino Esposo, atractivo de nuestras almas, nos haga merced de llegarnos al último escalón, en el que ya puede descansar el alma que emprende subir por

ella.¹ Pues, hasta tanto, es un camino éste de la Oración, que siempre pide el que no descansemos en él, si queremos llegar a gozar el descanso y reposo del fin.

Y cuanto más trabajásemos y más pasos diésemos en el camino místico del espíritu, más presto llegaremos al cabo de esta divina jornada.

Pero para andarla, las que somos principiantes en dicho camino, nos toca empezarlo a andar por los primeros pasos de él y no por donde se acaba. Porque suelen algunas almas adelantarse tanto en sus discursos, que aún bien no saben meditar un poco en su conocimiento propio, cuando ya se alaban de que su Oración es de entendimiento y que ya no pueden meditar en cosas corpóreas ni traer a su imaginación ninguna imagen, aunque sea la del Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, cosa que es fuera de la común vía de las almas principiantes en este santo ejercicio de la Oración y meditación. Que apenas se les debe dar mucho crédito, a no hacerlo Dios con algún auxilio o llamamiento especial, que desde luego quiera su Majestad singularizarse con alguna otra alma, subiéndola de su imaginación a que obre por especies del entendimiento sin figura de cosa corpórea.

Pero no es lo dicho regla común de las almas que empiezan a tener Oración. Como quiera que para obrar nuestro entendimiento se vale de lo que recibió en sí la imaginación, a mi corto entender, que son las figuras corpóreas que se le presentan en la imaginativa; y de ellas pasan al entendimiento, en donde las espiritualiza. Cuando llegue este caso, ya no obrará el alma ni se gobernará por las imágenes, que retiene en sí esta parte sensible de nuestra imaginación y fantasía.

Pero hasta que nos ejercitemos en labrar esta primera pieza de la imaginación, nos es necesario detenernos algún espacio de tiempo los que empezamos a recoger nos un poco a nuestro interior, imitando a los hijos de las aves, que luego que salen del nido, los llevan sus

1 No quiere decir la Madre que al llegar aquí cese el alma de caminar, ni goce ya de la felicidad de la patria; sino que cesa el buscar a su Esposo con ansias penosas. De suerte que puede aplicarse el texto de los Cantares: "Inveni quem diligit anima mea; tenui eum nec dimittam (Cant., 3, 4). Es la doctrina de S. Juan de la Cruz (*Noche*, lib. 2, c. 20, n. 3-4; *Llama*, c. 3, n. 3).

padres para enseñarlos a volar, como yo he observado en algunas ocasiones, de las que me valgo ahora para mi pobre y corta explicación. Y lo que he visto fue que los padres, que estaban en un árbol bien alto, no sé cómo bajaron a sus pequeñuelos hijos a otro árbol más bajo, en el que se detuvieron un buen rato de tiempo. Del que yo perdía en atender a lo que hacían dichas avecillas, no creo que hace al caso. Víles que las hacían volar los padres de rama en rama del arbolico, empezando por las más bajas, que decían más cerca de la tierra.

Los pobres animalillos se ejercitaban cuanto podían en levantar su vuelo, conforme lo veían hacer a sus padres; los que se daban tanta prisa en enseñar a volar a sus crías, que de las ramas más bajas de donde andaban en su ejercicio, vi que uno de sus padres tomó más alto el vuelo, hasta llegar a la rama más alta del árbol. Y uno de los chicuelos quiso volar hasta lo alto, donde estaba su padre; y el pobre animal, como tenía pocas fuerzas y apenas había criado pluma y alas para coger tan alto vuelo como su padre, se cayó y se aparró en la tierra, donde quedó medio muerto.

Esto mismo sucede a las almas, que todavía no las nacieron alas para volar ni se ejercitaron en los ejercicios humildes de la imaginación, volando de rama en rama del conocimiento propio, de la muerte, juicio, infierno y gloria que son propias consideraciones de los principiantes y de los que todavía no saben qué cosa es Oración de meditación imaginaria, y quieren al primer paso y vuelo levantarlo de suerte, que ya les parece que pueden competir con el de sus padres, que son los que están ya en la vía del espíritu, que es ya obra del entendimiento, que creo llaman de iluminación.

No hemos, Hermanas mías principiantes, de querer volar antes de tiempo; no sea que por hacerlo así, nos suceda lo que a otra avecilla, que se cayó de lo alto de su vuelo en la tierra, de suerte que de tal modo quedó, que ni aún un pequeño alear pudo ni quedó para volver a seguir a sus padres.

Mucho se precia Dios que conozcamos nuestra miseria. Y así hemos de ejercitarnos un tanto en ella, antes de subir a otros ejercicios más altos de nuestro entendimiento, el cual recibe la luz de otra suerte más espiri-

tualizada que la imaginación; de la que nos hemos de valer ahora, los que empezamos este camino de la Oración, meditando en las figuras que ella nos representa, para que después, más adelante, podamos pensar o meditar en la sustancia, que es en el espíritu que está encubierto debajo de dichas formas y figuras. Que es ya obra del entendimiento, y no de la imaginación, que es la primera escala o mansión de esta casa interior de la fábrica de nuestra alma a donde ella está encerrada. Y, así como siempre que uno quiere entrar en una casa, necesita de entrarse por la puerta para poder subir a las piezas de arriba, así las almas que somos principiantes en el camino espiritual, de preciso necesitamos entrarnos por la puerta de la calle para subir a lo alto, donde está el espíritu de nuestra alma que son sus potencias. Las cuales obran de otra suerte distinta de la imaginación. En la dicha primera pieza no hay poco que hacer antes de pasar a las otras.

Supongamos que entramos en dicha primera pieza por la puerta del deseo que Nuestro Señor nos da de seguir el camino interior del espíritu, por cuyo medio nos llama el divino Esposo, para que llegue nuestra alma a unirse con El, puesto que si fuéramos las que debemos ser, aún en esta vida mortal, nos hiciera el divino Esposo tan soberana merced. La que no corresponde todavía a almas principiantes. Y así no conviene hablar ahora de ella, sino de lo que debemos hacer las que no podemos pasar todavía más adelante de esta pieza sensitiva de la imaginación. La que es preciso limpiar de todas las figuras y formas que vemos han entrado en ella, por estos sentidos corporales: por la vista y oído y los demás.

Ahora puede ser que se os ofrezca la duda, Hermanas, sobre este nuevo trabajo que os pido de que es preciso que toméis la escoba en la mano (que es el deseo con que quisiérais entrar en esta primera pieza) y supuesto que os digo que es menester que nos ayudemos los principiantes de sus figuras y formas, que en ella y ella nos representa para caminar en este camino espiritual, que ¿por qué me contradigo en decir que es menester limpiarla? Esto es, Hermanas, que la limpiemos de las figuras, que se nos representan en la Oración, que son ajenas del que ora y desea meditar en las cosas

que más nos conviene, para sacar efectos correspondientes a las virtudes que debemos ejercitar, que ya he dicho que sin Oración no se podrán sustentar con permanencia dichas flores de virtudes en nuestras almas. Pues de la meditación y Oración hemos de sacar el modelo de cómo las hemos de ejercitar y poner por ejecución.

Pero, ¿cómo hemos de sacar dicho *modelo* (que es lo mismo que *modo*) si tenemos delante de los ojos de nuestra imaginación tan malas formas y figuras como son las que nos representan en esta primera pieza de la imaginación y fantasía? Que mucho más vivamente las representa el enemigo en el tiempo que oramos que en otro; para que con semejantes representaciones nos divirtamos y embaracemos con ellas. Y nos hace perder tan precioso tiempo como es el que empleamos en la Oración. Y nos hace salir de ella sin tenerla. Y aún salimos a veces peores de como entramos. ¿Pensáis que tiene él pocos enredos y títeres dispuestos, para que luego que entramos en el lugar de la Oración, representáranos en esta pieza baja de nuestra imaginación? Pues son tantos, que no creo tienen número. Estos son de diversas hechuras y colores, que son los pensamientos que allí ocurren de varias cosas y figuras; las que no producen más efecto en el alma, como he dicho, que perdimiento de tiempo y sequedad de espíritu. Como que no son correspondientes objetos (con los que nos hemos divertido) para poder sacar jugo y devoción de nuestra Oración.

Mil maneras de imágenes pinta el demonio en esta primera pieza para estorbarnos con mirar a ellas y detenernos con sus fingidas razones, de modo que no nos deja un poco de lugar, para que podamos pintar nosotros las nuestras.

Se parece esta idea del demonio a la de los gentiles o adoradores de los ídolos, que no permiten en sus casas más pinturas o imágenes que las de los mismos ídolos y dioses falsos que ellos mismos adoran; y se divierten en mirarlos, llevándolos toda su atención y cuidado en reverenciarlos. Así a esta casa de nuestra fantasía e imaginación, que es adonde el enemigo tiene más mano y señorío para pasearse por ella, la adorna — como dije —

de sus falsos dioses, con los que divierte a la pobre alma. Que es una lástima ver tantas [almas] que profesan vida santa y religiosa que toda la vida, y acaso después de muchos años de Oración, por la poca diligencia que ponen en desechar semejantes figuras y pensamientos impropios de aquel tiempo que está el alma en la Oración, que no han salido todavía de esta primera mansión.

Y luego se quejan de que no hallan a Dios en su retiro interior ni tienen consuelo algunos en su meditación. Y no reparan que las proviene todo de lo que acabo de decir: que es de no desechar, cuanto está en nuestra parte, todos los pensamientos importunos, que el enemigo trae a la dicha imaginación. Que no es menester especificarlos aquí; porque, aunque sea alma principiante en este santo ejercicio de Oración, como tenga alguna mediana capacidad y advierta en ello, conocerá la calidad de las cosas y objetos, que la ponga el enemigo presente. Donde puede ver, si son a propósito de lo que Nuestro Señor quiere, que gaste su vista y memoria en acordarse ni pensar en ellos.

Porque a unas almas la enreda y divierte el enemigo con unas cosas y a otras con otras de diferente manera. Y por eso no se pueden reducir a modo, para especificar aquí los infinitos modos que tiene o sabe el enemigo, para tentar y divertir a las pobres almas principiantes, y aún a las que están más aprovechadas en su meditación y recogimiento.

Como no puede sufrir el que nos determinemos a emprender esta espiritual labor de nuestro interior, dará mil vueltas al infierno para estorbarnos.

Y, así, en el primer paso es donde pone su mayor guerra y batería, levantando sus armas contra la flaqueza de los principiantes y pobres soldados de Cristo; a quien él podemos decir persigue en ellos, pues no quiere que le sirvan ni le vean el rostro, como debemos creer, cuando se nos pone como tranca, a modo de decir en el camino, para impedirnos el buscarle aun en su retrato.

Para que mejor entendamos lo que debemos hacer, en la primera pieza de esta nuestra casa de la imaginación, lo explicaré con una comparación también casera. Que son más acomodadas para nosotras las ignorantes mujeres, que no tenemos letras ni autoridad para valer-

nos de ellas. Aunque puede ser que haya habido alguna mujer en el mundo, tan curiosa de saberlas, que confunda mi pobre estilo en lo que digo. Y dirá con razón que yo no sé lo que me digo por cierto; porque no he puesto cuidado en adquirir noticia alguna para poderme explicar. Y así como ignorante, Hermanas, andaré por lo bajo de cosas humildes y caseras, buscando alguna comparación, que venga algo a mi propósito. Como es la que se sigue, que comúnmente la estamos viendo cada día entre las gentes.

Sucede que uno viene de afuera a este lugar, para vivir en él por algún espacio de tiempo. Para lo cual necesita buscar casa para su habitación. Y, después de haberla buscado y hallado, éntrese en ella. Y, como él es sujeto de mucha distinción, pone los ojos en las alhajas que halla en la dicha casa. Y, como ve que los adornos que tiene en el cuarto de su vivienda, no son correspondientes a su persona, porque acaso se reducirán a trastos viejos y a su tenor lo serán los cuadros y pinturas con que están adornadas las paredes de la vivienda (las que no le dan devoción, para siquiera levantar los ojos a mirarlas, cuánto más para adorarlas por lo viejo y mala pintura que muestran), ¿qué es lo que hace en vista de que se corre que vean vivir en casa tan mal compuesta y aliñada a un personaje como él es?

Lo que hace es que luego que repara en lo que dicho personaje se merece, que es vivir en casa más decente y adornada, por adentro a lo menos, echa fuera de ella todos aquellos trastos viejos y alhajas que no son decentes para el adorno de su cuarto. Y, en lugar de ellas, hace poner otras más conformes y propias para su vista y persona. Y adorna el cuarto de ricas láminas y bien pintadas imágenes para el recreo de su vista y que le muevan a devoción.

Lo que hace dicho personaje, Hermanas, parece que viene bien a lo que debe hacer el alma principiante que viene de afuera, esto es, de los entretenimientos, de los gustos de las cosas del mundo, en que pasó largo tiempo en muchos pensamientos vanos y de ninguna sustancia para el negocio de su salvación.

Y, después que ha sido llamada de Nuestro Señor, dispuso venirse a vivir a esta santa ciudad de la Reli-

gión. Y, después de informada de sus cosas algún tanto, como lo que he dicho en otra parte de las que se crían en el santo Noviciado, es menester que el alma de dichas principiantes se entre dentro de sí y mire los adornos, alhajas y pinturas de que está adornada la casa de su imaginación. Que no es el alma racional de tan baja condición y nobleza, que tenga menos gusto que un personaje de la tierra, como he ido pintando, que sufra tener a la vista las figuras que no son conformes ni dignas de que emplee el tiempo en mirarlas, como el que gaste su imaginación y memoria en ellas.

Pues, como he dicho, son innumerables las cosas que el enemigo nos trae a la imaginación en nuestro recogimiento. Y así, alma religiosa, procura cuanto puedas apartar de tu presencia y vista interior las dichas pinturas. Que, como son pintadas del enemigo, no pueden hacer en tu alma algún efecto bueno de virtud; con lo que sacarás más perdimiento de tiempo que provecho; quedándote sin más ganancia, que de dar mucha a tan maligno pintor, por haberte divertido con sus fingidas imágenes y pensamientos inútiles, que son fuera del lugar de tu Oración.

Y, en lugar de ellas, has de procurar adornar la primera pieza de tu habitación, que es — como he dicho — la imaginación, con otras alhajas y pinturas que sean más conformes a la vista de tu alma y te muevan a devoción. Las que te diré ahora, como mejor pueda; aunque no será mi regla precisa, para que tu alma se guíe por ella. Que será conforme el Señor te mueva por medio de las imágenes que se me ofrezcan decirte en el capítulo siguiente.

Pero antes te encargo que procures trabajar con la ayuda de la divina gracia, pues sin ésta nada podemos, en echar fuera de tu pensamiento e imaginación todo cuanto viejo (como de representaciones inútiles) se te ocurriese en el tiempo de tu Oración; limpiando toda la casa, donde el maldito enemigo tiene tanta mano, para enredar al alma en las telarañas que él teje.

Que por divertir al alma con ellas, no pasan muchas adelante ni las deja entrar en la vía del espíritu. Y sólo se quedan metidas en esta primera mansión, enredadas con mil imaginaciones, cogiendo y soltando otras tantas

sabandijas como el demonio suelta y hace que aparezcan en dicha pieza para enredar la vista de la pobre alma, que bien necesita de mucha ayuda de su Criador para pasar adelante, no haciendo caso de ellas. Que es lo que el enemigo teme: que se le escape el alma de esta pieza.

Porque no tiene tanta mano en las que están después de ella; aunque siempre procura él enredar el alma; y así también la tienta en las de delante. Porque, así como se va escapando y volviendo las espaldas de su interior al enemigo, así mismo discurre nuevas invenciones con que la va persiguiendo, hasta que se le pierda de vista, que será cuando la esconda Dios Nuestro Señor en su mismo seno.

Su Majestad Santísima nos alargue la mano de su favor y misericordia, para que lleguemos a tan alta obra, por los méritos de su querido y amado Hijo. Amén, Jesús.

[CAPITULO 2]

[EXPLICA CON MÁS INDIVIDUALIDAD EL MODO QUE HAN DE TENER EN EL EJERCICIO DE LA MEDITACIÓN PARA SACAR EL FRUTO A QUE DEBE ORDENARSE LA ORACIÓN, QUE ES EL EJERCITAR LAS VIRTUDES Y COMIENZA POR LA MUERTE]

SUPUESTO lo dicho arriba, y que es preciso adornar esta baja vivienda de la casa de nuestra alma, para que saque efectos de las virtudes que quedan apuntadas en el primer Tratado de este discurso (y con más razón las que tocan a las almas que empiezan a caminar por este camino interior y espiritual, como allí dije), conviene ejercitarnos en la santa humildad y conocimiento propio.

Y, según la necesidad que tenemos de este conocer-nos a nosotras mismas, así hemos de representar en nuestra imaginación la forma y figura de que fuimos hechos. Que nos formó nuestro Criador de un poco de lodo de la tierra en cuanto al cuerpo.

Esta figura, como otras corpóreas, presto las podemos figurar en nuestra imaginación sin mucho trabajo. Porque todo lo que nos entró por el sentido del oído,

como son las verdades de la fe que nos dicen que el *Señor crió a nuestro primer padre Adán del lodo que acabo de decir* y a *Eva la formó de la costilla de él*; y de los dos primeros Padres descendemos todos los vivientes,¹ y así mismo del lodo de que él fue hecho)...

Todas estas verdades, una vez que nos entraron por el oído, las tenemos acá dentro de modo que sólo nos costará el querer pensar en ellas, que, como la voluntad quiera aplicarse, la memoria es la que hace el oficio de ponerlas presentes a los ojos de la imaginación, para que medite en ellas y saque los efectos que debe el alma, según corresponde a dicha consideración de lo que fuimos criados, que serán de mucha humildad y de conocimiento propio. Pues estas dos virtudes andan tan hermanadas, que parece, se puede decir, que es una sola.

Pero, después de representar a los ojos de la imaginación la forma de que fuimos criados, es menester detener un poco nuestra consideración y no pasar tan de corrido por ella, que no haga más efectos que el humo, que pasa de presto por encima del tejado, que después que pasó, no dejó rastro de sí o señal de que pasó por allí.

Nos hemos de detener, como digo, un espacio en dicha meditación de lo que somos, hasta tanto que la voluntad saque su efecto de ella, que es en vista de lo que conoce en la representación dicha tenerse por un poco de polvo. Y asentar en su corazón la misma verdad que está conociendo, para que después no la niegue en las ocasiones de humillarse. Y, cuando otros nos humillan y nos desprecian en dichas ocasiones, se ha de acordar el alma de lo que meditó y conoció en su oración. Porque si pierde la memoria de ello, no podrá en estos principios llevar bien la humillación, ya sea de obra, ya de palabra, que desdiga de la estimación propia, que acá dentro tenemos.

Por lo cual solemos llevar muy mal la palabrilla áspera de la hermana o la acción y obra que no fue hecha a mi gusto propio.

De estas cosas tengo ya dichas bastantes. Y, así, no me detendré mucho en ellas en esta obra interior; sino

1 Gen., 2, 7; 2, 22.

encaminar al alma, que todavía no sabe si hay más que ver en esta mansión, para sacar otros efectos de varias virtudes. Que serán según los objetos que quiera representar en su imaginación. Como es la muerte, mirando y deteniéndose con la consideración de que es infalible la verdad de que hemos de morir, y que según viviésemos y fuese nuestra vida, así será nuestra muerte. Con que se nos acaban todas las cosas, en que nos hemos empleado.

Y de aquí hará el alma reflexión, cuales han sido los empleos de la vida que ha tenido, hasta entrar en la otra consideración de la muerte. Si fueron según lo que le mandó Dios en sus santos Mandamientos o según su carne, dejándose llevar de sus malos apetitos, sin que en toda la vida del siglo haya puesto freno en ninguno. Que si Nuestro Señor no usara de su misericordia conmigo, ha de pensar, y me quitara la vida cuando yo la tenía tan distraída y tan mal empleada, ¿cómo sería mi muerte?

Y, aunque su divina Bondad me cogiera confesada de todos mis pecados y dispuesta con los demás santos Sacramentos de la Iglesia, no podía menos de remorderme la conciencia de lo mal que había empleado la vida que el Señor me había dado, para emplearla en su servicio y en la guarda de su santa Ley. Y, así, no sería tan dulce ni sosegada mi muerte, como la de los que han tenido mejor y ajustado vivir que yo tuve.

De la otra consideración hemos de sacar efectos de dar muchas gracias a Dios, con especialidad las que vimos a la Religión, por llamarnos su Majestad a mejor vida, sin quitárnosla en tan peligroso tiempo. En la que debemos recuperar las quiebras y defectos de la [vida] suelta con que hemos vivido en el siglo.

Esto se ha de hacer con la aplicación, que ya dije en el Tratado pasado de la guarda de esta nueva vida, en que Dios me colocó. Que es sólo el vivir para Dios mismo; para que mi muerte se me haga dulce y suave, de llevar sin tantos temores y remordimientos de conciencia, como los tuviera, si Dios me quitara la vida, en la que no supe vivir sino para mis placeres, deleites y gustos de esta mala carne y tierra de que fui formada.

Con dichas reflexiones puede sacar después de las

infinitas gracias que debe el alma dar a su misericordioso Dios de tanto como la sufrió en aquella vida vieja, que es tanto como lo es el pecado de nuestro primer padre, un ánimo firme y generoso de servir al Señor y abrazar todo lo que contiene en sí esta nueva vida que ya profesa con toda la perfección posible. Para que de ese modo, pueda el alma religiosa conseguir una dichosa muerte, sin tantas fatigas, sustos, miedos y cuidados, como allí en aquel terrible trance concurren, para que pierda la esperanza de su salvación en vista de lo que el enemigo le pone presente, de que no ha logrado bien la vida que su Criador la dio, para el sólo fin de servirle y gozarle después de ella.

Todo lo dicho puede meditar a la faz de la muerte, representada en su imaginación, con otras cosas concernientes a nuestro desengaño de lo que es la vida y cuán presto se acaba con la misma muerte de estos miserables cuerpos. Sacando un gran dolor, ¡hay de mí!, que por gozar de mis placeres y gustos caducos de tan cortos años, como nos conceden de vida, he puesto en peligro de perder a mi alma para toda una eternidad siempre.

Este *siempre, siempre*, y lo que ha de durar para siempre, habíamos de tener presente siempre. Que fue lo que la hizo tanto provecho a nuestra Santa y Seráfica Madre, Santa Teresa, y a otros muchos santos.

Su Majestad nos dé luz, para que de nuestra meditación de la muerte saquemos los efectos según la materia en que pensamos de las verdades de la fe. Pues es de fe que hemos de morir, aunque no sabemos *cómo*, ni *cuándo*.

[CAPITULO 3]

[CÓMO SE HA DE MEDITAR EN EL JUICIO, INFIERNO Y GLORIA, Y DE LOS EFECTOS QUE A SU MEDITACIÓN ESTÁN VINCULADOS]

DE la consideración de la muerte podemos pasar a la del Juicio, con representar en nuestra imaginación alguna cosa, que haga papel de un severo y justo Juez, que está sentado en su trono o silla, esperando

que yo le dé cuenta de lo mal que le he servido; y de haber empleado toda mi vida en vanidades de cosas de mundo; y de malograr las inspiraciones que me dio, para apartarme de las ocasiones de ofenderle, ya por medio de las predicaciones que tiene en su Santa Iglesia, ya por las buenas obras que vi hacer a muchas almas ajustadas a la guarda de su divina Ley, ya por los libros santos, que tal vez habré leído en los que hallé que me decían las verdades desnudas y quizá todo lo que pasaba por mí; y sólo saqué de ellos el tiempo que gasté en su lectura, sin aprovecharme de su doctrina por atender a mis gustos, sin ser tan justos como fuera justo el que me aprovechara. Que para ese fin los escribieron los Santos, y autores de dichos libros.

También ha de pedir cuenta el divino Juez de los libros profanos, si algunos he leído e historias prohibidas.

Ha de pedir cuenta, de cómo he hecho poco caso de la doctrina y santos consejos que me dieron los confesores para que me enmendase de mi vida; y de las confesiones mal hechas, sin propósito de la enmienda y sin dolor de mis pecados, y poca disposición para lograr los frutos de aquel santo Sacramento.

Ha de pedir cuenta, asimismo, del mal uso de todos los demás [sacramentos] que nos dejó establecidos en el jardín santo de su Iglesia. Y de lo mal que nos hemos dispuesto para lograr la virtud y gracia que está encerrada en todos ellos, para santificación de nuestras almas. Los que, recibéndolos sin la debida disposición, no pueden causar el efecto debido; y así mismo pierde el fin para que Nuestro Señor Jesucristo lo dispuso y dejó como unos caños, a nuestro modo de entender, de divina agua, que salen de aquella divina y perenne fuente de vida eterna del Hijo de Dios, con que riega el Jardín de su Iglesia, como miembros propios de tal divina Cabeza, como es el mismo Cristo, de quien tantas veces nos hemos apartado por nuestros pecados y complacer a los gustos, que la cabeza de la infernal serpiente nos ha instigado; olvidándonos de nuestra divina Cabeza, como de su Santísimo Cuerpo, sin acordarnos que se quedó Sacramentado, para que dignamente le recibamos, y sea vida y manjar de nuestras almas.

Pero como no llegamos a aquella divina Mesa del sagrado altar con la limpieza debida y sin la consideración respetable de aquel divino pan, lo solemos comer como el material con que sustentamos estos miserables cuerpos; sin más aprecio, respeto, temor y amor reverencial como sin los demás aparejos y disposiciones del alma, que le recibe por sólo recibirle y por hacer lo que hacen todos.

Y, salida de allí, luego se olvida de aquel divino manjar para irse a pacer en los pastos de sus malas inclinaciones, comiendo tal vez en los prados vedados para el alma, sin hacer caso de las inspiraciones que aquel divino manjar de vida la dio por sí mismo, pues recibió al mismo dentro de su corazón. Porque deteniéndose un tanto en lo que recibió, cierto que oíría en su interior la voz del que acabó de recibir y sacará el alma más deseos de volverle a recibir con otra limpieza y mejor disposición de su conciencia.

También nos ha de pedir cuenta de tantas y [tan] continuas inspiraciones como nos da por medio del Santo Angel de nuestra guarda. El que siempre anda con nosotros librándonos de caer en otros mil peligros, en los que por nuestra miseria caemos cada día. Y apenas nos acordamos de nuestro defensor, ni de que anda a nuestro lado peleando por nosotros con el ángel malo. El que nos inclina con su depravada malicia a que atendamos más a oír sus malos silbos, que a lo que nos inspira el Santo Angel bueno.

Y, en fin, nos ha de pedir cuenta [así] de lo malo que hemos hecho en el discurso de nuestra vida, como de lo bueno que dejamos de hacer.

Y lo bueno que hemos hecho, si es que algo tuvo de bueno, con qué fin lo hemos hecho. Que si no ha sido con el de agradar a Dios y dirigido todo a su santo servicio, de poco valor nos habrá servido. Y acaso de ningún provecho para nuestras almas. Pues no consiste tanto en hacer muchas obras, que al parecer son buenas a los ojos de los que las ven y también a los de quien las ejecuta, como en el fin que llevamos en ellas.

Porque, aun en lo santo y bueno que hacemos, se puede temer que se lleve mucha parte nuestro amor y estimación propia; deseando acaso en lo secreto de nues-

tro corazón que nos alaben las criaturas que nos ven hacer las tales obras buenas. Y, de ese modo, más las hacemos por gloria vana, que por la de Dios y honra suya; a cuyo fin se debieran dirigir las dichas obras.

Su Majestad nos dé luz con la consideración del justo juicio y cuenta estrecha que nos ha de pedir en el día de nuestro fin, para que recuperemos tanto tiempo perdido y tan mal empleado en la vida vieja del siglo, en la nueva y santa. Adonde Nuestro Señor nos ha traído, como es la del estado religioso, en cuyo espejo — si bien nos miramos en él y como El nos quiere — veremos con mucha claridad los defectos de nuestra vida pasada y la estrecha cuenta que su Majestad nos había de pedir de ella, si nos cogiera en medio de aquellos pasatiempos, llenos de vanidades, la muerte.

Y, a este modo, podrá el alma considerar otras muchas cosas tocantes al juicio, según que aquel divino Juez le hiciese el cargo. Que será según la conciencia de cada alma de las que empiezan vida nueva y espiritual. Y retirarse a su interior con intento de limpiarle de imágenes forasteras que más la estorban para buscar a su Dios por ellas, que de medio para levantar sus ojos a El. Y así la imagen del juicio que Su Majestad nos ha de hacer, trayéndole presente por algunos días, será de mucho provecho para el alma que empieza a discurrir por obra de la imaginación, deteniéndose en las cuatro postimerías o *Novísimos*, que yo no sé los nombres, pero creo que se llaman así.

Aunque no todas las almas podrían acaso seguirse, y acomodarse a pensar en el infierno, que es lo que se sigue después del juicio porque las causa mucho miedo y espanto.

Pero algunos santos habrá habido en la Iglesia de Dios que, después de estar tan levantados en la perfección cristiana y que tenían una Oración tan alta como es la de la unión con Su Majestad, bajaban muchas veces con su pensamiento al infierno a contemplar los tormentos que en aquel lugar se dan a los condenados. Donde sacaban efectos de mucho dolor y lástima de aquellas perdidas y miserables almas que por unos breves gustos, que han dado a su cuerpo en esta vida caduca, perdieron

a su alma y cuerpo para siempre y se privaron de ver a Dios.

Con dicha consideración sacaban, asimismo, otros efectos de agradecimiento al Señor que los había dado luz para seguir el camino del Cielo y no los gustos malos de la carne. Y cada día más se perfeccionaban en todo género de virtudes, para que Nuestro Señor los librara de aquella mala suerte y desastroso fin. Y por último sacaban las dichas almas santas un deseo grande de padecer muchos trabajos hasta dar la vida, si fuera menester, por libertar a una sola alma de que cayera en tan horrendo lugar. Porque las almas, que están más cerca de Dios y son participantes de su divina luz, como lo están las que llegaron a la divina unión con aquel Sol divino, son las que tienen más luz y penetración de lo que padecen aquellas desventuradas almas en el infierno. Y, así, se deshacen con ejercicios penales, oraciones continuas y súplicas a su Dios y Señor, para que libre de caer en la perdición eterna a las almas que redimió con su preciosa Sangre. Porque no pierdan tanto bien como las que en aquel lugar contemplan ya sin remedio.

Las almas principiantes, aunque las cause horror y espanto imaginar en aquellas penas — como algunas dicen — y que no se mueven a ir a Dios por camino de temor, sino por amor, si saben considerar bien las penas que padecen allí los condenados, antes bien sacarán efectos de mucho amor a Dios que miedo y terror.

Porque el fin de nuestra meditación, sea en cosas de espanto o de alegría, se ha de enderezar a sacar motivos de agradecimiento y amor a Dios.

Porque en vista de lo que considero que merecía yo por mis graves culpas, que es aquel lugar que contemplo del infierno, que me podía el justo Juez haber sepultado en él por una sola culpa que haya cometido, y ver que ha tenido aquel misericordioso Dios por bien de no hacerlo esperándome tantos años, hasta que abriese los ojos de mi ceguedad, motivo grandísimo es éste de concebir un dolor asimismo grande de haber ofendido a un Señor castigador de los malos, pues tiene dispuesto aquel horrendo lugar para ellos.

Y de esto sacará el alma un deseo grande de amar

a quien tanto la ha esperado para libertarla de aquellas penas y tormentos, que merecía por sus pecados. Que la mayor pena que allí se padece es porque son eternos, y la de daño, que jamás de los jamases pueden ver a Dios.¹

Lo que debe el alma considerar en ese novísimo, como en todos los demás, no tengo para qué cansarme en decirlo, porque se halla mucho más de lo que yo puedo decir en los libros que tratan de estas materias de meditación. Y cada día lo podrán leer mis hijas y Hermanas principiantes preparándose con la lectura para entrar en su oración, como es costumbre entre nosotras.

Y lo mismo digo en la consideración de la gloria que, por ser cosa tan superior a mi corto talento, no tengo tanta soberbia que me atreviera a daros luz de cómo habéis de pensar en ella. Porque excede a todo nuestro modo bajo de entender. Ni se puede imaginar debajo de alguna figura corpórea, la que se da a los bienaventurados. Que como su bienaventuranza consiste en ver a Dios, cara a cara, y como Dios en cuanto Dios no tiene figura, pies, ni manos, ni rostro, ni cosa corpórea, que es un Ser divino purísimo, sencillísimo, no tiene alto, ni bajo, ni lados. Sino que es un mar inmenso de infinita grandeza, todo lo llena e hinche. Es un Señor sin principio ni fin. Una Deidad sobre todas las deidades y hermosuras. Criador de todas las del Cielo y de las de la tierra.

De este infinito Ser en sí gozan las almas santas y las que se salvan, después que se han purificado de sus culpas en esta vida o que han pasado por el santo Purgatorio. Que, como es un Señor de infinitas perfecciones, el alma que ha de gozar de tan divina Bondad e infinito Ser de su Criador, se puede detener un tanto, la que meditare en la gloria, de qué modo debe purificar su alma para que pueda entrar en el gozo de su eterno Dios y sumo Bien, para cuyo fin la ha criado y redimido con la preciosa sangre de su Unigénito Hijo. Mirando que aquellos gozos que el Señor tiene para sus hijos adoptivos, que son los que le temen y aman de corazón, son así mismo eternos, como lo es el mismo Dios.

1 Mt., 25, 41; 25, 46; 13, 49-50.

Y que es muy para llorar con lágrimas de sangre el que los perdamos por unos breves gustos y deleites que nos ofrece este momento de vida. Pues no es otra cosa, que un abrir y cerrar de ojos esta miserable vida, en comparación de una eternidad de gloria o pena, para siempre, siempre.

Esto de pensar en la gloria es cosa más gustosa para el alma. Pero es menester entender, que no puede el alma hacer o formar un dibujo de cómo será en su imaginación. Porque no es cosa que se pueda comparar con ninguna cosa criada, como he dicho. Que así como es increado el Señor que la comunica de Sí mismo como Ser divino a los Bienaventurados, sólo ellos que la gozan sabrán cómo es. Y no para entenderla nosotras, que vivimos en esta vida, por figuras ni discursos del entendimiento.

Y, así, sólo podremos creer por fe que es un gozo sobre todo gozo, un bien sobre todo bien, una dulzura sobre toda dulzura y suavidades de esta vida, un piélagos de divinos deleites, una hartura sin hambre, sin fastidio, un paraíso de gloria, donde se recrea el alma por todas partes. Que ninguna le queda vacía de aquel sumo Bien que está gozando. Toda se engolfa en aquel infinito mar de divina leche, donde una vez que entre el alma, allí estará sumergida y transformada para siempre, siempre, en su sumo y eterno Bien con anchura y plenitud de gloria que nadie se la podrá quitar.

Como mejor podamos, Hermanas mías, las que empezamos a tener Oración, será bueno que nos enseñemos a volar con la meditación de las cuatro cosas que llaman los *Novísimos*, haciendo lo que hacen los hijos de las aves, andando de rama en rama, hasta que estando un poco diestros, pueden levantar un poco más alto el vuelo.

Así nosotras, como somos pequeñuelas y principiantes en este santo ejercicio de la Oración, hemos de aprender a levantar el vuelo de nuestro espíritu a Dios y reconocer sus beneficios: su misericordia, su poder y bondad para los buenos; pues tiene tal gloria para dársela en premio de sus buenas obras y tal castigo, como es el infierno, para los malos; cumpliendo en ellos su divina justicia. La rectitud de su juicio que los ha de juz-

gar, la muerte penosa y amarguísima con que los ha de quitar la vida tan mala que han tenido, sin acordarse del que se la dio para que la empleáramos en su santo servicio.

En estas cuatro ramas de las postrimerías del hombre, conviene detenernos un poco, volando de una en otra, hasta que el alma se haga cargo y saque afectos de mucho dolor de sus pecados y de su vida pasada, si no ha sido conforme a la ley santa de Dios. Dándole las debidas gracias por habernos esperado tanto tiempo, sufriendonos tan ingratos y rebeldes a las infinitas luces que tiene en medio de su santa Esposa, la Iglesia, para llamarnos por su medio de nuestra ceguera al conocimiento de las cosas que debiéramos observar como fieles cristianos: aborreciendo el mal y amando el bien para gloria de su Majestad y de nuestras almas.

Y así mismo sacará el alma de las dichas consideraciones afectos de otras muchas virtudes, propias de los que empiezan a salir del mundo y abrazan la vida del espíritu, enderezando a su Dios y Criador los afectos de su voluntad con un deseo vivo de servir y amar a tal Señor que así nos ha esperado hasta ponernos en esta vida santa de la Religión. En la que nos pide que le vayamos buscando con vivas ansias, por medio del ejercicio santo de la Oración y meditación. De la cual nos ha de venir la luz para conocer los innumerables beneficios que debemos a tan gran Señor y Dios como tenemos.

Que sea alabado, conocido y honrado por todas sus criaturas. Amén, Jesús.

[CAPITULO 4]

[CÓMO DESPUÉS DE EJERCITARSE EN LA MEDITACIÓN DE LOS NOVÍSIMOS Y [EN] OTRAS, DEBEN ALENTARSE A SUBIR A OTRO ESTADO MÁS ALTO, REBATIENDO LAS ASTUCIAS CON QUE EL DEMONIO PROCURA APARTARLAS DE ESTE CAMINO]

DESPUÉS que el alma se ha ejercitado por algún tiempo en las cosas que quedan dichas, ha de tener mucho cuidado de los asaltos que el enemigo le puede hacer para estorbarla de su Oración y meditación. Y no

pensemos que el estorbarnos de tan provechoso y santo ejercicio consiste en hacernos levantar del lugar donde tenemos la Oración.

Que también esto puede hacer con sobre escrito de salir fuera del coro a alguna cosa justa: como hace creer muchas veces que lo es cuando no es así si bien reparamos en ello. Pues sólo la obediencia nos podrá en alguna ocasión obligar a que salgamos de aquel acto, la caridad ordenada por ella, y la necesidad que sea de veras necesidad precisa o cosa que no se puede diferir para otro tiempo. Que debe el alma que ora mirar bien qué fin la mueve a salir de la hora que tiene por obligación de su ley de Oración.

Pero dejado esto, ya se sabe que suele el enemigo, con especialidad en estos principios, estorbarnos de que estemos con atención a Nuestro Señor o apartarnos de meditar en el punto que hemos tomado, para que nuestra alma se distraiga con pensamientos inútiles; apartándonos del camino y medio que hemos tomado para ir buscando a nuestro divino Esposo por sus obras y cosas criadas.

Que después de las meditaciones antecedentes, hay infinitas más que poder representar a nuestros ojos interiores, por donde el alma puede ir subiendo de unas a otras, hasta llegar a la última pieza o mansión, donde se pueda unir con su divino Esposo. Pero como el alma principiante se deje luego vencer de las proposiciones y razones del enemigo, como dicen, en los umbrales de esta primera pieza, creo que nunca pasará más adelante al conocimiento de lo que hay que ver hacer y trabajar en otras.

Y de ese modo siempre se quedará la pobre alma sin poder levantar un poco el vuelo de su espíritu para poder ir conociendo más a su Criador, como he dicho, por medio de lo criado, hasta que pueda llegar a tanta dicha, que le conozca en cuanto le sea posible en Sí mismo y por la práctica de experimentar en su alma su divina presencia.

Pues las dichas consideraciones y las demás que puedan caer en nuestra baja imaginación, aunque no son medio proporcionado para conocer al Criador, porque son cosas muy distintas de su Ser infinito y no tiene

que ver el uno con el otro, esto es, el conocimiento de las cosas criadas para el del Criador de todas ellas, a lo menos no podemos negar que nos pueden servir de escalones o medios por donde podamos ir subiendo a nuestro mismo Criador y Hacedor de todas.

Por lo que el demonio nos hace tanta guerra a los principios de esta divina empresa. Porque teme que cuanto más el alma se vaya informando de las cosas que la llevan de vuelo a su último fin, por el conocimiento de sus mismas obras, beneficios y misericordias que ha usado con ella, se va enamorando cada día más y más de su divino Esposo.

Y, así, el rabioso león pone toda su fuerza en que no entre la pobre alma más adelante en las demás piezas o mansiones, donde hallaría más que ver y conocer de las cosas de su Criador. Conque con más fuerza y fervor de su espíritu le va volviendo al común enemigo las espaldas. Y como él barrunta el camino que lleva, suele en esta primera mansión acarrear cuantas especies contrarias al fin que lleva el alma puede; y de muchas maneras; para impedirla el paso. Diciéndola, acaso, como lo ha experimentado una cierta alma tierna en ese trato de Oración, que la confió a mi poco saber para darla luz y remedio, para que no diese crédito al maldito que fue tanto como enseñarla esta doctrina con más o menos razones que las que se siguen, estando ella pensando en su Oración en estas cosas y otras semejantes a las que van aquí dichas.

Díjome, pues, que en una ocasión en que tenía algo la cabeza mala, tomó el diablo motivo de ello para ponerla en la de dejar a un lado su meditación y divertirse con indiferentes pensamientos. Porque allá en su interior le decían: ¿de qué provecho te servirá el meditar y gastar el calor natural en lo que estás pensando, pues Dios no te obliga a que pierdas la salud y más la cabeza que es la parte más delicada del cuerpo? Que estando ella enferma, no podrás valerte para atender a las demás observancias de tu estado, que son las cosas a que estás más obligada, por el buen parecer de las demás de tu compañía. Y, en fin, cumples también con Dios, que es el que sabe que tu cabeza no está para meterse ahora en estas baraundas de lo interior, que no sirven más que

para desgastar y aniquilar los espíritus vitales y enflaquecerlos de modo que vengas acaso a loquear.

Cómo ha sucedido a muchas personas de cabeza no tan débil y flaca como la tuya. Y, después que eso suceda, ¿de qué podrás servir a la comunidad, sino de darla mucho trabajo contigo misma? Mira que, aunque tu ley te manda tener cada día dos horas de oración, eso es sólo obligatorio para las que son más fuertes y no padecen tanta flaqueza de cabeza como tú experimentas en tan poco tiempo como ha que te ejercitas en la Oración y meditación de esas cosas. Y, ¿qué será o cómo te pondrás si continúas más tiempo en ese ejercicio? Dios se pagará de tu buen deseo. Y, así, aunque por hacer lo que todas hacen puedes ponerte en el lugar de la oración, pero divierte el pensamiento en otras cosas que no te opriman y te cansen la cabeza. Porque no te obliga Dios a lo que no puedes.

Con dichas razones, y otras que el enemigo proponía a esta alma principiante con so-color de que a las flacas de cabeza como ella no las obligaba la oración mental, intentaba quitarla el camino más próximo por donde debemos llegar a la perfección de nuestro estado.

Y lo mismo haría con las demás que profesamos lo mismo, si no nos sabemos cautelar de sus malas trazas y mil invenciones que sabe fingir; haciéndonos creer que no tenemos cabeza para el trato interior con Dios y las cosas que nos llevan a su Majestad. Y nos hace también creer que sin Oración mental podemos ser buenas religiosas y cumplir con las demás observaciones del estado.

Yo dijera, Hermana mía que eso me comunicas, que te ha pasado en tu retiro, que ya conoces ser el enemigo. Que para otra vez no te dejes engañar de él. Porque una vez puede servir de aviso para otra; y estar alerta para rebatir sus falsas razones con títulos de que se pierde la salud del cuerpo con pensar en las cosas que convienen a nuestra alma. Pues más la perderá con pensar en mil impertinencias que el mismo maldito pone presentes a nuestra imaginación en el dicho tiempo de orar. Porque la imaginación nunca está quieta. Y de preciso ha de pensar en algo.

Y, si esto ha de ser así, mejor me estaría pensar en las cosas que han de aprovechar a mi alma, sin miedo

de que el cuerpo pierda la salud. Y, si la perdiese, dichosa pérdida por tal causa, que es por curar a mi pobre alma de tanto tiempo enferma, sin luz para descubrir sus llagas con la consideración de sus remedios, poniendo los medios que la conviene, que son la meditación de las cosas dichas arriba. Como de las demás que se dirán con el favor de Dios nuestro Señor. Porque los ejercicios de la primera pieza, según mi corto entender, como permanezcamos un poco de tiempo en ellos, nos servirán de purgar un tanto el alma que está (a modo de decir) como un diamante en bruto y sin labrar, todo lleno de escoria, con cuya corteza de que está cubierto, no se puede ver la hermosura de sus fondos.

Que ya he dicho, al principio de la primera parte, que hemos de imitar al platero que empieza a labrar dicha piedra con instrumento más basto y grosero. Conque va echando fuera aquella primera corteza conque está cubierta. Y, hasta que salga fuera, no coge otro más fino y delicado instrumento, con el que descubre los fondos y, así, poco a poco va labrando el otro diamante y lo va purgando y purificando de suerte que toda la escoria echa fuera.

Así el alma principiante hace este mismo oficio. Que empieza a labrar el diamante de su alma, empezando con la gruesa lima de su imaginación a meditar en las cosas que son provechosas a su alma y hacer efecto de ejercitarse, como debe, en todo género de las virtudes que corresponden a una esposa fiel de Dios.

Y, para guardar las obligaciones que quedan dichas, y rebatir al demonio con los conceptos que se siguen, para que no tenga osadía de perturbarme con sus diabólicos consejos en esta primera pieza que estoy labrando, Dios me ayuda en mi oración. Y él pretende apartarme de ella, con hacerme volver atrás a divertirme; y que emplee mi pensamiento en sus imágenes, como he dicho.

Y, así, haré estas consideraciones a vuelta de su fingida doctrina todas las veces que él intente apartarme de la oración, sea del modo dicho o de otros muchos que quiera fabricar, para persuadirme que la deje.

[CAPITULO 5]

[PRUEBA CON UNA INDUCCIÓN ADMIRABLE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN PARA LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES. Y EXPLICA QUE LA IMAGINACIÓN ES MUY DISTINTA DEL ENTENDIMIENTO. Y LO QUE A CADA UNA DE ESTAS POTENCIAS Y FACULTADES LE CORRESPONDE]

Y A tengo dicho cómo sin Oración mal sabremos ejercitarnos en las virtudes. Y menos se podrán conservar dichas flores en el jardín de nuestra alma. Pues, si no pienso en la muerte, no sabré disponerme para vivir bien y para no morir mal.

Si no pienso en el juicio y cuenta, que Dios me ha de pedir de mi mala vida, no podré bien enmendarme. Y, aunque no peque gravemente con el favor de Dios, con todo si no saco de mi Oración esfuerzo y deseos de no desagradar al Señor, [así] en lo poco como en lo mucho, andaré muy caída y floja y tropezando en mil faltas. Que aunque no sea en cosas graves, no haciendo mucho caso de caer en pecados veniales, ya se sabe que el dicho descuido es disposición para que caiga la pobre alma en otros más graves.

Si no medito en las penas del infierno, mal me podré doler de mis pecados. Aunque no sea en estos principios con dolor perfecto de contrición. Porque eso lo ha de dar Dios al alma, cuando sea servido de hacerla tan gran merced de que sólo sea su dolor por sólo haber ofendido a un Señor que es tan digno de ser amado, sin otro respecto ni temor del infierno, ni por la gloria que tiene que darla.

Dicho dolor entrará en el alma, cuando vaya conociendo más de sus favores y amor que la tiene su divino Esposo; y lo mucho que ha padecido por redimirla.

Y, así, en este primer paso de la consideración de las penas que padecen los condenados, que yo tenía bien merecidas, me puedo contentar que me duela de mis culpas y haga propósito de enmendarme de ellas por no

ir a parar a aquel lugar desventurado, donde perderé a Dios para siempre.

Empiece el alma por aquí. Que después, subiendo un poco más a su Criador su espíritu, llegará con la ayuda de su Majestad a conseguir un dolor perfecto de lo mucho que le ha ofendido. Con el que puede dejar en su voluntad una firme resolución de jamás ofenderle. Aunque sea en cosa leve, con advertencia. Todo lo puede hacer la divina gracia en una alma determinada a servir y amar a tan buen Dios y Señor.

Consiguientemente, mal sabré cómo son los gozos de la gloria y lo que tiene el Señor prevenido para los buenos, si jamás levanto mi mente a contemplar aquella eterna vida de los Bienaventurados; y el premio que da el Señor por unos breves trabajos que se padecen en esta corta vida por su amor. Que por más y más que ellos sean, no son dignos de merecer por nosotros el menor grado de gloria que allí se da al alma. La que nos mereció el Hijo del eterno Padre por medio de su Pasión y muerte, para que nuestras almas gocen el fruto de tales trabajos y cruz en la eterna vida.

Pero nos piden también que se la ayudemos a llevar, siguiéndole por el camino de su cruz, que así nos lo dice: que *quien le quisiese seguir la tome sobre sí y sígame*.¹

Pero, ¿cómo sabré seguirle y conocer cuán pesada fue la cruz de este divino Amante, si no medito en ella y aparto mi mente de tal dechado y espejo? En el que me debo mirar para estampar en el de mi alma aquel dibujo, no muerto sino vivo; para poder sacar, como por muestra, la labor que debo hacer en ella para conformarme con tan divino original, como conviene a una esposa de tal Esposo.

Después de lo dicho, ¿cómo he de saber ser agradecida a tantos beneficios como recibí de su liberalísima mano, que son infinitos, si no me detengo un poco, re-capacitando con mi entendimiento en ellos? ¿Cómo he de ser humilde, si no pienso en la humildad de el Hijo de tal Dios y Padre?

¿Cómo tengo de ser sufrida y paciente en los trabajos que se ofrecen en esta miserable vida, si no medito

1 Mt., 16, 24.

en los que mi divino Esposo padeció por mí, para enseñarme a padecer por El y llevar con conformidad tan pequeña cruz como me pide? Que en comparación de la suya, por grande que me parezca, no será mayor que la que puedo llevar sobre mis flacos hombros y según las fuerzas que el mismo Señor me diere para ella.

¿Cómo he de ser rendida y obediente, si no me detengo en pensar en la obediencia tan puntual de mi Señor a las ordenanzas de su eterno Padre y por su divino respeto la que tuvo Aquel Esposo divino de mi alma a los hombres y jueces tan crueles y malvados que le sentenciaron a tan afrentosa y cruel muerte, para enseñarnos que no sólo hemos de obedecer a los buenos y santos Prelados, sino aún a los que no lo fueran y a nuestro parecer que no son de tan ajustada vida en su modo de proceder?² No mandándome cosa contra la ley del Señor; pues la virtud de la obediencia ciega, no consiste en que sea de más virtud o menos el que manda; sino el que obedece por Dios y por cumplir con el voto que le hemos ofrecido de obediencia hasta la muerte.

Y, así mismo, ¿cómo he de cumplir con el voto de pobreza, con la perfección que me pide mi divino Esposo, si no me detengo un tanto en meditar en la suma pobreza con que vivió en el mundo por mí, y tan desnudo, falto de todo, haciéndose voluntariamente pobre, por hacerme a mí rica en su gloria, dejándose por último despojar de sus pobres vestiduras para morir en una Cruz?

Y después que su Majestad me ha llamado a este santo estado de la religión, para lo cual me dio luz suficiente, estando yo descuidada y divertida en las cosas del siglo, y en fuerza de su divino llamamiento y de tan grande misericordia como usó conmigo, me dio ánimo y valor para dejarlas todas y abrazar esta nueva vida. Pero luego que experimento su austeridad y rigor suele el demonio hacerme fuerte guerra de que no puedo llevarla; porque no me hallo con fuerzas para tanta penitencia y ayuno. Y, así, suelo decir dentro de mi corazón: yo debí de perder el juicio cuando tal vida y estrechez

he abrazado, que mi espíritu no puede llevarla. Yo no sé quién me vendó los ojos para semejante determinación.

Yo dijera, a las que el demonio hace tal guerra aquí, después de haber entrado en la vida de la luz, que se los venda el maldito para que no la busquen, y conozcan adónde está el remedio de semejante tentación, como [de] otras muchas que se ofrecen a los principios de nuestra conversión a mejor vida. Que es el apartarnos de la oración y de pensar en la estrecha vida de nuestro divino Esposo; y del ayuno tan riguroso que pasó por nosotros; y enseñarnos a que nos acomodemos a una comida parca y pobre; dejando los regalos que tantos años he dado a este borrico de mi cuerpo, sin acordarme de dar a mi alma un sólo día a comer de su propio manjar y alimento, que es la oración, y pensar en las cosas eternas de su divino Esposo. Teniéndola toda la vida privada de conocer los bienes que la tiene ofrecido, por los méritos de su pasión, por emplear toda su atención y cuidado en la vida sensitiva del miserable cuerpo, que muy pronto ha de dejar con la muerte.

Así mismo, mal podré abrazar el bien y lo que es más provechoso para mi alma. Y aborrecer lo malo y lo que no conduce para mi salvación, si no me detengo en premeditarlo en el retiro de mi meditación.

De suerte que de la Oración hemos de sacar la luz de cómo nos debemos ejercitar en todo género de las virtudes que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña por Sí mismo, con ponernos presente a nuestro entendimiento las que su Majestad hecho Hombre practicó para darnos ejemplo de cómo ha de ser nuestra vida toda para El.

De la Oración hemos de sacar el riego para la conservación de las flores de [las] virtudes. Que si no acudimos ni vamos a sacar el agua a aquella divina fuente, mal podrán crecer en el jardín de nuestra alma ni mantenerse frescas las que nuestro Señor nos haya dado por alguna particular gracia suya; antes bien se secarían por nuestra culpa y descuido, estándonos ociosas en nuestra Oración; gastando el tiempo en pensar en cosas impertinentes, cuando habíamos de trabajar con nuestras potencias para llenar el cantarillo de nuestra voluntad de santos efectos y afectos para nuestro divino Esposo.

Porque, ¿cómo nos hemos de ir encendiendo en su divino amor, si no pensamos en sus obras y lo que por nosotros ha padecido en esta vida mortal?

Yo creo que sin Oración no habrían las almas santas subido a tan alta perfección de vida como nos dicen de ellas. Porque sin oración ni trato interior con el dichado de toda perfección, no sé que haya alma que se pueda conservar mucho tiempo en el ejercicio de virtud alguna.

Por tanto, es necesario no dar oídos a la infernal serpiente, cuando nos acometa con semejante tentación de que no tenemos cabeza ni salud para emplearnos en el santo ejercicio de la Oración y meditación. Pues por lo dicho se conocerá que intenta con eso quitarnos la vida del alma, su salud y remedio para todas sus necesidades. Por no perder la de estos miserables cuerpos. Que tanta compasión tiene el astuto de ellos con sobre escritos tan paliados como él sabe fingir.

Dios nos libre, queridas Hermanas mías, de tal enemigo. Y os dé luz para que le conozcáis en los principios; y que podáis rebatirle con las consideraciones dichas y otras semejantes. Para que no os impida en vuestra oración la labor que vayáis haciendo en vuestra alma por medio de la meditación de vuestras potencias. Aunque en estos principios sea vuestra obra de imaginación. Que luego entrará vuestro entendimiento a perfeccionarla con la luz y gracia del que le crió para cosas más altas, esto es, para conocerlas de otro modo, adonde no alcanza nuestra baja imaginación.

Pues ahora, antes que pase un poco más adelante con esta labor y ejercicio de las almas que somos principiantes, digo que hay algunas ignorantes que (yo creo que he sido una de ellas) aunque sabía bien la doctrina y que el alma tiene tres potencias espirituales, pero poco me acordaba de lo que sabía en aquel tiempo de memoria para salir de mi ignorancia. Y así pensaba, como sucede a algunas principiantes que yo he tratado, que la imaginación es el entendimiento.

Y nace esta ignorancia del poco saber que padecemos las pobres mujeres. Y más si nunca ha sabido leer la que le sucede esto ni tuvo maestro para imponerla en este ejercicio santo de la Oración.

Y, así, privadas de luz alguna, sólo con el deseo que nuestro Señor las da de ponerse en su Oración, lo hacen. Que si Su Majestad no las enseña, haciendo el oficio de Maestro, es cierto que están dichas almas en peligro de caer en muchas ignorancias y quizá en otros tantos errores, que será lo peor.

Por tanto, conviene a las que empiezan a entrar en esta palestra o retiro interior, que se valgan de Maestro que las enseñe el modo de cómo se han de haber en estos principios de su Oración. Porque si en ellos se yerra, como he dicho por otras cosas, todo el edificio interior irá errado y mal seguro. Que algunas veces pueda acaecer por ignorancia de la misma alma: por no saber distinguir en el modo de obrar unas potencias de las otras. Y pensaremos, acaso, que la que es obra del entendimiento es de la imaginación. Y, por lo contrario, la obra que a ésta le pertenece que es del entendimiento, que es cosa muy distinta esta fantasía de él.

Que después que reparé en ello, cuando padecía esta ignorancia — aunque no me duró mucho — hallé que el oficio que hace nuestra imaginación es sólo representar las figuras o imágenes en que queremos pensar, ahora sean de cosas buenas o malas, los objetos, que en ella se nos representan. Como si queremos pensar en una plaza, donde hay buena y rica fruta para dar gusto al apetito, aunque no la pueda comer por motivos que me lo impidan, me saboreo y deleito con pensar y acordarme de ella.

Y en este caso lo que hace la imaginación es representarme, acá dentro de estos ojos, la dicha plaza o fruta que apetezco. Y, aunque no la apetezca, sucede muchas veces lo mismo por parte del enemigo: que nos suele representar a la imaginación cosas y figuras malas para que nos divirtamos con ellas. Y si el apetito no lo tenemos todavía mortificado y reformado, en vista de las tales figuras que él forma en la imaginación con color de bien y gusto sensitivo para el natural, tira a hacernos caer y consentir en lo que indican las tales imágenes, formas y figuras.

Así también como si queremos pensar en cosas convenientes para nuestra alma. Y en los medios y figuras que nos lleven a Dios, luego figuramos en la imaginación

las tales figuras y medios. Como cuando queremos pensar en algún paso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo o en todo su Sacratísimo Cuerpo crucificado. Como quiera que esto lo creemos y nos entró por el oído esa verdad de fe que padeció por nosotros estos y los otros tormentos, y quiero pensar un poco en mi oración en ellos, lo que hace la imaginación es figurar la imagen o paso del Señor en que quiero pensar y meditar.

Pues ahora que ya salimos con la inteligencia de que la potencia baja de nuestra imaginación no sirve de otra cosa que de figurarnos las mismas figuras y objetos y cosas, en que queremos pensar al modo de las dichas y otras infinitas que queramos en estos principios que vamos entrando en esta obra interior de las dichas imágenes, no ha menester mucho tiempo la imaginación para figurarlas, que de presto lo hace. Y así puesta la imagen presente [ante] sus ojos, entra el entendimiento a discurrir en las circunstancias de la dicha figura que la imaginación le pone presente y en la sustancia de ella.

Y éste es el oficio de la potencia del entendimiento. Y, luego, en fuerza de lo que él discurre y conoce, propone a la voluntad que lo abrace, si es bueno lo que el alma apetece. Y lo mismo sucederá en lo malo. ¡Que Nuestro Señor nos libre de apeteecer tal cosa!

Y, así, Hermanas mías principiantes, no habemos de pensar que la imaginación es el entendimiento. Sino que, como somos ignorantes, no conocemos que hay dentro de esta alma y cuerpo que Dios nos ha dado, otros sentidos y potencias sensitivas y espirituales. Y que cada una obra de diferente manera. Y todas se sirven unas a las otras.

Porque la imaginación sirve, como he dicho, de figurar las figuras. El entendimiento para discurrir en la sustancia o espíritu que ellas representan y está encubierto debajo de otras figuras corpóreas de las que él sólo se vale para su modo espiritual de obrar y entender lo que conviene abrace la voluntad, si — como he dicho — es conforme a lo que ella apetece.

Asimismo, la memoria hace el oficio de acordarnos las cosas que tenemos olvidadas. Y a ese tenor hay tantas acá dentro de nosotros mismos, que sin salir fuera a

buscarlas tiene hartas de que echar mano para sus operaciones. Así las potencias espirituales de nuestra alma, como las sensitivas de nuestro cuerpo. Aunque no es lo mejor detenernos mucho en dichas cosas que caen en la fantasía o imaginación; sino en lo que ella representa, quiero decir en la sustancia con el entendimiento, para que en vista de lo que reconoce, lo proponga a la voluntad.

Con todo, en estos principios de que voy hablando, no podemos desechar tan presto de nuestra imaginación las dichas figuras e imágenes. Porque somos en este arte principiantes. Y hacemos o debemos hacer como las niñas, que aprenden a coser y labrar por el dechado que la maestra las pone presente. Que si se lo quitan de delante no sabrían dar una puntada. Y se hallarían atadas, sin ir adelante ni volver atrás, como dicen.

A este modo, a las almas niñas en esta facultad espiritual, les es muy necesario valerse de la maestra de la imaginación, para que les represente el dechado o figura por donde pueda ir su entendimiento, que aún no está espiritualizado y libre de los nublados que entraron en él por la herencia de la culpa, sacando la labor a costa de su trabajo y discurso, hasta que se haga capaz de la sustancia e inteligencia de lo que la tal imagen o figura le representa, como queda dicho.

Y, así, es preciso que por su modo natural de obrar vaya mereciendo y purgando lo que dejó entrar en sí mismo y demás potencias de su alma por la culpa. Pues ella ha sido la causa de dejar a estas potencias, que Dios Nuestro Señor nos dio tan claras y capaces de no sólo conocer las cosas criadas como son en sí, sino también capaces de conocer a su mismo Criador, tan obscuras y llenas de mil nublados (como ya dije) hasta después de muchos trabajos de la misma alma y [mucho] ejercicio suyo; y juntamente con procurar no mancharla de nuevo con defectos y culpas, aunque sean livianas, a sabiendas. Que andando con dicho cuidado, irá asimismo Nuestro Señor ayudándola para que aparte de su entendimiento los impedimentos y los nublados, que yo los llamo así, por no saberme explicar mejor. Que son los que le estorban para ver, sin necesidad de figuras, la luz que está delante.

Pues, así como no podemos ver el sol cuando el cielo está lleno de nubes, así estando nuestro entendimiento lleno de los defectos y vapores que se le fueron pegando de esta mala tierra de diversos objetos contrarios al fin para que Dios le crió, es preciso que el pobre tenga mucho que hacer para desecharlos de sí, si quiere verse limpio y claro como lo estaba antes del pecado de nuestro primer padre y de los que después hemos contraído personales. Que toda la obscuridad y torpeza que experimentamos en el modo de obrar de estas potencias, que Nuestro Señor nos dió para conocerle y amarle, me parece proviene de esta mala culpa. La que dio tanto que padecer a nuestro divino Jesús, hecho Hombre, para librarnos a nosotros del castigo que merecíamos por ella.

Pues, ¿qué mucho hará el alma principiante en ayudarse de su parte para no perder tantos bienes como su divino Esposo por Sí mismo la mereció? Pues no nos pide más que el que vayamos labrando, como mejor podamos ayudadas de su santa gracia, estas potencias que están obscuras y como ciegas con infinitas pantallas delante, por lo que no están dispuestas para recibir la luz de lleno de las verdades de aquel divino Sol de Justicia.

Por tanto, solemos andar en estos principios de esta obra interior como el ciego: palpando de una parte a otra, por ver si hallamos puerta por donde salir con alguna inteligencia que nos cause gozo sensible. Y si no lo hallamos, al punto nos entibiamos y dejamos el arado (como dicen) de la mano. Y vamos de mala gana a la Oración; porque no hallamos en ella más que montones de obscuridades. Las que proceden de las referidas causas.

Aunque otras veces nos asalta el enemigo con ellas para apartarnos de dicho ejercicio, con ponernos mucha amargura y sinsabor en nuestra Oración y meditación; y un montón de dificultades para que no pasemos adelante con la labor que hemos empezado, que es el ir desmontando la tierra con que está cubierta la hermosura de nuestra alma, como he dicho lo está el diamante antes de labrarlo el platero. Que todo él está lleno y cubierto de la escoria que se le pegó de la tierra. Y si

nunca pusiera el artífice los medios para labrarlo y limpiarlo de la dicha escoria y corteza, siempre estuviera en bruto, sin servir a su dueño de nada.

Yo no sé si queda respondido con lo dicho en este párrafo a la duda del alma principiante, que ignora o no sabe distinguir el entendimiento de la imaginación, para su modo de obrar en su Oración y dar a cada potencia el oficio que le pertenece. Y si todavía no lo entiendes, persona, yo no lo sé explicar de otra suerte. Porque soy más ignorante que tú en dichas materias de esta armonía interior de las potencias.

Y puedes valerte de sujeto docto que te las explique. Y no necesitarías de valerte de quien no sabe responderte a la medida de tu duda, sea en la dicha materia o en otras muchas que te se ofrecen en el santo ejercicio de tu Oración y retiro. En el que es Dios el principal Maestro de esta espiritual facultad.

Y le suplico aclare con su divina luz la rudeza de nuestro entendimiento para que camine en su ejercicio libre [así] de las dichas ignorancias, como de otras muchas en que suele tropezar por defecto de no estar todavía purgado de lo que se le pegó de esta mala tierra de nuestra miseria, como queda dicho.

[CAPITULO 6]

[CÓMO ES NECESARIO QUE EL ENTENDIMIENTO DESMENECE Y PONDERE LO QUE LA IMAGINACIÓN LE PROPONE. TRAE EJEMPLOS Y COMPARACIONES MUY OPORTUNAS REDUCIDAS A LA PRÁCTICA DE MEDITACIONES DIVERSAS. DE LOS EFECTOS QUE HAN DE SACAR LOS PRINCIPIANTES DE LA ORACIÓN QUE LES CORRESPONDE Y CÓMO EL SEÑOR LES PALADEA CON DIVERSAS CONSOLACIONES SENSIBLES PARA QUE NO DESMAYEN. Y PRUDENCIA QUE HAN DE TENER EN REGAR LAS FLORES TIERNAS DE LAS VIRTUDES]

PUES ahora, en vista de que nuestro entendimiento está todavía tan oscuro, y asimismo de tal modo torpe y rudo, que no puede obrar por sí solo sin ayuda de las figuras que le representa la imaginación, vamos

a ver lo que debe hacer luego que le pone presente el cuerpo de lo que él quiere pensar. Como lo que se dijo ya de un paso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo puesto y clavado su Santísimo Cuerpo en la Cruz.

Y ve con los ojos de la imaginación aquella figura tan dolorosa y desfigurada de su hermosura, que no le puede mirar sin gran dolor y pena de verle delante de los ojos el alma, que le representa en su imaginación. Y más si es con mucha viveza algunas veces. Que no siempre que queramos podemos figurarle tan viva y propiamente como otras. Que harto cuesta a la pobre alma el representar delante de sus ojos lo que desea para mover su voluntad a compasión, de ver a su Dueño y Señor tan atormentado, lleno de dolores y aflicciones, por su causa.

Y esto es lo que le toca al entendimiento escudriñar y discurrir en vista de aquella divina imagen corpórea que tiene presente. Y no quedarse sólo mirando aquella figura de fuera y sin entrar en su conocimiento y discurso a penetrar los motivos que le movieron al Señor para dejarse poner de aquella suerte que le miro. Pues si eso no hace, no sólo estará nuestro entendimiento ocioso sin hacer lo que le corresponde de su parte, sino que no sacará efecto de dolor, pena y compasión, por haber sido nuestros pecados la causa de aquel paso que tenemos presente. Y sólo se quedará con estar con los ojos de su imaginación viendo aquella imagen por de fuera sin entrar a dentro.

Como sucede muchas veces, que si pasamos por alguna parte donde hay alguna imagen devota de algún paso de la Pasión u otro Misterio, y nos da gana de alzar los ojos, nos quedamos embobados por un rato con sólo mirar el arte de cómo está pintada y bien sacada a lo vivo, pero no nos metemos en pensar en más. Y, así, no sacamos más efecto que el haberla visto de paso, como dicen, que luego se nos olvida con ocuparnos en otros negocios.

Como también si me escribiera alguna persona alguna carta de negocio que me importase mucho, y me detuviera en mirar el sobre escrito, la forma y buena letra que trae por defuera, sin abrir la carta, no supiera lo que venía y decía dentro para mi provecho. Conque

carecía de saber el negocio que traía para mí de mucha importancia.

Pues, ¿qué negocio puede haber de mayor importancia que el de mi alma? Que sólo se queda embobada con mirar la figura de su Esposo Crucificado por defuera; y no procura con la vista de su entendimiento abrir aquella sacrosanta carta, y ver lo que le dicen aquellas divinas letras y poner por ejecución lo que le ordena y da a entender por ellas, leyéndola con la mayor atención y devoción posible. Pues no desea el Señor otra cosa que el que lea su esposa en aquel divino Libro, que se compone de infinitas hojas de amor, de bondad, misericordia, magnificencia, liberalidad, con que socorre a todas las necesidades de sus criaturas, buenas y malas.

Y hallaré que me dice, leyendo por el Libro de su Pasión, que El es guía, camino y puerta para irnos y llevarnos a conocer a su eterno Padre.¹ Y este Señor es el camino real y más seguro que debemos llevar y poner presente a nuestro entendimiento.

Porque no hay cosa que mejor y más bien nos enseñe, que el mismo Esposo Crucificado. Y nos dará luz de cómo le hemos de seguir y pensar en lo que padeció por nosotros, siendo un Dios tan infinito, que se quiso hacer Hombre para padecer por una criatura tan vil como yo, que le he sido tan ingrata, y he estado toda mi vida olvidada de sus innumerables beneficios, sin acordarme de tal Hijo de tal Padre que se dignó de enviarnos para nuestro remedio y rescate de la mala culpa. Se sujetó a la muerte sólo movido de su amor, de lástima y compasión de ver que sin remedio nos perdíamos para una eternidad, si no hubiera deliberado tan divino remedio.

El amor que nos tenía y tiene fue la causa que le movió a encarnarse y hacerse hombre para unirse con el mismo hombre, siendo Dios y un Ser divino e increado, muy distinto de la naturaleza del hombre, que es criatura hecha y criada de las manos de tal Criador.

Y, para unirla con su divino Ser, la hizo a su imagen y semejanza, dándonos una alma racional, adornada y

1 Joan., 14, 6.

compuesta de tres potencias espirituales: para conocer con el entendimiento a tal Dios como tenemos; pensar en El [tanto] en sus obras, como en los beneficios que recibimos de su mano liberal, para darle infinitas gracias por ellos. Nos dio, asimismo, la memoria para acordarnos de ellos y del mismo Señor que nos crió. Nos dio la potencia de la voluntad para que le amemos como a suma Bondad y a nuestros prójimos por El, como nos lo dice la doctrina Cristiana y creo tengo dicho en otra parte.

Del conocimiento de todas estas verdades que la fe nos enseña, y otras innumerables, se priva nuestra alma por no querer sujetarse al trabajo de discurrir y pensar con el entendimiento en ellas, para mover la voluntad a que saque efectos correspondientes de amar a su Dios y Criador. Que a esto se encamina toda la labor y obra del entendimiento. Que, en vista de lo que conoce, ya sea por sí sólo con la luz divina, ya con ayuda de las cosas que le representa la imaginación en estos principios, se dirige todo a inflamar la voluntad en el amor y santo temor de su divino Esposo.

Porque mal me podré calentar, si no me llego al fuego, en el que pone la leña el entendimiento. Aunque, como se dijo, tenga en esta vía purgativa del alma principiante tan poca habilidad para su ejercicio, que sea menester valerse de las figuras de la imaginación para que se la ponga en la mano, como entera, para que él la desmenuce y la parta para echarla en el horno de su voluntad. Que como esto haga el entendimiento, que es lo que de su parte le toca, estará pronto el Espíritu Santo con una centillica de su amor. Y prenderá en la leña, como ella esté bien preparada y dispuesta. Con la que encenderá el fuego de su divino amor, con lo que puede el alma ir cada día más creciendo en él, y hará todas sus obras con dulzura y suavidad, sin tedio y dificultad en su bien obrar, como no quiera volver atrás de la obra empezada de este ejercicio interior de sus potencias.

Que sin trabajo no se recoge el fruto. Y, así, es menester que no descaezca por temor de perder la salud corporal. Que como este santo ejercicio se tome con prudencia, antes le hará provecho que mal. Y su divina

Majestad ayudará. Porque el pensar en él y en lo que nos importa como cristianos, no destruye la salud, no siendo con exceso y sin la prudencia debida. Que hasta tiene uso natural para no perderse y cuidar de sí demasiado, con procurar por las vías que puede, su alivio y descanso. Y no es de peor condición este negocio espiritual para el de la pobre alma. Aunque por estar metida en esta miserable cárcel de su cuerpo, no puede levantar como debe los vuelos a su Criador, sin que le cueste mucho trabajo, por estar todavía muy sujeta y prendida de los quererres de este nuestro mal natural, inclinado más a sus gustos, apetitos y pasiones.

Conque la pobre alma se abrumba y se sujeta más a pensar en cosas de tierra que en las que le pueden llevar a su Dios y Señor para encontrarle más presto y descansar en El con reposo de sus potencias.

Como le sucede a las almas, que con ánimo generoso han rompido [*sic*] por muchas dificultades, matorrales, espinas, cambrones de agudas puntas, nublados y espesas nieblas, sin poder caminar adelante, a su parecer, con su entendimiento en esta vía purgativa.

Y, como hicieron el ánimo al principio de vencerlas todas con la ayuda del Señor, así ese mismo Amante de las almas las ayudó con su poder y gracia, y las sacó vencedoras [así] de las dichas dificultades, como de las tentaciones conque el demonio las intenta perturbar en esta vía o mansión, para que no pasen adelante ni hagan nada de labor con ella.

Que es tanto como desbatar la primera corteza conque está cubierta la hermosura del diamante de nuestra alma, a mi modo de entender corto y bajo. Porque no me ha dado el Señor más talento para explicarme mejor; aunque espero que me entiendan mis queridas Hijas para que se alienten y se den prisa a quitar la dicha corteza o primera escoria, con la lima que dije al principio de la imaginación, juntamente con la del entendimiento; hasta que pueda obrar sin la muestra delante de figuras corpóreas en otra pieza que está más adelante; y sin tanto trabajo como en ésta que se ha dicho.

A mí me parece que es grande el que tiene el alma en este primer estado. Aunque tiene nuestro Señor mu-

cha misericordia con ella. Que, como sabe que es todavía el alma tierna y niña en esta empresa interior, la suele alentar con algunas consolaciones sensibles, dando luz a su entendimiento para que conozca la verdad de lo que le representa, sin que le cueste trabajo. Con dicha luz la recrea toda el alma. Y de esta suerte, como ella conoce que aquella luz le viene de otra parte y que no la ha tomado por industria de su modo de obrar natural, entender lo que entiende, no sólo la sirve de aliento para caminar en su cotidiano ejercicio de sus potencias, sino que también barrunta que hay muchas más cosas que ver de alegría y gozo más adelante.

Y, así, con ese cebillo la va el Señor llevando en pos de Sí. Y no sucede esto pocas veces que hace estas mercedes el Esposo a su esposa tierna en esta vía. Porque hace como una madre con su hijo tierno. Que lo cría con la leche de sus mismos pechos, hasta que llegue el tiempo de quitárselo para que pueda mantenerse de otro manjar más fuerte y se críe con robustez.

Pues así el amor de este Señor, que hace el oficio de una más que verdadera Madre con el alma, que todavía no ha salido de las mantillas de principiante, la va de cuando en cuando esforzando y regalando con la leche de sus consolaciones, para que no desmaye en el camino espiritual por [la] flaqueza y poca robustez que todavía tiene, y así toma con ella esfuerzo para tornar a su ordinario ejercicio. Que aquí no parece otra cosa, digo en este primer estado del alma, que el sacar el agua a fuerza de brazos de un pozo muy profundo, que suele costarle mucho al que la saca.

Y esto es lo ordinario que le sucede al alma en su Oración. O como al labrador: que si quiere cultivar una tierra que está más dura que una peña, le cuesta mucho trabajo y sudores para romperla con el azadón a fuerza de su mismo brazo. Así acá. Que podemos decir que el brazo es la voluntad del alma que desea ver que la tierra dura de su corazón lleve fruto para Dios de virtudes. Y que su entendimiento, que se puede decir que es el azadón, le administre los motivos para abrazarlas. Aunque le cueste sudores de sangre al que cava, que es la misma voluntad. Pues si ésta no quiere, tampoco el entendimiento hará cosa de provecho. Y todo

se quedará, así la tierra como todos los instrumentos, que son los dichos, como se estaban.

Y es una lástima ver a tantas almas y de tantos años, que suelen vivir en los claustros retiradas del bullicio del mundo, y en un estado tan proporcionado para poder hacer esta labor interior de su alma sin nota de nadie, y que aún no han empezado. Estos no saben los bienes que pierden por la pereza y poca o ninguna diligencia que ponen en cultivar la tierra de sus almas y corazones. Y si así lo hicieran, verían presto el fruto de bendiciones que el divino Sembrador echaría en ella, si de su parte la procurasen preparar para tan divina semilla como el Dueño y Señor de la tierra desea con vivas ansias de su amor sembrar en ella. Que son las virtudes de los aprovechados que ya han pasado de esta vía *purgativa* del alma principiante.

Asimismo experimentaríamos muchos y maravillosos efectos con las luces tan abundantes como recibe de su Dios en la vía que creo llaman *iluminativa*, que es en la que el Esposo divino, dispone el alma de su esposa para la otra que llaman *unitiva*, en la cual se une con su Criador por amor del que su divina Majestad le tiene a ella y ella se le tiene a El.

Para llegar a tan dichoso estado y bienaventurada suerte, ¿qué trabajo habrá tan duro, que no procure el alma pasar por él? Y ¿qué montaña tan dura, llena de malezas, espinas y abrojos que no rompa y atraviese? ¿Qué picas y lanzas se me pueden poner delante que me impidan el paso y el ejercicio de mi desmonte con las potencias, que Dios mi Criador me dio para tan divino fin de llegarme a Sí mismo, para unirlas y a toda mi alma con su divino Espíritu y hacerme una misma cosa con El, siendo yo su vil criatura y El mi soberano Hacedor y Criador? Y ¿quién soy yo para que mi Señor se digne de quererme hacer tan divina merced y favor sobre todos los favores?

¡Oh, Hija y Hermana de mi alma! ¡Si supieses lo bueno que es el Esposo de tu alma y conocieses el amor que te tiene y lo que desea hacerte la merced dicha sin detenerse en tu indignidad! Que no puedes por ti misma merecer llegar a estado tan alto como es el de la divina unión con tan soberano Esposo y Dios.

Dicha suerte y estado, a que el Señor desea llegar al alma esposa suya, nos lo mereció este mismo Dios Hijo del eterno Padre, hecho Hombre, por medio de su Pasión. Y, así, no dudes y mira cuánto es menester para que tu alma se disponga, si quiere que la meta el divino Esposo en su tálamo. Y verás cuán dulce y suave es el Señor² cuando allá te vieres colocada.

Y con tal esperanza, fe y amor puedes caminar, después que ya te hayas ejercitado en los ejercicios de este primer estado que queda dicho. Que me parece me he alargado bastante en él. Y suplico a mi Dios te dé a entender lo que yo no sé declarar por mi ignorancia y poco saber. Que, en fin, me puede servir de disculpa, que soy mujer que no ha estudiado letras. Y toma de lo dicho lo que mejor te parezca, si es que te hace el caso alguna cosa de las que van aquí dichas. Y darás a Dios las gracias por ella, que con eso me pagarás el trabajo que esto poco me ha costado en medio de mi vejez, [así de] falta de vista y de salud como de tiempo. Que sea el Señor servido de ésta mi tal cual obediencia. Amén.

Los efectos que se han de sacar de la Oración o estado dicho, no tengo para qué detenerme en explicarlos; porque son los que puse al principio del primer tratado de este libro, que son las virtudes. Y el cumplimiento de las obligaciones del estado.

Porque de la Oración y trato con Dios, hemos de sacar el modelo de nuestro modo de vivir, y ajustamiento a su santísima ley, y la guarda de lo que profesamos voluntariamente. Y así está dicho para que mis queridas hermanas principiantes me entiendan.

Y, así, no hay más que hacer en este primer estado del alma, que el darse prisa en sacar agua del pozo para regar las flores a costa de vuestro trabajo, que allí quedan mal explicadas. Hasta que el divino Hortelano quiera sacaros del dicho estado de principiantes, para que podáis regar las flores con otra agua más clara, y que no os cueste tanto trabajo, como el sacarla del pozo. Que para mí me fuera de mucho, si me mandaran tal ejercicio. Porque quise probar una vez de sacar un caldero de uno muy hondo que tenemos en esta casa de

prestado (esto es, que vivimos en ella), y casi me di a peligro de caerme detrás. Porque así el caldero y la sogá como yo nos volvíamos hacia dentro del dicho pozo. Porque creo que pesaba más el caldero lleno de agua que yo; y, así, me llevaba tras él.

Pues ahora, Hijas mías, aplicaré este lance para vuestro ejercicio. Que no hemos tampoco de querer sacar el agua del pozo de nuestras consideraciones y discursos del entendimiento, de una vez, para regar las nuevas plantas y flores que va el Señor con vos plantando en el huerto de vuestra alma. Y menos echar de golpe el agua sobre ellas. Porque como son todavía tiernas en el estado dicho, no sólo las echaréis a perder; sino que las ahogará y cortará por el pie. Como si ahora quisiéramos echar un caldero lleno de agua sobre una florecita acabada de poner en la tierra. Y, así, sería mucha indiscreción echárselo todo de un golpe. Y más si era grande el caldero que saqué del agua, como dicho es, de las consideraciones y pozo de mi entendimiento.

Y, así, es necesario tomar dicho trabajo de sacar el agua, poco a poco y por partes, para irla asimismo echando sobre las dichas flores de virtudes. No echándola encima, como dije, sino por el pie: para que se vayan arraigando aquellas tiernecitas raíces en la tierra de nuestra alma, y se vayan fortaleciendo empezando por el pie (esto es, por la consideración de lo que soy como ya queda dicho). Y, así, unas veces pensaré en el conocimiento propio de mí misma, otras en la muerte, juicio, infierno y gloria como también se dijo. Otras veces pensaré en mis pecados, los que lloraré por ser mi Dios ofendido por ellos, con esperanza de que me los ha de perdonar por su infinita misericordia.

Y otras veces pensaré en los beneficios recibidos de su liberal mano, aun cuando yo acaso en desgracia viva y olvidada de tan misericordioso Padre; otras pensaré que mis graves culpas han sido la causa de su Pasión y muerte. Otras pensaré en su misma Pasión, dolores, aflicciones y tormentos que le dieron los judíos y aquellos malvados jueces por mi causa. Y otras pensaré en el amor con que lo sufrió todo con divina paciencia, mansedumbre, bondad y silencio, rogando a su eterno Padre por los que así le maltrataban, mofaban y es-

carneían, considerándole un espectáculo de dolores.

Que de sólo pensar en ellos en la Oración del huerto de Jetsemaní le causaron tan terrible tristeza y aflicción de espíritu y le hizo tal efecto en su divino interior, en cuanto Hombre, que prorrumpió su santo cuerpo en aquel sudor de sangre que sabemos las almas cristianas por la fe. Aunque no solemos detenernos con la consideración en lo que le pasó a nuestro divino Esposo en tan terrible paso. Que lo más que le afligía era la ingratitud con que corresponden los hijos de Adán a tal Señor, que iba con tanto amor y celo de la salvación de sus almas, a padecer y beber el cáliz amarguísimo que su eterno Padre le ponía presente en aquella hora u horas de tan tenebrosa noche para su santísima alma y cuerpo. Que todo lo que había de padecer en lo restante de ella y el día siguiente, todo se le representó allí con tanta viveza, como el efecto de dicho sudor de sangre nos lo muestra.

Mas, ¿cómo no se había aquel amorosísimo Padre, amor y Esposo de las almas, de nosotras sus criaturas, de llenar su Corazón amabilísimo de angustias y tristezas, viendo delante de su purísimo entendimiento, por un lado todo lo que había de padecer, y, por otro, lo mal que habían de corresponder los hijos de los hombres a tan grandísimo amor como les mostraba en querer tomar por su cuenta la satisfacción de sus culpas con sujetarse a llevar tan cruel cruz y morir en ella, para que nuestras almas no mueran eternamente en el infierno, sino que nos convirtamos a El y que así en El vivamos por medio de la muerte de su santa Humanidad y Pasión?

A este tenor puedo pensar en otras muchas cosas pertenecientes a la Pasión del Señor como queda dicho. No de montón y todo junto. Porque sería coger mucha agua de una vez en la vasija del entendimiento si quisiera discurrir en todas las cosas dichas y otras de una vez. Y acaso no haría provecho tanto golpe de agua sobre las tiernas plantas y flores de las virtudes. Que más vale coger cada cantarillo de por sí del agua de las dichas consideraciones, como por veces, e ir regando poco a poco cada virtud por sí.

Y, estando un poco crecida en el huerto de mi alma aquella que más necesito y veo que me hace falta, des-

pués que el alma se haya ejercitado con un poco de cuidado en regarla con la luz y trabajo de su entendimiento (que la luz ha de venir de Dios), volverá con el cantarillo de su voluntad a recibir el agua de la misma fuente que recibió la primera para regar dicha flor o planta. Que será el efecto que saque de otra consideración semejante a las dichas. Aunque toda el agua salga de un mismo manantial. Que no está todavía dispuesta aquí el alma para recibirla toda junta. Porque no se oprima y sofoque con la abundancia de muchos discursos. Que está el punto en recibirla poco a poco acomodándose a su pequeñez. Y, así mismo, en ir repartiéndola por todas las flores, como he dicho, por días y horas señaladas por obligación de ley o por devoción porque sea más durable su ejercicio con especialidad el efecto de las virtudes que saque de su retiro y Oración.

Y no se pondrá en la contingencia de perderlas todas; porque quiso alguna vez, acaso con algún fervor repentino que vino a su espíritu, abarcarlas de suerte que en quitándose aquel ímpetu se halla tibia y de tal modo seca el alma que ya es menester hacerse doblada fuerza: no sólo para buscar un cántaro grande de agua de sus discursos para regar las flores de su jardín; sino que aún no se halla con ánimo para buscar una pequeña vasija de agua para poder regar la una que traía en ejercicio.

Parece que es esto al modo de lo que dice nuestra Santa Madre Teresa que se ponen los leños en la lumbre sin discreción. Y más si son acabados de cortar del árbol, [que] más humo levantarán que llama hacia arriba. Y de esa suerte ¿cómo se ha de calentar el horno de la voluntad de buenos afectos? Más bien quedará sofocada con tanto humo. Porque estando la leña verde y la voluntad con poco fuego todavía para desecarla y digerir tanto material en su estómago, vendrá a parar no sólo en hacerle daño, sino que lo arrojará todo fuera de sí. Y éstos son los que suelen volver atrás, porque experimentaron lo mal que les ha estado el querer emprender esta vía interior; y que no es su espíritu para ir por dicho camino.

Si lo tomaran con prudencia y por partes, como he dicho, y poco a poco fueran regando su huerto, no les

sucediera esa desgracia. Que no será poca el volver atrás por una vez que se dejaron llevar de una indiscreción. Por lo que toman tedio o miedo de perder la salud y de pasar adelante en la labor comenzada. Y lo mismo les sucede en los demás ejercicios de virtud y penitencia. Porque quisieron abalanzarse a más de lo que podían sus fuerzas. Y suelen derruirse tanto, que pierden la salud. Y, si la cobran por medio de los remedios, ya se temen tanto que ni aun lo de obligación por su estado dicen que no pueden hacer.

Y con esto toman tedio a la penitencia y ayuno; porque ya les parece que aquello poco los ha de matar. Conque vienen a dejar todo, como lo hacen con lo que queda dicho de la labor interior y Oración.

Cayendo y levantando se anda dicho camino, alma mía principiante. Que no porque hayas errado el camino o te hayas metido en algún trampal de algún ímpetu, no tan discreto como debías prevenir antes (porque te hago saber que hay muchos que no todos los puede el alma prevenir en esta vida interior), no debes sofocarte ni dejarte llevar de los ardides de tu común enemigo, de suerte que desmayes.

Lo que puedes hacer es que, luego que por no saber-te entender en tus ejercicios no sepas cómo has de poner la leña de tus consideraciones, comuniques a tu Padre espiritual lo que te pasa y los afectos que sacas de tu Oración. Y no sólo esto; sino el modo de obrar de tus potencias en ella; pues estás en estado que no te costará mucho el poder darle cuenta y razón de todo para que te dé luz en tus ignorancias; y te animes a no volver atrás dándote remedio para tu enfermedad actual. [Enfermedad] que te causó la multitud de discursos a un tiempo con que quisiste regar las flores del huerto de tu alma o, por mejor decir, el agua de los afectos que sacaste de ellos; para que con su prudencia se ponga tasa en ellos.

Y, así, sujetándote a lo que te ordenare volverás de buena gana a tus ejercicios, luego que te recobres un tanto. Y caminarás con más aliento y seguridad con la ayuda y favor de tu divino Esposo. El que te llama a toda priesa para que luego que acabes con la labor de esta primera vía, entres en la segunda; en la que labrará

tu entendimiento otra labor más prima con la luz del Espíritu Santo.

Que nos dé a todos su ayuda y divina gracia para que así logremos las que suele dar a las almas que van aprovechando en ella. Amén.

[CAPITULO 7]

[REFIERE CÓMO LA SANTA OBEDIENCIA LE MANDÓ QUE PROSIGUIESE EXPLICANDO OTROS GRADOS MÁS ALTOS DE ORACIÓN, SEGÚN LA LUZ QUE EL SEÑOR LA DIESE. Y SE INTRODUCE, PROTESTANDO SU INSUFICIENCIA, EN LA VÍA ILUMINATIVA. DA LOS MOTIVOS DE NO INDIVIDUAR POR SU ORDEN LOS GRADOS DE PERFECCIÓN A QUE PUEDEN LLEGAR.]

POR haber ofrecido, al principio de este pequeño Tratado de Oración (que sólo por obedecer empecé), de que hablaría conmigo misma y mis Hijas principiantes en dicha Obra y ejercicio santo de la oración, no pensé me habían de mandar pasar más adelante por mi corto talento, para saberme explicar, como se ve por lo que hasta aquí va dicho.

Pero la santa obediencia del que me mandó lo uno, mal se compadece no sólo del trabajo que me cuesta esto de escribir; sino también de mi rudeza e ignorancia. Y, así, Hijas mías, parece que nunca supe obedecer, cuando ahora a la vejez anda la santa obediencia conmigo en continuo movimiento.

Mándame que prosiga, después de haber concluido este primer Tratado. En lo que no hallo más remedio que el hacerlo, con el consuelo de acordarme de Nuestro Señor Jesucristo, que fue obediente hasta la muerte. Y, así, aunque vuelva a decir lo mismo, si el Señor no me diese más luz para saberme explicar algo mejor, haré cuenta que hago cestos y los vuelvo a deshacer. Como me contaron, cuando niña, que así lo hacía un santo por no estar ocioso. Que no sé si era el señor San Francisco o sus hijos primitivos; que tengo tan floja memoria que no me acuerdo apenas de cosa que haya oído. Y, en fin,

el principal es de obedecer. Su divina Majestad me conceda esta virtud con la perfección que mi alma ha menester. Amén.¹

Como me pareció que no se me ordenaría que pasase mi corto entendimiento más adelante en este asunto de Oración, dije en dicho Tratado mucho de lo que acaso no corresponde al alma principiante. Y que muchas cosas habré puesto o dicho que más pertenecen al alma que está ya más aprovechada en las virtudes, como [también] ejercitada en el trato de Oración. Como lo están los que están ya entrados en la vía iluminativa.

Pero sea de una manera o de otra, como el alma se sepa ejercitar en la primera [vía] purgativa, aprovechando va. Y, así, tome para su provecho lo que le esté mejor de las consideraciones que se me ofrecieron decir en ellas y otras que Nuestro Señor le diere, que será lo mejor, que sabe lo que más bien le está para llevar así a su alma esposa.

Pues lo que allí se dijo, no fue tanto para que el alma se gobierne por ello; sino para alentarla a que siga el camino de la Oración y trato con su Dios. Y ella misma, entrándose dentro de sí a pensar lo que debemos a este gran Señor y Dios como tenemos, tan digno de ser amado, buscado y servido. Y la manera de buscarlo es la Oración y meditación. De la que ha de sacar el alma los efectos de las virtudes, con las que es servido y le sirve el alma. Con que aquella divina Bondad del Esposo se da por satisfecha; y, en retorno del ejercicio santo de su esposa, en dicha vía o primera morada, y del trabajo que se tomó para a costa suya (aunque siempre ayudada del divino Esposo) adquirir algunas de las dichas virtudes, no sólo se lo premiará; sino que la concederá de pura gracia otras muchas de mayor servicio y agrado suyo, para que le sirva con ellas el alma con mayor fortaleza y más duración.

También acaso repararás, Hija mía, que el hablar con una sola es hablar con todas mis queridas Hermanas e Hijas de esta santa Fundación. Que no voy explicando por grados este Tratadillo de Oración ni digo lo que co-

¹ Léese esto no en la vida de San Francisco, sino en las *Vidas de los Padres del Yermo...*

responde a cada uno para saber en él que va el Señor subiendo a tu alma.

Y que no puede menos de haber en cada vía o mansión de las tres que te dije en la primera (que es ella [la *purificativa*] y la que se sigue, que llamo de *iluminación*, y después se sigue la tercera, que llaman de *unión*) muchos y diferentes grados y mansiones, como moradas, en que va llevando el Esposo y subiéndolas de unas a las otras, como lo dice nuestra Santa Madre en las suyas; y otros santos autores que escriben de estas cosas y materias místicas y de Oración.

Bien creo, Hija mía, que es así como tú lo conoces. Que hay muchas y diversas mansiones en la casa del Señor.² Y en cada una de las tres piezas que te acabé de decir. Donde se *purga* el alma de sus pecados en la *purgativa*; y en la *iluminativa* recibe luces y adquiere virtudes; y en la *contemplativa*³ disposiciones y adornos, joyas y atavíos. Todo dado del Esposo para unirla consigo.

Y, así, sólo a bulto voy discurriendo lo que Nuestro Señor me enseña para obedecer a quien me lo manda. Y tú, Hija, ten paciencia; que no tengo letras para saber distinguir de grados, moradas y mansiones, como los Santos. Porque me falta lo que ellos tenían, que es el ser Santa, como ellos lo fueron. Con que alcanzaron de Dios esta gracia para dar luz a la Iglesia de las cosas de espíritu y de lo que el Señor obra en las almas que se disponen para tan altas mercedes; explicándolas todas por sus partes, circunstancias y grados; que podrás ver en los libros que escribieron. Como cada día ves en los de nuestra Santa [Madre] y Santo Padre. Que a mí me basta decir así a bulto y todo junto lo que dicho es de lo que entienda del Señor pasa al alma en los dichos tres estados.

Y a vos, Hija mía, no se os dará mucho de que yo os lo diga con distinción y declaración de grados, teniendo en los citados y santos libros tan a la mano por donde lo sabes que se os ha dicho que a ellos os remito para vuestras dudas y consuelo de vuestras almas. Que,

² Joan., 14, 2.

³ Toma el vocablo "contemplativa" por *unitiva* indistintamente. Cf. c. 6, p. 38.

aunque yo mereciera de nuestro Señor tal gracia, no siendo contra su Santísima voluntad, no lo hiciera. Porque teniendo mi alma la dicha de tener tal Madre y tal Padre (aunque siendo yo tan indigna hija suya) que nos han dejado tanta luz por donde puede el alma conocer en el grado que desea saber está su vida interior, sería demasiado atrevimiento mío querer competir con sus santos escritos.

Y así debo, como lo hago, venerarlos. Y después de todo mi cuidado no dudo sacaría un borrón de mis discursos y soberbia. Y, así, hija mía, bien sabe Dios lo que hace en no darme la gracia que tú reparas. Porque en todas nuestras pequeñas obras y operaciones siempre quiere que caminemos en humildad, aunque lo mande la santa obediencia, la que en este caso me es favorable (que es el único consuelo, que tengo en este empleo por su orden), de que escriba dichas cosas al modo del que tengo, natural. Acomodándose la luz de mi Señor, si es que es servido de dármela, a él y a mi poco saber.

Y, sobre todo, si el alma ve que crece en las virtudes, ¿qué importará el saber en qué grado está de su Oración? Caminemos, Hija mía, hasta lograr del Señor el conseguirlas todas en punto de perfección. Que el saber otra cosa, eso se queda para el mismo Dios. Que nadie puede en esta vida mortal comprender el alto estado o grado de unión a que puede levantar el Esposo al alma, esposa suya, hasta verla en la gloria.

Que nos lleve juntamente con ella a aquellos eternos gozos a todos los que vivimos y andamos todavía peregrinando por la tierra de acá bajo. Amén, Jesús.

[CAPITULO 8]

[CÓMO, DESPUÉS DE SALIR DE LA VÍA PURGATIVA O ESTADO DE PRINCIPIANTES, SE SIGUE LA VÍA ILUMINATIVA O ESTADO DE APROVECHADOS. EN DONDE EL ENTENDIMIENTO OBRA CON MÁS INDEPENDENCIA DE LA IMAGINACIÓN. EXPLICA CÓMO SE HA DE EJERCITAR, Y TRABAJAR PARA REDUCIR LA PARTE INFERIOR A LA SUJECIÓN QUE TENÍA EN EL ESTADO DE LA INOCENCIA Y TRAE OPORTUNAMENTE EXPLICADO EL PRECEPTO INTIMADO A ADÁN DE QUE TRABAJASE Y COMERÍA DE SU SUDOR]

DESPUÉS de haberse el alma ejercitado en el primer estado de principiante que queda dicho, aunque mal por no saber yo más, por algún tiempo, si ella de su parte puso los medios para sacar los efectos correspondientes al dicho estado de las virtudes que en él debe practicar: como el desbistar la primera corteza o escoria que allí dije, con que está cubierta la hermosura del alma, con la lima grosera de las figuras corpóreas que la imaginación forma y pone presente al entendimiento, para que a su modo todavía rudo y corto [de] entender las vaya un tanto espiritualizando y saque de su ejercicio materia y motivos para proponer a la voluntad las razones que tiene, para amar lo bueno y lo que nos lleva a Dios, y aborrecer lo malo y todo lo que nos impida esta divina senda o jornada de buscar a nuestro Dios con las más vivas ansias.

El que apiadado de nuestra miseria y de la flaqueza y poco saber del alma, para caminar con fortaleza en el ejercicio de las virtudes, con que ha empezado a plantarlas y regarlas en el huerto de sí misma, con el agua sacada del pozo a costa de su brazo y trabajo (como allí dije) aunque siempre ayudada del mismo Señor. Que en todo lo que diga y llevo dicho se ha de suponer que siempre nos ayuda Dios. Y que sin ello no podremos levantar una paja del suelo.

Pues, como decía, de ver su Majestad las pocas fuerzas del alma para estar en un continuado ejercicio,

sacando el agua del pozo a costa de sudores y trabajo, subiendo y bajando el caldero con tanta fatiga de su entendimiento para el riego de las tiernas virtudes, la entra en la vía que llaman de iluminación, que es de los aprovechados o que ellos aprovechan mucho más en ella, que en la pasada purgativa.

Llamo, Hija y alma mía que ya deseas salir de mantillas, estos nombres a dichas vías, porque entiendo que así las nombran los que saben letras. Y, aunque yo no las sé ni lo que corresponde decir en cada una de dichas vías, si no lo que Nuestro Señor me dicte, se me puede permitir que tome a lo menos los nombres de dichas vías o estados que he dicho he leído en algunos libros.

Y, así, no te admires de ver que las llamo y nombro como los doctos y letrados. Porque de mi cabeza no sé nombre que poder ponerle a la idea que tomé para explicarte, Hija mía, las cosas que el Señor me diese a entender en los dichos tres estados, ya que no sepa distinguir ni ponerlas con diferencia de grados, como ya te he dicho. Que habrá en cada uno de ellos lo que creo hay. Pues parece que he oído decir que Nuestro Señor dijo, que *en la casa de su Padre celestial había muchas mansiones*,¹ a donde se recrean las almas de los justos con su vista y el Criador de ellas, juntamente con los que le aman y temen.

Y, así, en este segundo estado y mansión donde ya entra el alma, la abre Dios Nuestro Señor la puerta para que vea con más luz de su entendimiento las sustancias de las figuras corpóreas que antes su imaginación le ponía presente. Y a él le costaba mucho trabajo el sacar su labor, como dicen, por muestra. Que tal ha quedado su nobleza por la miserable culpa, que no está para poder hacer alguna labor correspondiente a su natural empleo y correspondiente operación, pues es espíritu; y así espiritualmente había de obrar y entender en su ministerio, según el fin para que su Criador le crió.

No sé, Hija mía, si me explico; pues deseo que me entiendas y conozcas de los bienes [de] que hemos privado a esta potencia de nuestro entendimiento por la mala culpa o sus efectos.

1 Joan., 14, 2.

Que quedó tan ignorante, tan rudo en su propio oficio, que para haber de volverle a él, ha tenido necesidad de valerse de una criada como es la fantasía e imaginación, que le ponga presente algún dechado corpóreo, como queda dicho en la vía antecedente. Siendo él el señor y el maestro para gobernar y enseñar. Como al sujetar a estos criados de su casa trayéndolos todos debajo de la obediencia de su razón cuales llamo yo todos estos sentidos que interior y exteriormente tenemos. Aunque no hablo ahora sino de los que componen esta parte sensitiva interior del alma. A los cuales no sé ponerles más nombres que los dichos de fantasía e imaginación o parte sensitiva.

Que toda esta inferior fábrica, me parece estaba sujeta al hombre, como todas las demás cosas antes del pecado. Por cuya razón era señor de todos los criados de esta casa suya. A los que debía dominar y regir y mandar la razón de su entendimiento, que es el que hace al hombre. Que sin él se podía decir que no fuera hombre, sino una bestia y animal. Que harto animal será el que no supiere gobernarse a sí mismo ni a la familia de su casa que tiene a su cargo. Antes bien, muchas veces se deja gobernar de ella, invirtiendo el orden del que debe por el oficio ser cabeza y señor de su casa. Como le sucede, en lo que voy a mi bajo modo explicando, a nuestro amo el entendimiento. Que vino a tal desgracia, que perdió la gracia y señorío de mandar y enseñar a estos sentidos interiores de nuestra imaginación.

Y el pobre, viéndose así, ya se humilla tanto, a modo de decir, que se vale de ella en el primer estado de su labor para que le dé alguna materia corporal en que poder discurrir y ver si puede ir rastreando por dónde debe ir para volver sobre sí. Y después que algo entendió por vía de la que yo llamo criada, que es la imaginación, de lo que debe hacer en su oficio, ya en este estado segundo le va dejando, aunque no del todo.

Esto se entiende, que como el Espíritu Santo le va por Sí mismo, o por medio de algún Angel administrando la luz por vía de especies espirituales (quiero decir al modo del mismo entendimiento, porque como es potencia espiritual — como he dicho — así también le corresponde sea la luz que recibe espiritual) donde se informa

de lo que busca, haciendo concepto de la verdad que por vía de las especies se le representa sin figuras de la imaginación.

Que en estos principios de este estado, no del todo obra el entendimiento tan solo y desnudo, como más adelante, de las figuras de su criada la imaginación. Que, como todavía no está purgado y limpio de la escoria ya dicha, no puede libremente obrar por su modo natural espiritualmente. Y, así, algunas veces tiene necesidad de acudir a las formas de la fantasía, hasta que el Señor se sirva de llevarle más adelante en su ejercicio, que pueda merecer recibir la luz de lleno. Y entonces dejará del todo de acudir a su criada.

Como le sucede a uno que quiere aprender un oficio que no sabe; o si lo sabía en su niñez, se le olvidó por falta de ejercitarse en él y por dejarse llevar de otros cuidados de la vida humana. Los que le llevaron tras sí la memoria, entendimiento y voluntad. Los que, por último, le dieron mal pago de sus servicios; y se halla pobre, como necesitado.

Y, recapacitando en los dejos que le han acarreado, para poderse valer y mantener en la vejez, vuelve sobre sí y discurre que será bueno volver a emplearse en el oficio que antiguamente sabía, para ganar con él con qué mantener la vida a la postre. Y así discurre. Y no tiene por mengua el valerse de la misma criada que tiene en su casa para su servicio. Para que, ya que no le sepa enseñar, a lo menos le represente algún dechado delante para él poder sacar su arte por dicha muestra, que tenía tan olvidada. Pero después que ya lo sabe de memoria, no se acuerda apenas de tal criada y dechado; y hace su obra como ya señor de sí.

Así, el entendimiento en este caso tenía olvidado lo que por ser hecho de Dios, el hombre, a su imagen y semejanza, junto con las demás potencias: memoria y voluntad, sabía hacer. Que le hizo, así mismo, capaz de conocerle y amarle desde su juventud, que se puede decir que fue ésta antes del pecado, de cuando su Señor lo crió.

Y, así, estaba entonces apto para hacer bien el oficio y ejercitarse en el fin para que fue criado.

Pero, como después entró en él la obscuridad y ti-

nieblas de la mala culpa (y acaso continuando personalmente en ella, abrazando las delicias del mundo), después que se vio en él, cada día se fue cegando más con los vicios de su carne y apetitos desordenados de nuestra sensualidad. Que todo su primer saber y empleo se le olvidó.

Y, después, con algún auxilio que el Señor que le crió le haya enviado misericordiosamente de que vuelva sobre sí y que mire que va perdido, si se detiene en las cosas de su mala carne, ya se levanta y vuelve sus ojos y corazón al que lo llama no sólo por medio de su auxilio, sino por medio de infinitos. Aunque con uno sólo lo puede hacer el Señor, siendo eficaz y que traiga consigo suficiente gracia para que nos convirtamos a El. Como lo hace con algunas almas, según el orden de su divina sabiduría y Providencia, que después de su primera conversión nunca le han vuelto a ofender con advertencia.

Por lo cual me parece a mí que el auxilio de Dios en las dichas almas fue eficaz, que por el efecto se conoce, porque obró en el alma la firmeza de no volver atrás a sabiendas. Bien que es con mucha especial gracia del Señor que las mantiene en su determinación. Pues, aunque logre del Señor el alma tan grande beneficio de no volver a la vida de la culpa y a los gustos de sus apetitos, con todo es menester que se libre de los deijos de ellos. Porque, aunque habitualmente no peque por la gracia y ayuda especial de Dios, con que la asiste, con todo es menester que trabaje para quitar la tierra de sobre su corazón y potencias, que se le ha pegado de antemano.

Y, aunque nuestro Señor nos ponga en gracia suya y nos perdone nuestros pecados, por su infinita Bondad y larga misericordia, no nos exime ni perdona todavía en este estado el trabajo de nuestras potencias, en buscarle con las mismas que nos dio para llegarle a conocer y unirnos con El por amor. Lo que hiciera, o su Majestad lo hiciera por mejor decir, luego que fue el hombre criado, si se mantuviera sin pecar. Y ahora viene bien para prueba de lo que digo a mi pobre entender de que nuestro Señor no nos libra de buscarle con trabajo de estas potencias y demás sentidos, haciendo

cada uno lo que puede y le pertenece, como dije de la imaginación.

Pero con especialidad en cuanto a la parte intelectual de nuestra alma con ejercicio del entendimiento. Aunque la que pecó fue la voluntad. Pero también llevará la carga de su merecido.

Y digo ahora lo que me viene a la memoria. Y es que, aunque Dios perdonó a nuestro padre Adán la culpa, en fuerza de su dolor y arrepentimiento, no le perdonó la pena. Y ¿qué pena podemos creer, Hija y Hermana mía, que desees caminar por estos estados, que te voy mal explicando? Que como soy una necia, puede ser y aún temo que te diga en esto mil disparates. Pero a mí se me ofrece que la pena con que cargó a nuestro dicho padre fue el decirle: “Adán, trabaja y *comerás de tu sudor.*”² Que harta gracia te hago en perdonarte la culpa que has cometido contra el precepto que te puse. La que, si no fuera mi infinita misericordia, la pagarás en el infierno. Los méritos de mi querido Hijo, que por tu causa ha de bajar al mundo a hacerse Hombre para padecer por ti y por tus descendientes, te han valido. Y, así, paga la pena con trabajar, si quieres comer.

Atiende, alma mía, que no digo le dijese el Señor a Adán todas las palabras dichas, que no lo sé. Sino que quiero decir, que en las primeras que comúnmente oímos que se las dijo Dios, hago yo juicio que todo lo que yo añadido a mi corta comprensión fue darle a entender lo mismo con otras muchas inteligencias de los efectos de su culpa. Por la cual quedó sujeto a pagar la pena con el trabajo de cultivar la tierra a costa de su sudor y fatigas, para comer su pan. Cuando antes de su pecado, no tenía necesidad de ello; porque se mantenía de la fruta del paraíso. Que con poca que comiese, tenía bastante para mantener su cuerpo por mucho tiempo.

¡Oh desgracia de todas las desgracias! ¡En qué pocas horas perdió la gracia para él y para nosotros sus descendientes! Y, así, creo que no tuvo mucho tiempo de experimentar la fortaleza y sustancia de aquella fruta. Que no le privó su Criador el que no comiese de ella. Y, así, quedó desnudo de [la] gracia y de la inocencia y justicia

original, con que lo había dotado el Señor. Y nos perdió a todos. Que sólo los méritos de nuestro Señor Jesucristo pueden restaurar tal pérdida. Que sea muy alabado por que así lo ha hecho su divina piedad. Amén.

Además de la pena que le intimó Dios, en cuanto al trabajo de su cuerpo, me parece que no le eximió tampoco del trabajo de volver a buscar con su entendimiento a su Señor. Pues se ve que conoció y reconoció su culpa y lloróla pidiendo perdón de ella. Aunque al principio se disculpó con Eva su mujer. Con que ya después cayó en la cuenta de que a él fue puesto el precepto. Y, por lo mismo, era él el que no debía consentir en lo que Eva le dijo.

Y, así, todas las reflexiones que él hizo sobre su pecado, y lo que había perdido por él para sí y sus hijos, ayudado de la luz que Dios le dio para que conociera la culpa que había cometido, discurro que las haría con discurso de su entendimiento. Lo que antes de pecar no tendría necesidad de tomarse el trabajo de discurrir. Que todo se lo daban discurrido y, como dicen, ya guisado lo que habían de comer. Como era aquella gustosa y sabrosa fruta que había criado su Criador para el sustento de su primera criatura racional que crió en este mundo, tan guisada y compuesta por aquellas divinas manos, que él no tenía necesidad de cocerla, asar ni guisar con su entendimiento. Ni valerse de sus discursos de cómo la había de componer, sino el comerla, así, como el Señor la crió. Con que estaba contento y satisfecho.

Pero después que pecó, y fue echado de aquel hermoso Paraíso, en verdad que andaría dando vueltas con los discursos de su entendimiento de cómo había de labrar la tierra para sembrar lo que había menester para su sustento.

Andaría discurriendo, así mismo, de lo que había de vestir y cubrir sus carnes desnudas; y también de cómo había de hacer la casa para recogerse y guardarse a sí y a su compañera de las inclemencias del tiempo. Porque veía que todo se volvía contra él por su pecado. Y sentiría ya en su natural la rebelión que el pecado mismo le causó contra su espíritu, el que antes tenía sujetas todas sus pasiones, teniendo estas dos partes espiri-

tual y sensitiva del alma tan en paz, que no tenían en el estado de la inocencia inquietud alguna ni pelea una con otra.

Porque de tal suerte tenía la parte superior sujeta a la inferior, que ésta no resistía en poco ni en mucho a lo que quería la superior. Y estaban ambas conformes y unidas. Que sin costarle trabajo ni repugnancia alguna, obedecían la carne con sus sentidos corporales y sensitivos con la mayor prontitud a su espíritu, en reconocimiento de que era el señor y al que le tocaba mandar, regir y gobernar los sentidos inferiores, que son los criados de su casa. Y ellos, como bien enterados de que lo eran, obedecían prontos a su amo.

Pero luego que él pecó, tomaron tal osadía y tal modo, que se levantaron contra el pobre y desvalido señor y amo y le arrinconaron a un lado, haciéndose ellos los señores y gobernadores de sí mismos, tomándose las llaves de la casa de su libertad, para darse sin freno a los vicios, y usurpar el empleo de su amo el espíritu. Que era el que tenía que dominarlos a dichos criados a la razón de lo que él quería.

Los dichos efectos, y otros muchos que yo no sé decir, son los que acaso sentiría después de su pecado Adán. Los que heredamos sus hijos; pues a nadie más corresponde que a ellos la herencia de sus bienes. Miremos qué buenos son los dichos bienes que heredamos y nos dejó tal Padre. Que Dios se lo perdone. Aunque ya le tiene perdonado; pero no nos ha de costar menos que la vida para vernos libres sus descendientes de tan mala herencia. Que siempre nos está fomentando cada día tan perniciosos dejos. ¡Que el Señor nos libre por su Misericordia de tal propensión y nos dé gracia para no dejarnos llevar de ella. Esto es, de consentir en la culpa a que los dichos efectos nos pueden provocar e incitar. Ya que no nos podamos ver libres de sentir contra nosotros mismos la guerra de nuestra flaqueza contra nuestro espíritu.

Por tanto, es menester que él se aliente y vuelva por sí; aunque le cueste el dejar la vida de esta carne en la demanda de pelear contra ella; hasta volverla a sujetar y señorear como antes; de suerte que venga nuestro espíritu con la ayuda y favor de la divina gracia como

antes a ser señor de su casa; sujetando a estos malos criados, que se han revelado contra él, a todo lo que él ordene y quiera. Que es razón quiera lo que su Criador quiere de él, que se emplee en amarle, y que le cueste el trabajo de buscarle con el ejercicio de su entendimiento, con el recuerdo de su memoria y con el amor de la voluntad. Y también con las representaciones muchas veces de las figuras corpóreas de su imaginación. Como acaso lo haría nuestro padre Adán, después que perdió la vestidura de la original gracia, pues fue hecho y criado sin pecado y organizado y compuesto todo de aquellas divinas manos de su divino Criador y Hacedor.

¡Y qué hermoso estaría y bien dispuesto en su persona corporal, y en su espíritu hecho una imagen de su mismo Criador! Estaba santo, justo y perfecto hombre; sin dolor ni pena alguna [así] en su alma como en su cuerpo. Estaba apto para pensar en su Criador, como que era un retrato suyo y un espejo limpio y claro, para mirarse el mismo Criador en tan hermosa criatura como había sacado de sus divinas manos.

Estaba, así mismo, dispuesto para unirse con el Espíritu Increado de su Artífice Soberano. Aunque él era criado y criatura suya. ¡Dichoso exceso de amor de un Dios tan Inmenso, Poderoso, Infinito en su Ser divino, de quererse unir con su criatura! No sé cómo no se pierde el sentido del alma que se detiene en contemplar lo que había de hacer con el hombre, si se mantuviera tan hermoso y tan limpio y puro por medio del Misterio de la Encarnación de su Amado y Unigénito Hijo, para unirse con su naturaleza.

Pero ya que este dicho exceso de su amor está ya hecho, como nos dice la fe, ayudémonos cuanto nos sea posible con los auxilios de su divina gracia, para que vuelva nuestra alma a cobrar su antigua hermosura; ya que nuestro primer padre se mantuvo tan poco tiempo en ella, que fue preciso que bajara su Criador al mundo, para restaurarla en nosotros por medio de su sagrada Pasión y muerte. Y, así, diría a nuestro primer padre y a nosotros sus hijos en su cabeza, lo que llevo dicho arriba: “trabaja, Adán, cultiva la tierra, no sólo la material para coger tu pan; sino la tierra de tu entendi-

miento, la tierra de tu voluntad, memoria y demás sentidos. Con todos ellos, y con las fuerzas de tu cuerpo, trabaja y paga la pena de tu culpa. Que la misma comprende a todos tus descendientes”.

¿Cuántas veces, con la dicha penitencia que su Señor le daba, se acordaría Adán con su entendimiento o memoria de su pecado? ¿Cuántas discurriría con su entendimiento en él? ¿Cuánto dolor y pena sentiría su voluntad por consentir en el pecado que cometió contra el precepto de su Criador de que no había de comer de la fruta del árbol vedado, con que quitó la vida de la gracia a su alma, y la dejó más obscurecida que las tinieblas de la noche, sin luz para poder valerse hasta que el Señor se la ha perdonado? ¿Cuántas veces discurriría después del perdón en la infinita Bondad y Misericordia que tuvo en perdonársela por los méritos que había de merecer su muy Amado y querido Hijo, hecho Hombre, para satisfacer con su sagrada Pasión la culpa que el mismo hombre había cometido contra su eterno Padre?

Que sólo su Unigénito Hijo podía satisfacer a la divina Justicia por ser ofendido un Bien tan infinito como es Dios. Y sólo otro Dios como él tan infinito (aunque es todo un Dios en esencia, pero distinto en Personas, como nos lo enseña la Doctrina Cristiana, que son tres Divinas Personas, y la del Hijo tan eterno como su divino Padre y tan infinita en su Ser como El fue. Lo que sólo El podía satisfacer y dar cumplimiento a su eterno Padre de tan grande ofensa como la que cometió Adán y nosotros sus descendientes contra tal Dios y Padre.

¿Cuántas veces pensaría el culpado de nuestro padre Adán en los trabajos, penas, angustias, Pasión y muerte, que por su pecado había de padecer tal Hijo y tal Padre, hecho Hombre por su causa?

¿Cuántas se acordaría de aquel vedado bocado y representaría la figura, color y sabor de la manzana en su imaginación; y después con su entendimiento iría desnudándola y desmenuzándola en su mismo conocimiento, penetrando los malos efectos que le resultaron de consentir en comer aquel negro bocado para él, que le quitó la vida del alma, dejándola sujeta debajo de sus pasiones y apetitos, que son los malos criados que se rebelaron

contra su espíritu, dejándonos a nosotros entre tantos enemigos por su mala culpa con quien pelear?

¿Cuántas veces pensaría en el principio y ocasiones de no poder resistir a tales enemigos por la flaqueza que él nos dejó, y desarmados con los dichos efectos de su culpa para rebatir a tantas pasiones como se levantaron contra el alma?

¿Cuántas pensaría en la multitud de almas que por su culpa y las que ellas habían de cometer por imitarle o por la flaqueza que hemos heredado, se habían de perder para una eternidad, aun después de haber venido nuestro divino Restaurador al mundo, y darnos remedios para rebatir contra los malos dejos de su culpa?

Que estamos tan connaturalizados con ellos, que pudiéndonos valer de los remedios y medicina que tenemos en el Reparador de la culpa, hecho Hombre y lleno de tanta gracia y virtudes, no nos acordamos de acudir a El para aprovecharnos de los ejemplos de tal Médico y Capitán. Pues en su santísima Vida hallaríamos las armas con que poder vencer a tantos enemigos, pasiones y apetitos de nuestra mala carne. Que ha quedado tan débil y flaca, como yo no puedo mejor explicar, que lo que va dicho en este discurso. En el que me he alargado tanto, para que conozcas, Hija y Hermana mía, lo que es menester trabajar contra los efectos que nos ha dejado la mala culpa. Y, con sus dejos la propensión mala de caer en pecado, como nuestro primer padre cayó.

Y, así, trabajemos cuanto nos sea posible en el cultivo de nuestra alma, para quitar tanta tierra de pasiones y apetitos como se levantaron contra ella, con la ayuda del divino Remediador y Reparador de nuestros infinitos daños, como nos han venido por el dicho pecado.

Su Majestad nos dé luz para que así lo hagamos y conozcamos el origen de tanta miseria. Amén.

[CAPITULO 9]

[DE LAS LUCES QUE PERCIBEN LAS ALMAS EN LA VÍA ILUMINATIVA Y EFECTOS QUE SACAN DE ELLAS. PELIGROS QUE HAY EN LAS QUE SE DEJAN LLEVAR DE SUS APREHENSIONES SIN RENDIRSE A SUS DIRECTORES ESPIRITUALES. CONDENA EL FALSO QUIETISMO Y OCIO TORPE DE ALGUNAS CON REFLEXIONES Y EJEMPLOS MUY A PROPÓSITO, SIGUIENDO LA COMPARACIÓN DEL PRECEPTO INTIMADO A ADÁN]

Las luces dichas arriba que Nuestro Señor va dando al alma de los daños que nos ha acarreado la culpa, en estos principios de la vía iluminativa, [...] las recibe el alma aquí con más frecuencia y no tanto por medio de las figuras de la imaginación como por especies (que no sé yo cómo las llaman) que Dios imprime en el entendimiento, y le da luz de aquella verdad que quiere el Señor conozca, como al modo de las que fui mal explicando en el capítulo antecedente en persona de nuestro primer padre Adán.

Pues, como él fue el primer hombre que pecó, me vino al pensamiento empezar por la cabeza en ese estado de iluminación, donde desmenuza Dios al alma con las abundantes luces que le va dando en ella, para que vea mejor lo que perdió por la culpa (que fue la hermosura bella de su alma) y los efectos ya dichos que en ella dejó. Y después la grande e infinita caridad del mismo Dios en darle remedio a costa de su Pasión y muerte, hecho Hombre.

Y con dichas luces y otras que va el Señor ilustrando el entendimiento con ellas, va así mismo admirándose con la mina del cielo que ha encontrado. Y asimismo se confunde delante de su Dios de ver que tan olvidado ha estado de conocer tantas verdades como de presente conoce, por no haber levantado su corazón a su Señor, ni su entendimiento a reconocer las causas de sus apetitos y pasiones, para poner más antes [*sic*] los remedios, para vencerlas con el favor de su Redentor Jesucristo, eterno Hijo de Dios, Bien nuestro.

Va asimismo admirándose de su infinita caridad para

con el hombre: que tuvo por bien de enviarnos a su Unigénito Hijo para nuestro remedio, y unirle con el hombre, sujetándose a la muerte por él y para que viviera.

Las luces que el entendimiento recibe aquí, no se pueden con facilidad explicar; porque son de diversas maneras. Y Misterios también que le descubre el Señor a su entendimiento de los sagrados Misterios de su Encarnación, Pasión y Muerte. Los que le hacen a veces tanto efecto en el alma, que no los puede suprimir dentro de su corazón sin rebosar por de fuera convidando a los otros. Que si quieren conocer verdades, que para los tibios les están como ocultas por su negligencia de no buscar la luz de ellas, tengan oración y recójense a su interior, donde el Espíritu Santo les abrirá el Libro de infinitos Misterios de que ellos están olvidados.

Y, así, los que leen en el dicho libro de esta iluminación o vida iluminativa, como ven en él tantas cosas con el conocimiento que el Señor les da de ellas (sin reparar que todavía no han puesto en práctica lo que reconocen, que es tomar para sí y su mayor aprovechamiento los efectos de las tales luces, porque aún no están dichas flores tan arraigadas en dichas almas, como es menester para poder aprovechar a los otros como ellas piensan) así como reciben la luz, la dan a los demás. Poniendo su cuidado en que los otros coman el pan — como dicen — que le han dado para él. Que necesita todavía. Porque la caridad bien ordenada empieza por mí misma. Y su Majestad gusta de que el alma, a quien comunica las dichas luces e ilustraciones, las tome para su provecho.

Que tiempo le vendrá después más adelante, si no vuelve atrás, para aprovechar a sus prójimos. Y, así, procura primero aprovecharse a sí en este estado; pues es de los que van aprovechando con las luces que va el Señor sembrando en la tierra de su entendimiento, para que la voluntad se esfuerce en abrazar con más aliento que ha tenido hasta allí, todo género de virtudes, como ya dije en otra parte. Porque ya en este estado recibe el agua por arcaduces, que son las luces distintas que de muchas maneras envía el Señor a su entendimiento, obrando él también con la misma luz.

Como si ahora yo quisiera caminar de noche por algún camino y me fuera otro alumbrando para ver por dónde iba y ponía mis pies, ya se ve que si me iba otro alumbrando, iría segura de no tropezar. Y, no sólo eso: sino que como veía el camino, fuera yo también andando juntamente con mi alumbrador. Así es lo que aquí le sucede y debe de hacer el alma.

El que alumbra es Dios. Y el que ve por dónde va es el entendimiento. Y la voluntad, la que debe caminar con otras luces en toda virtud. Pues ya no la cuesta tanto trabajo, como en la vía purgativa, el agua para regar sus flores. Que aquella era como a fuerza de brazos el sacarla del pozo de su corto conocimiento. Que toda su obra, como dicen, era imaginaria y sacada por las figuras corpóreas de su misma fantasía o imaginación. Que no podía el entendimiento dar un paso en su labor, sino por los dechados corporales que ella le representaba.

Y, así, le costaba mucho el sacar de su entendimiento un pequeño cántaro de agua, con que poder regar la voluntad, que es en la que deben estar plantadas las dichas flores de virtudes. Y, así como aquí el agua es con más abundancia, por las luces que recibe el entendimiento, derivadas de la principal fuente que es Dios, aunque se las comunicará por medio de los Angeles, que son los que tienen el oficio de llevar a Dios nuestros recados y súplicas, y así también nos traerán de nuestro Señor las respuestas de lo que debemos hacer, para ser agradables a sus divinos ojos en nuestras obras.

Y, así, nos darán también los Angeles las dichas luces que aquí recibe el entendimiento para su modo de obrar y sacar afectos para ir encendiendo la voluntad en el amor de las mismas virtudes y de su divino Esposo.

Aplicando para sí misma la medicina que conoce que todavía le falta, con que pueda sanar del todo su alma de tantos relieves y malos hábitos como le han quedado de resultas de la grave enfermedad de la culpa. Que como ella se sepa aprovechar de las luces que en este estado le dan, grandemente crecerán las dichas virtudes en su alma, e irá cada día más y más aprovechando; y así el alma que se hallase en este estado, procure caminar en el dicho aprovechamiento con la luz, como

dicen, del día. No sea que la coja la noche cuando menos piense y no pueda acaso dar un paso.

Porque en este espiritual camino hay muchos altos y bajos, y también anochece y amanece cuando menos lo previene la pobre alma que va caminando en busca de su divino Sol, que es su divino y amado Esposo, una vez que ya salió de la primera pieza, en que algún tanto lloró sus propios pecados con el conocimiento de ellos, que allí le dio Nuestro Señor y se ejercitó también en su conocimiento propio (que éste no se ha de olvidar nunca, porque si no irá la obra sobre arena fundada como allí se dijo) y se ejercitó en la consideración de la muerte, juicio y en la del infierno y gloria como mejor pudo. Y también en algunos pasos de la Pasión del Señor, en los beneficios que ha recibido de su misericordiosa y liberal mano, con que en alguna manera ya fue rastreando lo bueno que es Dios. Aunque a costa del trabajo que dije, por tener todavía el entendimiento tan oscurecido.

Pues ahora que el Señor lo va iluminando en esta vía y estado segundo, que ya es obra de entendimiento, que yo llámolo así porque me parece que sin figuras corpóreas entiende y conoce lo que está encubierto debajo de la dicha representación corpórea, que es la sustancia de lo que ella significa, como si ahora yo quisiese pensar en mi madre, bien que de pronto se me representara en mi imaginación su persona, su arte, su rostro y todo lo demás en cuanto al cuerpo. Pero al punto paso con mi entendimiento a conocer la bondad de dicha madre y lo que ha hecho por mí, discurriendo en la esencia de sus buenos hechos, esto es, sin figurar en mi imaginación sus acciones y buenas obras con figura corporal.

Sino que, desnudo el entendimiento de las tales figuras, conoce no sé por qué manera las cosas. Que debe en este modo reconocer lo que le corresponde por su modo natural que Dios le dio.

Y, así, digo yo, que espiritualiza las cosas a su mismo modo; porque es potencia espiritual y así espiritualmente ha de obrar precisamente. Que, aunque las figuras son propias de la imaginación, el entendimiento tiene el oficio de espiritualizarlas. Y es muy distinta la obra

de entendimiento que la de la imaginación. Que, en fin, en imaginación se quedara, si no entrara el entendimiento a ver y registrar lo que hay dentro de aquella figura.

Que hay algunas almas tan haraganas que, por no trabajar con su entendimiento en la Oración, se quedan sólo con la imaginación mirando con ella misma la figura o imagen que corpóreamente les representa. Que, como sea dicha alma de viva imaginación demasiada, formará en ella misma un retrato de lo que quiera, tan a lo vivo, que puede ser diga que ya tiene visiones.

Y de aquí proceden los muchos engaños, que han hecho tanto daño no sólo a la misma alma que tal piensa o imagina; sino también a otras con las tales visiones y apariciones. Que no son sino representadas de su viva imaginación. Que bien tiene que hacer el Padre espiritual que las gobierna, en desimpresionar las tales que creen que se les aparecen los Angeles en figura corporal, los santos difuntos de la otra vida y cosas semejantes.

Que como la imaginación nunca la podemos desechar de nosotros, tenemos muy a la mano el pintor que nos pinte las figuras que queremos. Y, así, las tales almas poco advertidas y peor las de nosotras las mujeres, que más fácilmente nos dejamos engañar que los hombres en dichas materias, por nuestra rudeza muchas veces y porque no tenemos letras para saber distinguir en lo que es de nuestra imaginación, lo que es representado por el Angel bueno o malo, se engañan. Y, así, una vez que se impresione el alma de que aquello que ve con los ojos de la imaginación es cosa de la otra vida, y si juntamente no es rendida y dócil, no costará poco el sacárselo de la cabeza de su viva aprehensión.

Y, porque esto no es de lo que quería hablar ahora, lo dejo para quien mejor lo sepa explicar.

Otra vez sucederá, como iba diciendo, que me esté mirando sólo a la dicha imagen que represento con mi imaginación, sin penetrarla con el ejercicio de mi entendimiento, teniendo mis potencias ociosas, como dije arriba, estando con mucha quietud a mi parecer con sólo mirar la figura corporal, que con los ojos de la imaginación represento. Y acaso pasaré toda la hora de mi Oración sólo con estarme embobada, mirando la corteza

de dicha imagen, y diré que ya mi Oración es de quietud, porque mis potencias las tengo quietas y sosegadas sin bullicio sobre lo que busco. Porque a mi parecer ya lo tengo presente, que es la dicha figura que tengo formada delante de mis ojos imaginarios. Por lo cual estoy metida en un engaño terrible. Y el enemigo no dudo me ayudará mucho a lo que piense así para quitarme el aprovechamiento de mi alma con tal embelesamiento y ociosidad de mis potencias.

Que Dios te libre, alma mía, de caer en semejante engaño de ti misma y de que andes diciendo por ahí que ya te ha dado Dios Oración de quietud. Y que ya tu entendimiento está sosegado, mirando la imagen sólo que se te pone presente.

Y no es otra vista la tuya, sino la que formaste con tu viva imaginación. Que es como una cosa muerta, de la que no sacarás efecto alguno de virtud; sino un tiempo ocioso y, como dicen, de ninguna sustancia, así para ti como para los otros a quienes también engañas con tu mismo engaño, haciéndolos creer que ya tienes Oración de reposo y quietud de potencias, como la que nuestra Santa Madre dice. La que no da Nuestro Señor al alma, sino después de harto trabajo, ordinariamente. Aunque su Majestad puede hacer eso y mucho más con algunas almas, como lo hizo con el Señor San Pablo, que más le dio que Oración de quietud, que tú dices; pues le arrebató al tercer cielo, sin preceder trabajo de sus potencias en el cultivo de su entendimiento; que antes bien lo iba engrosando más y llenándolo de más y más tierra. Pues actualmente iba discurriendo con la misma obra y consentimiento de su voluntad en perseguir a Cristo, nuestro Bien, en sus miembros, que eran aquellos fieles cristianos nuevos.

Pero esta merced y gran favor, que nuestro Señor hizo al señor San Pablo, no es el común modo con que lleva su Majestad el alma por este camino de Oración. Ni da esa quietud que tú piensas, ordinariamente, sin que precedan otros muchos ejercicios de parte de la misma alma, ayudada de su favor, luz y gracia.

¿Querías tú, alma mía, gozar de reposo y quietud de potencias y coger el fruto sin trabajo de cultivar la tierra? Eso no fue lo que le dijo Dios a Adán. Sino que,

después que pecó, le dijo que trabajase y comería de su sudor.¹

Y lo mismo te dice a ti, que también pecaste, y eres hija también del pecado de tu padre — como ya he dicho en su lugar — alma mía. Y, así, trabaja con tu entendimiento en buscar el tesoro y mina del más finísimo oro, que está metido en las venas y entrañas de la tierra, que es el centro de tu misma alma, que es tu Dios. Y no te quedes mirando sólo con los ojos de tu imaginación la haz de ella. Que es esa o esas imágenes que tu fantasía forma, que no es otra cosa que estarse embelesada el alma en la superficie de la tierra.

Como si ahora uno que tuviera noticias que en un monte alto había dentro de él un tesoro, y luego fuese con su azadón para cavar la tierra con ánimo de sacar el dicho tesoro. Y después que llega al dicho monte, como le ve tan duro, no se determina a romper con el azadón la tierra; y se sienta sobre ella, sin poner por obra lo que llevaba ordenado de su amo o de quien le envió allí para que cavase y sacase el dicho tesoro. Y lo que hace — como digo — es sentarse y dar a su cuerpo descanso sin dar una azadonada, quedándose hecho un bobo y holgazán, divirtiendo la vista de sus ojos materiales o corporales en la corteza del mismo monte, que tiene presente. Y, por último, se vuelve a su casa con ver sólo el monte por encima y no trae nada de provecho para su amo o familia.

Lo que sucede a dicho hombre perezoso y holgazán, le sucede al alma que sólo se detiene en la corteza de arriba de las dichas figuras, que representa en su imaginación y no pasa de allí, ni da una azadonada en el monte y corteza de su alma, en cuyo centro está su Dios por esencia, presencia y potencia, dándole ser de vida, que si no dejara de ser. Y la mantiene con su poder, y la conserva y da luz con su presencia.

Y a este modo hace su divina Majestad otras cosas que yo no sé decir, sino que nos dicen que está Dios en todas las cosas. Y, así mismo, con especialidad, en el cielo, en el Sacramento del Altar y en el corazón del justo, con especial gracia; porque es como templo y mo-

1 Gen., 3, 19.

rada del mismo Señor que le rige y gobierna todo en sus acciones. Porque las del alma justa y santa, ya no se gobiernan tanto por sus naturales operaciones, como por las del Espíritu del Señor que vive en ellas. Pues ya ella le tiene entregado su corazón enteramente para que disponga de él y [de] su voluntad, conforme a la suya.

Pues mientras que el alma no llega al estado perfecto, que ya no tenga más querer ni más voluntad, ni más corazón, que el de su divino Esposo, no puede tener la quietud que piensa, y le parece tiene la que — como he dicho con la comparación de arriba — se queda sobre la haz de sus imaginaciones. Porque lo que en ellas ve, no es Dios, ni Angel; sino una figura muerta, que no puede causar efecto de gracia ni de virtud en el alma, si no la desnuda con su entendimiento de aquellos corpóreos accidentes.

Esto es responder a las almas que se emboban con las dichas figuras que pintan en su imaginación. Porque las que están ya en este estado de la vida iluminativa, ya no padecen tanto dichas ignorancias. Porque se supieron aprovechar en el primer estado de la purgativa de las mismas formas y figuras de que era preciso valerse para que su entendimiento pudiera sacar alguna agua de luz, para ir conociendo las cosas que allí se dijeron, y sacar el riego de sus tiernas flores, como de desengaño de las que ignoraba por estar dicha potencia del entendimiento todavía como entenebrecida, por lo mismo de no tener curso en materias de espíritu.

Y, así, con tal olvido de ellas, se le olvidó también el saber hacer su oficio. Por lo que allí le costaba más trabajo el sacar el agua — como dicen — a fuerza de brazos, sujetándose el pobre a la criada de la imaginación, para que le enseñara por sus figuras lo que había de meditar y discurrir. Que bien sabe Dios nuestro Señor que en todo cuanto nos dio no nos dio cosa superflua o excusada, digo cuanto crió en esta alma y cuerpo. Que si aplicamos la voluntad, todos estos sentidos corporales y sensitivos: como la imaginación, fantasía y los demás, que yo no alcanzo por mi poco saber, nos pueden servir para emplearlos en las cosas de que nuestro espíritu y alma necesitan para caminar a su Criador por su medio.

Aunque los apetitos desordenados que se levantaron contra la pobre alma, residan en esta parte inferior de ella. Con todo, después que cayeron en la cuenta de su engaño y ven con tal determinación al amo del entendimiento de servir a su Señor y Dios, le ayudan también los sentidos inferiores dichos, para que le vaya buscando. Como lo que queda dicho de la imaginación y sus formas y figuras. Porque es la primera pieza con que encontramos los principiantes y meditamos en las imágenes que hallamos en ella o ella nos pinta y pone presente, para que el entendimiento vaya poco a poco digiriendo o desnudando la figura y saque obra de espíritu, que está debajo de las dichas cosas corporales.

Y, como haya hecho esto, como Dios quiere de su parte, tenga fe el alma que la entrará en esta segunda pieza de la que empecé y voy hablando, a mi modo vago y sin concierto, como a bulto que dije al principio de las cosas que le suceden o pasan por el alma que en este estado entra. Porque, aunque queda algo dicho sobre el modo de cómo se ha de haber el entendimiento, que ya esta obra que aquí hace es ya sin tener tanta necesidad de echar mano de la imaginación, que — como dije — ya anda un tanto por su pie, con todo algo más falta que decir. El Señor dé luz para ello. Amén.

[CAPITULO 10]

[CÓMO LA OPERACIÓN DEL ENTENDIMIENTO, AYUDADA DE LA LUZ QUE RECIBE AQUÍ, NO ES SOBRE SU CAPACIDAD NATURAL NI ORACIÓN DE QUIETUD. Y DA LA RAZÓN APOYADA EN EL SÍMIL DE LAS ABEJAS QUE DISCURREN DE FLOR EN FLOR PARA LA FÁBRICA DE SU MIEL]

SUPUESTO que ya el entendimiento se va, a modo de decir, despidiendo de las figuras que su imaginación le representaba, le tenemos en este estado, Hija mía, puesto en su natural modo de obrar y entender por medio de las especies que te he dicho. Que yo no sé qué

nombre le pueda dar a este modo de entender y obrar de esta espiritual potencia.¹

Y no te parezca que la obra que él hace aquí es ya cosa sobrenatural;² sino obra natural suya porque — como dije — alumbrado de la luz que aquí se le da, va él haciendo su obra. Como son sus discursos y conceptos que hace en vista de la luz que su Majestad por Sí o por medio del Angel le da.

Por lo cual hace grandes efectos de virtudes la voluntad en conformidad de la luz que le da o pone presente su conocimiento. Lo que ella abraza con gusto; y, así, pone por obra lo que dicha potencia le enseña; porque ella es potencia ciega; y, como he dicho ya, el entendimiento es el que podemos decir que ve. Que es el que tiene ojos para dicho fin de ver y escudriñar secretos que antes no podía; porque estaba demasiadamente oscuro y embarazado con aprehensiones y discursos del amor propio de su carne.

Ahora que ya fue saliendo algo de la casa de sus enemigos, que son los apetitos de su carne, está más señor de sí y va haciendo su obra, para acabar con la ayuda de Dios con todos y dejarlos vencidos y él vencedor de ellos.

Y para que no quedes con la duda de que este modo de obrar del entendimiento no es todavía cosa de Oración sobrenatural de quietud, te lo quiero decir, antes que pase más adelante. Y verás cómo muchas de nosotras nos engañamos con mil ignorancias, por no saber entendernos en estas materias de espíritu.

Lo que yo siento en mi alma [es] el no sabértelas explicar, para que Hija mía (que desees aprovechar una vez que tu divino Esposo te ha hecho la honra de querer admitirte para que seas una de sus esposas y te llama

1 La Madre hace aquí referencia a la *Contemplación activa* o *adquirida* enseñada por S. Juan de la Cruz en la *Subida*, lib. 2, caps. 13-16. Luego se ocupará más ampliamente de ella en los caps. 18 y 19 de esta misma obra.

2 Al negar aquí la Madre que esto no es obra sobrenatural no quiere decir en modo alguno que no vaya informada por la gracia la obra del entendimiento; sino que no sale de un *modo humano* de obrar. Quiere decir que no es sobrenatural "*quoad modum*". Que es lo mismo que decía Santa Teresa cuando escribía: "Sobrenatural llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí." (*Relaciones*, 1.^a, n. 3.)

a que le busques por ese camino de Oración) no te engañes ni tengas o tomes unas cosas por otras. Que lo que es natural obra del entendimiento, la tengas por cosa de la imaginación. Y, así, lo que él obra por sí ayudado de la divina luz, te parezca es ya Oración de quietud.

Para que eso fuera, es menester entender que ya dicho entendimiento no había de discurrir en muchas cosas distintas, que en estos principios de la iluminación discurre, ni había de formar muchos conceptos juntos. Los que hace en este estado en vista de los diversos objetos y muchas especies que se le representan, con las que hace así mismo diversos actos, cogiendo de cada uno diversas flores, con que hace su miel en la colmena de su voluntad.

Que, así como las abejas salen y entran en su colmena — como habrás visto — a buscar la médula de las flores de diversos arboles donde las tienen, con las que fabrican su miel dentro de la colmena en tiempo de primavera y verano, mientras que duran las flores, es mucha la solicitud con que andan en recogerlas, para antes que venga el invierno, en el que no pueden salir a buscarlas.

Y, así, con las dichas flores fabrican la miel y llenan la colmena con la que se sustentan después.

Así el alma que está en la primavera ya de esta vía iluminativa, lo que hace es lo dicho. Que recoge sus flores con su entendimiento con mucha solicitud por medio de la luz o luces distintas que aquí se le dan y fabrica la miel en su voluntad de buenos y diversos efectos de virtudes. Las cuales ejercita con más prontitud y fervor que en la vía purgativa. Porque allí todo se le fue en llorar y gemir con la consideración de sus pecados, con la de la cuenta y juicio que le había de hacer Dios de ellos, con la de la muerte, infierno y demás cosas, que acarrea en dicho estado para dar pena y dolor con la vista de los objetos tristes, que su imaginación le representaba a su entendimiento.

Pero aquí ya se puede decir que coge en cierta manera el fruto de sus lágrimas, por los júbilos que siente en su corazón, de ver que ya le ponen a la vista los árboles llenos de infinitas flores, para que vaya de una en otra cogiendo las que más le hacen al caso para sa-

car la miel. La que después de hecha, comen y se mantienen del mismo manjar, que ellas mismas han hecho a costa del acarreo de sus flores, que han buscado con tanta solicitud, antes que las sobrecoja el invierno.

Por esta comparación puedes entender lo que le pasa al alma en este estado. Que después que en él se ejercitó con los discursos de su entendimiento en coger las flores de muchos y diversos conceptos, según la luz que aquí halla, fabrica la miel en la colmena de su voluntad de santos deseos de caminar adelante en todas virtudes. Las que van ya tomando más vigor y fuerza y arraigándose en la tierra de su alma, que es la misma voluntad, echando más fuertes las raíces. De suerte que, aunque se levanten los aires de diversas contradicciones, no se puedan tan de presto arrancar como antes, que estaban todavía demasiado tiernas en el primer estado, y acabadas de poner. Y muchas veces se quedaban en solos deseos por la flaqueza del alma. Y porque le costaba mucho el sacar el riego, o el agua para regarlas como ya se dijo, y se irá diciendo lo que en esto pasa ahora.

Pues, una vez que ya comencé a responder a la duda de qué le parecerá a la que va por ese camino de este modo de obrar del entendimiento, es preciso sepa que no es Oración ésta de quietud. Porque, según dije arriba, es una continua solicitud del entendimiento en buscar las flores para la miel que ya queda explicada, aunque a mi pobre entender. Y, así, mientras que su ejercicio es buscar lo que ha menester, no puede tener la quietud que tú piensas, y estar con reposo de potencias en su Oración.

Pues es preciso que busque las flores como la abeja para el fin dicho. Y luego que esté la miel hecha, reposará y se sustentará de ella sin trabajo ni solicitud de ir y venir por flores. Porque ya tiene hecha la sustancia de que se ha de alimentar después, que es la Oración de quietud, que viene después de este estado, si nuestro Señor quiere que pase más adelante el alma. Aunque por su parte nunca queda, sino por la nuestra.

Mira, Hija mía, si con tanta solicitud del entendimiento para buscar el manjar con que se ha de sustentar él [juntamente] con su voluntad y memoria, no puede todavía hallar la quietud que tú piensas, ¿qué quietud es la

que diré, tiene el alma holgazana, que nos quiere hacer creer, que tiene ya Oración de quietud, con sólo estarse mirando la faz de la tierra, esto es, la corteza de lo exterior de ella, que ya he dicho son las imágenes corpóreas que representa delante su misma imaginación para embobarse con ellas?

Dicha Oración más se puede llamar de gente tonta, que de discreta y avisada, si no pasan de ahí con su entendimiento a discurrir lo que encierran en sí dichas pinturas o imágenes.

Y, así, no le des crédito a quien te meta eso en la cabeza; y acaso para que tú hagas lo mismo en tu Oración, quedándote en esa falsa quietud con sólo mirar el cuerpo de la figura y con tus potencias en ocio falso. Que debe ser eso la causa de que no aprovechen después de mucho tiempo de Oración algunas almas por no querer trabajar con sus potencias; las que allá se las avengan. Que no les pediré poca cuenta nuestro Señor del tiempo que han gastado en su Oración sin provecho alguno de sus almas.

Y, después de todo, allá verán cómo las han de labrar y purificar sus potencias con fuego del santo Purgatorio, aunque por la misericordia de Dios nos salvemos. Porque no hemos puesto los medios para purgar el alma de la mala tierra que se le ha pegado de esta miserable vida.

Y, así, si no queremos, Hija mía, llevar el camino de las almas que tienen ociosas sus potencias en la Oración de la manera dicha, y de las que la gastan en pensar en cosas inútiles, que no conducen a su aprovechamiento, vamos caminando con la ayuda de la luz que en esta vía iluminativa va el Señor dando al alma. Y ella así mismo ayudándose de ella, aprovechándose, aprovechándose y aumentándose en el ejercicio de las virtudes.

Para conseguir el fin que se desea, es menester que le busquemos con la diligencia de poner los medios que nuestras fuerzas alcanzan. Así el alma pone aquí los medios para buscar a su Dios, que es lo que ella desea; y la luz que su divino Esposo la va aquí dando, le hace la costa grandemente para que más apriesa le pueda hallar y mover al que busca, a que se deje hallar de ella.

Porque si Dios no se deja encontrar del alma que le busca, mal podrá ella llegar a verle; porque no alcanza su pequeño vuelo a subir a donde su Esposo está. Y así porque el mismo Señor desea que nos lleguemos a El para que nuestra alma se una y haga una cosa con la unión de su divino Espíritu, nos va dando como dicen la mano en este camino espiritual.

Mas para llegar a la dicha unión, ha de pasar el alma que a tan alta merced aspira, mucho más trabajo y aprietos de su espíritu, que los que ha pasado en toda la labor que ha hecho en su alma hasta aquí.

Pero antes que vengan los dichos aprietos y desamparos: como sequedades, tentaciones fuertes del enemigo y otras cosas que yo no sé, que sirven de acrisolar el alma para la dicha unión, que son como disposiciones para que quede el diamante del alma claro y limpio de toda escoria de tierra, dejémosla en su ejercicio de buscar a su divino Esposo por la contemplación de las criaturas en ésta su primavera, que yo llamo de las luces que va recibiendo del mismo Sol que se las envía, para que por ellas vaya rastreando la hermosura del Mismo: su poder y grandeza, y gracia de que están adornadas, resplandeciendo en todas las cosas que crió.

Y a este modo irá el alma levantando su vuelo cada día que conozca más gracias, dotes y dones con que adorna con especialidad las almas de los que le sirven. Porque de todo lo criado de acá de la tierra no hay cosa más noble ni más hermosa, que sea más digna de llevar nuestra atención, que el alma racional y espiritual que crió Dios en el hombre, por haberle hecho a su imagen y semejanza, en lo que más resplandece su divina Sabiduría, Amor y Bondad para con el mismo hombre. Pues se dignó su Majestad de hacernos esta alma, que crió en estos malos y quebradizos vasos, a semejanza de su Beatísima y Santísima Trinidad, siendo uno en Esencia y Trino en Personas.

Una esencia, asimismo, tiene el alma racional, que a mí me lo parece así. Y tiene, así mismo, tres potencias capaces de su mismo Hacedor y Original de su ser criado, digo del ser de la misma alma. Tan espacioso y profundo seno hizo el Señor en ella, que no se le puede — como dicen — encontrar suelo, ni fin. Que así como

el mismo Dios que la crió es infinito y sin fin, hizo en nuestra alma una concavidad tan inmensa como que había de ser sin fin el que la había de henchir de Sí.

Este tal cual conocimiento que da Dios a algunas almas de la hechura del alma, las saca de sí en pensar en el poder Dios. Que en esta hechura y criatura suya resplandece mucho más que en todas las cosas que crió para regalo y conservación de la vida natural del mismo hombre. Como es la tierra y toda esta máquina de ella: frutos, plantas, animales, aves del aire, mares, ríos y fuentes, con todas las infinitas cosas que el Señor crió en este universo mundo, con tantas diferencias y especies de que se compone cada una, como todos los demás elementos. En todas dichas cosas resplandece el poder inmenso de el Criador de todas ellas. Y al alma que va subiendo a su Señor por la consideración de estas criaturas suyas, mucha ponderación y admiración le causará; y sacará efectos también de alabar el poder de su Dios.

Pero yo sé de cierta alma³ que muchos más afectos de amor de su divino Esposo sacaba de la consideración dicha de la fábrica de la criatura racional. Que todo el mundo, con todas sus cosas y cuantas crió Dios en él, le cabe dentro. Y, así, ve que si hizo el alma tan capaz para caber un Dios dentro, muchos más mundos que criara cupieran así mismo y no la habían de llenar su vacío; porque es imposible la puedan llenar, si no es el que la crió para Sí.

¡Y que tenga el hombre dentro de su cuerpo una cosa tan grande que parece infinita! ¡Que, aunque fue criada y tuvo principio que la sacó Dios del no ser al ser, para nunca deshacerse pues durará ya para siempre, mientras Dios fuere Dios, que jamás dejará de ser Dios y que no se admire de esto!⁴ Y, así mismo, de tener dentro de su cuerpo la imagen de Dios, que la hizo tan hermosa, como que la crió para gozarse y tener con ella sus divinos coloquios y deleites, si la culpa del mismo hombre no la afeara y la quitara su belleza.

Digo que estamos del todo ciegos, cuando no pensa-

³ Hace referencia a sí misma.

⁴ Recuerda la hermosa doctrina de Santa Teresa (*Moradas*, 1.^a c. 1, n. 1 y sigs.), y de San Juan de la Cruz (*Llama*, conc. 3, n. 18 y sigs.).

mos en lo que tenemos tan conjunto a nosotros y unida con nuestros mismos cuerpos. Que si el alma se detuviera en su mismo ser que la dio Dios, créame que muy aprieta encontraría a su mismo Dios y Hacedor dentro de sí misma, y no tendría necesidad de andar por esos aires buscándolo por fuera, como decía el señor San Agustín.⁵

Mas, como no todas las almas se acomodan a buscar a Dios por un camino, así también le pueden hallar en las demás criaturas, pues están presentes a sus divinos ojos y las está conservando con el ser que las dio para muchos fines suyos y conservaciones de la vida del mismo hombre; y con especialidad para que le alabe por todas ellas.

Con que puede el alma sacar muchos buenos efectos para que se vaya enamorando más y más de su divino Proveedor, que para que no le faltara cosa alguna para sustento de su vida, todo se lo dio y crió con abundancia, aunque le manda use de ello con la debida prudencia.

Y, así, como no deje el alma de buscar a su Criador, váyale buscando por donde le haga más efecto para su aprovechamiento, y no deje de caminar a su último fin. Que eso es a lo que vamos. Que no digo que se ate el alma en la consideración dicha del ser que el Señor la dio, porque no se podrá acaso acomodarse como las que dije las hizo grandísimo provecho y llegaron más presto — como dicen — al fin de la jornada, donde cesan los discursos del entendimiento y el afán de buscar sus flores para la fábrica de su miel, como adelante se dirá, si el Señor diese luz a esta mala pecadora para ello.

Que bien será menester, por ser yo tan incipiente como indigna de hablar en tales materias. Que más bien son para letrados y santos que para una pobre mujer, que no he sabido sino pecar. Que sea el Señor alabado porque me sufre sobre la tierra. Amén.

⁵ *Soliloquios*, c. 31; M. L., XI, 888. Cf. S. Juan de la Cruz, *Cántico*, c. 1, n. 6.

[CAPITULO 11]

[DEL MOVIMIENTO OBLICUO CON QUE VUELAN LAS ALMAS A DIOS EN LA VÍA ILUMINATIVA Y DE DIOS BAJAN A LAS CRIATURAS PARA VOLVER A EL CON MÁS FERVOR Y SEGURIDAD. CONTIENE ADMIRABLES DOCUMENTOS CONDUCTENTES A ESTE ESTADO DE APROVECHADOS]

TAMBIÉN se puede buscar a nuestro último fin en este estado que es de aprovechantes. Esto es, que van aprovechando en fuerza de la candela del Espíritu Santo que va alumbrando al alma en esta vía o pieza con las luces dichas que salen de los mismos objetos distintos, que su Majestad le representa a su entendimiento, por los cuales le va dando luz para subir a El. Que son como unos escalones que sirven al alma para subir a lo alto o fin de dicha escala, donde está el principal objeto que ella busca, pues en llegando al último escalón, ya parece no tendrá más que subir, sino descansar en él.

Mas entre tanto que no llega el alma a tanto, todo le es subir y bajar por dicha escala. Unas veces bajará del estado que lleva a su conocimiento propio (que todo es menester), que es el primer escalón o cimiento donde está esta escala, por donde va subiendo el alma a su Dios. Esto es, que ha de estar fija en la tierra de su nada, pensando muchas veces en esta nada de donde nos sacó e hizo Dios. Y, después de darnos el ser que tenemos para que le conociéramos y amáramos, ¿en qué hemos empleado nuestro ser?

Y, así, otras veces bajaremos a los ejercicios de la primera pieza para sacar el dicho conocimiento de lo que somos y ejercitarnos en la santa humildad. No sea que con las alas que aquí va el alma tomando en fuerza de que ya su alma conoce muchas cosas que antes no podía penetrar con su corto entendimiento y que ya le parece que ve los cielos abiertos con la abundancia de luces que experimenta, como dicen, a manos llenas, en esta vía iluminativa, le entre alguna vanidad; porque

el demonio no duerme sobre dichas almas que ven cada día más adelante.

Y así le hará creer que ya es alma que merece que Dios la dé tantas luces de cosas que antes ignoraba. Porque, como digo, era por la mala disposición de su entendimiento y por tenerle preocupado con los objetos inútiles para el bien de su alma. Y como ahora le va dando el Señor luz de muchas verdades que antes no conocía por lo dicho, así mismo le hace tal novedad, que ya le parece que lo que ella entiende es cosa de santos que sólo a ellos se lo da Dios.

Es verdad que a los justos y santos ilumina Dios, y no sólo los ilumina, sino que también los revela sus secretos; porque han sabido ocupar su entendimiento en la contemplación de las cosas eternas y celestiales, bajando infinitas veces del conocimiento de las dichas cosas a su misma nada y miseria. Y, así, al paso que iban subiendo al conocimiento de su Dios por sus criaturas, iban así mismo conociéndose a sí y de esa suerte se mantenían en la santa humildad que es la principal virtud y estribo de la escala mística de esta espiritual subida; y es la que más atrae al Esposo, que va aquí buscando la esposa del alma, para que más aprieta le robe el corazón y derrame en ella el caudal de sus divinas finezas; pues es muy amigo de morar en corazones humildes de corazón, a los que mete dentro del suyo y con ellos tiene sus deleites.

Y no entran aquí los soberbios que piensan que son algo delante de Dios, antes los arroja fuera. Y, así, cuidado de mantenerse en verdadera humildad, conociendo que todo lo que recibimos de Dios, como hacían los santos, es misericordiosamente dado de pura gracia, la que nos mereció su muy amado Hijo con su Pasión y Muerte. Y, así, la mejor subida que nos lleva a su eterno Padre, es la imitación de tal Hijo en las virtudes como queda dicho.

Y así entendiendo y obrando van caminando las almas que están en este estado. Como también sujetando la furia de sus enemigos, que son los apetitos y pasiones; los que ya no tienen tanta fuerza contra el espíritu, como antes del conocimiento de verdades, que aquí desnudamente recibe o percibe el entendimiento, con que va la

voluntad triunfando de sus enemigos y dejándolos sujetos debajo de sus pies como dicen.

Y, así, atados los dichos apetitos, que son los que residen en la parte sensitiva, ya toma el alma un tanto más alto el vuelo. Que le hace el Señor aquí no sé qué favor oculto a su entender, que sólo por el efecto lo conoce el alma. Y es que parece le nacieron como unas alas nuevas para volar a lo alto de su contemplación.

Y este auxilio que siente aquí el alma humilde, yo discurro que le viene del mismo Esposo que la llama a otro grado más alto de Oración, que yo no sé como he dicho explicar. Esto lo hace el Señor en retorno de los muchos actos y obras de humildad en que se ejercitó antes el alma por medio del conocimiento propio, y por algunas ocasiones que la envió el mismo Señor, de mucho motivo de conocer por la práctica de ellas su pobreza y miseria. Aunque otras veces suele humillarnos su Majestad sin que otros nos humillen. Que a veces, como son de parte del Señor dichas humillaciones, hacen por lo mismo más divino efecto de verdadera humildad y reconocimiento de nosotros mismos.

Y, así, para que su Majestad nos ensalce, tiene la divina providencia de humillarnos antes. Y después de ensalzados, nos vuelve a humillar. Que éste es el camino real por donde lleva su Majestad a sus escogidos, por que no caigan de lo alto a que intenta subirlos. Que sabe este Padre amorosísimo ser el principal agente y Maestro interior de este espiritual camino con el alma que puramente le busca sin más fin que el de servirle y amarle por sólo amarle.

Que es tan digno de ser amado con amor filial, que es el de los hijos adoptivos, y no el interesal, [*sic*] que es de los esclavos y mercenarios; que sirven los unos por el interés de sus ganancias y los otros (que son los esclavos), porque más no pueden y por temor que su Señor los castigue con las penas del infierno. Que son éstos los que se duelen de sus pecados por el dicho temor. Y podemos decir que los interesados en sus mercancías son los que sirven o van buscando a Dios por este camino interior de la Oración por gustos sensibles que sienten en ella.

De todo esto ha de ir libre el alma, si quiere su amor

ser como el de los hijos: desinteresal de sentir gustos y saber cosas y secretos en la gracia que no le hacen al caso para caminar a su Dios y Señor, Esposo suyo; que sólo le hemos o debemos buscar en espíritu desnudo de todo apego y de querer saber novedades y cosas sobrenaturales, digo, por vía sobrenatural.

Que el verdadero saber consiste en aprovecharnos de las luces que el Señor nos da para el bien obrar, que esto es lo que nos toca hacer de nuestra parte con su ayuda. Y lo que su Majestad hiciese, es acción suya. Y hará con el alma lo que a su divina voluntad le convenga, que siempre será para mayor provecho del alma que se deja en sus divinas manos de veras y le sirve sin interés alguno.

Mucho me he divertido de lo que empecé a decir al principio de este capítulo: que es que puede buscar el alma a su Dios por otras criaturas más hermosas que las de la tierra, sacado lo que dije de la hechura y criatura bella de nuestra alma en cuanto al ser que su Criador la dio.

Y, así, puede el alma levantar su vuelo a contemplar la hermosura del cielo y su grandeza; que en su comparación es la tierra como un grano de arena, según he oído, la que por todas partes la rodean los cielos. Así hemos de espiritualizar dicho conocimiento, creyendo que todas y cada parte de nuestra alma y cuerpo está rodeada de Dios. Pues en todas partes está en cuanto Dios. Que nada se le esconde ni hay lugar en donde no esté; penetrando todo, hasta los últimos abismos; viendo todo lo que pasa dentro de el corazón del hombre y fuera de él. Nadie se escapa de su divina vista, *que tiene todas las cosas presentes*.¹

Y algunas veces que ha hecho cierta alma² estas reflexiones, decía que tenemos un Dios que todo es ojos. Y de aquí se le representaba que el Señor, aunque no era propia comparación porque Dios no se puede comparar con cosa criada, pero porque la pobre alma es tan limitada en estos principios para comprender un poco más de la grandeza de su Señor, se acomoda El mismo

1 Hebr., 4, 13.

2 Habla de sí misma.

a que haga sus conceptos según su pequeñez (aunque la fe le dice otra cosa), *que es su Dios incomprendible*.³ No sólo en su poder y grandeza, sino en todos los demás divinos atributos y perfecciones de su Ser divino.

Pero para la consideración de dicha alma que la parecía, a su modo de entender, que Dios era todo ojos: que todo lo ve y tiene presente el Señor, se le representó a modo de un finísimo espejo, tan cristalino y claro, que no hallaba cosa en su entendimiento con que comparar su hermosura.⁴ Pero el espejo era de figura tan grande, que no había cosa en el cielo y [en la] tierra, que no comprendiese dentro; de suerte que todas las cosas de arriba y de abajo se veían en el dicho espejo. Y él estaba, así mismo, presente a todo cuanto Dios crió. Que debe ser esto a modo de lo que solemos decir: *que se ven todas las cosas en Dios*. “*Y en El somos y nos movemos*.”⁵

Y como esta representación más es en algunas almas dada del Señor que adquirida, así hace divinos efectos en el alma.

Y por tanto le pareció a esta que digo que su Dios todo era ojos siendo uno solo con que ve todas las cosas, que es su divino entendimiento. Que todo lo comprende y está asistente a todo: manteniéndolo y conservando la vida a todas sus criaturas, así racionales como irracionales e insensibles, cada una en su especie. Que es una admiración para el alma, que por esta su corta razón va levantando su espíritu a su Dios. La razón que digo es: que como nuestro modo de entender es tan corto, así la luz que suele el Señor darle de éstas sus grandezas, que el alma no puede decir cómo lo entiende, se acomoda — como ya he dicho — a su pequeñez, hasta que más adelante con la inteligencia de más cosas que el Señor le representa, tocantes a sus divinas obras y poder, se le van a las potencias del alma ensanchando sus senos y se hacen capaces de conocer en alguna manera al Criador de cielos y tierra.⁶

También el alma tiene muy profundo seno, pues es

3 Jer., 32, 19.

4 Recuerda la doctrina de S. Teresa, *Vida*, c. 40, 5, 10.

5 Act., 17, 28.

6 Cf. *Llama*, c. 3, n. 18 y sigs.

capaz de recibir a todo un Dios en sí misma. Pero esto no lo conoce todavía en este estado, [en] que va Dios sembrando en su entendimiento muchas cosas distintas, para que la voluntad se vaya aficionando más y más del amor de su divino Esposo, que es cierto que ese efecto le causan las luces que aquí recibe el entendimiento. Que son como unas noticias que vienen al alma de la hermosura, bondad y gracias del Esposo que ella busca. Que son tantas y de tantas maneras, que no hubiera papel ni cabeza para escribir con las que el entendimiento está ocupado. Y así no puede conocer ni comprender la grande capacidad y anchura de sus mismas potencias. Que será cuando nuestro Señor mude el teatro de su entender y le quite de delante las luces que va recibiendo para dejarlo en vacío y pobreza de espíritu.

Esto se entiende, si es que nuestro Señor se digna de que pase el alma de este estado de iluminación. Porque en esta vida no todas las almas que tienen oración, llegan al de la unión con Dios, por fines secretos suyos.⁷ Porque pueden ser muy santas y tener las virtudes en estado perfecto, sin experimentar en su espíritu la dicha unión de su Amado. Que se la guardará toda para cuando le vean en el cielo cara a cara. Que lo que hace al alma perfecta son las virtudes. Y éstas, como las practique y se ejercite el alma con toda perfección y a secas, como dicen, merecerá más gloria acaso en el cielo que las que han sido muy regaladas en este destierro con la experimental unión de su divino Esposo.

Aunque el Amante de las almas, a las que son flacas, suele llevarlas por camino de favores y regalos, para que no vuelvan atrás de lo que han empezado. Y también lo hace con las almas que tiene destinadas para grandes obras y hacer mucho provecho a otras de sus prójimos. Lo hace también a las que han de dar mucha luz a la Iglesia con su doctrina. Como lo hizo con sus Santos Apóstoles y Santos Doctores de la misma Santa Madre Iglesia. Y así llevó también su Majestad a nuestra Santa Madre por regalos y favores; porque la tenía destinada para Madre de sus muchos hijos e hijas, a los

⁷ Es la doctrina de Sta. Teresa (*Camino de perfección*, c. 17, n. 2 y sigs.) y de S. Juan de la Cruz (*Noche*, l. 1, c. 9, n. 9).

que había de criar con la leche de sus santos escritos y ejemplos que nos dejó de su maravillosa vida. Y lo mismo a nuestro Santo Padre, como que habían de ser ambos Padres de esta santa familia de su sagrada Reforma.

Para que el alma no se contriste por parecerle que sólo a los que han de hacer provecho grande en beneficio de las almas de sus prójimos lleva el Señor por camino de regalos, o que los da a experimentar su divina unión y que ella es una pobrecita, que la parece no nació para tanto, pero que su deseo es también de llegarse a su divino Esposo, pues no apetece otra cosa fuera de El en esta vida miserable, pues digo que cuanto más creciere el alma en el amor de su divino Esposo con las luces que va derramando en su entendimiento y cuanto más fuere creciendo el fuego del amor divino en su corazón y voluntad, le dará el Señor el grado de unión, aunque por su imposibilidad o porque no lo quiere el divino Esposo, no pueda emplearse en las grandes cosas de los Santos.

Que también puede merecer llegar a la divina unión por otras muchas vías que el Señor tiene dispuestas para llevar a cada alma.

Puede, asimismo, merecer que el Señor la haga tal favor en esta vida por medio de muchos trabajos, penas y enfermedades, que es el camino más seguro el de padecer por imitar a Cristo, "*si queremos reinar con El*",⁸ en los trabajos y enfermedades, tentaciones del demonio, persecuciones de las criaturas, que este fue también el camino que llevaron los santos que llegaron a tan alto estado de unión, en que se perfecciona la virtud.

Y, estando toda el alma llena de virtudes, estará dispuesta para que su divino Amado la llene de Sí Mismo. Porque "*no es aceptador de personas*".⁹ Sino de las virtudes que su Majestad mismo pone en cada una.

Y, así, no hay para qué perder los ánimos de caminar a nuestro último fin, dejándonos en sus manos con total indiferencia. Que dueño es de todos sus bienes y no le podemos atar las manos. Que los reparte con quien quie-

8 Rom., 8, 17; 2 Tim., 2, 12.

9 Act., 10, 34.

re. Que muchas veces estará uno todo un día afanándose y apurándose en cavar la huerta de su amo, y viene la noche (que es cuando él espera le pague su jornal), y hace que no lo oye. Y no se lo paga entonces; porque se lo guarda para dárselo todo junto, para que le haga más provecho que así a poquitos. Que teme que no le ha de lucir.

Y otras veces lo hará por prueba de si es criado de confianza y sin la paga de aquel día vuelve a trabajar en la huerta con la fe de que su amo no le negará su merecido al cabo de su cava, que es al fin de su vida, en la eternidad.

Y con otro criado no lo hará así, acaso, que le irá pagando por días el sudor de su rostro, que son las divinas consolaciones que usa con otras almas aun estando a los principios de la cava.

Y también lo hace con otras con el fin de ir las esforzando para mayores combates y peleas. Y, así, *los caminos de Dios son incomprensibles*.¹⁰ Y sólo al Señor pertenece saber lo que le conviene a cada alma. Y a nosotras toca el servirle y amarle con toda ella, sin dejar parte para nosotras mismas, con una total negación de todos nuestros apetitos. No sólo los pecaminosos de esta mala carne; sino también que nos hemos de negar y desnudar de cualquier apetito de nuestro espíritu en estas materias espirituales, dejándonos del todo en las divinas manos, que haga lo que fuere servido de nosotras.

Llévenos por camino de gustos o disgustos, sequedades, consuelos o desconsuelos. Que de ese modo llegaremos a la verdadera unión de conformar nuestra voluntad con la suya, como lo dice nuestra santa Madre mil veces mejor que yo puedo explicar con mi ruda lengua. Y esa era la unión que más nos dejó encomendada, Hijas mías, como lo podréis ver en el lugar donde lo dice. Que yo, como estoy empleada en esto, no lo tengo en la memoria. Que acaso no sé lo que me digo.

Su Majestad os dé luz para que por uno ni por otro, no dejéis de caminar adelante en la fábrica del espiritual templo de vuestras almas, con la esperanza de que ven-

10 Rom., 11, 33.

drá el Esposo a morar a él, luego que esté acabado. El que sea muy alabado por todas sus grandezas y misericordias. Amén.

[CAPITULO 12]

[CÓMO SUBE EL ALMA POR LA CONSIDERACIÓN DE LAS CRIATURAS ANGÉLICAS A MÁS ALTO CONOCIMIENTO DE SU CRIADOR Y DE LOS EFECTOS QUE HA DE SACAR. ENCARGA LA RENDIDA OBEDIENCIA AL DIRECTOR PARA NO SER ENGAÑADA EN LOS RECIBOS QUE AQUÍ SUELE PARTICIPAR Y SE REMITE A LA DOCTRINA DE NUESTRA MADRE SANTA TERESA Y [DE] NUESTRO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ PARA SABER LOS QUE SON DE DIOS Y CÓMO SE HAN DE PORTAR EN ELLOS TOMANDO SÓLO LO SUSTANCIAL Y BUSCANDO LA FE COMO MEDIO PRÓXIMO Y MÁS SEGURO PARA UNIRSE A SU MAJESTAD]

DESPUÉS que el alma ha ido cobrando más fortaleza para contra sus enemigos, que son los apetitos (que ya he dicho los tiene ya como del todo vencidos al paso de las luces y noticias que va rastreando de su Dios por la contemplación de las criaturas: como son las de la tierra y cielo y hermosura de las estrellas y demás lumbreras que Dios crió en él para la conservación de la tierra con todos sus vivientes), pasa más adentro con su entendimiento a contemplar la hermosura de las criaturas angélicas que crió en él, como son los coros de los Angeles. Los que todos están alabando a su Criador incesantemente. Y todos con tal disposición y orden que no discrepan un punto de lo que su Criador tiene a cada uno ordenado. Y están tan prontos a las órdenes de la Beatísima y Santísima Trinidad, que están viendo en su divina Esencia, que las ejecutan al instante sin la menor resistencia.

De la cual consideración puede sacar el alma grandísimos efectos de no resistir a las inspiraciones de su Criador. Y estar, asimismo, pronta para obedecer a los que están en su lugar y gobiernan su alma en este camino.

Porque, por más alta que vaya con su mente buscando al Criador, y [por más que] le den todas las criaturas terrestres y celestes noticias muy subidas del que su alma busca, si no se ciega y rinde su parecer y juicio en las dichas cosas que va conociendo, le pasan o entiende, al parecer del que la gobierna, no serán las tales noticias tan verdaderas como ella piensa. Pues no hacen efecto de gobernarse en ellas por juicio ajeno. Que todavía no está aquí el alma en tan subido grado de ilustración, que se asegure de que no va errada.

Y aunque esta seguridad viene al alma por parte de la luz, en las que caminan con humildad y santo temor de que no las engañe el enemigo con mil ilusiones que él se sabe formar en este camino, es ya mucho más adelante dicha seguridad de que no va errada el alma. Y, aunque el Señor las haga esa merced de asegurarlas que están ya más adelante, siempre viven con tal temor de sí mismas, que no se gobiernan por su entender; sino que de todo dan cuenta al Padre espiritual. Y se sujetan y gobiernan más por lo que él las dice y dispone, que por su inteligencia. Aunque sean todas de Dios.

Porque saben muy bien dichas almas que gusta este mismo Dios, que las favorece tanto, que en un todo se sujeten a sus Ministros y parecer suyo, como he dicho en otro lugar. Por lo que no tengo más que añadir en dicha materia, que nos lo aconsejan todos los Santos y Doctores que tiene en su santa Iglesia.

Y también en todos los estados de esta vida espiritual nos puede hacer muchos engaños el común enemigo, porque nos divirtamos de la senda derecha de Jesucristo, embelesando nuestro entendimiento con otras especies, que nos haga creer que son luces de Dios. Y no serán acaso más que ilusiones tuyas. Que, aunque en este estado de que vamos hablando de iluminación, sea todavía obra del entendimiento, esto es, que obra él con su propia habilidad con la luz ya dicha que lo va alumbrando, se puede muchas veces engañar. Aunque no por falta de la luz de efecto, si no por el defecto que toda vía tiene en el modo de entender las dichas cosas, haciendo contrarios conceptos de lo que le representa la luz de ella misma. Y así tomará una cosa por otra y le dará contrario sentido.

Y por eso es necesario que el alma camine muy sobre aviso. Y vea los efectos que dejan en su voluntad y en toda la misma alma las dichas luces que recibe, por los que podrá conocer el que la gobierna de qué espíritu salen. Porque en este estado también suele nuestro Señor comunicarse por otro modo al alma. Esto es, que le comunica sus luces, aunque sea por modo de cosas distintas que puedan caer debajo de las formas o especies que pertenecen al entendimiento, a fin de ir enamorando al alma de su divino amor. La que se va encendiendo de suerte que no sólo va desechando de sí las tibiezas, con que andaba antes en el ejercicio de las virtudes; sino que anda muy solícita, por abrazarlas todas con mucho fervor de su espíritu, para que cada día sean más agradables al que ella busca con tantas ansias; y no tiene otro cuidado sino en dar a su divino Esposo gusto en todas sus obras.

Y a este paso va creciendo el amor de El en ellas. Que ya se les suele conocer por defuera, a modo de decir, que como el Señor baña su entendimiento de tanta luz de verdades, suelen andar dichas almas tan admiradas, que a veces parece que andan en lo exterior como fuera de sí y más si acaso han visto alguna visión, como las que suele Dios manifestar en este estado. Que aquí las tienen muy frecuentes algunas almas, que Dios quiere representárselas por justos motivos y fines suyos. Como también las revela cosas secretas que ellas naturalmente no podían saber, como de sucesos venideros y otras muchas inteligencias dirigidas a diversos fines del gusto y servicio del que las manifiesta a las dichas almas.

Y porque el demonio, a vueltas de las ciertas y verdaderas, que son de buen espíritu, no engañe al alma con otras suyas aparentes y fingidas, es menester por lo mismo, que viva el alma que lleva Dios por este camino de visiones y revelaciones, con grandísimo cuidado en no dejar apropiarse el apetito de las dichas cosas.

Que si se va aficionando a querer saberlas, crea que es abrir puerta muy ancha al demonio para infinitos engaños; y se apartará el alma del camino recto del espíritu desnudo de todo apego. No sólo de lo exterior, sino de estas cosas interiores, de que no necesitamos para el fin que lleva el alma, que es de servir y agradar a su divino

Esposo por medio de la fe y cosas que tiene ya reveladas a su Iglesia, que son las mismas que la fe nos dice.

Y en esta materia de Visiones, Revelaciones y cosas que suelen experimentar algunas almas en este estado de que voy hablando, hallará el alma bastante luz y doctrina en los Libros de los [santos] que tratan de estas cosas, como son los dichos de Nuestra Santa Madre y Santo Padre San Juan de la Cruz.¹ Que es cosa bien para alabar a Dios el modo y estilo que lleva el Santo para fin de desapropiar al alma que va por aquí de las tales cosas.

Y, así, allí lo podrán ver las que lo necesiten, esto es, el modo de cómo se ha de haber el alma con las dichas cosas. Porque el librarse del todo de no tenerlas, que el Santo no quiere decir eso, no estará muchas veces en manos del alma. Porque Nuestro Señor lleva o regala a los suyos como sabe que les conviene.

Y no condena mi Santo Padre lo que su Majestad puede hacer con el alma que quiere; sino que nos avisa el modo de cómo se ha de portar en esa manera de visiones y favores. Que también dice el fin para que los hace Dios a las almas, que es la sustancia que se debe tomar de las tales representaciones, aunque sean verdaderas y puestas en el alma por Dios. Tomando de ellas sólo el espíritu que representan, que es lo que aprovecha a la misma alma que las recibe; y los efectos que dichas cosas, siendo — como digo — del Señor, dejan en el alma. Que son para aumentarse [así] en el amor de su divino Esposo como en las virtudes. Porque sin virtudes no puede ser el amor del alma para con El verdadero.

Y así no tengo que hablar en esta suerte de Visiones y cosas inteligibles con mis toscas razones. Que no es razón que eche a perder tan divina luz y doctrina como se puede ver en los dichos libros. Aunque yo, por estar ocupada en este ejercicio los ratos que me dan las obligaciones del estado, apenas me acuerdo de cosa que había leído. Que todo se me borra de la memoria; y por eso no puedo citar la parte en donde habla el Santo de estas materias.²

Y, así, búsquela el alma que lleva el Señor por aquí

1 Cf. *Subida*, l. 2, c. 16 y sigs.

2 *Subida*, l. 2, caps. 11 y sigs. Todo el libro 2.º va encaminado a eso.

y hallará en dicho libro lo que ha menester. Todo con claridad, como cosa de Santo y juntamente docto. Que no dudo le servirá de gran provecho y de luz para no dejarse engañar [así] del enemigo como de sí misma ni llevarse de las tales cosas con ambición y apego de ellas. Porque gusta mucho nuestro Señor de que le vaya buscando el alma con desnudez y pobreza de espíritu.

Bien que para renunciar del todo [tanto a] las dichas cosas, como a otros sentimientos y conocimientos particulares del entendimiento, es menester que su Majestad purgue al entendimiento de todas sus aprehensiones naturales, para que sólo vaya arrimado al báculo más seguro de la fe. Que también dice Nuestro Santo Padre, que es más seguro camino y medio para llegarnos a unir con Dios. Porque todo cuanto puede caer de especies y luces particulares y distintas de diversos objetos, cada uno y todos juntos, no tiene que ver con la luz de la fe. Y es la mejor luz que debemos seguir para llegar más presto al que en fe, o en vista de la que tiene el alma, se desposa con ella misma.

Porque la fe es el mejor medio para atraer los efectos del divino amor a nuestra alma. Porque creemos sin discurso todo lo que debemos creer. Sin más inquisición de las cosas que la fe misma nos propone, que crearlas. Como sabemos que Dios padeció, que murió en una cruz, en cuanto Hombre, por salvarnos. Esto lo cree cualquiera cristiano. Pero si no tiene juntamente caridad, para obrar según las cosas que nos enseña la fe, será su fe muerta, sin obras y sin caridad.³

Pero si obrase bien y nacieran juntamente dichas obras de la caridad y amor de Dios, este tal creyente de los Misterios de nuestra santa fe, no necesitaría mucho de inquirir las cosas dichas que la fe nos propone. Sino que las podía creer, como dicen, a ojos cerrados, con sólo actos de la misma fe, y todas las cosas que ella nos enseña. Y sería su fe, así a ciegas, de mayor valor y merecimiento delante de Dios. Esto se entiende que había de juntar a ella el bien obrar. Porque "*la fe ya se sabe que es como muerta sin obras*".⁴

3 Jac., 2, 26.

4 Ibíd.

Y con el conjunto de buenas obras, nacidas de la caridad y amor del Señor, sería su fe muy viva para con su mismo Dios. Pues creía y amaba a un mismo tiempo lo que la fe le propone de *cuán bueno es el Señor*.⁵ Que tiene ya entendido por la fe su Hermosura, su Bondad, su Poder y Grandeza, su Amor para con los hombres. Y que se dignó enviarnos a su querido Hijo para redimirnos con su preciosa Sangre con tanto exceso de su divino amor.

Y a este modo sabe el alma por la fe, que le entró por los oídos, los demás Misterios que nos dice la Santa Iglesia de Cristo nuestro Señor. Con que, si tenemos acá dentro estas noticias impresas en nuestra alma, lo que hace la fe es creerlas sin más inquisición, ni averiguaciones de los discursos del entendimiento. Porque eso es inquirir lo mismo que ya tiene en sí. Y por más y más que él trabaje y discurra, nunca llegará a comprender las mismas cosas, que la fe nos propone y — como dicen — guisadas y compuestas, para que la voluntad se enamore más, así a ciegas, del entendimiento de su Dios que le representa la fe; porque se lo representa en acto general todo junto. Y el entendimiento se lo va enseñando como por partes y limitado, pues Dios no tiene límite; ni se puede comparar con ninguna aprensión cogitable que pueda concebir y discurrir su corto entendimiento, esto es, acerca de los conceptos que él puede hacer de cómo será Dios a quien él va buscando. El que no hallará tan presto como dentro del abismo de la fe.⁶

Por tanto, deben los santos aconsejarnos más que caminemos a Dios por este camino de fe, que por las sutilezas y discursos de nuestro corto entendimiento. Porque además que llegaremos muy tarde, si es que llegamos, al fin de la jornada de esta espiritual empresa por los discursos y aprensiones de esta potencia activa del entendimiento, nos hace también divertir muchas veces la voluntad de sus actos propios, que son de amor de la cosa que ama. Pues no es capaz el entendimiento con sus discursos y bullicio, por más alto que suba, de ponerle presente el objeto que ella apetece para emplear

5 Ps., 72, 1.

6 Cf. la doctrina de S. Juan de la Cruz, *Subida*, 1., 2.º, c. 6; *Cántico*, c. 1, ns. 10-11.

en él todos sus afectos. Porque anda él divertido en mucha baraunda de los objetos distintos.

Esto se entiende, como lo que queda dicho, de las salidas y entradas de la colmena. Que sale por esos campos a coger diversas flores para que la voluntad las convierta en miel. Que la pobre no tiene — como dicen — para comer un solo día; porque saca poca miel para mantenerse más largo tiempo. Y no tiene poco trabajo, si espera que su entendimiento le vaya por flores todos los días. Que algunos habrá que venga sin ninguna. Y las que trae, son muchas veces bien pocas; y, así mismo, no tan a gusto suyo, que tendrá que desechar la mitad, si no es más. Y así anda mendigando para poder hacer su miel atrás de los discursos del entendimiento. Y no se aquieta con eso en su colmena, que es ella misma la que debe fabricar su miel. Pero, ¿cómo se ha de aquietar si no tiene bastante material de flores para el ejercicio y fábrica de su pobre miel?

Y todo depende de su limitado entendimiento, que vuela por esos montes de todo lo criado y coge de cada criatura una muy pequeña florecita de un buen concepto, para que la pobre voluntad la convierta en dicha sustancia, que no la saca de hambre, antes bien se la aumenta. Porque tiene un vientre tan grande y tan profundo esta voluntad, que otro que Dios no la puede llenar.

Y, así, ¿cómo es posible que su entendimiento la sacie con las inteligencias particulares de criaturas, como se ha dicho en la Oración o estado de ella antecedente de este capítulo que voy acabando? [Basta] con decir que la fe es la que debe ser preferida a toda otra particular inteligencia; porque es donde el alma halla todas las flores juntas para hacer con abundancia su miel.

Y esto es lo que debe ponerle presente el entendimiento para que él con ella se ejerciten en sus actos con [los] que la caridad y amor de Dios se aumenta juntamente. Y déjese ya de buscar por afuera lo que hallará dentro de su misma fe. Que su Divina Majestad nos la dé, por su Misericordia, con la vida de las obras. Amén.

[CAPITULO 13]

[PRUEBA CON EJEMPLOS Y REFLEXIONES MUY OPORTUNAS LA EFICACIA DE LA FE VIVA. Y CÓMO DEBE EL ALMA DESNUDARSE DE SUS DISCURSOS PARA ARRAIGARSE EN ELLA, DESPUÉS QUE ESTÁ SAZONADA]

PARA llevar y buscar el alma a su Dios, por el camino dicho de la fe que nos aconsejan los dichos libros que tratan de estas cosas de Oración, era menester que desde luego que el alma se determina a desocupar su entendimiento (quiero decir que luego que hace el ánimo de ir buscando a su Dios por este camino interior), de todas sus aprehensiones y discursos acerca del último fin y objeto que es Dios y él va buscando algunas noticias de él por las criaturas dichas que El mismo crió e hizo con sus divinas manos, las que todas le están dando a entender su gran poder y sabiduría en alguna manera y otros muchos de sus divinos atributos como ya queda dicho.

Pero por la corta capacidad del mismo entendimiento recibe las dichas luces muy limitadamente; y, así, si las dejara todas y se encaminara a su Dios por fe, mucho mejor le había de ir. Y no le había de costar tanto trabajo y afán en buscar con qué sustentar su voluntad con los conceptos que hace o saca de Dios por las migajas de sus criaturas.

Mas, no cae el pobre en los principios de los primeros pasos de ésta su determinación de buscar a Dios por su interior en la cuenta de que es mejor y más próximo medio la fe para encontrarle. Porque el pobre, como también está ciego y lleno de tierra su ojo, para no poder ver lo que tiene tan cerca de sí, como es la dicha fe, pues la tiene dentro de sí mismo, que es la que recibimos los cristianos en el Bautismo y después nos fortalecen en ella misma con el de la Confirmación, confirmándonos en ella con que después creemos las cosas que oímos y nos dicen que son de fe, como todo lo que tiene nuestra Santa Madre Iglesia revelado por el mismo Dios.

Y como todos nos sujetamos a lo que ella nos dice, debemos así mismo creerlo todo a ojos cerrados, sin escudriñar con los discursos de nuestro bajo y limitado entendimiento las circunstancias de cada cosa que nos dice de por sí, sino sólo creerlo todo — como dicen — a puño cerrado.

Y esto será tener fe de que tenemos un Dios inmenso, un Dios que no cabe en cielos y tierra, un Señor infinito, sin principio ni fin, una Majestad increada, un abismo de divinas perfecciones igual en todos sus atributos divinos, una inmensa caridad para con los hombres, y dulce amor y eterna gloria para los buenos, y una eterna Justicia para los malos, pues es eterno el castigo que los tiene prevenido a los que no se conviertan a El de corazón.

Y sobre todas las dichas cosas y otras, es una divina Esencia y Trino en Personas indivisibles de aquella eterna Substancia, que toda es Una, aunque son las Personas distintas, pero inseparables en su divino y eterno Ser.

Todo esto nos dice la fe y mucho más que yo no alcanzo. Con que para creerlo sólo nos falta ponernos en acto de esta misma fe, sin más discurso sobre las cosas que ella nos propone. Y arrimar el entendimiento o sus discursos a un lado. Porque no ha de adquirir por ellos más cosas de nuevo de lo que la misma fe le dice; ni un pequeño rastro de la menor cosa de ella.

También nos dice la fe que padeció el Hijo de Dios, como queda ya dicho, por salvarnos. Y creer todos los Misterios de Cristo, es la señal del cristiano. Que, aunque de la compañía de tal Señor nunca se ha de apartar el alma del contemplativo, por ser éste el principal camino y puerta dorada (Joan., 10, 9) para llegarnos a conocer a su celestial Padre, pues El mismo dijo que *“quien le viese a El, vería a su Padre”*,¹ con todo llegará el alma a tan alto estado de contemplación, que cumpla ella misma con el sentido de esa palabra. Porque las que dijo Nuestro Señor Jesucristo son todas infalibles y verdaderas. Que será verle en la sustancia, espiritualmente, aunque no pueda verle en cuanto a su santa Humanidad, esto es, corpóreamente, por estar el enten-

1 Joan., 14, 9.

dimiento ocupado en la contemplación de la misma Divinidad de su Hijo, que está encerrada en la sustancia corporal de Cristo, por acto del entendimiento.

Que, como dije, me parece a mí que esta potencia tiene por oficio el espiritualizar lo corpóreo, que se representa en la imaginación; y es ver o entender en la sustancia que encubren los accidentes de las figuras.

Y esto acaso sería lo que Nuestro Señor quiso decir; aunque yo como no tengo letras no sabré lo que me digo. Y sólo para esto poco que entiendo, creo que también dijo el Señor a sus discípulos que si no subía a su Padre y apartaba de delante de sus ojos su sacratísimo Cuerpo Humanado, que no vendría a ellos el Espíritu Santo; y viniendo, conocerían mejor lo que encerraba en sí aquella su santa Humanidad. A la que los santos discípulos miraban y atendían, sin penetrar lo que estaba dentro, que era el mismo Hijo de su eterno Padre, que allí estaba su Espíritu divino, en cuanto Dios, porque no estaban todavía ilustrados para conocer más de Cristo nuestro Bien, que lo que veían por afuera: que eran las maravillosas obras que le veían hacer, los milagros y lo que les enseñaba el Señor con su santísima doctrina, dándoles ejemplo con todas sus virtudes y paciencia y mansedumbre, con que sufrió los oprobios de los judíos y toda su Pasión y Muerte.

Y de esta suerte le tenían sus discípulos por Hijo de Dios, por verdadero Mesías, como lo confesó San Pedro, que le dijo que era Hijo de Dios vivo cuando les dijo el Señor: "*Y vosotros, ¿qué decís?*"² Después que le habían dicho lo que decían los demás del pueblo, que se lo habían oído decir que era un gran Profeta a ese modo. Y él dijo lo que debía decir de su celestial Maestro: "*que era Hijo de Dios vivo*".³ Porque estaría más alumbrado del Padre celestial de tal Hijo que los otros para acertar a decir lo que era su divino Maestro.

Pero con todo, hasta que vino el Espíritu Santo, no pudieron penetrar los infinitos Misterios que se encierran en la Persona de Cristo y lo que estaba encubierto en su santa Humanidad, para dar luz a la Iglesia. Lo

2 Mt., 16, 15.

3 Mt., 16, 16.

que después entendieron con la luz del Espíritu Santo, que bajó sobre ellos. Y por eso convenía que se ausentara su divino Maestro, en cuanto Hombre, digo en cuanto a su presencia corporal, y se fue[ra] de su vista subiéndose al Padre. Y le contemplarían y conocerían de otro modo mejor y más subido con la venida de la Tercera Persona del Espíritu Santo, que los llenó de sus divinas luces. Con las que conocieron tan altos Misterios de su ausente Maestro divino, que no pudiéndolos reprimir⁴ salieron como que estaban locos de aquel divino vino, a predicar a su divino Maestro por aquellas gentes de la Ciudad, para convertirlos a la fe de tal Maestro.

Todo lo dicho también nos dice la fe. Y, así, sin discurrir con el entendimiento mucho, mucho puede negociar el alma con sólo hacer actos sencillos de ella misma y ejercitarse en las demás virtudes que nos dice la fe misma para emplearnos y servir a Dios, en las que creemos por la fe que nos dejó el Hijo de este Dios enseñadas. Que hemos oído y creemos, como hijos de nuestra primera Cabeza, que es el mismo Cristo.

Con sólo actos de viva fe acompañada de obras y caridad, podemos pasar por todos los trabajos, penas, tormentos, dolores, pesadumbres, amarguras, hasta dar la vida por Jesucristo. Miremos lo que puede la fe viva sin discursos ni otras averiguaciones de nuestro entendimiento. Que es un don especialísimo de Dios, para que podamos romper por todos nuestros enemigos y morir a sus manos por defensa de esta misma fe, que el Señor imprimió en nuestras almas, sin que nos costara trabajo el adquirirla o adquirir razones para tener esta fe.

Como vemos la tienen los soldados que van dispuestos a defenderla por la confesión de su Dios y se alientan a dar la vida por El en manos de sus enemigos. Bien que el mismo Señor es el que les da ánimo y les aviva la misma fe, que ya les tiene dada, en el lance de su batalla; y se encienden en el amor de Jesucristo su principal Capitán y rinden su cerviz al cuchillo por defender la fe de Cristo.

Pues ahora, ¿no está claro que la fe hace maravillas como las dichas, sin más discursos del entendimiento

4 El original dice *suprimir* por equivocación.

que creer en Jesucristo a ojos cerrados? Los dichos soldados que se entregaron a la muerte por defender a Jesús y su fe, ¿cuánto tiempo gastarían en buscar motivos y razones en su entendimiento para creer los Misterios de la fe de cristianos y morir por su misma fe y defender al que se la dio? Que acaso en todas sus vidas no se habían acordado de acordarse de tal Dios. Y menos de pensar en El.

Y, sin más prevención que ver los enemigos de la fe presentes para ponerles guerra contra los dichos soldados cristianos, empiezan con tanto valor a pelear contra los enemigos de la fe que profesan, aunque sea a costa de sus vidas, por defenderla. Y quien les da esa fortaleza es la misma fe que tienen estampada en sus almas. Y sin más discurso sobre las cosas de ella, se entregan a la muerte, antes de desistir de ella. Lo mismo sucede a los chicos y muchachos, que todavía no tienen edad mayor, para reflexionar sobre las cosas de la fe, sino que saben son cristianos.

Y si viniera algún hereje por la calle a dar tras ellos porque eran cristianos y ellos así mismo supieran que era hereje y profesor de otra mala secta, sin más discursos se echaran los dichos muchachos (como ya se ha experimentado en algunos) encima del tal hereje y lo despedazaran con palos o piedras. Que serían pocas las que encontrasen en la calle para tirarle porque no es él cristiano como ellos.

Miremos la intrepidez de los tales chicos en el hecho, que se ponen tan enfervorizados para con el hereje por defender su santa religión católica, que no se les pone nada por delante ni temen la muerte que sus enemigos les pueden dar. ¿Quién hace esto sino la fe que han recibido de cristianos?

Que poca Oración de discursos de su corto entendimiento habrán tenido antes para prevenirse para poder defender su fe. Que quizá cuando los embistió el enemigo los cogería en sus enredos, jugando y enredando unos con otros, y dejándolo todo, se armaron con la misma fe, que está como sello dentro de sus almicas. Y sólo con que Nuestro Señor se la avive, saltan sobre sus enemigos con tanta furia como oigan ellos que viene tras de ellos mismos para pervertirlos.

Por lo dicho se prueba que la fe que Nuestro Señor nos dio, es la mejor antorcha y luz que debemos seguir para todas las cosas que debemos hacer esperar y obrar con dicha luz de fe. Pues ella nos lo representa todo como queda dicho así tocante a lo bueno, que es nuestro Dios, perfectísimo en todas sus obras y amante de nuestras almas, que nos ha enviado a su querido Hijo para redimirlas del cautiverio del pecado. Y todo lo que hizo por salvarnos y darnos su gloria, está recibido por fe. Y en ella está todo cuanto podemos y debemos creer. Como también está, que al que busca el alma enamorada de Aquel sumo Bien, nadie le dará más claras noticias de su Amado que la luz de dicha fe.

Pero volvamos un poco atrás a compadecernos de las pobres almas que todavía no se acomodan a caminar y buscar a Dios por la fe. Que les parece cosa muy oscura para ellas. Y, así, que no se entienden en su camino sino por las luces particulares de distintos objetos que busca y recibe el entendimiento, como las que quedan dichas.

Y puede ser que me digas, alma mía, que vas buscando a tu Dios a tu modo de entender, y que esperas hallarle por medio de las virtudes, que vas conociendo por la luz particular, que recibe su entendimiento de cada una. Y, así mismo, con eso harás también muchos y distintos actos de fe que equivalgan al general, que te he dicho, que lo coge y comprende todo; esto es, que abraza todo lo que por partes quieres tú juntar a tu corto modo de entender.

Pero a mí me parece que es mejor creer todo junto, que por partes, las cosas que tú vas discurriendo para sacar esos actos. También dirás que el argumento que se me ofreció de la fe, que da ánimo a los soldados que pelean con los enemigos por defensa de ella y nuestra Religión Cristiana si se ven asaltados de ellos, que no es mucho, o que en eso no hacen mucho en morir por defender cada uno su ley y fe.

Que si a los enemigos de ella los quisieran oprimir y ponerles guerra para que dejasen ellos la suya y los ídolos que adornan, con intento de que abrazasen la nuestra, sin detención ninguna se dejaran matar, antes que dejar su mala profesión. Y, que si ellos hacen eso,

que se dejaran quitar la vida por volver por su fe y ley, que tienen allá establecida, ¿qué fe es la que da tanto valor al soldado cristiano, si el bárbaro hace lo mismo de morir antes que dejar la suya? Y también aquéllos, sin aguardar a premeditar ninguna cosa particular como apriete el combate sobre que dejen su mala religión, primero sujetan su cuello al cuchillo. Y, en fin, unos y otros mueren por guardar y defender cada cual su derecho y su fe.

Dígote que es así. Y que puede el demonio dar tanto ánimo y valor a los que le sirven, que darán la vida por defender las cosas que él les hace creer, infundiéndoles acerca de ellas una diabólica y falsa fe con la adoración de sus falsos dioses. Haciéndoles creer que, muriendo por defenderlos y lo que el mismo diablo les habla por ellos, los salvará luego que mueran. Y se irán al cielo que ellos allá tienen imaginado. Y, cuanta más prisa se dieren en dar la vida por su causa, más apriesa gozarán el premio.

Esa es la fe del demonio, que los tiene ciegos con ella para dárselo en el infierno con penas eternas. Que así los tiene engañados toda la vida con su falsa y diabólica fe, como he dicho. Y así también sabe el demonio dar a los amigos, que creen en sus facultades, fe de ellas y ánimo para defenderlas hasta morir por ellas. Y no sólo mueren en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al alma. Que es mucho para llorar y sentir de las almas cristianas. Que tantas se pierden de las que no conocen la ley de nuestro verdadero Dios y Señor, y así están ciegos en su falsa o con su falsa fe.

Pero los soldados de Cristo, como hijos de la santa Iglesia, mueren en su defensa. Porque su fe es de creer en un Dios verdadero, un Dios sobre todos los dioses. Un Dios eterno, todo lleno de gloria eterna para sí y sus creyentes. Un Dios omnipotente, un Dios sabio, un Dios justo, santísimo, perfectísimo en todos sus divinos atributos. Un Dios increado, un Dios sin principio ni fin.

Y un Señor lleno de amor para los suyos y los que habían de creer en los sagrados Misterios de su Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y que fue el Hijo el que se hizo Hombre para nuestro remedio, bajando a la tierra para nosotros no bajáramos

al infierno, como bajan los que no creen en tan misericordioso Dios y Padre. Un Dios que para satisfacer por nuestros pecados tuvo por bien de enviarnos a su amado y querido Hijo; y en El nos dio todo lo que tenía y tiene que darnos, que es la gloria eterna, que nos ganó y mereció por su sagrada Pasión y Muerte.

Todo lo dicho y lo demás que nos manda creer la santa Iglesia, es de fe. Y verdades infalibles. Que no puede Dios engañar, ni ser engañado. Y con una fe general lo puede creer el alma sin más especulación que creer todas las verdades, a ciegas de sus discursos. Que eso será tener fe de las cosas que ella misma nos enseña, y hacer lo que hacen los que por ella mueren a manos de sus enemigos. Que sin escudriñar, y muchas veces sin darles lugar para acarrear muchos discursos sobre las cosas de su fe, dan por ella la vida. Porque la fe no tiene ojos, sino que ciegamente debemos creer lo que nos manda; pues por ella está declarado lo que nos importa creer para nuestra salud eterna.

Y esta misma fe que tenían los que han dado la vida por defenderla, también está dentro de nosotros los demás hijos de la santa Iglesia.

Que sea Dios infinitamente alabado por hacernos tan gran favor como el habernos hecho hijos de tal Madre y Esposa del gran Dios que tenemos. El que nos infundió esta fe por medio de los santos Sacramentos, que el divino Esposo dejó en ella.

Y quien aviva esta fe, que Nuestro Señor no ha dado, es la caridad. Y la caridad que es amor de Dios y del prójimo. Y, si el alma tiene amor a Dios, precisamente guardará su santa Ley y lo mostrará en las obras. Porque, *si alguno le amare, ése guardará sus santos Mandamientos.*⁵ Si no, será señal de que no le ama. Y amándole a El, le creará todo cuanto tiene revelado a su Esposa, la Iglesia, a ojos cerrados y sin discurso, sobre como hizo esto o aquello.

Porque con su poder hizo todas las cosas que quiso; y tú no podrás abarcar por más y más que utilicen los discursos de tu entendimiento. Y por más alto que suba tu mente por esos cielos que crió para que le alabes por

5 Joan., 14, 23.

ello, que si le quieres buscar por las criaturas hallarás muchas noticias del que buscas ya enamorada de El con las mismas noticias que te van dando que son como unas cartas y billetes que te envía tu amado Esposo.

Pero si quieres hallar al mismo, arrójate en el abismo de la fe, que te he ido diciendo. Allí encontrarás a tu divino Sol en medio de la noche y oscuridad de nuestra santa fe.

Pero ya veo que me dirás me contradigo de la doctrina, que te ha dado mi poco saber en cabeza de nuestro primer padre, que no me olvido de ello. Que fue sobre las palabras que le dijo Dios: que trabajase si quería comer su pan cultivando la tierra. Y, así mismo, la de su entendimiento que se había ya llenado de tierra; efecto que le resultó de su misma culpa.

Así nuestro entendimiento, como heredero suyo, antes de entrar en la primera pieza de estas vías, que es la purgativa [...] ni haber tenido ejercicio de oración y acaso no saber qué cosa es oración mental por falta de práctica, estaba ignorante y ciego para conocerse a sí mismo. Lleno de tierra, que con los objetos de cosas de mundo. Y tomaba de ellas lo que quería para sustantar los apetitos de su voluntad y amor de su carne, sin cuidar mucho de la pobre alma.

Y si no, haz reflexión sobre tu vida pasada, y verás cómo es esto verdad. Que no digo esto tanto por tu alma, que puede ser que desde que naciste hayas sabido amar de corazón a nuestro Dios. Que por mi alma lo digo. Porque ha estado olvidada de este Señor más que otra ninguna. Pero, en fin, toma lo que quisieres de lo que voy explicando rudamente.

Estando ocupado el entendimiento con las dichas cosas de su amor propio, precisamente estaba como lleno de tierra, que tierra es, y se ha de volver tierra todo lo que recibió de ella y sus cosas el ojo de nuestro entendimiento.

Pues ahora para quitar esta tierra de encima de él, ¿cómo se había de hacer si no se valía de sus mismos discursos y [de la] habilidad que Dios le dio, ayudado del mismo Señor, aprovechándose de sus luces para desmontar la tierra dicha de sus defectos propios, con ir dando de mano a todos ellos con el conocimiento de

su ceguera y los infinitos favores que le ha hecho el mismo Dios en esperarle tan ciego? Y acaso lo habrá estado muchos años, sin acordarse de su ceguera.

Y con la luz que su mismo Criador le dio, entró en cuenta consigo mismo y empezó con su ayuda a desmontar la dicha tierra de sus defectos. Lo que hizo en la vía purgativa y estado primero, que queda en la primera parte de este interior negocio de su alma dicho, vaciando y desocupando su entendimiento de las imágenes que allí se dijo y figuras que el enemigo pinta para que se divierta el alma con ellas. Que son los objetos de los malos apetitos de nuestro amor propio y pensamientos [tan] ociosos como inútiles para nuestra alma.

Antes bien sirven para cegarla más con dicha tierra, si más tiempo se detiene y entretiene con las dichas falsas imágenes, con las que nos tiene el enemigo divertidos.

Y, así, era necesario trabajar con su entendimiento, ayudado de su criada la imaginación, para ir desmontando dicha tierra con el azadón de sus discursos. Y echando fuera las dichas malas imágenes. Y procurando poner otras de mejor vista para los ojos de su alma. Las que, hecho todo lo dicho de haberlas echado fuera lo mejor que pudo, y estando ya en alguna manera la parte sensitiva que llamo yo primera pieza de esta casa de nuestra alma desocupada y arrepentida de haber mantenido tanto tiempo las dichas faltas y caducas figuras e imágenes en sí misma, con que el enemigo nos enreda y divierte a todos para poner otras mejores en su lugar, es preciso que el entendimiento, que es el señor de su casa, se menee y rebulla en buscar las que más bien le parezca para adornar esta pieza sensitiva de su alma. Que son las santas imágenes que su imaginación, en fuerza de su deseo, le figura y representa, para que el mismo entendimiento, aunque a costa de su trabajo, las vaya después de figuradas por su criada que llamo yo a la imaginación también desfigurando de la presencia corpórea.

Porque la imaginación no es capaz para saber representárselas en sustancia y desnudas de dichos accidentes corpóreos. Y él es el que lo hace, porque le ha dado Dios esa habilidad de convertir en sustancia la comida y manjar por digerir que su criada le representa, que

son las dichas figuras. Aunque en la vía purgativa, por no estar habituado — me parece — en el ejercicio de su empleo, le cuesta mucho trabajo el tragar y digerir dicho manjar grosero de las imágenes que le pone presentes.

Llamo grosero por ser cosa corporal. Que podemos decir que se palpa con los ojos de la imaginación; aunque no es cosa de tacto, porque es sólo una semejanza de cualquier cuerpo y cosas que quiero representar en la misma imaginación, para pensar y discurrir con mi entendimiento en ella y en la sustancia del espíritu que me representa, como ya dije. Y que él mismo espiritua-liza las dichas formas y figuras, dejándolas atrás a modo de decir. Y sin hacer mucho asiento en las tales figuras de la imaginación, vuela de presto al conocimiento de la sustancia de ellas mismas.

Pues, como decía, una vez que ya puso de su parte el cuidado de ir con su ejercicio arrancando las espinas y malezas, con que estaba cubierta la tierra [así] de su entendimiento como [de] su corazón, que es la voluntad, y que va conociendo en la vía purgativa lo mal que ha empleado sus potencias, trayéndolas divertidas en cosas que no servían más [que] de oscurecer cada día su hermosura, y así el trabajo que allí ejercitó en desechar y quitar de sí aquellos gruesos velos con que tenía tapado el ojo del entendimiento, por lo cual estaba como ciego para ver su miseria, su nada, su olvido de Dios, de sus misericordias y beneficios en esperarla y sufrirla tan ciega y metida en cosas vanas y percederas y sin ningún provecho para el alma, antes bien de mucha ruina y gran peligro para perderla.

Y, así mismo, con dicho olvido de las cosas del provecho de ella. Aunque sea hija de la fe cristiana y tenga en sí recibida la fe por la misericordia de Dios, que nos ha hecho cristianos. Aunque sin obras de tales, a veces tenía dicha fe como en olvido y muerta; porque le faltaba la caridad y demás buenas obras para avivarla. Con que olvidada el alma del bien obrar se olvidó también, digámoslo así, de su fe y sus actos.

Y, así, era preciso que se empleara en conocer su mucha ceguera y demás cosas que quedan dichas en la primera jornada de este camino espiritual, cultivando la tierra del entendimiento y quitando de él los estorbos,

para poder ver lo que le convenía hacer para su mayor bien [así] de las demás potencias como de toda el alma racional que Dios nos dio. Y, así, esto es lo que no se impide al alma principiante de que camine a Dios, por sus discursos, imágenes y objetos distintos y buenos, para ir abriendo como dicen calle y puerta para andar su camino a pie y a costa de su trabajo.

Antes bien, eso es lo que nos aconsejan los que fueron por este camino. Porque para cada estado hay su doctrina. Y no pienses que de repente te quiero entrar en el ayuno de la fe. Porque, aunque se me ha ofrecido hablar de ella, fue porque sepas desde luego que es el más próximo medio para llegar más presto al fin que desees.

Pero, como digo, es menester andar más tiempo en esta vía iluminativa, que después de la primera te he ido diciendo y deseo concluir.

Aunque puede ser que no pases más adelante; porque, como he dicho, no todas las almas en esta vida llegan a la divina unión. Pero esto no nos toca a nosotros, sino el poner los medios para unirnos con la voluntad de Dios, y cooperar de nuestra parte a las luces que va dando al alma en esta segunda jornada. Porque será mucha lástima que vuelva atrás por su culpa. Que como sepa de su parte emplear bien la abundancia que aquí da el Alumbrador de nuestro entendimiento, que es el Espíritu Santo, de su parte queda el hacer en el alma lo que más sea de su gloria, en cuanto a llevarla a la divina unión de amor.

Y así, en eso como en todo, nos debemos conformar con su divina voluntad, y abrazarnos con la cruz del Hijo amado, que es el camino más seguro que nos lleva al Padre.⁶ Que sea alabado por tal Hijo, Amén, juntamente con su Santo Espíritu en los cielos y en la tierra, por todos los siglos de los siglos.

[CAPITULO 14]

[DE LA HUMILDAD CON QUE EL ALMA ANDA AL FIN DE ESTE ESTADO DE LA ILUMINACIÓN Y [LO] APROVECHADA QUE ESTÁ EN LAS DEMÁS VIRTUDES, AUNQUE ELLA MISMA NO LO CONOCE, PARA QUE MÁS SE HUMILLE Y DISPONGA PARA EL ALTO BIEN QUE BARRUNTA]

TODAVÍA va caminando el alma a su Dios por el conocimiento de las criaturas, sacando el agua para regar las flores de las virtudes. Las que tiene ya en estado algo más perfecto. Que ya es esto como a los fines de este estado segundo de la iluminación; aunque, porque no se ensalce y ensoberbezca y pierda toda la labor que ha ido haciendo y adquiriendo con la ayuda y luz del Espíritu Santo, este Mismo hace que la misma alma no las conozca en sí por entonces, para que se mantenga siempre humilde; bien que tampoco ignora que ya sus deseos son de dar todo contentamiento a su divino Esposo que va buscando.

Y, así, como lo ordinario es el pensar que no merece sino mil infiernos de Dios, a veces anda la pobre alma tan cobarde, que no osa alzar los ojos. Y todo eso le nace de las mismas luces que se le van dando, así para mayor desengaño suyo, como para el ejercicio de las virtudes. Las que como ignora en sí, anda con grandísimo cuidado en abrazarlas todas y con especialidad la de la humildad, por ser el cimiento donde han de estribar las demás y los dones que va derramando en dicha alma así alumbrada del divino Espíritu. Que son como atavíos y gracias con que la va disponiendo, para subirla a más alto modo de recibir la luz: que ya no es por distintos arcauces, que yo llamo, porque no se la dan aquí tan junta y de lleno como más adelante se la suele dar; que es la Oración que llaman de quietud, a mi corto entender, que se dirá después.

Pero como el alma anda siempre temerosa y con el conocimiento de que no merece que su Dios la sustente sobre la tierra; y por otro lado no sé qué noticia le dan

tan secreta, que mucho más de lo que entiende con las luces que de presente le administran hay que ver y entender; y como no se atreve a pedir a su Dios el que la suba a más alta Oración, se contenta y se acomoda a sustentar sus potencias con las migajas que caen de aquella divina mesa de los manjares que ella barrunta, que es la divina contemplación.

Aunque ella no sabe cómo es, porque no la ha llegado a probar. Que es esto, como si me hubiera dado un gran personaje por distintos mensajeros muchas noticias de los regalados platos, que usa en su mesa, por ser persona real; y que los tiene prevenidos para cuando la esposa, que es el alma, llegue a su palacio. Pero como no ha llegado todavía, no puede saber qué manjares son aquellos que tiene prevenidos para regalar a la esposa con ellos. Y, así, se consuela con las noticias que le dan los mensajeros de la real persona.

Estos ya se entiende que son los mensajeros del divino Rey. Que son todas las cosas criadas, ya sean de la tierra como también las que crió en el cielo, como son los Angeles; aunque las noticias que vienen al alma por aquellas angélicas inteligencias, hacen más operación de amor en el alma. Porque son los que están más inmediatos a Dios; y como vienen de más cerca de aquel abrasado fuego de amor divino, así también juntamente con la noticia que dan de su Criador al alma, la dejan como abrasada también en ansias y mayores deseos de su Dios.

Y hacen grandísimo efecto las dichas noticias que la suele el Señor enviar por los dichos espíritus angélicos.

Que ya esto es como a los fines de este estado. Que ya la pobre alma ha puesto de su parte todo cuanto pudo. Y, si ha de pasar adelante, la suele su divino Esposo regalar con algunas Apariciones de los santos Angeles; para lo que he dicho es menester tener gran cuidado, no sea que la engañe el enemigo, que sabe bien transfigurarse en ángel de luz, para hacerla creer que es santa y que ya los ángeles la vienen a hablar de parte de Dios.

Ya he dicho que luego se conocerá por los efectos y aún por lo que le ha pasado a la misma alma antecedentemente; porque su Majestad cualquiera merced que quiera hacer al alma, y más si son ya sobrenaturales

como lo son las Apariciones dichas de los Angeles santos y cosas de la otra vida, la suele prevenir antes y después con algún mayor conocimiento de sí misma o con alguna ocasión que la dieron de grande mortificación y desprecios de criaturas, con lo que se humilló.

Y, así mismo, lo llevó bien por el Amado. Juntamente, como digo, se abatió su buen crédito o punto tocante a las criaturas; y, así, salió humilde de la humillación que Dios la envió para ensalzarla con algún favor especial. Con el que siendo de parte de su Majestad, queda más humilde y confundida de ver lo que su divino Esposo la favorece; y todo lo convierte en sustancia de más amor y deseos de agradarle cada día más en todas sus obras y operaciones.

Y, así, va creciendo como la palma en virtudes. Las que crecen con el mismo ejercicio de su práctica; pues ya aquí no son sólo deseos los que tiene el alma, sino ya puestos por obra en cuanto le es posible. Y, así, todo su cuidado es de cuidar de las flores que ya con el favor de Dios fue adquiriendo. Y también se va avivando la virtud de la fe, esperanza y caridad; que como crece el amor, que es la misma caridad, al paso de ella crecen las demás virtudes teologales, con todas las demás que tocan al estado Religioso, que dije en el Tratado primero del mismo estado.

Y, así como al paso que andan las unas ruedas, supongamos, de un carro o coche que tuviera muchas, andan las otras, o como si un jardín tuviera muchas y diversas flores, el que cuida de él las regara por igual, todas crecieran porque todas están plantadas en una misma tierra y son regadas con una misma agua y por una misma mano. Que podemos decir que la mano de Dios es la que las riega y las cuida con una misma gracia, para que ninguna se marchite ni se queden como enanas. Que no es Dios como los hortelanos de la tierra, que muchas veces porque su cuidado es limitado, o porque no les alcanza el agua para regar todas sus plantas, se aplican sólo a cuidar de algunas, echando el riego por ellas solas y dejan las otras pobres sin un pobre sorbo de agua; y así se les secan y no llegan siquiera a echar botón.

El Señor de los cielos, que es el verdadero Hortela-

no del alma esposa suya, es el que cuida de las flores. Que después que el alma misma hizo lo que su divino Esposo le mandó, que fue el que cavara la tierra y quitara las malezas y corteza de arriba, para lo cual la dio luz y también su ayuda, aunque a costa de su trabajo como se dijo por estar ciego o vendados los ojos de su entendimiento y razón, luego el Señor la dio luz para que fuese ella con El plantando dichas flores de virtudes en el jardín de su alma; y también que las había de regar con el agua del pozo según dije.

Mas, como ya veía que el alma no podía ya con tanto trabajo, la dio la mano de su piedad y la entró en esta vía, donde ya sin tanto trabajo pudiese regar las dichas virtudes, dándole el agua con más abundancia.

Y algunas veces, como ahora diré, se la envía desde el cielo toda junta, sin pasar por arcaduces, que yo llamo por luces distintas y particulares que recibe el entendimiento, con que es el Señor con la misma alma [los] que cuidan de regar las dichas virtudes, pero para que descanse un poco la esposa, por lo que toca de su parte en su riego, que es el ejercicio de su entendimiento en recibir el agua que son las luces distintas; que alguna parte tiene ella por la atención que pone en recibirlas y aplicarlas, según corresponde a cada virtud.

Y después tiene otro ejercicio de no sólo poner por obra de la voluntad el emplearse en ellas mismas en las ocasiones que se ofrecen de ejercitar las dichas virtudes. Y además de esto tiene otro, que es el estar cada día escardando las malas yerbas, que sútilmente va el enemigo introduciendo entre ellas. Que es muy común lo que se suele decir: que también entre el trigo limpio siembra el diablo su cizaña, que de muchas maneras lo suele el maldito hacer, para que salga el fruto sin la limpieza debida, que son también mil imperfecciones. Que acaso por falta de advertencia de la misma alma suele hacerle caer en ellas en este estado, aunque no con plena advertencia; porque ya digo que su deseo es de no desagradar a su divino Hortelano en nada.

Pero no suele hacer escrúpulo de cosas menudas. Y, como el Esposo es muy celoso, es menester que ande con mucho cuidado en escardar las dichas malas yerbecillas que se van criando entre sus flores o ya porque

las tiene de antemano y no hizo mucho caso de ir las arrancando con todo lo demás de mayor tomo.

Que a la verdad todo procede de las antiguas malas raíces de la vida vieja y del pecado que hemos heredado, que siempre está echando malos vapores, como humos de sí. Que como no podemos quitar de nosotros aquella mala raíz del todo del fomento de la culpa, siempre está como retoñando. Y si no en cosas graves, porque el Señor tiene aquí muy de su mano al alma, para que no caiga en ellas, y aunque también la favorezca con no dejarla consentir en las leves con plena advertencia, no se libraré de cometer muchas imperfecciones por lo dicho y porque todavía no está consumada en estado perfecto de las dichas virtudes.

Que también estaban los Santos Apóstoles confirmados en gracia, que creo así lo he oído decir. Y que, aun después de haber venido el Espíritu Santo sobre ellos, tuvieron algunas imperfecciones. Si esto no fuese así, conforme lo he oído, me sujeto a lo que haya sido verdad y según lo sabe quien tiene más obligación de saber las cosas y hechos de aquellas primeras columnas de la Santa Madre Iglesia, que sólo se me ofreció decirlo para que entendamos que en esta miserable vida, ¿quién habrá sin alguna culpa venial o mortal? Que Dios nos libre de ella o imperfecciones. Que de estas cosas que llamamos imperfecciones, raro será el que se escape, por más alto que suba.

Nuestro Señor quiera darnos tanta gracia para que, aunque no podamos vivir en esta miserable vida tan libres de ellas, a lo menos que nos libre de hacerlas con plena advertencia; siendo fieles a tan perfectísimo Esposo [así] en lo poco como en lo mediano (que son los leves pecados) como en lo mucho. Que si nos quiere humillar, supliquémosle que no sea por la culpa, esto es, de caer habitualmente en ella como hacía cierta alma. Que harta materia tenemos acaso de nuestra vida pasada, para que nos sirva de una continuada humillación, y motivo de vivir siempre con una profunda humildad, y santo temor de Dios, por lo mal que le hemos servido en nuestra juventud. Su Majestad nos dé mucha de su gracia para que así lo conozcamos. Amén.

[CAPITULO 15]

[ARIDEZ Y SEQUEDAD DE ESPÍRITU EN QUE DIOS ENTRA AL ALMA PARA DISPONERLA PARA LA ORACIÓN DE QUIETUD Y DA LA RAZÓN. Y CÓMO POR OTRA PARTE EL DEMONIO APRIETA LOS CORDELES Y ECHA TODO EL RESTO PARA ESTORBARLE EL VUELO A TAN ALTO GRADO. ES MUY PROVECHOSO]

DESPUÉS de haber hecho el alma todas las diligencias dichas en la primera jornada de este espiritual camino, con el trabajo que se dijo (desmontando la tierra de sus potencias, la que las tenía como ciegas), después, con la ayuda de la luz de Dios, la fue cavando y disponiendo para sembrar el fruto de las flores de virtudes que en esta segunda jornada ha ido adquiriendo con menos trabajo, como queda dicho. Porque el Señor la hacía mucho la costa con las abundantes luces que la dio para ir creciendo más y más en el riego de dichas flores, las que estando ya en estado de abrirse y echar la flor, suele el mismo Señor suspender las tales luces de su alma.

Y, así, como las iba regando y conservando, haciéndolas así mismo crecer con la dicha agua que recibía la voluntad por las noticias distintas que su entendimiento percibía de parte del que se las iba dando, que se supone es Dios el que se las da, aunque se las va derivando por medio de sus criaturas terrestres y celestes, que sirven de escalones por donde va subiendo nuestra alma a su último fin que, como he dicho, está colocado al fin de esta escala. Y el último escalón de ella es la fe que dije, en la que hallará el alma al que busca. Que si me acuerdo volveré a dicha fe; porque me da más gusto y consuelo espiritual el creer en las cosas de mi Dios y conocerlas todas juntas en un supuesto que por partes.

Pero para llegar a dicho acto sencillo y, a modo de decir, circular, que todo lo coge dentro de sí, es menester que vaya nuestra alma como hasta aquí subiendo por

dichos escalones y subiendo con su entendimiento a coger el agua para regar su jardín, que es la voluntad donde están plantadas. Con lo que anda muy contenta en su ejercicio, no costándole mucho; porque, antes bien, como recibe las luces que ya he dicho a manos llenas, así corre como un ave cada día en busca de ellas, para que sus flores de virtudes puedan cuanto antes abrir, para hacer un ramillete de todas ellas y presentárselo de su divino Esposo, a quien ella ya sabe le dará gusto con ello.

Que esto es ejercitarse en todas las virtudes religiosas según su estado; y después de eso en otras muchas interiores según la fe que va recibiendo, esperanza y caridad. Que en fuerza de lo que conoce de la Bondad y Caridad de Dios [así] para con los hombres como para ella, va así creciendo grandemente en el amor de Dios y sus prójimos también. Y ruega a su Amado por todos; y hace lo que puede por ellos y sus alivios espirituales. Como también los ayuda de la suerte que permite su estado a llevar los trabajos y cargas de sus prójimos y hermanos, sufriéndolos y esperándolos como disimulando y encubriéndoles sus defectos. Y, como digo, sirviéndolos en todo lo que ella puede, dejando muchas veces su necesario descanso para que sus Hermanas lo tengan.

Todo esto y mucho más, hace la caridad y amor de Dios, que va encendiendo el mismo Dios por medio de las luces particulares que va dando a su alma de la esposa; y así todo le es de grande consuelo para su espíritu el ejercitarse en dichas virtudes; con las que va también atrayendo a sí el amor de su Esposo. El que desea cuanto antes comunicárselo de lleno. Y para probar la fineza de su esposa en servirle a secas un poco, le suspende las dichas luces, con que ella no hallaba en qué tropezar; porque la iba, como dicen, alumbrando el camino por donde iba muy contenta caminando.

Las luces que aquí digo son los discursos del entendimiento. Aunque no tan del todo se las suspende, como sucede más adelante en otra disposición que hace nuestro Señor al alma, para [el] fin de celebrar el Desposorio espiritual con ella.

Y aunque son muy distintas las cosas que pasan por

el alma, antes que llegue a tan divino estado, con todo aquí para entrarla en la Oración que llamo yo de quietud y sosiego de potencias, por recibir la luz de otra suerte más junta, la dispone con muchas sequedades; no tanto por quitarla los discursos de su modo natural de obrar, como por el disgusto que la embiste en la voluntad. Porque su entendimiento, aunque forcejea para valerse (digámoslo así) de algún objeto para sacar devoción y jugo, y con él, así mismo, la voluntad para hacer sus obras con la alegría que antes, no la encuentra; y, aunque prenda de alguna cosa, es como si no prendiera, porque le quita nuestro Señor la substancia y gracia que antes hallaba el entendimiento y voluntad en las dichas luces.

Que es como si ahora a uno le pusiesen distintos manjares delante, y su apetito así mismo estuviese bien templado para comer de todos y de cada uno un poco, todo le haría gran provecho por estar tan bien guisado y por una misma mano.

Y, así, esta sequedad que siente el alma y fastidio, que le entra de repente, depende de dos cosas: la una es que permite Dios que pierda la misma alma el gusto que tenía en comer de dichos manjares con que se alimentaba, que eran las luces que recibía su entendimiento con las que sustentaba la voluntad en sus buenas obras y cada día iba creciendo en el ejercicio de ellas con el sabor que el mismo Señor ponía en las mismas luces; y el haber perdido el sabor en ellas debe ser la otra causa; porque el mismo Dueño y Hacedor de aquellos manjares los suspende la sustancia. Y, así, aunque el entendimiento ande tras de dichos manjares y prenda en alguno de ellos, por estar aquí todavía libre para buscar con sus discursos las mismas luces y manjares, que poder poner presentes a la voluntad para que coma de ellos, no halla sustancia alguna. Y, así, queda toda el alma hecha una aridez y sin fervor de espíritu para el bien obrar.

Y sus flores, que estaban antes para abrir, a modo de decir, se quedan a secas; porque las faltó el agua al mejor tiempo al parecer de la misma alma.

Y aquí es cuando el demonio se arma contra la pobre alma; porque como ve que está sola y sin arrimo de

consuelo, en lo que antes hallaba tanto para adelantarse en su ejercicio de las virtudes; y, como ella se halla tan seca a su parecer como una caña, vana y vacía de sustento, después de su martirio que ella siente allá dentro, porque en nada que piensa halla gusto ni sabor para el bien obrar, la embiste el maldito enemigo con mil desconfianzas de que va perdida y que lleva camino errado, porque si fuera verdadero su caminar, no la había Dios de ocultar las luces que antes hallaba para ir a El. Porque Dios nunca las niega al que de veras le va buscando.¹

Y, así, cuando ahora se las niega, es señal que llevó desde sus principios su alma errado el camino. Y que aquellas luces de antes, más serían del demonio que del Señor que es permanente en sus obras. Que el diablo así como las urde las deshace. Y, así, que no entró en el camino que lleva por luz de Dios; sino por él, para ir la engañando con las fingidas luces, que ella tenía por de Dios, para precipitarla ahora con la falta de ellas.

Y, con estas cosas y otras que suele el enemigo inventar contra los aprovechamientos en este camino, anda la pobre alma llena de temores, cuidados y sustos de si la engañó el demonio. Porque está aquí el alma, cuando la embiste el enemigo, de tal suerte que pierde la memoria de lo bueno que antes hacía, en vista de las luces que recibía en su Oración y de los efectos que la causaban; conociendo por ellos que las tales luces, que el demonio mentiroso se las quiere hacer creer que eran suyas, eran de parte de Dios. Pues tenía muchos motivos para creerlo por la mudanza de vida de que ella antes estaba olvidada. Que puede ser fuese más a gusto del maldito, que la que ahora él le quiere hacer creer que se ha guiado por sus engaños, que revuelve a todo un mundo con ellos.

Así, por permisión de Dios, algunas veces en este camino entra de golpe a revolver toda la pobre alma. La que no hace poco en sufrir la sequedad con que se halla su espíritu, sin un pequeño consuelo para ejercitarse así a secas y a su parecer, sin un resquicio de luz para

1 Aquí se hace eco la Madre de la doctrina de San Juan de la Cruz y Santa Teresa sobre las acometidas del demonio a las almas espirituales. (Cf. *Cántico*, l. 3, 9; *Llama*, c. 3, 63-66; S. Teresa, *Vida*, c. 11, 4.)

la manutención de sus flores. Las que por no sé qué secreto impulso del Señor las conserva todas como antes en el jardín de su alma.

Y, como el demonio ve que está permanente en el bien obrar de todas las virtudes que ha ido adquiriendo, como dicen, con la luz del día, con toda la oscuridad y sequedad que experimenta en el presente manjar que come, pues todo le es amargo y desabrido, monta el enemigo en una furiosa rabia contra la pobre alma con mil sugerencias de desconfianzas, dudas y temores de si va engañada de él. Que es aquí la mayor pena que siente el alma. Que lo demás, en cuanto a carecer de consuelo, no se le da tanto como ella estuviera segura de que su camino es de Dios; porque tenía ya hecho el ánimo a caminar a El con firme resolución, fuese a secas o mojado su camino; porque ya sabía muy bien que no es todo de gustos sino de muchas amarguras y sequedades de espíritu de experimentarlas en sí.

Antes bien, como sea alma desinteresal y esté arraigado ya el amor de su Esposo en ella, le es de consuelo padecer dichas sequedades y desamparos algunas veces. Porque el amor de Dios, que está como escondido en la sustancia del alma, le da vigor y fuerza para que obre [así] en su ausencia, como en [su] presencia, digámoslo así. Aunque no es tan cruel esta sequedad y oscuridad de sus luces, como después más adelante, cuando la dispone para el divino Desposorio. Que ésta sólo es una prevención o disposición para empezar su Majestad a visitar a su esposa por Sí mismo, y no ya por medios de criaturas, recaudos y billetes, que hasta aquí le servían sólo para darle algunas cortas noticias de lo bueno que es. Pues resplandecía o traslucía el alma su poder, amor, grandeza, sabiduría y todo lo demás, que la mostraba por las luces dichas de sus maravillosas obras. Por lo cual se fue el alma enamorando del que tanto puede hacer.

Y también, sobre todas sus obras, la misteriosa de la Encarnación de su Hijo Amado Humanado; y con el amor con que quiso bajar a la tierra para unirse con la naturaleza del hombre, para levantarle al mismo Dios, uniéndolo con El mismo, mereciendo esta tan inefable merced por los trabajos que había de padecer, para sa-

tisfacer a su eterno Padre por toda nuestra corrompida naturaleza.

Así el alma caminaba, como he dicho, en su carrera con la luz de muchos Misterios que el Señor le iba descubriendo; aunque se oscureció su alma en cuanto al sentido del gusto, que hallaba en las dichas cosas, no se le oscureció el amor a su Dios. Y, así, a secas y sin lluvia de consuelos y gustos en su Oración, le ama y hace sus obras como si estuviera su alma o interior lleno de gustos sensibles y palpables.

Y ésa es la fineza del amor que ya está mucho crecido en el alma, que experimenta las dichas sequedades; por lo que el enemigo la persigue tanto. Pues en vista de que no desmaya en el ejercicio de las obras, la entra con la sugestión de hacerla creer que va engañada por él mismo; y eso es lo que mucho más aflige a su pobre corazón. Y con dichos temores y sobresaltos andan las consultas por alto. Y si encuentra con algún sujeto que no sepa más que confesar y absolver de pecados, la mete en más temores y dudas. Que la bastan a la pobre las que ella se tiene allá dentro de sí por sugestión del maldito enemigo de su bien.

Estas cosas que pasan las almas en esta vía, no se pueden reducir a un solo modo; porque los caminos de Dios son infinitos para llevar a cada alma. Y, así, tampoco se puede dar competente luz de cómo debe haberse ella en tiempo de semejantes oscuridades, sugestiones del diablo, espantos y trazas que él se sabe, para turbar a las almas por lo mismo que él ve el camino que lleva cada uno. Con especialidad cuando todavía va arrimada al sentido, esto es, a todo lo que puede caer en el sentido, que no se le esconde al enemigo.

Y por eso digo que barrunta o sabe por dónde va el alma, hasta que nuestro Señor del todo la desarrime de él. Que después, no le dan a él tanta licencia, cuando ya obra el entendimiento en puro espíritu, libre de todo sentido y sin especies particulares y distintas, puesto en un acto sencillo de fe donde él no tiene tanta mano.

Y, así, por lo que toca al recibo de las luces particulares y distintas que dije, en algunas almas suele nuestro Señor enviárselas a su entendimiento de varios modos que los que yo puedo alcanzar con mi corto entender.

Aunque todas se dirijan a un mismo fin, que es al mismo Dios; así mismo según el modo con que el entendimiento las recibe, sea por medio de especies intelectuales, esto es, sin figuras de la representación de su imaginación o por ellas mismas; como sean de cosas distintas que el mismo entendimiento pueda comprender, en alguna manera, me parece a mí que así como Dios o el Angel bueno le infunde las distintas especies o se las administra, también el enemigo puede introducir las suyas contrarias a las buenas.

Y esto es muy común en estos dos estados del alma; porque todavía no halló quietud, ni el reposo debido que desea esta palomica del alma. Que todo se le va en volar, como dice nuestra Santa Madre no sé en qué parte de sus Moradas, que pienso es en la última o en algún capítulo de las Séptimas, que no lo tengo presente.² Y hasta que halle tierra firme, donde asegurar el pie, que entiendo yo que es el entendimiento, como digo está en un continuo alear, subiendo y bajando sus velos así a lo alto como a lo bajo de su miseria.

Y, cuando quiere subir más alto su vuelo, como es subirse al Arbol de la vida que es el Hijo de Dios, El que está plantado en el corriente de las aguas cristalinas de la divinidad de su eterno Padre, el enemigo como teme este vuelo del alma y que se le escapa de las manos de suerte que después se queda allá para siempre y sin bajar al sentido, donde él todavía la puede pescar para hacerla muchos daños, busca muchos modos de cordel-les, grillos y cadenas, para ver si la puede estorbar su vuelo atándole las alas.³

Es terrible la envidia que tiene y rabia contra estas dichas almas. Y por eso quiere, no sólo maltratarlas muchas veces, haciéndolas dar muchos golpes sin ser naturales para imposibilitarlas para su ejercicio de Oración y demás cosas del servicio de Dios, sino también con introducirles espíritu de blasfemia, desesperación, tentaciones contra la fe, contra la caridad de sus prójimos, con sobre escrito de que ha caminado engañada. Y lo suele hacer y pintar tan a lo vivo, que sintiéndose el

² Donde la Santa habla de esto es en las *Moradas* V, c. 3, n. 1; también en las VI, c. 2, n. 1.

³ Cf. *Vida*, c. 11, n. 4; *ibíd.*, 13, 4; *ibíd.*, 19, 4, 13, 15.

alma cercada de aquel mal espíritu, casi va a creer que es verdad que ha ido engañada del demonio; porque siente en sí aquellos malos efectos de desesperación y demás sugestiones contra las virtudes teologales.

Aunque, como he dicho, no consiente en hacer cosa, decir o pensar contra las dichas virtudes. Pero siente que la están diciendo interiormente, que su fe es de que hay Dios; pero como no ha llevado camino derecho para ese Dios, que ya ve que no la favorece con luz alguna, que es lo mismo que si no hubiera Dios para ella; que su esperanza en El toda se la ha frustrado, pues esperaba que nunca la había de faltar con sus divinas luces; que mire cómo ya está sin ellas para pasar adelante en su servicio; que es en vano el tiempo que ha perdido en su Oración; y que ni aun puede discurrir en las ramas ni volar a ellas con su entendimiento, que son las del Arbol de la vida, que he dicho que son en los pasos de la Pasión del Hijo de Dios, hecho Hombre.

Porque todo se lo borra de su mente el enemigo; y así le hace creer que no le sucediera a un judío otro tanto como a ella. Que, supuesto que es cristiana, si su camino fuera dirigido por Dios, no la había de estorbar de pensar en su Esposo Crucificado. Porque, antes bien, es lo que tanto desea Dios que piensen los creyentes de su amado Hijo en lo que padeció por ellos. Y, así, mira cómo la sucede lo contrario: que cuando va a pensar en él o en algún paso de su santísima Pasión, no puede. Y, si alguna vez piensa, es como si fuera en un palo seco; que no saca jugo ni sustancia. Y otras veces le desfigura el paso o la cruz en que quiere pensar o meditar, con mil visajes que él está haciendo delante de la imagen de nuestro Señor Crucificado de muy mala calidad.⁴

Otras veces hace peores cosas [así] delante de los ojos interiores como exteriores de la tal alma que Dios fía estos trabajos. Porque ya he dicho no a todas las lleva por un camino. Y, así, a algunas las provoca y tienta con espíritu inundo; a otras se las aparece en mil figuras, danzando delante de los ojos del alma y ha-

⁴ Hace referencia a las tentaciones sufridas por ella misma. De esto habla concretamente en la *Autob.* Trozo 1.º, p. 1.ª, c. 34, f. 203; [ibíd., l. c., c. 56, f. 63.]

ciendo mil burlas de ella; a otras se las aparece en horrendas figuras, peores que de leones y osos, como en figuras de monstruos, echando llamas de fuego por la boca y por todas las coyunturas del cuerpo que toma.

A otras las pone presente el infierno; y les hace sentir muchas de las penas que allí dan a los condenados, para hacerlas creer que están como ellos condenadas; aunque me parece que no sienten en estos tormentos la pena de daño, que no sé cómo conoce el alma esto, pero en el sentido de su espíritu padece mucho. Que no se puede comparar. Y, así, en otras ocasiones se le aparecen legiones de demonios amenazándola. Que parece que se la quieren tragar por unas bocas que él finge del infierno.

No se puede reducir a breve tratado lo que el demonio inventa, para estorbar al alma, para que no se le escape de la parte donde él tiene todavía entrada. Y serán sus tentaciones, espantos, temores y cosas con que martirizan a la pobre alma, según le diese nuestro Señor licencia y conforme al camino por donde su Majestad se sirva llevar a cada una. Y también según el grado de perfección a que la quiere subir, como también al de su divina unión.

Pero esta licencia que el Señor da al demonio, es para que el alma se haga más fuerte en la virtud. Porque es cierto lo que dicen los Santos que se perfecciona la virtud o el alma en ella en la enfermedad.⁵ Y ¿qué mayor enfermedad puede padecer el alma que tener que pelear aquí no sólo con un demonio, sino con todos los que debe de haber en el infierno? Pues pretenden quitarla la vida de su alma, que es el subir a vivir en la vida de su Amado, Jesucristo, para lo que le atan los vuelos con tanta suerte de infernales cadenas, cordeles o no sé qué nombre ponerles que sólo un poder grande de Dios le puede sostener a dicha alma, para pasar por tales tormentos sin caer en alguna cosa contra las virtudes que dije y otras muchas.

Que es un milagro especial del Señor el conservarla sin algún consentimiento en las proposiciones de aquel dragón infernal.

5 Es San Pablo el que lo dice: 2 Cor. 12, 9.

Decía que toda la licencia que suele dar el Esposo del alma al enemigo para que la tiente (sólo y no para que la haga caer) es en tres ocasiones de este camino. Aunque esto no es regla para todas las almas; sino decir lo que sé de alguna.

La primera, cuando el alma se dispone con algún auxilio particular de Dios para dejar las cosas del mundo y de la vida vieja de sus entretenimientos y vanidades y empieza a servir a su Dios; que es cuando entra en la primera pieza y vida purgativa, como yo voy diciendo, dándole estos nombres a mi modo tosco. Y, así, aunque no es con tanta fuerza, hace mucho el diablo para estorbar al alma que entre en ella. Mas, porque está muy niña el alma, y como dicen acabada de nacer en la cuna de la virtud, no le da tanta licencia el Señor a su contrario para que con semejantes cosas tiente al alma niña; porque Dios como Padre discretísimo y prudentísimo y Sabiduría infinita, no fía a las almas niñas trabajos de grandes que, como dicen, ya pueden comer pan con corteza.

Y, así, allí se atempera la Majestad divina al poco poder y resistencia del alma; y, a la medida de su pequeñez, permite que la tiente el diablo; aunque la da gracia para que entre en dicha primera pieza y se pasee por ella y ejercite en las virtudes que allí corresponde a su pequeñez, sin temor del diablo; aunque su empeño le pone todo en que no entre, como me parece dije en el mismo lugar. Pero lo vence todo la gracia de su llamamiento que de Dios le viene.

La otra licencia que el Señor suele dar al enemigo, es a los fines de la vía purgativa, antes de que el Señor la entre en esta de la iluminativa, siendo un poco más fuerte que la primera la batería del demonio.

Y empezó con el motivo de ver que al alma le costaba tanto trabajo el sacar agua del pozo. Que, ¿quién la ha metido en quebrarse la cabeza, andando atrás de su imaginación para que le representase figuras a su entendimiento, que estaba tan tonto y ciego que no era señor ni capaz para recibir las luces por especies, sino por las representaciones de su loca imaginación? Y a este tenor le propone muchas cosas revestidas de verdades, que también él sabe decir algunas, pero solapadas y llenas

de malicia, con intento de engañar al alma; que debía de barruntar que el Señor, según los efectos que veía en ella, la había de entrar en esta vía segunda, donde habían de llover infinitas luces sobre su entendimiento, con las que había de aprovechar mucho en las virtudes; y había así mismo de crecer en ella el amor de su divino Dueño, con que la va llevando en pos de Si.

Y la tercera licencia es la que acabé de decir. Que suele ser más con mucho intensa y de otras más fuertes cosas y algo prolongadas con que el demonio combate a la pobre navecilla del alma, que ya parece se va a pique y a perder.

Otras tres veces tentó el demonio al divino Esposo. Y, así, a su imitación dispone que su esposa sea tentada del enemigo de uno y otra. Aunque también suele el Señor no fiar tanto tropel de trabajo de alma a todas las que lleva por este camino, digo juntos, y así según las fuerzas de cada una las suele ejercitar por días entrecorridos en estas dos vías. Y, así mismo, de otras diversas calidades.

Por lo cual no se puede dar sobre esto una misma doctrina; sino que se miren los efectos de tan mal espíritu, consultándolo todo con el que estuviere en su lugar, digo de Dios, para las dichas almas. Quien las dará mejor luz que yo con mi rudeza, para saber cómo han de llevar los dichos trabajos y otros semejantes con resignación y conformidad con la voluntad de su divino Esposo. Y esperar en El, que pasada la tormenta y guerra del enemigo, vendrá la paz y quietud del alma. La que se sigue ahora. Que sea nuestro divino Pacificador alabado por sus infinitas disposiciones y misericordias. Amén, Jesús.

[CAPITULO 16]

[CÓMO EL SEÑOR DESTIERRA LAS TINIEBLAS, DUDAS Y TEMORES DEL ALMA DESCUBRIÉNDOSELE POR MEDIO DE LA FE Y CONOCIMIENTO EXPERIMENTAL DE SÍ MISMO. EXPLICA CON UNA OPORTUNA COMPARACIÓN ESTE GRADO DE ORACIÓN DE RECOGIMIENTO Y LOS MODOS CON QUE SUBE A ELLA DESDE SU CONVERSIÓN HASTA LA VÍA UNITIVA QUE COMIENZA AQUÍ. ES MUY DE NOTAR]

Y cuando el alma está seca y en pelea con sus enemigos, que le ofuscan la luz de su entendimiento, tampoco la tiene para pensar que volverá la luz, para proseguir en su camino como antes. Que tampoco alcanza eso, sino que no puede saber el modo más superior con que ha de regalar el divino Esposo a su alma. Y así de uno y otro está como olvidada; porque el enemigo no la deja creer que las luces de antes eran de Dios. Y, así mismo, no entiende el modo de cómo este Dios ha de obrar en ella después que pase o se acabe aquella borrasca que está padeciendo. Y menos le parece que ha de salir de aquellos trabajos presentes; porque toda la atención le llevan, aunque forcejean con el deseo de salir al puerto para salir de la duda, con especialidad de si va o no engañada del demonio, que es lo peor que siente en dichos trabajos.

Y, así, cuando menos ella piensa, raya la divina luz y aclara las potencias de su alma, apartando de ella todos los nublados con que la tenía el enemigo turbada y afligida, pensando que toda la obra que hasta allí había el Señor hecho en ella, era cosa suya y no del Señor. Y, así, con la visitación del divino Espíritu se asegura y queda sin sospecha ninguna de las que padecía antes. Y no sólo la asegura, sino que también levanta su entendimiento a un modo de contemplación universal de su Amado.

Y con ella aquieta y sosiega sus potencias; y, unidas todas tres, gozan de aquella divina ilustración, del que se la da acerca de Sí Mismo, que es como un concepto

del mismo Dios en su Divinidad, general, sin distinción o conocimiento de partes, como antes hacía el alma en la iluminación. Que le iba conociendo por distintos conceptos y noticias que de El le daban las criaturas: de su Belleza y Hermosura, Poder y Grandeza y demás perfecciones divinas, en la manera que podía el alma comprender. Por lo que juntaba o sacaba tantos actos, como eran las distintas luces que recibía su entendimiento.

Y, por último, no hacían en el alma, ni con mucho, el efecto que hace el Señor en ella con la dicha ilustración que aquí recibe el alma acerca de su Divinidad. La que no puede alcanzar por los discursos distintos de su entendimiento; porque la luz que el Señor comunica en este género de merced al alma, después de las tormentas pasadas, es una luz sobrenatural y, así mismo, sobre todo entender.

Porque no es inteligencia de Misterios distintos, aunque sea acerca de los de la Pasión de nuestro Señor; como tampoco acerca de lo que obró es este mundo. Porque esas cosas se las han dado a entender con abundancia en el camino o vía de la iluminación también por distintas luces y conceptos, que hacía el mismo entendimiento sobre la luz de la cosa particular que se le ponía como presente.

Por lo cual también ponía el entendimiento de su parte su activa habilidad, conformándose con dichas luces distintas y sacando de ellas los diversos efectos que allí se dijo para aprovechar en las virtudes. Y, consiguientemente, hacía diversos actos de cada una.

No así en este grado de Oración (que debe ser el primero en cuanto a ser obra sobrenatural), que Dios infunde en las potencias y las eleva a contemplar al mismo Dios en espíritu y sin ninguna figura corporal que caiga en el sentido de la imaginación, como también en el entendimiento, de suerte que pueda él comprender; y así es sobre su capacidad dicha ilustración.

Aunque no sea esta merced de las más subidas; pero para la corta capacidad del vaso del alma que todavía está, digámoslo así, por ensanchar, le parece a ella que aquella merced es de las mayores que le puede Dios hacer. Porque como hasta entonces no ha experimentado cosas semejantes, la tiene por una cosa grandísima; y,

así, se espanta de verse poseída de una Majestad tan grande, que ocupa y ata las potencias para que sólo estén atentas a la Majestad que se les pone presente, sin poder, aunque quieran, discurrir y pensar en ninguna cosa distinta, mientras está aquel divino Espíritu de su Esposo presente. Y sólo está el alma como admirada llevándole toda su atención aquel soberano Rey.

Es esto, como si un pobre pastor o labradorcillo, criado entre gente rústica que no supiera más que cuidar de sus pobres ovejas ni tener ninguna noticia de cómo era el Rey, y le llevaran por algún acaso a Palacio; y, en las antesalas de la pieza en donde está el Rey, hallase muchos criados mayores y menores, todos vestidos y dispuestos según el ministerio en que se empleaba cada uno en servicio de la Majestad Real, es cosa natural que el pobre labrador o pastor que en su vida habría visto tanta comitiva de señorías juntas y así mismo muy bellamente vestidas, y todas por su orden dispuestas y prontas para obedecer a las órdenes del Rey que está en su retrete metido y sentado en su silla, vestido de sus vestiduras reales, representando la grandeza de su Majestad, pues el pobre labrador, como encontró primero con la vista a aquellas señorías (que todas eran en suma criados mayores y menores del Rey), como todavía no sabía cómo sería la Majestad, se quedó divertido con dichos señores criados.

Y se admiraba también de ver gente tan lucida, y le parecía que le hacían grandísimo favor en que le permitiesen por un poco de tiempo estarlos mirando con toda su atención; porque le deleitaban la vista sus adornos y hermosura. Y, así, estaba como embobado con los dichos criados de palacio.

Pero supo el Rey que estaba el tal sencillo labrador en su Palacio, ocupando la vista de su atención en ellos. Y, como el Rey no se desdeñaba de que le viese a él (porque los señores grandes y majestades a todos sus vasallos atienden, pobres y ricos, porque a todos aman y desean socorrer a los desvalidos y pobres, así también gustan de que vean su real persona para que se valgan de ella y le pidan mercedes). Y, así, el pobre labrador que está embarazado con la vista de la comitiva o porque no se atreve a entrar en el retrete donde está la

Majestad del Rey, se digna su real persona a hacerle entrar. Y así que la ve, queda mucho más admirado de ver su Majestad real. Y queda como fuera de sí de ver tal hermosura y grandeza que representa. Y, como lo más priva lo menos, ya no hace caso de mirar ni atender a la hermosura y variedad de vestidos de diferentes libreas y colores de que estaban adornados los dichos criados del Rey; sino que todos los dejó de vista en sus antecámaras. Y pone toda su atención en la real persona que se le pone presente. Y le mira todo junto, sin divertir la vista por partes de sus reales vestiduras; porque toda es de un color; y, así, con un solo acto le está viendo y amando a un mismo tiempo. Porque es tal su hermosura, que le arrebató todo el corazón; porque no se puede ver y dejarle de amar.

Este símil, no sé si viene bien para poder explicar esta merced que hace el Rey Soberano al alma. Pero ello creo que en mi rudeza no hallará otra más adecuada comparación el alma que la quisiera entender; de suerte que la que antes estaba como remota de entender en esas cosas de espíritu, estaba así mismo rústica, como lo estaba el pastor o pobre labrador, que no cuidaba más que de labrar sus tierras y como el pastor que no sabía más que cuidar de su ganado. Que no sabía que tal palacio había, ni tampoco la comitiva y familia que tenía el Rey en él para su servicio. Y que, así mismo, se vestían y mantenían de lo que el Rey les daba.

Así, el alma, cuando antes estaba divertida en los pasatiempos del mundo, estaba cuidando del ganado de sus pasiones y apacientando su corazón en sus propios apetitos, sin cuidar de pensar en tal palacio espiritual.

También, después que abrió un poco los ojos, podemos aplicar aquí la comparación del labrador, que es un poco más que el pastor, y así podemos decir que después de haber entrado el alma en la vía purgativa, todo se le fue en labrar la tierra y disponerla para la sementera de las luces que el Señor había de comunicarla en la vía de la iluminación que acabé de decir.

Después de hechos todos los oficios que corresponden a cultivar la tierra y sembrarla de la semilla de todas las virtudes que fue el alma adquiriendo con el favor de Dios. Que podemos decir que la vía iluminativa es el

palacio del Rey de los cielos. Y que se detiene el alma demasiado con mirar y atender a los criados en las antecámaras y piezas bajas y medianas, donde están repartidas las familias mayores y menores, como son las criaturas de la tierra. La hermosura que Dios puso en cada una, adornadas de dotes [así] naturales como sobrenaturales. La hermosura y frescura de las plantas, frutos y árboles, campos fértiles, aguas cristalinas, la multitud de peces y diferencia de especies de que son compuestos, aves del aire también de distinta especie, que de todo lo criado acá en la tierra sacaba el alma mucho provecho para dar a su Criador infinitas gracias y alabarle por su alto Poder y Sabiduría.

Y después subía con su entendimiento a más alta esfera, como son la contemplación de esos cielos, sus movimientos y largueza adornados de tantas estrellas y lumbreras para la conservación de las cosas de la tierra, y haciendo mil maravillas en los frutos con sus influencias. Y ¿para qué? Para la conservación de la vida del hombre. Dando sólo para su servicio el Autor de la vida, vida a tanta infinidad de criaturas. Las que están todas viviendo para el mismo servicio del hombre.

Después sube un poco más alto y se entra dentro de esos mismos cielos, hasta que llega con su entendimiento, como mejor puede y según la luz que le dimana de arriba, a contemplar la hermosura de los Angeles y el orden con que está cada jerarquía alabando a su Criador, sin cesar de emplearse cada uno en su ministerio, según la ordenación del Rey Soberano, que está sentado en su trono de gloria sempiterna.

Pues, una vez que ya llegó el alma que estaba como el pobre labrador cuidando de labrar su tierra, y después le dieron entrada en este palacio de la vía iluminativa y ha ido subiendo por las criaturas, empezando por las menores de la tierra y después por las del cielo, rastreando por su hermosura, arte y compostura, el orden y concierto con que están todas, y con especialidad las que están más inmediatas al Rey que el alma busca (que en realidad es El quien la busca a ella) y porque ninguna criatura, aunque sean los mismos Angeles que son puros espíritus, no le pueden representar la Hermosura del Rey ni decir cómo es en Sí Mismo, pues nadie es como

Dios.¹ Y sólo El se conoce a sí mismo. Y es sólo El que es.² El es el que es, que todas las criaturas angélicas y humanas, nada son o son *como si no fueran en su presencia*.³

Porque ninguna criatura tiene ser increado como El. Y todas sus perfecciones divinas son lo mismo que el Ser de Dios. Que desde "*ab aeterno*" es un Dios con todas sus divinas perfecciones, Increado, que jamás tuvo ni tendrá que añadir ni quitar a su divino Ser. Y, así, ¿qué criatura habrá que nos pueda dar noticias de cómo es este Dios en Sí Mismo?⁴ Ni la purísima Virgen, con ser Madre de Dios y Hombre, puede. Porque, aunque Madre de tan divino Hijo, tan santísima y purísima como era menester que fuese para un Sacramento tan alto de la Encarnación del divino Verbo, pero con todo como ha sido criada y pura criatura, no nos podrá la Virgen santísima representar a su amado Hijo, ni decir cómo es, en cuanto Dios, en su Ser divino.

Y, así, vemos que cuando esta divina Reina quiere favorecer a algunos de sus siervos y amigos, se les aparece. Y para que el favor sea mayor, se les aparece con su divino Hijo en sus brazos. Pero de Niño hecho Hombre. Y en El está encubierto debajo de aquella santísima Humanidad la Divinidad del mismo Niño, Hijo de la divina Reina de los Angeles. Y esta Señora es la que está sobre los coros de los Angeles más inmediata al Rey de la gloria. Y mucho más está su divino Hijo, en cuanto Hombre. Que en cuanto Dios *está en el seno de su eterno Padre*.⁵

Este divino Verbo es el que busca el alma. Y, supuesto que todas las criaturas altas y bajas no le pueden dar plena satisfacción de cómo es ni ponérselo presente para contemplarle en su Hermosura y blancura; y como el mismo Señor sabe bien que por más y más que el alma se detenga en las criaturas, no le pueden dar más de unas muy remotas noticias de El, que aunque la detienen no la sacian; y, así, anda buscándole de una

1 Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico*, c. 3, ns. 2 y sigs.; *Llama*, c. 3, n. 28.

2 Ex., 3, 14.

3 Is., 40, 70.

4 *Subida*, l. 2, c. 12, 4; *ibíd.*, l. 3, 12, 1.

5 Joan., 1, 18.

parte a otra unas veces embobándose, como hacía el rústico labrador con los criados de Palacio, que no pasaba más adelante, hasta que el mismo Rey se dignó darle entrada para que le diera una vista por medio de un acto de fe ilustradísima, con lo que dejó todos los criados atrás.

Estos criados son también los discursos particulares del entendimiento. El que antes siempre andaba bullendo por la consideración de las dichas criaturas; por lo cual no se podía aquietar. Y, ahora, con la visitación del Esposo que vino sobre él y demás potencias, las pone en quietud.

Porque aunque es verdad que el alma, como no estaba hecha a recibir este género de favores y ver que una Majestad de Majestades se señorea de sus potencias, se las coge y ata para que no piense en otra cosa más que en el divino Espíritu de su divino Esposo, mientras está presente al que no puede comprender ni saber qué es aquello que le sucede, teme mucho no sea engaño del espíritu del enemigo. Pero el Señor le quita todo temor. Y así la deja quieta y sosegada. Y de camino la deja enseñada para que le busque ya por otro camino y medio más del gusto suyo, que es por medio de la fe que ya dije.

Porque esta ilustración de Dios en el alma, aunque dura por algunos días, no queda de asiento, que es como un modo de visitación divina, pero de paso. Y más es para enseñar al alma que deje ya de amontonar leña de discursos por las criaturas, para echar en el horno de su voluntad; porque no aumentará por eso más fuego de su amor divino en ella. Pues más intensamente arderá por otra vía que por lo que pueda acarrear con sus discursos y bullicio; pues también el Señor se compadece de su trabajo y afán de regar sus flores; aunque sea venida por los arcaduces de las luces que caen en su entendimiento.

Y, como el Señor es el Dueño del jardín del alma, su esposa, con la dicha merced que duran sus efectos por algunos días, no parece sino que ha bajado una divina agua del cielo; de modo tan general, que todo el jardín regó con ella el divino Esposo. Y, así, las flores que estaban ya para abrir, cuando vino aquella segura y tropel

de trabajo que he dicho por la pobre alma, parece se quedaron así como en sombrío, cerradas en su botón. Pero sin perder de su verdor. Porque los trabajos llevados con paciencia y conformidad con la voluntad del Esposo, que los envía para mayor bien de la Esposa del alma, no son para secar las flores de virtudes; sino para que más florezcan y echen buen olor de sí.

Y, así, el Señor en retorno de que pasó el alma con paciencia la sequedad de espíritu, las persecuciones del demonio, sus peleas, espantos, dudas y temores y más si se juntó a dichos trabajos interiores la reprobación [*sic*] de su camino del Confesor o Confesores, que suele nuestro Señor apretar tanto la mano en almas que ha de llevar adelante que permite que el Padre espiritual más docto y avisado, sin malicia suya, no dé en el camino por donde lleva Dios a su confesada. Y que le parezca también que va errada, que es la mayor pena del alma que actualmente teme lo mismo por sugestión del demonio. Que no está en su mano el poder dejar de tener aquellas cosas para poderlas desechar de sí.

Después también se le pueden juntar las persecuciones de las demás criaturas; y a veces de sus más amigas. Que todos son oficiales que Dios permite para labrar el templo donde la Majestad divina desea morar de asiento. Aunque para eso ha de pasar el alma por otras más fuertes lejías y crisoles, si es que el Señor se digna de llevarla en esta mortal vida al estado del Depositorio y Matrimonio espiritual.

Y en el ínterin — como decía — conténtase el alma, con que de cuando en cuando le haga su divino Esposo algunas visitas como la pasada. Que ve los efectos que la hizo en pago de lo que ha padecido por su amor; pues la ha enviado agua del cielo para que sin trabajo de sus potencias puedan florecer las virtudes del jardín de su Amado; para que descanse un poco, y se contente con darle gracias por la merced recibida, deteniéndose un poco en mirar que es muy diferente el agua que cae del cielo de la contemplación acerca del mismo Dios, que la que viene derivada por los caños o arcaduces de sus potencias, que son sus discursos e inteligencias de luces acerca [*así*] de las criaturas como de todo lo criado. Que ya he dicho que sólo nos sirven para subir por di-

chos escalones a Dios. Pero no son el fin que el alma busca, que es el mismo Dios, ni son capaces de representárnosle en Sí mismo, sino que el mismo Dios se representa por sí al alma Esposa suya, que será entonces conocido de ella misma, en cuanto el Señor se le quiera manifestar como digo por Sí mismo. Y así lo conocerá.

Pues dice también aquel divino y buen Pastor de nuestras almas, que "*El conoce sus ovejas, y que sus ovejas le conocen a El*" también.⁶ Y será esto porque El se deja conocer y ver de ellas. Aunque este ver y conocer las ovejas a su divino Pastor en esta vida mortal, no puede ser como le ven y conocen en la otra, que es en su gloria. Que en vista de la que allí da el Señor a sus ovejas y escogidos, le conocen y *ven cara a cara sin velos*.⁷

Y, así, aunque en esta vida visite este divino Pastor al alma, su esposa, de la manera dicha de estas primeras vistas y mercedes, que ya son acerca de su Divinidad, y todas las demás que adelante se dirán, aunque sea en el estado más alto del divino Matrimonio o Desposorio (donde son las cosas que en él pasan al alma o entre Dios y ella de una manera indecible), todo es por medio del velo de la fe. Que es ése el que no se puede romper hasta que se acabe la vida. Que después no lo hemos menester, por cuanto está el alma en posesión de lo que la fe le decía y buscaba por ella. Y de lo que ya se tiene y posee ya no es menester tener fe.⁸

Y, así, en las dichas mercedes de Dios, aunque algunas son tan subidas que le parece al alma que las recibe, que ve aquellas cosas que le pasan, tan claras, que sin fe las pudiera creer por la fruición de amor y gloria que derrama Dios sobre su alma y potencias en el estado del Desposorio, y consumado Matrimonio espiritual (que llaman los Santos), siempre es por medio de la fe. Que si mal no me acuerdo, me parece dice mi santo Padre, aunque por otro modo (como Santo y Docto) esto mismo, no sé en qué parte de su doctrina mística.⁹

6 Joan., 10, 14.

7 1 Cor., 13, 12; 1 Joan., 3, 2.

8 Hebr., 11, 1.

9 Lo dice el Santo en varios lugares: cf. *Cántico*, c. 14 y 15, n. 16; *ibíd.*, c. 39, n. 13 y 14; *ibíd.*, *Llama*, c. 1, n. 14.

Y que, así mismo, no puede un alma por más y más que conozca de Dios en esta vida, y por más íntimo trato que la comunique de Sí Mismo, aunque la llegue a transformar en su divino Espíritu, verle descubiertamente. Porque si eso fuera, que se dejara ver el divino Esposo de su alma esposa, era imposible viviera.¹⁰ Porque, sin morir, *nadie puede ver a Dios cara a cara.*¹¹ Que no lo sufre esta condición de vida. Y se exhalara el alma, saliendo de sus carnes, con un solo punto que se dejara ver su divino Esposo de ella, descubiertamente, a no hacer El mismo Dios el grandísimo milagro de que quedase con vida natural.

Porque la gloria de Dios o Bienaventuranza, que consiste en verle cara a cara, que son las almas bienaventuradas, que están ya allá y libres de esta miserable cárcel, allí las vivifica y glorifica y las dilata y ensancha. Porque como ya han salido de las prisiones de su cuerpo y tienen sus vasos libres de las dichas prisiones, no las oprime la gloria que están gozando. Que será tanta como fueron los méritos de cada una, unidos con los de nuestro Señor Jesucristo; que sin aquellos no pudiera merecer lo que allí goza cada alma; aunque sea la del mayor Santo del cielo.

Pero estando el alma del justo o santo y amigo de Dios todavía en su cuerpo, si Dios le mostrara su faz sin velo delante, lleno de gloria, me parece a mí que no la pudiera sufrir sin perder la vida.

Y, así, la gloria que da y muestra a las que han salido de ella allá, aquí fuera causa de morir y salirse — como digo — del cuerpo. Aunque fuera para el alma dichosa muerte; pero no lo hace el Señor, porque se atempera en sus favores y visitas y comunicaciones que tiene con sus amigos, al estado de esta condición de vida, donde la conserva el mismo amante y divino Esposo por justos motivos suyos. Y porque quiere que viva y merezca mucho con tal vida. Que siendo suya, será de su gusto el que la esposa viva y que vaya ensanchando más los senos de sus potencias con el ejercicio santo de las virtudes, para que sin todavía morir merezca que

10 Ex., 33, 20.

11 Cor., 13, 12; Joan., 1, 18; Ex., 20, 19; Jud., 13, 22.

su divino Esposo la dé más conocimiento de Sí que esta primera vez. Con lo que ha quedado admirada por no estar hecha todavía a recibir semejante género de favor como se ha dicho. Y cuidado: que todo es y será en esta vida con el velo de la fe delante, pero ilustrada; y, más allá, ilustradísima.

Su Majestad nos dé luz para buscarla en viva fe, juntamente con un entrañable amor y sed de hallarle en el centro de nuestras almas. Amén.

[CAPITULO 17]

[DE LOS EFECTOS DE ESTE FAVOR EN QUE SE CONOCE QUE PROCEDEN ESTOS TAN ALTOS DE BUEN ESPÍRITU]

Los efectos que deja en el alma la merced dicha, después de pasado aquel temor primero que le causó la novedad de ver que una cosa sobrenatural la suspendía las potencias, y después que se aquietó, porque cualquiera merced de Dios que haga el alma, [es que] siempre es hecha con paz, amor, sosiego y tranquilidad de potencias. Lo que no hace el demonio; que, antes bien, las alborota y a toda el alma con ellas. Y, por más que quiera fingir paz, por último, luego se echa de ver por los dejos que después experimenta el alma.

Y así, siendo cosa del espíritu de Dios, son — como he dicho — hechas en paz. Y éste es el principal efecto, que deja el Señor en ella, como una profunda humildad y conocimiento de lo indigna que se halla de que su Señor y Criador le venga a visitar por medio de aquella elevación de su espíritu, para que empiece a conocer algo de lo bueno que es Dios. Que no tienen que ver las luces que antes recibía limitadamente por las criaturas, con aquella que el mismo Señor le ha comunicado por Sí mismo.

Que aunque no haya sido sino acerca de algún atributo o perfección suya, como todas sus divinas perfecciones y atributos están identificados en su mismo Ser divino, cada perfección es el mismo Dios o dimana del mismo Ser divino. Aunque no digo que dimanen en Dios

ninguna de sus divinas perfecciones. Porque todas las que hay en este Dios nuestro, son increadas como su mismo Ser divino. Y todas son el mismo Dios; pero para el alma parece que dimana en ella cualquiera conocimiento que su Majestad le comuniqué, de sus divinas perfecciones. Que cada conocimiento de una sola es para ella una inteligencia y noticia de Dios todo junto.

Y, así, no entiende de otra cosa, sino que su Amado le es todas las cosas. Y en la dicha merced en un mismo acto conoció que es una Majestad, un Poder sobre todo poder, un Señor y Señor de sus potencias, que fue a señorearse de ellas, como por el efecto grande se lo dijo con tal imperio que conoció el alma que la visita era de su Señor. Como si la dijera sin ruido de palabras: *Ea, alto de aquí discursos, que me embarzáis mi casa, mi morada, que sólo Yo quiero ser el objeto de vuestra vista.*

Esto es hablando con las potencias. Y aquí con más especialidad habla el Señor con el entendimiento, porque es el que nunca se satisface de buscar luces y cosas en donde halle con qué cebar el apetito de su voluntad.

Esto también sucede en las cosas buenas y espirituales. Porque, como el vacío de estas potencias que Dios dio a nuestra alma es tan grande, que otra cosa que Dios no las puede llenar ni henchir, así por más y más luces que reciba y busque el entendimiento con su propio discurso, es de suerte que nunca se llena ni sosiega. Por tanto, anda el pobre entendimiento como por debajo de la mesa divina buscando las migajas que caen de ella, como ya he dicho. Y siempre anda como muerto de hambre. Que es la voluntad la que se lleva la mayor parte. Porque los discursos y trazas del agente de su entendimiento no le da ni es capaz de satisfacerla. Y el Señor y Dueño de estas potencias (que las crió para llenarlas de Sí Mismo) es el que le da el dicho primer aviso con el levantamiento de mente que dije.

Y, así, ya ve el entendimiento que no se ha de buscar a Dios por los discursos. Porque es tan poderoso, como el alma ha reconocido en el favor dicho; pues para entrar en ella y hacerse Señor de sus potencias, no necesita de entrar por ninguna parte del sentido ni por la de los discursos del entendimiento. Y mejor y más apriesa entrara en el alma, si ella cerrara todas sus puertas y

sólo le esperara en acto de fe viva y pura. Pues es el más proporcionado medio para atraer los amores y caricias del Esposo. Porque estando desocupado el asiento o silla, donde el Rey de la gloria y Esposo del alma desea sentarse, claro está que el amor que tiene a su esposa, no le diera treguas para mucha tardanza; y tomara posesión de contado de su trono.

Pero como estas potencias están embarazadas con diversos objetos, aunque en esta línea espiritual sean de las cosas más altas que quisiere, no siendo del mismo Dios, no pueden así mismo recibirle a El de lleno. Porque así como si a un vaso que está lleno de agua, le quisieran llenar de vino u otro licor, era menester arrojar el agua fuera; que estando ocupado con el agua sería imposible que el vino cupiera en él, ni se le podría echar en el dicho vaso lleno de agua.

Y, así, con especialidad la dicha merced fue para dar a entender al alma que le buscara ya por fe, dejando ya el camino de sus aprehensiones y discursos. Porque hasta entonces gustaba su divino Dueño de que viniese el alma a El por el camino — como dicen — carretero y a su pie. Aunque Dios nos lleva a Sí sobre sus hombros; pero también gusta de que nosotros no nos le hagamos muy pesado. Y los ratos que podemos andar a pie, que pongamos de nuestra parte los medios, como los puso hasta aquí el alma; pero llevándola de la mano, como se dijo en el estado de la iluminación, aunque de paso. Que no me puedo detener en lo que cada estado de éstos pedía, [así] por mi mala explicación como también por la mucha falta de salud que tengo. Y, así, voy de corrida por estas materias, que son más para doctos que para mi corto talento.

También después del intento que el Señor tiene en dichas mercedes de enseñar al alma de cómo es tiempo de mudar de camino para llegar más presto a El, deja otro efecto en ella, que es un desprecio grande de sí misma, juntamente con deseo de que la desprecien ya las criaturas y nadie haga caso de ella, porque ya conoce que tiene puerta abierta a su divino Esposo para poder escaparse de sus enemigos y perseguidores. Y clamar a su divino Esposo que la saque con victoria de todos ellos. Y como también entiende que su Esposo ha sido,

en cuanto Hombre, Crucificado por ella, así ella desea ser crucificada por El.

Y no sólo lleva los trabajos, contradicciones de criaturas, humillaciones, dichos y hechos, sino que — como he dicho — anda el alma buscando ocasiones de merecer con ellas. Que es el mejor regalo que le puede ofrecer a su Crucificado Esposo para ganarle más presto la voluntad por los trabajos y Cruz. Que no suelen ser de poco tomo los que el Señor permite a las almas que lleva por este camino — como he dicho — de mil maneras.

A unas las labra en breve tiempo con dar las fuerzas sobrenaturales, para pasar juntos un tropel de muchas maneras de martirios. A otras las va llevando más lentamente, según es su divina voluntad. Y así no son los trabajos con tanta intensión, que tampoco tienen fuerza para tanto golpe de padecer junto.

El Señor es el que tiene dispuestos los caminos para cada uno de sus escogidos. Y así no se puede dar luz ni doctrina para todos; y así todos la hallarán en el mismo Crucificado, según el camino por donde el Señor llama.

Y no hay más que atender al silbo de tan divino Pastor, que El le dirá lo que ha de hacer en el camino de esta divina jornada. Que lo cierto es que llegando el alma aquí, me parece quiere que mude de senda, que es la de la fe que he dicho.

Porque para cada estado del alma hay también distinto modo de proceder. Pues así como Marta se ejercitaba en la vida activa, sirviendo a su divino Maestro y a sus santos Discípulos en el ministerio de la cocina, para tener pronta la comida que los había de poner en la mesa, y andaba tan solícita la señora Santa Marta, y siendo su tragín paar un fin tan santísimo como era disponer la comida para un tan divino Señor, con todo la amonestó sobre su demasiada solicitud. Y que más de su agrado era el ocio santo de su hermana María, que estaba contemplando a los pies de su Señor, regándolos con sus lágrimas y otras cosas que habrán pasado en dicho lance, de cuando se quejó su hermana Marta de ella.¹ Que para mi intento basa lo dicho.

1 Lc., 10, 33-42.

No ha de andar toda su vida el alma que va subiendo a la contemplación de su divino Esposo tan solícita atrás de sus discursos; ni ha de estar siempre — digámoslo así — en la vida o vía activa de la iluminación. Porque aquélla aunque sirvió de disposición para ésta de que voy hablando, que ya es de principios de unión con su divino Maestro, el que pide mucho sosiego de potencias, y así ya quiere este divino Amor que se ejercite el alma en el oficio de María.

Y, si todavía no lo entiendes, alma, lo que quiere tu divino Esposo de ti, espera un poco y verás cómo el Señor te lo vuelve a decir y a enseñarte con la obra lo que debes hacer. Pero prevente para la experiencia. Que caro te ha de costar el despedirte [así] de tu bullicio como de tus afanes. Y te trocará el Señor tus caminos en otros más de su gusto, aunque amarguísimos para tu alma, porque en tu vida habrás andado por ellos. Y, así, te se harán a los principios acaso más duros que la muerte; pero entre tanto que no llegas, hasta verte en dicho camino, pasa como pudieras cuidando de tus flores, para que el Señor se digne de venir a visitar más veces el jardín de tu alma, y te enseñará lo que has de ir haciendo en él para que las flores de virtudes se mantengan olorosas y frescas para el recreo del Amado, que es el Dueño de dichas flores.

Y será lástima que se marchiten por tu causa. Espero que no permitirá el Dueño divino cosa semejante; porque te tendrá muy de su mano para que no se sequen con algún aire de vanagloria tuya. Que ya te he dicho que en todos estos estados del alma hay peligro de volver atrás.

Y, así, es menester grande aviso y mantenerse siempre firme con el áncora de la santa humildad; y conocer que no merecemos nada de nuestro Dios; sino acaso mil infiernos. Que todos cuantos favores y beneficios aquí recibimos de su liberal mano, es todo dado de pura gracia. La que nos asista a todos. Amén.

[CAPITULO 18]

[SATISFACE A LA DUDA QUE SE SUELE SUSCITAR SOBRE LA DOCTRINA QUE DA DE CÓMO DEBEN LAS ALMAS DESNUDARSE DE SUS DISCURSOS EN ESTE ESTADO. ES DE MUCHO PROVECHO POR LA CLARIDAD CON QUE EXPLICA ESTE PUNTO]

ANTES que pase adelante, digo que se puede ofrecer la duda de que es apartar el alma de la meditación de nuestro Señor Jesucristo, yendo el alma a Dios desasida de los discursos del entendimiento en pura fe. Y que es apartar el alma de la vía y camino que nos guía a la vida eterna. Que el suspender las potencias será estorbarla de que obre según su habilidad y razón. Y que los libros santos nos aconsejan que nunca nos apartemos de pensar en la Vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo; porque si no que nuestro camino no irá derecho, sino muy torcido y a peligro de dar en un precipicio.

Es cierto que si el alma de propósito quisiera apartarse del que nos abrió las puertas del cielo, nunca llegaría a entrar por ellas. Y la principal de todas es la de Cristo, nuestro Bien, por la que entraron todas las almas santas en la gloria de su celestial Padre.

Pero se ha de atender que esta alma que llegó a los primeros umbrales de esta vía unitiva, en que nuestro Señor la quiere ya entrar, dándole luz de cómo ya quiere [que] levante sus potencias en puro acto sencillo de fe y amor, que ya ha venido guiada, amparada y favorecida de su divino Esposo, hecho Hombre por ella, y así mismo aprisionado y lleno de dolores. Los que tuvo muy presentes la esposa en las dos vías pasadas así purgativa como iluminativa, donde sacaba esfuerzo, valor y ánimo, para resistir a las asechanzas de tantos enemigos como se suelen levantar contra la pobre alma que emprende ir en busca de su Amado Dios por este camino del espíritu; pues si no se asiera de las amargas, dolores, penas, Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo, le fuera

imposible el pasar adelante en dichos estados donde el demonio hace la mayor guerra contra la esposa.

Y el mayor enemigo con que peleó, fue el de sí misma, esto es, el de el amor propio de su carne, hecha a su libertad y a todas sus conveniencias, como tan conatural con los apetitos de esta mala carne. Y ya, gracias a Dios, cuando el alma llega a entrar en la tercera vía, que llaman unitiva, parece que ya tiene dichos apetitos y enemigos como sujetos y vencidos en gran manera.

Y quién fue el que peleó contra ellos sino el mismo Cristo, poniéndose presente al alma su esposa muchas veces con las señales e insignias de su sacratísima pasión, diciéndola continuamente: *“Hija, ayúdame a llevar la Cruz; que Yo te ayudaré a llevar la tuya; ten paciencia en tus aflicciones y trabajos, como Yo tuve por ti en los míos, que en su comparación no son casi nada los tuyos; pero como los lleves con la conformidad que yo quiero, haré que valgan mucho delante de mi Padre, unidos con los míos; desprecia todas las cosas deleitosas y sabrosas de esa vida percedera, y abrázate con mi cruz y sígueme por ella, y verás cómo mi Cruz te lleva derecha a mi Padre y a Mí en El; que Yo soy tu camino y guía; y no hallarás otro medio para conocerle a El y a Mí en espíritu que el mío en cuanto Hombre y Dios juntamente.”*

Cuántas inteligencias ha tenido el alma de lo que su divino Esposo padeció por ella en las dos vías, y con especialidad en la segunda, donde son más frecuentes y más altas las luces de las verdades de los Misterios de nuestra Redención, que están encerrados en Cristo nuestro sumo Bien. Cuyas luces inteligibles acomodándose el Señor en ellas al bajo entender de nuestro corto entendimiento, han sido saetas que dejan toda el alma penetrada, rendida y dispuesta para vencer los tres enemigos más capitales de la misma alma que son demonio, mundo y carne.

Y otros que se añaden a éstos, como son los que llaman capitales. Que todos son de infame ralea. Porque son todos contra la pobre alma. Que por más y más que esté fuera del mundo y encerrada en una santa Religión, no por eso deja el demonio de tentarla en dichos vicios. Que si no en mucho, porque Dios le tiene atado, es en

poco. Que siempre tira a dar una mordiscada en cada uno. Mire el solitario si del todo puede estar libre de dichos enemigos que no tenga necesidad algunas veces, y las más, de recurrir a su Señor Crucificado para pelear contra tales vicios y enemigos de su alma hasta quedar vencedor de todos ellos.

Y, así, ya puso cuanto pudo de su parte el alma, valiéndose de las armas de su verdadero Capitán, Jesucristo. Y su Majestad Santísima de su parte la hizo la costa con las dichas inteligencias acerca de lo que padeció por ella, para esforzarla en la conquista de tantos leones y crueles enemigos derribándolos a sus pies, y quitándole las fuerzas a la infernal serpiente, cabeza de todos ellos.

Esto hizo el divino Esposo del alma con vestirse de nuestra naturaleza para matar a tan cruel dragón con su Pasión y Muerte. De todas estas verdades y lo demás que yo no sé decir, le ha dado el Señor luz al alma. Y por aquel divino Dechado fue adquiriendo muchos hábitos de virtudes contrarias a tales vicios y enemigos; y triunfando de todos, aunque no con toda perfección. Porque siempre la deja nuestro Señor alguna cosa con quien pelear, para que se mantenga en humildad y camine con santo temor de sí el alma; aunque no la deje caer por su misericordia en cosa grave ni leve con plena voluntad y advertencia.

Pero no del todo la deja sin alguna tentación y guerra hasta más adelante, que la meta en otro crisol, donde se acabe de purificar no sólo de sus faltas, sino de todo lo activo de sus naturales aprehensiones y cosas inteligibles de su entendimiento y de su modo natural de obrar.

También habrá tenido, además de las inteligencias dichas de lo que nuestro Señor padeció por ella, para sacar por aquel divino Dechado el modelo de su vivir y porte para asemejarse a su divino Esposo en todo, algunas Visiones y Apariciones suyas. Que suelen ser de muchas maneras en la vía de iluminación, y según la voluntad divina se las quiera enseñar al alma. Ya sea por Sí mismo, ya por medio de algún Angel que le presente la figura de su Esposo. Para que se vaya enamorando más de El, y se vaya encendiendo en su

divino amor, y corra tras El, como Esposa enamorada *al olor de sus aromas*.¹

De las cuales Visiones [así] de la santa Humanidad de Cristo modo de otras que suele hacer el alma en el estado dicho, ya dije que no me detenía en dar mi ruda doctrina sobre cómo se debe el alma haber en ellas. Porque lo uno, fuera detenerme mucho; y lo otro, porque se hallará copiosa luz en otros libros. Y con especialidad, de los pocos que yo he leído, en el de nuestro Santo Padre, San Juan de la Cruz. Y a su tenor otros que yo no he visto.²

Y, supuesto lo dicho, que el alma ha venido por la gran misericordia de Dios por el camino de su Hijo amado, hecho Hombre y con tal compañía vino asimismo aprovechando en las virtudes, ¿qué duda es la que se puede ofrecer de que la apartan de su guía y camino, cuando ya está andado y ha llegado al fin de la jornada dicha de la segunda parte de estas vías y estados del alma? Que, si mal no lo entiendo, en cada una obran las potencias de distinta manera, como ya queda explicado en cada una de las dos, aunque mal y brevemente.

En aquéllas es por obra activa del entendimiento, que de su parte va espiritualizando las figuras que forma la fantasía de su imaginación; aunque le costaba mucho trabajo, como se dijo en la primera vía. Y en la segunda no tanto, porque recibía las luces más desnudas de accidentes corpóreos y especies intelectuales. Y, así, guiaba el Señor a su entendimiento muchas veces sin las figuras de su imaginación. Pero, como ya dije, vino y caminaba alumbrado de otra parte, que es la luz que le va enseñando el camino, según el beneplácito del que le envía la luz.

Mas, aunque yo vea el camino por donde debo ir, no dejo por eso de ir por él a pie; aunque otro me alumbre y me lleve delante o atrás con andadores. Y, así, con algún trabajo voy por el dicho camino. Mas, si compadecido el divino Esposo de la fatiga con que voy con el pie o pies de mis discursos sobre las mismas luces que se me representan, y muchas veces dudando si son

1 *Cant.*, 1, 3.

2 *Sub.*, l. 2, c. 16, n. 1. *Ibíd.*, c. 17, 4 y sigs.

de parte de Dios o no, como dije le sucede al alma en este camino por las tentaciones y trabajos pasados y otros muchos, quisiese llevarme ya en sus brazos (que aquí mejor viene en un coche cerradas las vidrieras y cortinas echadas) aunque no viera el camino por donde iba, no por eso dejaría de llegar al fin de mi jornada.

Antes bien, llegaría más presto, acompañada del mismo Esposo, que es el mismo que te guió, alma mía, hasta aquí. Y no es apartarse del que te quería llevar metida en el coche que te he dicho de la fe, cerradas todas las puertas y ventanas ya de tus discursos. Porque la fe no los admite.

Y, aunque por fe has venido también hasta aquí, pero no tanto. Que ya tu Esposo como niña te dejó ver lo que has querido, como lo que conociste y viste de El en cuanto Hombre. Pero ahora quiere que tu alma le vaya viendo y conociendo en puro espíritu. Que para eso te hizo la merced que te he dicho. Y como en cuanto su Ser divino no es capaz, que el entendimiento por sus discursos llegue a conocer algo de lo que tiene de divino, para conocerle en cuanto se sufre en esta vida, es menester que desconozca el entendimiento sus mismos conocimientos, que es esto lo que te dije meterte en el coche de la fe y cerrar todas las ventanas de tu entendimiento.

Pues hasta que no entiendas nada, no podrás entender cómo es tu Dios en espíritu. Y con eso se cumplirá como en los Discípulos de tu divino Esposo la venida de su Santo Espíritu sobre tu alma. Que también carecieron de la vista de su divino Maestro, en cuanto Hombre, y de su corporal presencia; y esperaron a que volviera a visitarlos y regalarlos, como vino, la tercera Persona de su divino Ser, que es el Espíritu Santo.

Y, después de todo, concluyo con decir, para que no tengas dudas sobre qué te parecerá el decirte, que ya pretende el Señor apartarte del camino de tus discursos y que le contemples en espíritu por medio de la fe, que no sabes cómo lo has de hacer, dígotte que prosigas a tu modo de entender hasta que vuelva tu divino Esposo a enseñártelo. Y quedarás con eso satisfecha y libre de tus ignorancias.

Que padecemos tantas las pobres almas, que no te-

nemos letras para saber discernir y entender en estas cosas de espíritu, que bien es menester que se digne el Espíritu Santo de bajar sobre nosotras a enseñárnoslas y darnos luz en todas nuestras dudas. Que sea por todo alabado. Amén.

[CAPITULO 19]

[CONFIRMA LA MATERIA ANTECEDENTE CON OTRAS REFLEXIONES. PONDERA CÓMO LA CONTEMPLACIÓN ADQUIRIDA, JUNTO CON LA DESNUDEZ Y PUREZA DE ALMA, ES LA ÚLTIMA Y ÓPTIMA DISPOSICIÓN PARA LA INFUSA]

CON las primeras vistas del Esposo y con toda la operación que hizo en las potencias del alma, su esposa en la merced dicha, todavía no se asegura ella de que es Dios el que así la removió en un punto. Aunque mientras está presente la luz de su divino Esposo, no tiene duda. Pero luego que suspende el Señor su operación, aunque los efectos que dejó en ella duran por algún tiempo, con los que el alma se va manteniendo no sólo en el ejercicio de sus flores, cuidando de que no se marchiten con el aire de algunas faltas o descuidos en el servicio de su divino Esposo, sino que vive con sosiego y sin duda de que no ha llevado camino errado, como antes el demonio le quería persuadir.

Y, así, la mantiene el Amado por algún tiempo con mucha quietud de sospechas, temores y dudas. Y después de eso anda con mucha alegría y gozo, perfeccionándose cuanto puede en toda virtud. Y también siente en sus potencias un género de paz y suavidad para sus actos interiores, que no la cuesta trabajo el sacar el agua — como se ha dicho — para regar sus flores. Porque parece se la envían del cielo como por junto; y lo pasa con mucho sosiego, tranquilidad y paz. Y así hace todas las cosas del servicio de Dios.

Por lo cual le llamo yo a este modo de recibir el alma esta luz general de su divino Esposo, Oración de quietud. Porque hace todas las cosas con mucha serenidad y no padece en su interior inquietud especial ni tanta

multiplicidad de discursos de diversos objetos como antes. Y sólo está mirando a su Dios con un acto sencillo de fe. Pero como no dura en el alma dicho acto de fe, o por mejor decir no dura ella en él, porque si durara, ya tenía mucha tierra andada para la divina contemplación permanente.

Y, así, por defecto de la misma alma que todavía no está desapropiada de los discursos y aprehensiones de su entendimiento, vuelve a ellos. Que la parece ve mejor su camino, para saber gobernar sus acciones por las luces particulares que caen sobre dicha potencia.

Y muchas veces, como les exhorta quien las cuida a dichas almas que no se aparten de la meditación de nuestro Señor Jesucristo en su Oración, porque si no que van a peligro de perderse, que el demonio también sabe suspender las potencias para que no trabaje el alma con su entendimiento por la Pasión de Cristo o cosas palpables tocantes a ella. Y que será cosa temeraria el que quiera el alma llevar otro camino. A lo dicho tocante a este temor ya está respondido. Que fue al que ha venido el alma por el mismo que aquí le persuaden. Que ha sido por la contemplación de los Misterios de Cristo y su Pasión y Muerte [así] como también por sus maravillas y obras que ha hecho en este mundo para fin de nuestra Redención, con lo demás que se dijo.

Mas hemos de ver si nos podemos explicar, Hija mía, para que no dudes tanto sobre tu camino. Y no vuelvas tras de tu ganado, que son los discursos de tu mismo entendimiento.

Porque si hasta aquí era preciso gobernarte por ellos y por razón natural, ayudada de las luces distintas que el mismo Señor le daba para caminar por este camino espiritual, ahora que Dios quiere llevarte adelante para que llegues más apriesa a unirte con El en espíritu, te estorbarán. De suerte, que te has de acordar de la Persona de Cristo, nuestro Bien, de quien dicen que no te debes apartar.

Y, así mismo, tú lo piensas así y yo digo también que es lo mejor: que nunca deje el alma tan divina compañía. Pero está el trabajo en que no entiendes lo que te quiero decir. Y es que en dicha Persona de Cristo hay dos naturalezas: una divina y la otra humana. Que fue la

que tomó en sí la divina, uniéndose con la nuestra como nos lo enseña la fe. Que el divino Verbo, Hijo de Dios eterno, se vistió de la naturaleza del hombre para unirse con el mismo hombre y hacerle participante de su divina Naturaleza en cuanto Dios. Y, así, nuestro Señor Jesucristo no es sólo Hombre, sino Dios juntamente; y Dios y Hombre verdadero. Y así lo creemos y confesamos.

Pues, ahora, si toda la vida te estás con tu entendimiento empleando toda tu intención y tus discursos sobre la Persona de Cristo en cuanto Hombre, no le podrás conocer en cuanto Dios, que es la divina naturaleza, que está encubierta en la naturaleza humana de Cristo, nuestro Remediador. Y que el levantar tu mente y potencias, como el mismo Señor te lo quiso dar a entender en la merced pasada (pues con la obra lo podías conocer), no es para que te apartes del mismo Jesucristo. Antes bien, fue para que entendieses te hacía un grandísimo favor, que es el que entres más adentro de aquella Sacratísima Persona a empezar a tratar con la Divinidad, que está unida con la Humanidad de Cristo.

Que por eso no te se apareció en dicha primera ilustración en ninguna figura de su Sacratísimo Cuerpo, ni paso alguno de su Vida y Pasión. Así mismo entró la dicha luz en tu alma, sin entrar por la puerta del sentido ni por discursos de tu entendimiento; para darte a entender que no se alcanza semejante trato y contemplación de la Divinidad de su Sacratísima Persona por discursos inteligibles o luces particulares, que él alcance y pueda discurrir con su modo natural de obrar. Que no es cosa limitada la Divinidad de Cristo, que está encerrada en su Santa Humanidad, para que el entendimiento por sus discursos limitados la pueda atraer a su humana y limitada comprensión.

Y, así, es menester dejar de entender en lo poco y limitado, para conocer y entender en lo mucho. Y en El, sobre todo, que es el mismo Dios, que está en la Persona de Cristo. Y, de ese modo, ¿qué puede temer el alma y quien la guía o gobierna, si ya llegó por este Señor en cuanto Hombre (que es aquel mismo hombre en cuanto su ser humanado), a la puerta y primera entrada del divino Paraíso, que es entrarse dentro del mismo Cristo a tratar con la sustancia de su Ser divino? Con que no

se aparta el alma de su Esposo en cuanto a llevar su camino. Antes bien, se entra más adentro de El, para más entrañarse y unirse con El. Y sólo lo que se la dice al alma es que deje ya los discursos. Que se puede decir andaban por la parte de afuera discurrendo, hagamos cuenta, por los vestidos de la Persona de su Amado, Cristo, que es toda su Pasión, Obras y Misterios. Como también la hermosura que puso en las demás criaturas. Pero todas limitadamente le daban noticias de este Dios escondido.¹

Y, así, también se ha de esconder su entendimiento de sus limitados discursos y aprehensiones, si quiere ver los dichos Sacramentos y Misterios del mismo Cristo, que están encerrados en su divina Persona, en cuanto Dios. Porque es El el que se los puede descubrir por Sí mismo, sin necesidad de la obra activa del entendimiento de la criatura racional. Porque pasivamente lo hace el Señor en él, esto es, cuando él deje su obra activa, que es dejar de discurrir con su propia habilidad.

Pero somos tan tardos los hijos de Adán, que muy tarde caemos en la cuneta, ya sea por no tener todavía fe viva y esperanza de que Dios no nos permitiría engañar, una vez que nuestro deseo es ya de agradarle en todo y servirle, que tarde le damos todo nuestro libre albedrío, para que obre en nosotros de la manera que gustase.

Y, así, todavía estamos muy asidos, aunque no sea en cosas de mundo o en todo lo que toca a las conveniencias de este cuerpo, a nuestro modo de obrar con estas potencias de nuestra alma. Y no sé si quiere decir esto nuestro Señor en aquellas palabras, que no sé dónde las oí, que "*El que perdiere su alma por Mí, ése la ganará*".² Puede ser que yo no haya entendido el sentido de dichas palabras. Pero las aplico para mi corto modo de explicarme.

Porque ni más ni menos le sucede aquí al alma que está tan asida y connaturalizada con sus discursos y modo de obrar en su Oración, que no se acomoda a dejarlos, aunque conozca por otro lado que le está Dios levantando su mente de la tierra de sus discursos y limitado modo de obrar y entender.

1 Is., 45, 15; Rom., 1, 20.

2 Mt., 10, 39.

Créame, la Hija y Hermana que tuviera inclinación de leer este mi pobre discurso, que es así a mi corto entender lo que pasa a la pobre alma que no tiene quien la sepa desarraigar y apartar de los pechos de todo lo que puede coger y discurrir con su entendimiento y pensar en todas aquellas cosas que pueden caer debajo de dicha razón y potencia. Que si no lo hace así, lo demás le parece que es fuera de razón.

Cierto que si se acordara el alma de que nuestro natural, como todas sus inclinaciones son las que deben sujetarse a la razón como el Señor nos manda, pocas veces pecáramos. Porque la razón nos dice que razón tenemos en amar y servir a Dios; porque es digno de ser amado sobre todas las cosas y sobre toda razón. Y ésta debe estar sujeta a Dios y amarle sobre ella. Pero esto es lo que no entiende el alma ni yo tampoco lo sé decir.

Pero si me parece que es mejor gobernarme por la razón de mis discursos, ya no sujeto esta mi razón a Dios que quiere le busque y ame sobre toda mi razón y libre de los discursos y aprehensiones de mi entendimiento. Que son los que en este estado unitivo a que Dios me llama, me estorban que vea a mi divino Dueño y Esposo dentro del centro de mi alma con otra más pura y sencilla vista. Que como es su purísimo Espíritu sencillísimo y todo de un color (como he dicho por la comparación del Rey que todo estaba vestido de blanco), así mi vista se debe conformar con el objeto que miro. Que también le debo mirar con un acto sencillísimo de fe y sin discursos sobre lo que veo y miro. Porque no tiene Dios partes distintas, para que distintamente mi entendimiento ande vagueando de un lado a otro de la Divinidad del divino Esposo. Que todo junto se debe amar y contemplar, sin bullicio del entendimiento, en acto puro de fe.

A este acto de fe, que se llama *contemplación adquirida*, pueden llegar muchas almas.³ Como “*de facto*” han llegado algunas que yo sé; aunque no sé explicarlo;

³ Es éste uno de los extremos más claros y originales de la autora. No hace sino exponer con lucidez la doctrina de S. Juan de la Cruz en la *Subida*, l. 2, c. 12 y sigs. Esta doctrina, combatida hace algún tiempo por algunos, hoy día es admitida casi universalmente por todos.

que lo siento en mi alma. Porque en este Tratado se lleva el fin de que entendamos lo que nosotras, Hijas mías, podemos hacer y aun llegar con la ayuda de nuestro divino Esposo, que siempre se interesa en nuestro mayor aprovechamiento, con el amor que nos tiene. Y desea que la sangre de su amado Hijo nos aproveche con irnos por su medio llegando al fin de que gocemos el fruto de tan divino Arbol.

Y, así, haciendo lo que está de nuestra parte, queda por su cuenta el llegarnos a Sí por vía de la otra contemplación, que se llama infusa; porque es dada e infundida de Dios absolutamente [así] en el alma como en sus potencias. Y toda es dada de gracia y sin costar trabajo de adquirirla como esotra, que con la ayuda del mismo Señor podemos llegar a ella.⁴

Y sólo se diferencia una de otra, en que la que da Dios es dulcísima y de un indecible deleite espiritual para el alma; porque el acto de una y otra todo es uno, por ser de pura fe uno y otro.

Y adquiriendo el alma la primera por su trabajo, es una grandísima disposición para la segunda. Que totalmente dimana de la influencia divina; donde el alma goza de la suavidad de la miel que también ha ido mereciendo de su divino Esposo, con el trabajo y afán que ha tenido toda su vida espiritual en acarrear flores de los árboles de las luces que ha ido derramando en ella en la vía iluminativa, como allí se dijo. Y, en fin, todos cuantos bienes puede Dios comunicar a sus criaturas.

Ya camina el alma con la inteligencia desde sus principios de su desengaño, que se los mereció para ella su divino y amado Hijo. Y, así, puede en su santo Nombre pedir a su eterno Padre todo lo que ha menester para su salvación; y también para que la dé luz de cómo se ha de haber en su Oración y en estas cosas interiores, por lo mismo que ignora muchas. Lo que no sucederá a los que tienen luz por las letras que han estudiado; aunque

4 Queda claro el pensamiento de la autora en esta frase y en las siguientes. La contemplación "adquirida" es gratuita porque es efecto de la gracia divina. La "infusa" es *doblemente gratuita*: gratuita porque sobre la gratuidad del *acto* implica la gratuidad del *modo* cómo se produce. Está también claro su pensamiento sobre el llamamiento parcial a la infusa.

puede en algunos quedarse en sólo especulaciones la obra y labor interior del alma, sin pasar a la práctica de la experiencia; porque acaso no podrán practicar todo lo que entienden. Pero bueno es el saber, aunque no sea sino para dar luz a otros para que no lo pierdan todo. Que todo se perderá, si ellos se pierden a sí mismos. Y perderán en sí mismos todas sus letras; porque no se han querido aprovechar de ellas o de la luz que por ellas les ha dado Dios.

Pues, volviendo a los que tienen luz de letras, juntamente con espíritu y trato con Dios, digo que presto subirán sobre sí a conocer los movimientos de esta obra interior. Y apartarán lo que es suyo de delante de su entendimiento, cuando ya llegue el tiempo de querer Dios obrar por Sí en sus potencias, sin más medio que la fe por parte de la misma alma. En cuyo acto sabrán así mismo ejercitarse juntamente con el del amor del objeto que la misma fe les representa. Que en esto se dice que es Dios el objeto de su amor y [de] su fe.

Y que sea dicha contemplación, adquirida o infusa y dada graciosamente del Amado, requiere el mismo aparejo. Esto es, que se han de dejar los discursos activos del entendimiento. Porque el blanco del acto de fe todo es uno, a mi corto entender, y sólo se diferencia en que en el dicho acto de fe se le represente en él su divino Sol.

Como si por un cristal, que estuviera claro y limpio de motas que son los discursos, y que aquí no se habla de faltas y manchas de conciencia, sino de la limpieza de los hábitos y modos de obrar de las potencias del alma, las que deben estar claras y limpias de todas sus aprehensiones, sean acerca de arriba o abajo, digo de cosas en que pueda divertirse el entendimiento, entrara sin duda el sol por dicho cristal, estando empleadas las dichas potencias en sólo acto sencillo de fe. De parte del alma, me parece, debe estar así para una y otra contemplación.

La adquirida, como saben mejor que yo los que lo entienden, es — como dije — de mucho valor delante de Dios. Y una como última disposición, para que se digne este dulcísimo Amante del alma de comunicárselo infusamente con dulzura, suavidad y divino deleite en su

espíritu. Pues está puesta el alma en positivo acto para que entre aquel Sol divino a bañar sus potencias de su divina luz. Y entonces obrará en ella el Agente divino y le dará de Sí Mismo la inteligencia pura y sencilla. Y verá cómo era imposible que los discursos y habilidad de su entendimiento pudieran llegar a comprender tan superior merced. Y menos con ellos adquirirla, si no se dejara totalmente en pura fe, que es la que atrae los amores del Esposo. Que en fe desea desposarse con el alma su Esposa.⁵

Y, ¿qué pensará el alma contemplativa, sobre que ya ha dado de mano a sus discursos y aprehensiones naturales, y que está en el dicho acto de fe y que con todo eso no la parece que siente la suavidad del Espíritu del Señor, antes le parece que se halla metida en una contemplación seca; y aunque ya hace lo que puede de su parte, no siente nada de los gustos y regalos de la que llaman infusa y de amor divino?

A eso, no sé qué responder. Sino que la perseverancia en esa sequedad de espíritu es de grande merecimiento. Que como ame a Dios sin interés de sentir suavidades y gustos en su contemplación, será más acepto sacrificio para sus divinos ojos. Y en tal caso, acordarse algunas veces de la sequedad pasada; que era acerca del sentido que sentía el no hallar gusto en las cosas distintas, que querías meditar o pensar en ellas como antes, y no podías.

Y después que pasaste por aquella sequedad y trabajos que allí se dijeron atiende, alma, y acuérdate del fervor que después te hizo tu divino Esposo. Pues ahora que padeces otra vez esa sequedad de espíritu, pásalo con la misma conformidad, sin volver atrás de tu ganado. Que no tardará tu Bien. Y vendrá, cuando sea su divina voluntad, permaneciendo sobre el tejado de tus discursos. Que todavía te falta que andar, para que tu divino Esposo te halle del todo y en todo sola.

Porque, aunque hayas llegado a esa contemplación adquirida, puede ser que te falten otras disposiciones para la divina, y unión con tu divino Esposo. Que no está todo en que ya no discurras en nada y que te man-

tengas en ese acto universal de fe. Que lo cierto es que si estuviera tu alma juntamente limpia de algunas imperfecciones, ya sean habituales, ya porque están por acabar de purgar los defectos de la vida pasada, es una disposición grande la contemplación adquirida para la otra de amor y suavidad en el Espíritu Santo.

Y, así, veneremos los ocultos juicios de Dios y hagamos lo que está de nuestra parte, que es lo mismo que acabo de decir, procurando mantenerse sin volver atrás de los discursos. Los que ya no te sacarán más jugo de devoción y sustancia; porque ese camino ya está andado y no harás más que desandar lo mismo que está andado.

Como me parece que dice mi Santo Padre, que muchas de sus cosas me vienen bien para darme algo a entender; aunque no me acuerdo en qué lugares de sus santos libros, porque ha muchos tiempos que no los leo.⁶ Aunque a mí me parece que todos los Santos, para llegar a la divina unión con Dios (porque es todo un fin, aunque vaya cada uno por distinto camino) la dicha desnudez y desapropio del alma siempre han de pasar por ella. Digo en cuanto a renunciar los discursos del entendimiento. Que lo demás, en primer lugar, se supone ya en dichas almas santas.

Y, así, estando ya tan adelante, como es en la contemplación adquirida, ejercitándose en sus actos propios, es lástima que vuelva atrás el alma. Porque la parece que está seca. Su divina Majestad nos dé luz, para que nos sepamos aprovechar de las sequedades como hicieron los santos, sin volver atrás; porque perderemos todo lo que hasta allí se ha hecho con la ayuda del mismo Señor. Que sea alabado para siempre. Amén.

6 En el lib. 2.º de la *Subida*, cps. 12-14.

[CAPITULO 20]

[CÓMO DISPONE EL SEÑOR AL ALMA CON OTRAS VISITAS Y FAVORES EXTRAORDINARIOS, ANTES DE ENTRARLA EN OTRO CRISOL CON QUE LA PREPARA PARA CELEBRAR EL DIVINO DESPOSORIO]

A sí como los hombres doctos, si se dieran a la práctica de la Oración y trato interior con Dios, como creo lo hacen muchos fieles siervos suyos (pues si no hubiera santos y justos en la tierra, ¿qué fuera del mundo?), no padecerían las ignorancias como las almas de nosotras, las pobres mujeres, en el manejo y operaciones de sus potencias espirituales y sensitivas, y supieran cuándo habían de suspender su modo natural de obrar, en cuanto a la parte primera de esta espiritual jornada, pasando de las cosas corpóreas que representa la imaginación, a las espirituales especies que caen en el entendimiento y luces distintas; de las que saca y forma él así mismo distintos conceptos, por donde se gobierna según su razón.

Esto me parece hacen los que están en la segunda vía que es de iluminación. Que no se pasa tan de corrido por ella como se dice. Que suelen muchas almas no pasar en toda la vida de ella.

Y no será poco beneficio de Dios el que se sepan dichas almas aprovechar de las luces que su Majestad las comunica en ella para todo bien obrar. Que a este fin se reduce toda aquella iluminada obra de entendimiento.

Llámola así, porque obra entendiendo mediante las luces que Dios representa al mismo entendimiento. Y suspendiendo las dichas luces el Señor de él, ya le calma de suerte que no halle ningún arrimo. Y, aunque halle algo en que todavía pueda prender el entendimiento, es como si no fuera para él. Porque no saca efecto sustancial para su modo de obrar. Porque como la principal sustancial gracia está o la pone el Señor en las mismas luces

que representa o envía al entendimiento para que obre con alegría y suavidad, como el Señor le suspenda la sustancia, como dije en otra parte, es señal de que ya no quiere que se detenga el alma ni se embarace con los discursos del entendimiento. Si no que se guíe y gobierne por la fe.

Esto y mucho más, que yo no sé explicar, conocen con facilidad las almas que saben por sus letras y estudios las cosas y estado del alma y el modo de cómo se han de ejercitar estas potencias en cada cosa de las dichas. Y, así, puede ser que lleguen más apriesa al fin de la jornada. Y lo que en dichas almas suplen las letras y saber, según el talento que Dios nuestro Señor les ha dado por ellas a cada uno, lo suple Dios todo en el alma de una pobre ignorante mujer, que no sabe nada por su habilidad natural, ni cómo se ha de haber en estas cosas interiores. Y así, sólo Dios es el que la puede enseñar, haciéndose como Maestro y Agente divino suyo.

Bien que, como sabe su mucha ignorancia, la sufre con divina paciencia los muchos yerros que tiene en dicha obra interior. Y la enseña, aunque a costa de ella misma; porque, como suelen decir, hace más y más enseña la experiencia que la ciencia, muchas veces. Y, así, unas veces volviendo atrás de sus discursos y otras dejándolos, ya caminando a oscuras por la luz de la fe dicha, la va el divino Esposo enseñando a desnudar de sus propios conocimientos y aprensiones de su entendimiento acerca de cosas distintas. Como lo hacía hasta meterla en esta tercera vía del espíritu, que para entender a lo divino, es menester esté también el [entendimiento] de la criatura racional puro y sencillo, en cuanto le sea posible, para que pueda dar en él el rayo de la divina luz y se conforme el alma con ella.

Mas, para que se pueda unir con dicha luz divina que va buscando el alma, ya convencida en alguna manera de que no [se] ha de encontrar con su divino Esposo (digo en cuanto a su divino Ser), por los discursos de su entendimiento, no sé que por su propia habilidad pueda disponerse el alma para la dicha unión con la divina luz de su amado Esposo. Y sólo El es el que la ha de disponer a su modo y sobrenaturalmente también.

Porque, así como la luz es sobrenatural (pues es la que procede del mismo Ser divino), la que ha de recibir en sí el alma para fin de unirla el mismo Dios consigo, así también la ha de disponer a lo divino; y sobrenaturalmente la ha de labrar y acrisolar de su divina mano y de modo que la misma alma no puede entender cómo será el crisol, donde la ha de entrar la divina Sabiduría de su amado Esposo, para así purificarla de todas las manchas, imperfecciones o hábitos imperfectos de su modo natural de obrar. Aunque se diga que servirá también aquella purificación en que la ha de meter su Amado, para purificarla de las manchas de las culpas pasadas o de actuales descuidos, aunque no sea de cosa grave; juntamente con el intento de que el Señor lleva a fin de purificar las potencias del alma para disponerlas para la divina unión.

Debe el Señor de hacer una y otra purificación a un tiempo como en las almas que van al santo Purgatorio. Que las purifica nuestro Señor de todas las manchas y culpas veniales. Y también porque en esta vida no se dejaron purificar de las imperfecciones que cada día por nuestra flaqueza cometemos. Y, así, allí se paga la pena [así] de lo grave como de todo lo leve. De suerte que con dichas penas y purgación, queda el alma más clara y transparente que un clarísimo y limpísimo cristal, para poder gozar del divino Sol de Justicia y unirse con El en lumbre de gloria.

Pues, así, acá en su manera para poder el alma llegar a unirse con Dios en esta vida por medio de una fe ilustradísima y como transparente, porque no puede ser tan de lleno y al descubierto como en la otra, es necesario que la purifique el mismo Esposo divino, que es el que desea aún más que la misma esposa unirla consigo mismo por [el] amor que le tiene a ella. Para lo cual tiene un modo de purgatorio que será imposible que mi ruda lengua lo sepa explicar, ni aun dibujar su sombra, si Dios no lo dice por mí.

Pero antes que entre el alma, que el Señor quiere llevar y subir al alto estado de su divina unión y celebrar el espiritual Desposorio con ella, la hace algunas mercedes con que la dispone y fortalece, para entrarla en dicho crisol. Que es de mucha angustia y de más terrible tor-

mento para el alma, que todas cuantas penas, dolores y martirios pudiera pasar en esta miserable vida.

Y, así, bien ha menester que la prevenga su divino Esposo con regalarla con algunos favores de su liberal mano antes. Porque, como tan piadoso y amoroso Padre y Esposo amante de las almas que sabe su poco poder y gran flaqueza, nunca envía el trabajo sin el consuelo de sus divinas consolaciones, alternativamente; con que cobra ánimo la esposa para todo lo que la venga de su mano divina.

Antes de que llegue el alma a experimentar lo que jamás ella pudo pensar, que tenía su Dios un modo de purificar a las almas, estando todavía en carne mortal, semejante al de la otra vida — como dije — del santo Purgatorio, la suele el Señor visitar en espíritu algunas veces y de distinto modo que las pasadas.

En las cuales visitas no se descubre el Señor tan claro como después en la divina unión. Que debe de ser la causa de que le falta al alma todavía el pasar por la purgación, que no sé si llaman pasiva los señores letrados, y, porque no está hecha la dicha purgación, tampoco está dispuesta el alma para que su Esposo divino se le muestre, como dicen, al descubierto conforme se compadece con esta condición de vida. Y, así, parece que estas visitas que su Majestad hace al alma, aunque todavía algunas de ellas son de como andaba por el mundo entre los hombres, unas en figura corporal, que como se ha dicho caen en la imaginación, pero, lo más ordinario en esta vía unitiva son Visiones intelectuales sin figura alguna corpórea.

Pero esto se entiende que son acerca de Dios. Y el alma no sé por qué manera conoce que es el Espíritu de su divino Esposo [el] que se le pone presente intelectualmente. Y, así, entiende que está allí; sin verla — como digo — en figura alguna. Pero le parece al alma que está como por detrás de un velo no tan claro como ella desea; y por eso digo yo que es la causa de no poderle percibir más, el que no están purgadas del todo estas dos partes del alma, [así] sensitiva como espiritual, para el fin que ella desea, que es el llegarse a su divino Esposo.

Porque siente no sé qué ansias de su amor, que pare-

ce la están pegando fuego dulce al corazón sensitivo; aunque penoso al mismo tiempo, porque no halla a su parecer lo que desea encontrar para satisfacer aquel amor dulce por otro lado. Que siente que son como unas saetas mezcladas de gozo y pena, al mismo tiempo. Y mucho más penetrantes, si el señor la habla alguna palabra. Que como son como obras sus divinas palabras, deja así mismo la obra hecha con la palabra.¹

Esta obra es de infundir en el alma un amor intensísimo a su Amado, porque la hirió podemos decir sin sanarle la llaga o herida que le hizo con la palabra. Que todas las de Dios vienen llenas de fuego de su amor divino. Y lo prenden en el alma, para que con él le ame; porque sólo con el amor de El Mismo le puede el alma verdaderamente amar. Porque sólo El es digno de amarle con su mismo Amor. El que, como digo, comunica al alma su esposa, para que con El le ame. Que es más conforme a Dios el amor que del mismo Dios sale. Que el de las criaturas no puede ser correspondiente para amar a su Criador y un Bien sobre todo bien. Y un amor, sobre todo amor, no puede ser correspondido de otro amor menos que el mismo amor que de su mismo amor nace. Y, así, previene al alma esposa suya, comunicándole su Amor, para que le ame con El. Y al mismo tiempo la deja herida de más amor. Pero sin remedio para curar la llaga, hasta que el mismo Señor se sirva; pues cada día la va el amor haciendo más grande en su esposa.

Y ése es el efecto que hacen y dejan en el alma las visitas del Esposo. Porque hasta llegar aquí el alma, no parece que amó a su divino Dueño y Señor, sino con su limitado amor. Y, aunque fuese por el amor de El el buscarle, y consiguientemente el servirle y el ejercitarse en las virtudes, que quedan dichas (ya se ve que del amor de Dios hacia su obrar y buenos deseos de no desagradar en nada a su Señor), pero también con eso iba mezclado el amor de ella misma. Pero, después que el Amado empieza a herirla con el fuego de su divino

1 Cf. la doctrina de los dos Santos Reformadores del Carmen sobre las palabras substanciales: *Sub.*, l. 2, c. 26, 4; *ibíd.*, l. 2, c. 30, 4; *ibíd.*, l. 2, c. 3, 1, 2; *Moradas*, VI, c. 3, ns. 5, 6, 7, 9.

Amor, ya es todo el amor con que le ama y desea de Dios mismo.

Ya esto es como una preparación para la purgación que la espera. Y son como principios de la misma purgación de su espíritu. Que va el amor poco a poco, y en algunas almas muy depriosa, abriendo puerta para que entre el alma en ella. Porque, creciendo el amor de Dios en ella, crece así mismo el hambre del que la hiere sin sanarla. Y, así, cuanto más la hiere, más hambre se le aumentará. Y, así, el amor es parte principal de la dicha purgación. Porque padece el alma intolerable pena de verse crecer en el amor y no poder satisfacer la sed y hambre que la causa el mismo amor.

Hay en esto su más y su menos. Y tanto que decir de este amor que Dios infunde en el alma con su divina visitación (aunque no se descubre — como he dicho — al alma sino que entiende que está allí, que lo conoce por los efectos de este amor con que la deja abrasada), que tuviera muchísimo tiempo que detenerme, y no puede con tanto mi poca salud y flaca cabeza.

Y, así, de lo mucho que en esto le pasa al alma en este estado, cuando el Señor la comunica este amor (que ya es todo sobre su modo de entender, porque no lo atrae el alma a sí por los discursos de su entendimiento, sino que el Señor mismo lo pega en la voluntad), diré poco. Porque también será conforme al grado de contemplación y unión a que la quiera subir en esta vida.

Que así como las almas en la otra no gozan de iguales grados de gloria, que será según los méritos de cada una y según el grado de perfección y virtud que tuvieron y llegaron en ésta, así acá en su proporción será el alma herida, labrada y purificada del amor, o con el que la diese su divino Esposo para el grado de unión del mismo amor pacífico y gozo en el Espíritu de El mismo que así la hiere ya sea algunas veces por Sí Mismo, y otras, por medio de algún Angel; que sin ver nada — como he dicho — siente que la están abrasando en el amor de su divino Esposo. Aunque cuando es levantada sobre sí misma, digo que le parece la suspende el Señor las potencias de esta parte sensitiva, a lo superior del espíritu, le parece que es el mismo Señor, el que así la suspende, para que sin pensar en cosa limitada se emplee en el

sumo Bien que a su entender se le pone presente, no tan descubiertamente, como he dicho.

Y, así, por eso le llamo yo a este género de suspensión, que son como unas vistas o visitas del Amado, como escondido. Que debe ser esto como lo que dice nuestra Santa Madre Teresa. Que aunque no ve nada el alma en este modo de ver a oscuras al Señor (que no le ve como otras veces en alguna figura de su santa Humanidad), pero que conoce no sé por qué manera que es el Hijo de la Virgen Santísima el que está no sé si dice allí o a su lado.

Que ya dije que, aunque me acuerde de alguna cosa para poderme dar algo a entender de lo que he leído en mis Santos Padres, no lo tengo tan presente en la memoria. Y, así, puede ser diga una cosa por otra. Porque jamás me valgo de leer actualmente una sola palabra en ningún libro para que me sirva de luz de poderme dar a entender. Y, así, va ello tan confusamente explicado con la corteza de mi mucha rudeza. Que Dios reciba mi buen deseo ya que no me ha dado otra mejor explicación.

Y si es servido dejarme un poco de más luz para proseguir en esta obra, hágalo su Majestad, como puede. Que si no, será mucho más imposible decir con algún acierto lo que se sigue, dejando por ahora este género de visitas o conocimiento del divino Esposo, de cuando suspende las potencias o la parte superior para que el alma se emplee en amarle en fuerza del conocimiento de que está presente el Amado, aunque no le ve. Que acaso será esta visita, intelectualmente entendiendo, que está a su lado el Hijo de Dios, como su Madre Santísima en espíritu. Que por eso dice el alma que no le ve.

Esto querrá decir que no le ve con los ojos de la imaginación; porque no se le representa en figura corporal como otras muchas veces lo suele hacer el Señor, como está dicho en otra parte. Las que puede decir mejor por caer dichas Visiones de Cristo nuestro Señor en sentido más bajo y acomodado a nuestra flaqueza y corto modo de entendernos las pobres mujeres en estas cosas. Que siempre vamos buscando lo que cae en el sentido de la imaginación, como cosas más palpables a nuestra corta inteligencia. Pero no entendemos mucho de lo

que llaman intelectual, como tampoco de las Visiones así mismo intelectuales. Esto es, que como la potencia de nuestro entendimiento es espiritual — como dije — también recibe en sí la Visión o locución espiritual así mismo desnuda de accidentes corpóreos, y así ve, oye, entiende a un mismo tiempo lo que espiritualmente se le pone presente, sin ver nada con los ojos de la imaginación, y también conoce no sé por qué manera los objetos u objeto que se le pone presente. Aunque — como dije — no sea tan al descubierto como después de la purgación.

Porque su Majestad es de tal condición, que aunque puede regalar o hacer algún favor (no digo yo uno sino muchos) a la esposa por medio de algún Angel, aunque sea de los más subidos que llaman Serafines; y digo más, por medio de su Santísima Madre que es el más alto Serafín que arde en el amor de su precioso Hijo, no deja de darle a entender que dichos favores todos vienen de su parte. Y mucho más gusta de que conozca el alma cuándo — como dicen — de su mano pasa inmediatamente a la suya.

Y, así, lo conoce el alma, porque gusta de ello el Esposo, para que más le agradezca el favor sin ya enviárselo, como he dicho en otra parte, acerca de sus noticias. Las que le enviaba por los mensajeros que son por las criaturas. Y ahora vamos a ver cómo la dispone el Esposo, para hacérselas mayores por Sí Mismo y no por vía de mensajeros.

Y conocerá entonces a su Esposo divino más a lo descubierto en el cielo de su alma. Para cuyo fin empieza a labrarla con el instrumento más fino, que es su misma Mano divina, que siendo tan suave y blanda para sus amigos, le parecerá al alma en dicha purgación, rigurosa y pesadísima para ella. Que sea el Señor alabado por todo lo que sabe para mayor bien de la misma alma. Amén. Amén.

[CAPITULO 21]

[EXPLICA LA PURGACIÓN Y CRISOL TERRIBLE EN QUE DIOS ENTRA AL ALMA ANTES DE CELEBRAR CON ELLA EL DESPOSORIO ESPIRITUAL EN GRADO MÁΣ ELEVADO DE DIVINA UNIÓN]

No hay cosa que más martirice a un alma que el amor mismo que va creciendo de Dios en ella, como empecé a decir y lo dejé, para volver a él aquí.¹

Y así me parece que este amor divino es el que empieza en el alma esposa suya a descubrir los senos profundos de sus potencias. Y cuanto más crece la ausencia de su lleno, que es el Esposo, más profundo vacío va sintiendo el alma en sí. Y con eso, cuanto más se va acercando a Dios por el amor que ya le tiene, más le parece se le va retirando el objeto de su amor y se aleja del alma. Porque como crece el amor y ése es como fuego abrasador, crece así mismo la sed y el hambre de él.

Que parece esta enfermedad de amor de Dios a la de los hidrónicos: que por más y más que beban, siempre están deseando beber más; porque tienen allá dentro de sí la causa de su sed y nunca se satisfacen.

Pues así esta calentura del amor divino, que ya pegó el Amado en la voluntad de la esposa, es de tanta actividad que la consume y parece la disuelve toda. Porque no puede vivir mucho, si el Señor no la fortalece, para pasar mucho tiempo sin recibir en sí lo que ella tanto apetece, que es su Dios.

Pero todavía falta mucho que hacer en sus potencias, aunque el Señor lo puede hacer todo en menos que en un punto. Pero como esta obra aquí es de labrar y purificar las dos partes del hombre, espiritual y sensitiva de todo punto, hasta que la deje como un espejo cristalino,

1 Este capítulo y el siguiente son un resumen muy bien trazado de la noche del espíritu de San Juan de la Cruz (cf. *Noche*, l. 2.º; *Llama*, c. 1, n. 18 y sigs.; *ibíd.* c. 2, n. 23 y sigs.; *ibíd.*, c. 3, n. 25; *Moradas*, VI, c. 1, n. 3 y sigs.) tal como la había vivido la Madre.

limpio de todos los vapores, que ya no sé decirlos por otros nombres, que se le pegaron de la herencia de la mala culpa, que son sus efectos, también ha de consumir todo su modo natural de obrar sus naturales hábitos y modos de entender bajos, para que después entienda y obre a lo divino. Y, por mejor decir, para que el Señor pueda obrar en ella operación divina, de suerte la ha de purificar, que pueda imprimir su forma y divina Sabiduría en el dicho espejo del alma: que ha de quedar sin ninguna nota, claro y resplandeciente, para, como digo, poder recibir el divino rayo del divino Sol, que es el Hijo de Dios eterno.²

Y, como en carne mortal no se puede hacer tal purificación de una vez, va el Señor repartiendo dicha obra. En algunas almas en diferentes veces lo hará.

Pero a mí me parece que si el alma ha pasado por el crisol de otros muchos trabajos y sequedades de su espíritu, como por muchas enfermedades y tentaciones del enemigo. Y si las sufrió, llevándolas con paciencia, como otros trabajos de penas, pesadumbres, persecuciones de las criaturas, testimonios falsos en punto de crédito y honra, con otras acusaciones a los Superiores y cosas con que perdió con ellos el buen crédito que tenía, pérdida de haciendas, malas nuevas de sus familias, sustos y cuidados, desconsuelos interiores, persecución de los buenos, desaprobación de los doctos y Padres espirituales que tratan su espíritu, teniéndolo por cosa del diablo, mortificaciones y humillaciones públicas de poco gusto para el natural que siempre es amigo de que le honren, aspereza de vida, penitencias y ayunos, pobreza voluntaria, obediencia ciega a los que gobiernan su espíritu, privación aun de lo lícito de que pudiera usar, pasar por palabras y hechos ofensivos contra su persona, puesto y estado, por todo lo cual se le pudo seguir acaso el que le quitaran la vida con descrédito de su fama y buen nombre, muerte de padres, amigos y parientes, y hasta los hijos más queridos, si es sujeto del estado del siglo. Y, por último, quedó dicha alma desamparada de todas las cosas de esta vida y pendiente de sólo su Dios.

² Cf. S. Juan de la Cruz, *Cántico*, c. 26, n. 17; *Llama*, 3. 3, 34; *ibíd.*, c. 3, 46, 47.

Todas estas dichas cosas, sufridas y llevadas por su amor, y no ofendiéndole con el motivo de dichas cosas, antes bien las llevó bien y con la conformidad debida, son todo crisoles. Y sirven en gran manera de acrisolar y acendrar el espíritu del alma que va en seguimiento de su Esposo Crucificado. Y, así, ella se va también crucificando por El y muriendo al mundo, que está metido en esta parte sensitiva de nuestra alma.

Y, así, careciendo de todo lo que el mundo le puede ofrecer, por su Dios como también de grado, procura el alma no sólo llevar con paciencia todos los contrastes y contratiempos dichos que el Señor la fía, sino que desprecia sus honras, vanidades y puestos altos que el dicho mundo le puede o quiere ofrecer, y de camino huye el cuerpo a todo el oropel de la vanidad y alabanza del mundo. No atiende a los clamores y llantos de los suyos por la falta que le hace ella a ellos. Y lo mismo hace con los demás amigos. Y se retira de todos a tratar con sólo Dios a una santa Religión u a otra parte solitaria, con valor, dejando a sus perseguidores, que son los demonios, burlados; porque se fue escapando de sus manos con la sagacidad que el mismo Señor la ha enseñado. Y se queda sola y en soledad, para entenderse con su divino Esposo, sin tener ya más voluntad que la suya.

Si el alma pasó por dichas cosas y contrastes, parece que no habrá mucho que purgar en ella. Porque todo ya lo llevó y dejó por su Amado.

Y parece que no estando su corazón pegado a cosa alguna de la vida, y aun por su amor renunció todo lo lícito de que podía usar en servicio del Señor, sin ser contra su voluntad divina, ¿no se dirá que esta alma está dispuesta para que su Dios la llene de Sí Mismo? Pues ya está en vacío la parte sensitiva del espíritu, porque la desocupó de todas las cosas que la podían embarazar para que su espíritu pudiese obrar con libertad sin los dichos tirantes que residían en la parte inferior, con que el pobre espíritu estaba como agobiado y sin poder volar a la esfera de su Dios y Señor.

Pues ahora, ánima mía, que tu divino Esposo te dio tanta gracia para que con su ayuda desocupases la casa, donde todo un mundo se recogía antes de tu conversión a mejor vida. ¿Qué es lo que te impide para que no

puedas dar una vista al divino Sol de tus amores, aunque no puedas darla en esta vida como en la otra? ¿No estás desprendida y suelta de los objetos de esta casa inferior, que eran los que te detenían el vuelo, para no poder subir a tu Criador? ¿No los echaste todos fuera con los azotes pasados, que son los que acabo de decir y otros semejantes? Pues, ¿no te acuerdas de los azotes o latigazos que dio tu divino Esposo a los cambiadores del templo de Jerusalén, que no paró hasta que los echó fuera, porque profanaban el Templo de su celestial Padre, para que quedase limpio y libre para los santos sacrificios y víctimas que se ofrecían en él al mismo Dios? ³

Pues este mismo, ¿no es el que echó fuera del templo de tu alma los objetos que la profanaban, con estar divertida con los malos cambios, y descambios del amor de los tratos y contratos de cosas de mundo y tu amor propio? Pues, una vez que ya el Señor los echó fuera, pasmada estoy de ver que todavía no estás dispuesta para que tu Dios te lleve de vuelo, y te entre en el "*Sancta Sanctorum*" de su divina unión, donde le ofrezcas enteramente todo el templo de tu alma, para que El se haga Señor de ella, la gobierne y la rija como absoluto Dueño. Y será el holocausto que le puedes ofrecer más de su gusto y agrado, con darte toda a El, para que el Amado se dé al alma todo. La falta no sé qué que no sabré decir.

Aunque sea alma que haya pasado por los trabajos dichos y haya renunciado todas las cosas que cabían en la parte sensitiva y todos sus apetitos mayores y menores, con lo demás que la podían estorbar para la divina unión de amor con su divino Esposo, con todo no sé qué tiene allá dentro, que ella misma no conoce que la impide la dicha unión.

Y, así mismo, el que la bañe aquel Sol divino con sus rayos y dulcísimo, como también amabilísimo, purísimo y divinísimo, amorosísimo y todas las cosas para el alma, que debe ser la causa de no sentir en sí la dulzura del Amado en esta contemplación.

En este estado de purgación, en que Dios la ha

³ Mt., 21, 12-14; Mc., 11, 15-18.

metido por vía del amor que dije, es aquí la principal parte de este espiritual negocio y abridor de los profundos senos de las potencias con toda la armonía del alma, sensitiva y espiritual, y me parece a mí que como todos los trabajos que pudo antes padecer el alma ayudada mucho de la divina gracia de su celestial Esposo, con ser de harto tomo para la flaqueza de nuestro pobre natura, todavía no son dignos de merecer por ellos tan alto y soberano favor del Esposo como es la divina unión y Desposorio espiritual de su amor. A cuyo fin la inclina el mismo amor que la ha ido y va comunicando cada día con más intensión en medio de la dicha contemplación, que para ella es árida y seca, siendo la causa el amor. Que, como dije, es el que consume y abrasa el alma de suerte que la deja en los huesos. Que es esta calentura mucho peor que la de los éticos. Que aquéllos presto los acaba la vida y acaban así mismo con su pena. Pero este amor no acaba de matar el corazón donde arde, que es lo que el alma desea para gozar con libertad del Amado que se lo causa. Y, así, en vez de satisfacerla con quitarle la vida, que para el alma le fuera más dulce el morir, se la prolonga más y con duplicado morir, viviendo.

Y, así, con toda la desnudez y despojo del alma tocante a las cosas del mundo, con toda la renuncia de sus haberes y cosas que la podían ocupar su corazón para Dios, no se contenta su Majestad, con que haya pasado el alma por tantos crisoles y contrastes de viva mortificación.

Que, aunque todo sirve para purgar al alma de todos los malos efectos de la culpa vieja y sus hábitos imperfectos y modos de obrar, así interiormente como exteriormente, no equivalen a la labor que el mismo Dios hace en el alma por Sí Mismo en esta sutil purgación sin medio de nadie. Que sólo El es el actor de esta obra. Y sin ruido de martillos labra la fábrica de este templo del alma de tal suerte, que sólo El sabe cómo lo hace. Que no habrá entendimiento humano que alcance a comprender cómo obra el Señor en esta morada suya. Que por más que sepa y estudie el mayor letrado si no pasa por ello, se quedará en ayunas. Y, aunque pase el alma por la experiencia, me parece que tampoco lo sabrá

decir; sino que se queda como atónita, suspensa y pasmada, de ver los profundos secretos y saber de Dios. Y también que pueda este Señor hacer tal labor en el alma que todavía está metida en su carne mortal. Sea por toda su Sabiduría alabado. Amén.

Pasan por el alma tales cosas, que la menor de ellas le es imposible explicar. Porque, como ésta es obra de puro espíritu, no lo alcanza la inteligencia del mismo entendimiento; y menos la lengua para decirlo; y con especialidad las que no hemos estudiado. Porque no sabe el alma, como la mía ignorante, de qué echar mano para darme algo a entender; para que vea la que esto leyere, lo que es menester padecer para llegar a la divina unión de amor de su divino Esposo que ella tanto desea.

Estando ya por la Misericordia de Dios tan adelantada que todos sus enemigos los deja ya muy a trasmano y se va escapando de su vista; y más es que no les dan ya entrada en esta morada. Porque sólo Dios y el alma están solos, a mi ver; porque como la obra y esmaltes que aquí la va poniendo el Artífice soberano (y al mismo tiempo la labra y purga también) es toda obra de su mano, pues como es obra para el mismo Dios que ha de habitar en ella, no cabe que otro alguno se la vea hacer ni lo sabe a mi ver el mismo enemigo.

Y, así, aquí están cerradas todas las puertas y ventanas, por donde antes podía entrar el adversario a ver lo que pasaba dentro del alma y tentarla contra la labor que su entendimiento y voluntad hacía, ayudados de su divino Esposo, en el estado pasado. Que era obra activa del mismo entendimiento, donde él también podía suscitar sus especies, entre las buenas y [entre las] luces que recibía el alma de su Dios para gobernar sus movimientos y operaciones por ellas. Pero aquí no puede entrar a mi corto entender. Porque como el Señor de esta obra lleva también el fin de purgar las potencias de sus modos naturales de obrar, comprender, conocer y sentir bajamente de las cosas altas de su divino Esposo de las que el entendimiento por no estar purgado para poderlas ver, no hace el juicio que corresponde a las dichas cosas.

Y para que sepa que son mucho más infinito más altas y profundas en su origen, que todo cuanto puede él naturalmente y sobrenaturalmente entender. Y, así, le

purga aquí el Señor de todos sus entenderes y aprehensiones y lo deja a oscuras sin un sólo resquicio de luz [así] de arriba como de abajo, y metido como en una *nube de tenebrosa agua*⁴ tan por todas partes negra para él y el sentido, que le parece no se alcanza su fin con la vista, ni se sabe qué es aquello que ve sin ver nada por ventana alguna del sentido. Porque todas para el alma, por donde le podía entrar alguna luz de especie o imagen perceptible, están para su sentir cerradas con candados de un fuerte bronce.

Y, así, sólo se siente toda como desamparada de Dios, de los Angeles y de todo lo criado, que nadie la hace compañía en aquel inmenso desierto. Toda y cada parte del alma parece que la están desmenuzando, sin ver instrumento alguno, ni la mano que hace aquella labor en ella. Y lo peor de esta soledad, en que el Señor la tiene metida, es que la parece que *la ha cerrado todos sus caminos*,⁵ que jamás ha de volver a verlos, para poder andar por ellos como antes, para caminar y buscar por ellos a su Dios.

Estos caminos, que el alma aquí siente que se le han cerrado, son — a mi ver — los discursos y modo de obrar de su entendimiento, que como después ha de obrar a lo divino, o por mejor decir ha de obrar Dios en ello, la va — como dicen — desnudando de todas las ropas de su natural modo de vestirse.

Y como ve que no la dejan cosa suya para entenderse como antes con sus modos comunes de componerse, lo siente en extremo; porque ignora el fin para que se hace aquella desnudez de su espíritu. Que se puede decir con verdad, que aquella desnudez es la más alta y perfecta pobreza de espíritu con que la deja el Señor para que pueda ser de ella el Reino de los cielos. A cuyo fin la lleva su divino Esposo por esta puerta angosta.⁶ Que lo es tanto para el alma en este estado de aniquilación, que es menester se adelgace tanto como y menos que un cabello para poder salir a la anchura de su libertad verdadera, que es su Dios.

4 Ps., 17, 12.

5 Thren., 3, 9.

6 Mt., 7, 14.

El que la parece le tiene contra sí,⁷ pues la trata con tanto rigor por lo mismo que le ama tanto, que ya no tenía en su corazón otro amor más que el suyo.

Y que este amor se le ha vuelto cruel y enojoso. Porque aunque está metida el alma en aquella profunda soledad, que le parece es para ella un abismo sin suelo por todas partes que lo mire, y así mismo más oscuro que las noches más horrendas y tenebrosas, que por ninguna puerta ni postigo de los sentidos le entra la menor luz para hacer acto reflejo alguno, está sintiendo por otra parte un fuego de amor, sin atraerlo por la inquisición del entendimiento, que se siente abrasar toda en el amor y deseo de su Dios. El que a su parecer está como vueltas las espaldas para ella, que no le puede dar una pequeña ojeada. Y como el amor que la están pegando en la voluntad sin ver quién se lo pega, es tan intenso por el que está como ausente, este divino fuego la causa una hambre de su Dios tan grande, que no hay en cielo ni tierra cosa con que llenar el vacío tan inmenso que siente en sí.

En las dos partes del alma siente este dicho vacío a un tiempo. Que es peor esta hambre, que Dios permite o hace que algunas almas pasen por este crisol y fuego de su amor, que todas las enfermedades juntas que se pueden padecer, estando acá en nuestros sentidos. Que la que llaman hambre canina no tiene que ver con esta hambre espiritual que infunde el Señor en esta purgación. Que yo la llamo de fuego porque quita todo el ollín que estaba pegado, después de haber quitado todas las cortezas o escorias más gruesas que estaban sobre este diamante del alma con el ejercicio de las potencias y aplicación de sus actos y también de las virtudes, que fue el alma adquiriendo juntamente con las que su Amado le comunicó infusamente en los estados de Oración de quietud y Contemplación de fe.

Aunque no haya el alma ignorante y sin letras durado mucho en ella, por no saber — como he dicho — el cuánto o cómo querría su divino Esposo, dejase ya de cuidar de su propio ganado, que eran sus propios discursos, aprensiones y sentires de las cosas que él percibía.

7 Job., 7, 20.

Aunque fuesen sobrenaturales: como Visiones, Revelaciones corpóreas e intelectuales, por vía de especies y luces distintas, haciendo distintos y diversos conceptos y juicio de ellas y de cada una, según la representación de los objetos que se le ponían delante, para fin de poder ir caminando a Dios por dichas noticias particulares y distintas. Todas dichas cosas, como son menos que el Ser de Dios, se las quita el mismo Dios de delante de la vista de su entendimiento. El que no ve nada, nada, en sí.

Y, como dicha potencia carece de todos los objetos de arriba y de abajo, los que le servían antes para su propia operación y guía así espiritual como natural, padece lo que no se puede explicar aunque fuera — como he dicho — el más sabio del mundo. Porque no parece sino un continuo agonizar del alma. La que nunca — a su parecer — se acaba de morir ni le parece se han de acabar aquellos trabajos para ella.

La voluntad está de tal manera vacía, que parece tiene o siente en sí una concavidad y profundo hueco o seno, que no tiene fin. De suerte que es cierto que nuestra alma fue criada de su Criador, Dios.

Pero como la crió para que su ser criado jamás se deshaga (pues nos dice la fe que durará eternamente con Dios), y este Dios, como es eterno e infinito, que la ha de henchir de Sí así este profundo seno y caverna que va a esta divina purgación descubriendo en ella, le parece y lo mira la misma alma como cosa y seno infinito. Porque es, así mismo, infinito el que la ha de llenar de su gloria infinita.

Este vacío que siente en sí la voluntad, es así mismo indecible; porque la pobre, como carece de las luces de su entendimiento, que está el pobrecillo metido en una cárcel oscurísima, para poder percibir luz alguna de abajo y de arriba, no tiene que dar a la voluntad noticia chica ni grande de cosa alguna, para que ella se pueda sustentar con sus propios actos; y así le sucede lo mismo a la memoria. Porque estando el entendimiento a oscuras y como colgado en el aire, sin tener de qué asirse, para poderse valer de alguna especie, para poder administrársela y recordar a la memoria, pues dependen estas potencias unas de otras, careciendo el entendimiento de

luces, carecen todas las demás de ejercitarse en sus propios actos, como antes, y todas padecen.

Paréceme a mí que no sólo Dios purga aquí al alma en cuanto a todo lo que podía haber quedado en la parte sensitiva (como se ha dicho, aunque porque no me puedo detener no divido estas dos partes, quiero decir, todas las cosas que se sienten en cada una de ellas con distinción de partes), porque además que me detuviera mucho, tampoco es para mí la dicha distinción de partes. Que no lo sé decir sino así todo junto. Aunque el Señor por la flaqueza del alma haga estas dos purgaciones últimas en dos tiempos y ocasiones.

Como yo sé de una cierta alma que Dios la puso en esta contemplación purgativa de que voy hablando en dos veces. Aunque cuando la ordenaron que la escribiera con lo demás que había pasado por su alma, le pareció a ella que no la supo decir como lo sentía. Porque, aunque pasen estas cosas por ella, no se pueden explicar con la lengua. Que es otro don especial de Dios para almas que no tienen letras para poder explicarse en cosas que exceden su corto talento. Y aún quiera Dios que el estudio humano del hombre baste, aunque sepa mucho, si no pasa por ello juntamente. Que de ese modo fuéranle de grandísimo consuelo las letras para explicar lo que por su alma pasaba; y, como decía la dicha alma que yo conocí que no tenía letras, y así no supo más distinguir de estos trabajos. Que los padeció por espacio de cuarenta días en cada una de las dos veces. Y que se sentía morir de hambre por su Dios, que la había desamparado con otras cosas, que ella a su modo pudo entonces explicar.

Y, porque yo acaso sabré menos, las voy diciendo aquí a mi modo todo junto. Que, por último, ha de salir toda la obra que hace Dios en el alma y partes de ella, así espiritual como sensitiva, hecha y consumada al cabo que llevo en esta materia. Lo que propuse al principio de que diría todo junto lo que nuestro Señor me diese a entender sin distinción de grados en cada estado de los tres que tomé por idea de estos mis pobres discursos y explicación y deseo de obedecer al que está en lugar de Dios.

Y, así, hablo a un mismo tiempo de estas dos purga-

ciones: [tanto] de la espiritual como sensitiva del alma. Que todavía por mi rudeza y poco saber no está acabada de explicar; aunque tendrá paciencia el que la leyese. Que por más y más que se diga de esta obra maravillosa de la mano de Dios y Criador del alma, es mucho menos lo que se puede decir de ella. Que sea tal Artífice por todas sus divinas obras conocido y honrado de todas las criaturas. Amén.

[CAPITULO 22]

[PROSIGUE LA MISMA MATERIA PRECAVIENDO UNA DUDA Y DECLARANDO MÁS POR MENUDO EL MODO CON QUE HACE DIOS ESTA PURIFICACIÓN Y DESNUDEZ EN EL ALMA. CONTIENE MUY SUBIDA DOCTRINA]

DE todas las cosas que pueden caer en el entendimiento y demás potencias [así] espirituales como sensitivas, la purga y desnuda aquella divina influencia, que parece está metida toda el alma en otra región de las que pueden caer en el sentido, para poder el alma usar de sus actos y acciones. Y éstas son las últimas telas, aunque buenas y de buenos objetos, para gobernarse la criatura racional por ellos según su razón.

Y, así, parece que la razón aquí se sujeta a Dios. Porque en este estado no se puede gobernar por luz de razón natural, sino por luz sobrenatural, que es estar sujeta a lo que Dios quiere hacer con el alma como aquí lo está, y como dicen atada de pies y manos. Pero acaso habrá la dificultad de decir que Dios no quita al hombre lo que una vez le dio que es la razón y su libre albedrío.

Se ha de entender que, aunque eso sea verdad que no se lo quita el Señor al alma, pues es la mejor joya que le dio para merecer mucho con aplicarse a lo bueno, que debe seguir si quiere. Y si no quiere ir por buen camino para su salvación, está también en su libertad el seguir camino de perdición.

Y, así, esta alma de que se habla aquí, se resolvió

de todo punto a seguir el camino de su salvación; pues se prueba por su conversión a Dios; e hizo el ánimo de seguirle en toda su carrera de la vida que vimos hasta aquí; y llegó a tanto, que el Señor la fue penetrando el corazón con las saetas de su amor; y le dio ánimo para entregarle del todo su corazón. Juntamente le entregó toda su libertad y libre albedrío de grado y no por fuerza, que no gusta Dios de cosas violentas y no fuerza a nadie.

Juntamente le entregó la razón y todas sus potencias y sentidos, no sólo una vez sino muchas, para que como Señor y Criador de ellas obrara en ellas todo lo que gustase y las gobernara como cosa suya. Que ella de todo punto se dejaba en sus manos, que no tenía ni quería usar más de su razón y libre albedrío, [sino] el cumplir su santísima voluntad en todo. Y, así, toda y de todo punto se daba a El sin dejar cosa para ella misma.

Esta dicha entrega y concierto hizo el alma esposa con su divino Esposo, antes de entrarla en esta purgación del espíritu. Y, así, la tomó su esposo la palabra, aunque ella sencillamente lo hizo; pero con la reflexión de que entregándose toda y en todo a su Esposo divino, le daría todo gusto y sería su total remedio, para que la curase la enfermedad, que antes de estos trabajos sentía. Que era la calentura de su mismo amor. Que ya había tiempo que padecía algunos deliquios del amor divino; y, aunque Dios no fuerza al alma para que le entregue toda su libertad y modos naturales de proceder, como desea tanto llegarnos a Sí, parece que su amor mismo nos provoca a seguirle por el olor de sus unguentos, como oí decir que lo dice la Esposa en los Cánticos misteriosos de Salomón.¹

Y sea lo que se fuese, ello es así. Porque el amor divino lleva tras sí a la Esposa corriendo. Que parece como la piedra-imán que atrae a sí, no sé si dicen, al acero. ¡Lástima es y mucha lástima el carecer de noticias para explicar algo estas cosas místicas! Y, así, es preciso haga el Señor toda la costa en mi ruda lengua, si es que ha de servir de algún provecho para las almas de

1 Cant., 1, 3.

vosotras, Hijas mías, que ése es el intento a que se dirige este corto Tratado como dije al principio.

Pues una vez que el alma se entregó toda en manos de su divino Esposo, ya no es suya ni tiene parte en la donación que hizo de todos sus haberes y bienes. Que son del que los recibe, y puede hacer lo que quisiese de ellos. Porque no se los han entregado debajo de condición alguna, sino absolutamente, para que disponga de ellos a su gusto y voluntad.

Y, así, ya es el alma toda de Dios: su libre albedrío y razón por donde ella se gobernaba y entendía en sus operaciones [así] acerca de lo natural como [de lo] sobrenatural de recibir, entender y obrar. Y, así, después de hecho ese sacrificio a Dios el alma le dirá [el Señor]: “Esposa mía, supuesto que ya no eres tuya sino mía, Yo quiero hacer en lo que ya es mío lo que Yo quisiese y no te quito ni llevo nada contra tu gusto; y, así, quiero Yo labrar de mi mano tu alma y potencias, para que del todo queden limpias y purificadas, resplandecientes y cristalinas, para que se pueda mirar mi divino rostro en el conjunto de esa alma que me has entregado. Y, así, Yo he de ser el que purifique este espejo, que no ha de quedar en él una mota de los hábitos imperfectos del modo de obrar según tu razón, la que también me has entregado. Y para Yo poder obrar con la mía, toda la tuya he de echar fuera. Porque Yo y mi modo de obrar, es sobre toda tu razón, conocer y entender. Y, así, ten paciencia por un poco, que mientras que Yo hago la dicha labor has de estar tú misma a ciegas, porque no se puede hacer si no te pongo una venda en el ojo de tu entendimiento, de suerte que no veas nada para divertir a la voluntad. La que quiero me espere en vacío de todas las cosas criadas de arriba y de abajo.

Y, así mismo, tu memoria no se acordará de cosa alguna más que de Mí y de la falta que le hago. Y, así, todas tres potencias me han de aguardar en vacío; que después las mostraré mi rostro lleno de gozo y divinos deleites.

Y vendrá un río de paz sobre ellas, y sobre la misma sustancia del alma. Y, así, verás el primor de la obra que Yo voy haciendo. Que tendrás otra mejor vista en tu entendimiento para verla y entonces dirás que Yo

soy tu Dios: benigno, afable y amorosísimo, como dulcísimo para ti. Y te harás cargo de que no te he sido cruel en ponerte en esa purgación, que tú tanto sientes; pues es preciso despojarse de todos tus vestidos viejos, para adornarte de los míos, que son sobradamente preciosos.

Y entonces te meteré en mi tabernáculo, donde celebraremos nuestro Desposorio en puro espíritu, cuando yo te tenga adornada y ataviada con las joyas de mis divinos dones, porque son sobremanera llenos de gracia y amor. Y, teniéndome a Mí ya por tuyo, todo lo tendrás. Y no echarás [de] menos nada de lo que antes tenías. Ni volverás atrás de tu ganado de discursos y aprensiones, ni de cosa alguna. Porque Yo lo consumiré todo en esta fragua donde te he entrado. Que no habrás en tu vida pensado tal cosa de este secreto; que si no lo hice antes, fue porque tú no acababas de dárteme toda; que alguna cosa dejabas reservada para ti, hasta que a poder de mi amor lo has hecho. Y ves que luego puse la mano en mi obra.

Alábame, hija, por todo y mi infinito amor, que es sin tasa para ti y para todos los que me temen y aman de corazón. ¡Cuánto deseo Yo ver un corazón convertido a Mí para comunicarle mis deleites que no conocen! Ruégame por todos; porque no todos quieren venir a Mí por esta puerta angosta.

Ni a todos los que se convierten a mí, los suelo meter en este crisol en vida por mis justos juicios. Que lo más ordinario tienen ellos la culpa; porque aunque no me ofenden en cosas graves, por mi gracia que les asiste, no dejan de caer a cada paso en las leves de lo que no hacen mucho caso. Y, sobre todo, no se renuncian a sí mismos. Y pocas veces se niegan a sus apetitillos y propia voluntad.

Si no sujetan del todo su carne y todas las cosas suyas al espíritu y a la razón, que es lo que ellos deben hacer ayudados de mi gracia, luces y auxilios, que nunca se los dejo de dar como ellos los busquen en mí, ¿cómo han de llegar a sujetar a Mí su razón y libre albedrío, si no hacen aún lo que la razón les dicta por Mí? Que razón tengo Yo para ser servido con toda perfección, y ellos la tienen para abrazar todos mis consejos

de seguir lo más perfecto como está escrito en mi evangelio: "*Sed perfectos por imitar a vuestro divino Maestro.*"²

¡Oh, Hija y alma mía, si ellos hicieran de su parte lo que deben, Yo los metiera en mi Corazón y los entrara en este crisol que tú les vas diciendo, según Yo te lo dicto para que se disponga el alma que gustase de saber cómo es. Que como sea alma determinada para pasar por todos los trabajos pasados, ayudándose de las operaciones de sus potencias, mediante las luces que Yo le comunicare, con [ellas] puede quitar la corteza y escoria gruesa de los defectos personales y habituales. Que es lo que el alma puede hacer con mi ayuda, oración, meditación de mi Vida, Pasión y Muerte y todo lo que está dicho.

Y, como del todo se renuncie a sí y me entregue todo cuanto tiene juntamente con su corazón sin dejar cosa para sí, de mi cuenta queda el labrar sus potencias por más a dentro, donde la habilidad natural del alma no puede alcanzar. Que Yo no la pido más de que haga lo que puede. Que lo demás Yo lo haré, que mi deseo es de no detener a mis siervos y amigos mucho tiempo en el santo Purgatorio de la otra vida. Que, como ellos se dispongan labrando la tierra de su corazón por lo más de encima. Yo la acabaré de desentrañar con otros instrumentos, que no los alcanza el entendimiento para su uso y ejercicio de labrar el diamante que está metido como el oro debajo de la tierra en sus entrañas.

Y, así, para libertar a muchos de mis santos del crisol de la otra vida, y de que pasaran por él y merecer muchos grados de la gloria, que Yo les he ganado por mi Pasión y Muerte, los he metido en el que vas refiriendo, estando el alma todavía metida en la cárcel de su cuerpo, que vale mucho más acá una hora de este remedio del Santo Purgatorio, que después allá muchos años, donde no merecen, porque sólo satisfacen. Y, aquí, al mismo tiempo que satisface el alma, merece; porque ya entregó su libre voluntad a su Dios en un todo; y por dicho sacrificio merece en esta purgación de espíritu. La que estando hecha y como Yo quiero, empezará

el alma aún en esta vida a ver y gozar de las primicias del Reino de su Dios y divino Esposo.

Todas estas cosas no las entiende el alma, estando como he dicho en la purgación de espíritu, sino después que sale de ella. Porque si las entendiera actualmente entonces de su Dios, no fuera su penar tan cruel a su parecer; que, en fin, ya era esto recibir luces su entendimiento y mal viene uno con otro. Porque sobre [lo] que se dice, está por todas partes metida toda el alma como en una tiniebla y noche oscura. Que yo pienso que esto es al modo que nuestro Santo Padre, San Juan de la Cruz, dice en su noche que como santo y docto lo explica de otro modo que yo no alcanzo.

Pero para mi sentir, le pasa al alma que el Señor mete aquí, todo lo que explica el Santo. Y, así, por mi rudeza me remito a él. Que sólo por obedecer he dicho lo que no era para mi ignorancia; y pienso acabar con esto presto con decir que lleva Dios al alma por este desierto solitario hasta llegar a la tierra de promisión.

Y con dicha vista se acaba este morir y agonizar del alma, que no parece otra cosa, y la pobre voluntad como se siente vacía de su sumo Bien, desfallece con ansias de muerte, para ver si le puede hallar con acabar de salir de esta vida mortal. Que ya he dicho siente que se le va abriendo un seno como infinito. Y sólo Dios lo podrá llenar de Sí Mismo y Consigo mismo, pues para su habitación y morada le hace. Y al mismo tiempo la labra y clarifica de todas las cosas criadas, que podían estar y caber en este inmenso seno de la voluntad, que es donde hace más efecto y primor la divina Sabiduría, con esta sobrenatural contemplación y espiritual influencia. Que no sé qué nombre le puede dar. Pues Su Majestad se lo sabe, que sea por todo alabado. Amén.”

Además de los dichos trabajos espirituales [...], se halla la pobre alma en tal extremo de angustias, que se difunden sus efectos por todas las arterias, venas y vasos del pobre cuerpo que es una cosa más para admirar, que para poder decir lo que padece, cuando la purgación es del todo perfecta. Que embiste a carga cerrada, no dejando un solo rinconcillo en estas dos partes interiores del hombre de lo que participa también lo grosero del cuerpo donde está metida el alma.

Y, así, lo ve una que pasó por estas dichas purgaciones: que la parecía que según se hallaba, padecía como *dolores de infierno*; ³ aunque sin ver cosa alguna en su interior, sino sólo como que la estaban despedazando. Y al mismo tiempo veía deshacerse en lo exterior, esto es, de su cuerpo, como que lo ha visto convertido en polvo y hecho ceniza. Y, a su parecer, veía con los ojos del cuerpo esta operación que yo no sé decir; y juntamente andaba esta tal persona que padeció dichas cosas tan sorprendida de ver una cosa tan rara, que sin deshacerse la armazón del cuerpo, veía que se deshacía en polvo.

¡Válgame Dios, lo que en esto pasa y que no se pueda decir cómo es! Que parece, que no anima el alma al cuerpo; ni el cuerpo parece que no se pega a la pobre alma, sino que cada parte anda por su lado padeciendo cada una intolerable hambre. Que no bastan todos los manjares de la tierra, para saciar la que siente el pobre cuerpo y natural; ni todas las cosas espirituales del cielo, para saciar la que padece el alma, fuera del mismo Dios. Que sólo El puede llenar los vacíos, senos y concavidades que siente en la parte superior de las potencias, las que siente estar de todo punto vacías.⁴

Estos son los fondos que Dios descubre de este diamante del alma con la obra tan excelente que va haciendo en ella; que después conoce ella misma el ser puro y espiritual, que su Criador la dio; porque nunca lo llegó a entender hasta que el Señor la despojó de todo lo que se le ha pegado de esta mala tierra, y de la culpa y efectos de ella con que estaba cubierto su ser espiritual y como [...] connaturalizado con ella desde su infancia. Quiero decir todo el homenaje que nos entró por estos sentidos y potencias fuera de Dios. Que aquí ve claro que no la crió para otro fin que para el mismo Dios: para conocerle, amarle y gozar de su eterna gloria, la que consiste en verle a El.

Y, así, para verle ha de dejar de ver, como aquí ve el alma, otra cosa alguna en sí de las que Dios crió. Mucho y muchísimo más es esto de lo que suena esta

³ Ps., 17, 6.

⁴ Cf. *Autobiografía*, caps. 42, 43 y 66, donde habla de la prueba del hambre.

corta explicación. Que [así] la sustancia de ella como su sentido no es para gente ignorante. Y así no se debe tomar esto por lo que suena a la letra, sino por la sustancia de lo que acaso se hallará en la divina Escritura y en los libros santos. Por lo cual, aunque no pasen todos los doctos por la experiencia, si alguno viere ésta mi corta explicación, como tenga letras, no dudo suplirá mi rudeza con hacer juicio de lo que quiero y no puedo decir. Que será entender el sentido de estas cosas, que son obscuras para almas sencillas, que ni tienen letras, ni pasaron todavía por dichas vías extrañas del sentido y alma, que lo cierto es que este camino le es mucho, mucho extraño.

Y porque estaba tan unida con las cosas de la naturaleza, vestida toda ella de su color, siente en extremo el que la quiten el ropaje, que su madre desde su principio le dio.

Y así como si nos quitasen la piel que está tan unida con la carne de nuestros cuerpos, cosa natural sería lo sintiéramos mucho, y no sólo lo sentiríamos, sino que bramariamos de dolores y nos parecería que nos arrancaban el alma y la vida. Pues, así acá, que le parece al alma que la quieren arrancar la vida y aún mucho peor. Porque tenía su vida en sus operaciones y modos de obrar con sus discursos; y toda la habilidad natural por donde se gobernaba en sus acciones acerca de lo de arriba como de lo de abajo.

Y, así, siente en extremo que la quiten el dicho modo de su vivir y gobernarse; porque no sabe ella que dicha desnudez la hace el Esposo, para vestirla a lo divino; y menos conoce que está su divino Esposo tan cerca de ella, que no está menos que dentro de ella misma haciendo dicha desnudez cuando contempla que le tiene muy distante y vueltas las espaldas a sí misma. Que no puede persuadirse sino a que la tiene desamparada y dejada para siempre.

Y en medio de este desamparo, no sé cómo se ve abrasar en ansias de su Dios, que se la secan los huesos y carne de su cuerpo. Pues todo el alimento que toma en la estación de dicha purgación, para ella es como si no lo tomara. Que son en vano todos los remedios naturales que los médicos suelen aplicar, no entendiendo

la enfermedad que padece el sujeto, que Dios pone en este estado.

Y, así, anda dando voces al cielo de lo íntimo de su alma, que si hay en él cosa que la llene el vacío que allá dentro de sí siente, diciendo muchas veces: ¡Ay, que muero de hambre por mi Dios! ¿A dónde le hallaré? Y con esto, otras infinitas exclamaciones hace a su divino Esposo, para que la acuda; si no, que la acabe de matar, porque no puede vivir así.

A la verdad, no haciendo su divino Esposo un milagro continuo con la tal alma, está de suerte que ya lo que vive o la vida que aquí tiene, me parece a mí que es más sobrenatural que natural. Porque carece de todas las cosas naturales que después de Dios la sirven de medios para la conservación de la vida.

Que hasta los cuatro elementos, que Dios crió para la conservación de dicha vida natural, se han vuelto contra ella. Que ni el sol la calienta, ni el fuego aunque meta las manos en él la hace operación natural, ni el agua le apaga la sed, ni siente el aire como antes, aunque respira y le da en su cuerpo, ni lo que come, aunque sea mucho de una vez.

Como le ha sucedido a la tal alma que yo conozco, que no se hartaba. Que sólo le quedaban de su comer cansados los dientes de estar todo el día moliendo pan y otras cosas.⁵ Y se quedaba con la misma hambre y vacío en su estómago. Y otro milagro era el que no la hacía mal, aunque comiese siete libras de pan de una vez; y sé yo que se quedaba tan ligera como si no comiera nada.

Estos excesos y cosas que pasan al natural, no digo yo que los haga nuestro Señor con todas las almas que mete en esta purgación; que como sabe su Majestad tanto tendrá muchos modos y diversos crisoles con que acrisolar a cada una.

Lo que a mí me parece es que el tener y sentir así el alma como el cuerpo tan terrible hambre que no la puede ya soportar en carne mortal y sale su efecto con dar voces al cielo que ella está de tal suerte que no se le da por cosa del mundo. Que perdió toda la memoria

5 Alusión a sí misma. Cf. *Autobiografía*, Trozo 1.º, p. 1.ª, c. 42.

de El y sus cosas, ni hace reflexión si la oye o no sus lamentos a su Dios. Procede de tener todo el vacío del alma y sus potencias desocupadas y limpias del todo.

Y, así, clama y más clama por su lleno: que, o ha de morir o no se le ha de recordar porque no puede estar sin recibir. Y porque le parece que se retarda su Bien.

También le parece está como padeciendo dolores de muerte y más que mil muertes por su Dios. Que, aunque parece que tarda, siempre vendrá para socorro de sus amigos; que como no puede ya valerse el alma de el mantenimiento de sus propios discursos y operaciones, donde tenía, como dicen, su vivir, y como todo le falta porque todo se lo quitan, no se puede ponderar con razones lo que padece el alma en dicha purgación y despojo.

Que sea alabado el que así la desnuda y deja en tal pobreza de espíritu, para enriquecerla y llenarla de sus bienes y de Sí mismo. Porque no se llenará tal vacío y capacidad, anchura y profundidad y abismo sin suelo, como siente en sí aquí esta alma, sino con el mismo Dios que la crió e hizo tan capaz de gozar del Dios Mismo. Y ella conoce bien por la experiencia de lo que le pasa esta verdad, como me parece he dicho; y también que es cosa ésta que no se adquiere por discursos del entendimiento, por más y más que queramos pensar en el modo de cómo nos hemos de desnudar de todo el hombre viejo y de todo lo que nos ha entrado por estas potencias y sentidos y menos que Dios.

Aunque podemos, como he dicho, con su ayuda irnos desnudando de nuestras pasiones, apetitos y hábitos imperfectos en el modo de obrar de nuestras potencias, ya cuando vemos que no sacamos jugo y devoción de nuestros discursos y aprensiones.

Que se conoce entonces que quiere Dios que el alma se ponga desnuda en acto de fe, para que reciba el entendimiento la luz más general por medio del mismo acto de fe general. Que es ésta, a mi corto entender, [la] contemplación que llaman adquirida. Y, así, está en nuestra mano con la ayuda de nuestro Señor el irnos disponiendo para llegar a ella; pero el entrar en la de la purgación dicha, lo ha de hacer su Majestad. Porque

no es cosa que se adquiere, a mi ver; porque para eso necesita que el entendimiento se quede en una total desnudez de su modo de entender. Pero también se ha dicho que es propio medio la contemplación adquirida, de acto de fe puro.

[CAPITULO 23]

[EXPLICA PARA CONSUELO DE LAS ALMAS, QUE NO PASAN POR EL CRISOL QUE ACABA DE REFERIR, CÓMO EL SEÑOR TIENE OTRAS MUCHAS MANERAS DE ACRISOLARLAS PARA DESPOSARSE CON ELLAS. ACONSÉJALES LA CONTEMPLACIÓN ADQUISITA Y DESNUDEZ DE SU PROPIA HABILIDAD NATURAL Y LAS ENCAMINA AL CONOCIMIENTO SEGURO DE LA FE COMO A MEDIO PRÓXIMO PARA LA DIVINA UNIÓN. CONTIENE DOCTRINA MUY PROVECHOSA PARA DIRECTORES DE ALMAS CUANDO LLEGAN A LA VÍA UNITIVA]

MAS, porque no se desalienten las almas de mis muy amadas Hijas de esta casa, por parecerlas que si no pasan por dicha purgación nunca llegarán a la divina unión de su divino Esposo, digo que tiene su Majestad muchos modos de purgar las almas de todas sus imperfecciones, con que las puede también disponer para la divina unión.

Que lo que se ha dicho de este modo de purgación, no será regla para todas. Porque todas las almas que han llegado a ser muy favorecidas de su divino Esposo no se dice de ellas que las ha pasado por este modo de crisoles, sino que como el Señor sabe tanto, las habrá desnudado por otras muchas vías que no alcanzamos nosotros con nuestros discursos.¹ Que también puede ser no las convenga llevarlas a Sí por estos trabajos, que exceden toda la facultad de nuestro corto entender.

1 Se hace eco la Madre una vez más de la doctrina de San Juan de la Cruz acerca del llamamiento parcial a la contemplación infusa. Aquí lo dice acerca de la contemplación *purgativa*; pero ya se ha visto cómo lo dice también acerca de la contemplación *fruitiva*. (Cf. *Noche*, l. 1, c. 9, n. 9.)

Porque, como dije al principio, son tantas las vías y caminos de Dios, como son todas las criaturas que crió y puede criar para llevar a cada una por distintos modos, caminos y sendas; aunque todas van a parar a un fin. Como hacen los navegantes en sus navíos, cuando todos llevan el fin de llegar a las Indias; pero después que están puestos en la mar, cada uno puede ir por distinto lado, según el orden del Capitán o Gobernador de cada nave. Y de ese modo caminan unos por este lado y otros por el otro; y todos llegan al mismo puerto de las Indias.

Y, así, no hay para qué desconsolarse, porque no se vea el alma en el modo de purgación que se ha dicho. Sólo por si acaso nuestro Señor quisiere hacer a alguna ese favor, sepa que es obra de Dios puramente. Y no le parezca tampoco cuando así se viere, que la desampara su Dios, pues la deja como metida en una tan profunda oscuridad; que es preciso la escurezca la luz divina de todas las luces particulares que recibía su entendimiento; porque es la que ha de ilustrar esa pieza o piezas de su alma, que son sus potencias: memoria, entendimiento y voluntad, de una luz divina y sobre toda otra luz.

Y, así, es preciso que carezca de lo menos por lo que es más y sobre todo su entender imperfecto. Llamo a nuestro modo de entender y hábitos imperfectos, esto es, imperfecto nuestro modo de obrar y hacer conceptos acerca del Ser de Dios. Porque como Dios es sobre todo nuestro entender, y su divina luz en cuanto a su Ser divino es sobre toda otra luz que puede caer en el entendimiento, por lo mismo acerca de Dios es nuestro modo de entender imperfecto; porque no podemos conocerle perfectamente, si no dejamos de entender cosa alguna de las que antes entendía el mismo entendimiento.

Pero no quiero decir que sea imperfecto todo lo que entiende el entendimiento para su modo de gobernarse y obrar, según la buena razón que Dios le ha dado, para que enderece sus operaciones y cuidados al santo servicio de su Majestad. Y, como ame a Dios, y todo lo que entiende en su Oración o fuera de ella lo convierta en la guarda de su santísima Ley, esa tal alma entenderá

perfectamente para el santo servicio de su Dios como para su provecho mismo; porque conoce que dará gusto a su mismo Dios en que se sepa aprovechar de todas las luces que le comunica sobre sus beneficios, obras y cosas que caen en su tal cual conocimiento. Que aunque no pueda hacer recto juicio de cómo las dichas cosas son en sí, con todo toma de ellas el alma lo que ha menester para poner por obra todo lo que Dios le ordena y manda.

Y de este modo puede ser perfecto su modo de entender para su gobierno, y muy agradable a los divinos ojos; y gusta el mismo Señor que su criatura según su ser racional se gobierne por razón; como debemos hacer todos los que llegamos a tener uso de razón, enderezándonos a Dios por ella. Que razón y sobrada razón hay, para amar y servir al que nos dio la razón para que nos gobernemos por la luz de la razón.

Y, así, lo que he dicho de que son imperfectos nuestros modos de entender, es acerca de la vista e inteligencia del mismo Dios, que es sobre nuestro modo de entender. Y no se puede entender sino no entendiendo. Porque si entiende el entendimiento algo, es cierto que será menos que Dios lo que él entiende; porque nuestro entendimiento es criatura. Y, así, si llega a entender cosa particular que pueda en alguna manera entender, para decirla con algunas comparaciones, también será de cosa criada lo que entendió.

Y, por último, es Dios sobre todo ser y entender criado; y de preciso, si el alma ha de entender en el ser de su divino Esposo increado, ha de dejar todo lo criado y de entender en el que no tiene que ver con su criador. Y en este supuesto he dicho que somos imperfectos acerca de los conceptos que hacemos con nuestro entendimiento de la luz y sumo Bien increado. Su divina Majestad nos dé luz de Sí Mismo y entonces conoceremos mejor la verdad de lo que yo por mi rudeza no puedo explicar con más claridad.

Y volviendo a lo que decía de que puede nuestro Señor llegar a un alto grado de unión al alma, sin que experimente el modo dicho de purgación, puede hacerlo de otros muchos modos que su Majestad se sabe. Que lo principal en que consiste es, en que de nuestra parte

nos procuremos disponer, apartando de nosotros todos los impedimentos, para que obre el Señor en ella cómo y del modo que gustase.

Lo primero consiste en que nuestra vida ande conforme y arreglada con la de nuestro Señor Jesucristo — como se ha dicho — en todo el ejercicio de las virtudes. Que siendo así, cierto está que andaremos unidos con nuestra propia Cabeza, que es Cristo nuestro sumo Bien. Porque, si como miembros de tal cabeza hacemos lo que ella nos manda, no hay duda que no nos desunirá de Sí nuestra divina Cabeza. Antes bien, nos unirá y juntará y apretará con toda firmeza Consigo Mismo y andaremos unidos con nuestro divino Esposo, Cristo, y ése será el que nos una también con su celestial Padre; pues nos ganó por su puño esta unión. Que nunca nosotros podríamos merecer como el unirnos por gracia y méritos de tal Hijo, lo que el mismo Hijo goza por naturaleza de la unión con su mismo Padre. Y, así, nos hace hijos adoptivos por medio de los méritos de su legítimo Hijo hecho Hombre, para levantar al hombre a Dios y unirle con su divino Ser en cuanto Dios.

Y, así, el mejor medio para unirse el alma con este nuestro Dios, es el procurar unirnos a su Cristo, nuestra Cabeza, con santas obras, procurando en un todo imitarle. Y si no podemos subir en esta vida a la divina unión y contemplación, en cuanto a su Ser divino como diré después si puedo (aunque en esta vida no es tan perfectamente como en la otra), humillémonos. Y podemos estar muy consoladísimas de que nuestro Señor Jesucristo nos permita estar a sus sacratísimos pies, regándolos con lágrimas de amor y contrición, como hacía la santa Magdalena y otros muchos santos. Que como eran tan de corazón humildes, se tenían por indignos de que el Señor les consintiera a sus pies, contemplándole en cuanto Hombre. Y, así, menos pensaban en que los subiese su Majestad a más alta contemplación. Y por donde los subió este divino amor a ella fue por lo mismo que ellos pensaban que no lo merecían.

Y, así, su Majestad, si queremos de veras obligarle a que nos haga mercedes, no hay mejor medio que conocer de veras que no las merecemos. Y, después de todo, es dulcísima cosa para el alma el estar contem-

plando en lo que hizo por nosotros esta nuestra dulcísima Cabeza de nuestro divino Amado Jesús. Pues ha habido almas que del amor que concebían con la consideración de tantas penas y dolores como padeció por ellas y todo el género humano, no sosegaban con deseo de padecer otro tanto si pudieran, por imitar más y más a tal Esposo, que hizo tantos excesos de amor por nosotros, mostrándonoslos con tan divina obra de nuestra Redención.

En dicho mar dilatado y espacioso se puede engolfar el alma enamorada de Cristo, nuestro sumo Bien, y andará así mismo unida con El que contempla y ama. Porque a donde fueren nuestros afectos, allí estará nuestro corazón unido o se irá uniendo con la permanencia del efecto.

Mas, porque esta idea es de encaminar al alma en todo diré lo que nuestro Señor suele hacer en este estado de la divina unión. Porque su Majestad de su parte siempre desea comunicarnos lo que nos ha merecido, aunque no lo merezcamos nosotros, porque no somos capaces de tal cosa por nuestra bajeza. Pero como Dios no atiende a nuestros deméritos, sino a la grandeza de su amor y a lo que mereció su Unigénito y amado Hijo, por su respeto y amor obra como quien es y se esmera en mostrar a algunas almas algo de lo que nos ganó.

Y también tiene suma complacencia en que le conozcan o empiecen a conocerle en esta vida sus hijos adoptivos por noticias infusas, que El mismo Señor les comunica de Sí mismo estando el alma dispuesta, sea de aquel modo o de otro la purgación.

Para esto es también medio próximo la fe que dije y contemplación adquisita. Porque como ésta consiste en que ya el alma dejó sus discursos y se pone como sobre sí misma en puro acto de fe, sencilla, hagamos cuenta que está como un cielo raso limpio de nublados, que son la inquisición de sus discursos y aprensiones con que antes se gobernaba, y de ese modo estará dispuesta para que se descubra el divino Sol y pueda gozar de su luz y divinas influencias, y para que su divino Esposo la comuniqué la divina y sobrenatural unión que llaman infusa y dada del mismo Dios.

Y, aunque en el dicho acto de fe le parezca que no

tiene de qué asirse el entendimiento para obrar según su modo natural de discurrir, no se le dé nada de eso; porque el fin de sus discursos es inflamar la voluntad en afectos de amor de su divino Esposo. Y no lo puede hacer la misma voluntad en el acto sencillo de fe, porque en vista de lo que ha conocido por el ejercicio de su entendimiento, no hay que andar más tras de él para que le dé materia en que ejercitar sus actos la misma voluntad, que son de amor sobre lo que ha conocido por medio de las especies y luces distintas de su entendimiento.

Lo que hace puesto en el sencillo acto de fe es representar a la voluntad todas las flores que ha ido recogiendo de los arboles de sus discursos y a costa de dicho trabajo todas juntas.

Como si ahora uno anduviera en un jardín de muchas y diversas flores cogiendo de cada planta una; y las lleve a su casa o sacristía para ponerlas en un ramillete para adorno del Altar donde está el Santísimo. Puestas todas juntas en el dicho ramillete, no las mirará cada una de por sí, sino todas juntas; y de ese modo es cosa natural le fuera más deleitosa a la vista tanta variedad de flores todas unidas en el ramillete.

Pues así el alma todas las flores de conocimientos, discursos de su entendimiento y todo lo que conoció por medio de luces distintas, todo junto lo abraza y en acto de fe sencilla lo mira, lo ama y lo aprecia con afectos y actos de amor de su voluntad, que esa es la que no debe estar ociosa, aunque el entendimiento esté puesto en el acto universal de fe. La voluntad es aquí ya la señora de su obra, que son los propios actos de amor, inclinación y afición a su Dios y divino Amado, que el entendimiento le pone presente por medio del dicho acto general de fe viva. Con lo cual también se ejercitará la voluntad en las demás virtudes, trayendo presente a su Dios en todas ellas.

Porque según fuese el grado de Oración, así corresponde la presencia que entre día puede traer de Dios en su mente, obrando todas las cosas según fuese la presencia del que la está mirando e inclinando a que las haga todas por sus respetos, sin otro fin ni interés más que el de darle gusto.

Y de ese modo obrará en fe y amará a su Dios con puro amor. En fe también hará actos de esperanza y confianza de que su Dios la ama, la quiere, la asistirá en todas sus tribulaciones y la librá de sus enemigos, defendiéndola de todas sus astucias. Y la cercará alrededor para que no entren los malditos a conturbarla y apartarla de su Señor y Dios tan inmenso, grande, poderoso, justo y santo con las demás de sus divinas perfecciones que le competen.

Y todo eso lo mira y cree todo junto en el dicho acto de fe sencillo. Que es ya — como dicen — estar mirando y amando lo entendido, que por vía de sus discursos, especies y luces de su entendimiento le fueron dando, aunque remotamente. Esto es, que le fueron dando noticias de su Dios y Criador por el conocimiento de sus obras y demás criaturas. Porque ya por más que se pare o se embarace el entendimiento con las dichas cosas y noticias inteligibles, no podía subir más al divino conocimiento del que busca el alma, si no las deja todas como se dijo y se queda en el dicho acto de fe, que es sobre toda otra inteligencia y medio más propio, para que el divino Sol de Justicia le bañe con sus divinos rayos e hincha de su celestial Sabiduría.

De ese modo también el alma, dejando ya sus propios discursos, hace dos cosas: la una es que hace a su Dios un sacrificio voluntario en la renuncia de toda la obra activa de su entendimiento propio; además que por su habilidad y bullicio no ha de alcanzar lo que pretende, que es la divina unión con el Amado. Y, después de eso, el estado de esta vía unitiva no lleva el que el entendimiento ande de flor en flor, buscando lo que ha de comer la voluntad; porque ya de su parte está hecha esa diligencia. Y, así, dejando de trabajar él con su obra activa, hace la otra cosa: que es dejar el campo libre para que Dios obre por Sí tomando posesión de sus potencias.

Con las dichas dos cosas hace otra: que es también ayudarse la misma alma a purgar su entendimiento de los conceptos y aprensiones que pueden caer en su limitada inteligencia y se vacía de todo por su Dios. Renuncia también aquí todas las cosas sobrenaturales: como son Visiones, Revelaciones, Locuciones acerca de

cosas presentes y futuras, y de toda suerte que sean dichas inteligencias, tocantes a cosas criadas. Porque ya tengo dicho que todas las cosas de arriba y de abajo, como sean menos que Dios, se han de renunciar, si el alma quiere que la llene el Señor de su divina luz, y que la una y transforme en Sí Mismo.

Como haga lo dicho el entendimiento, ayudándose a vaciar de todo lo inteligible, al mismo tiempo carecerá la voluntad de todos sus efectos, aunque sean de cosas buenas y sobrenaturales que percibía o admitía su entendimiento, para que la voluntad con sobre escrito de que son cosas que la llevan a Dios como antes en la vía iluminativa, se divierta y ponga su afecto en ellas. Y así como su entendimiento le propone diversos objetos, aunque tan buenos y espirituales, ella se detiene con tantos, y de ese modo deja de poner todo su amor y afecto desnudo en su puro Amado, Dios, que es sobre todas las cosas.

Tanto hay que decir en estas interiores, que si hubiera de escribir lo que a mí me parece era menester detenerme demasiado. Y, así, digo que mucho más es menester del favor de Dios para que el alma se desnude de todo su caudal interior; porque no damos en esta desnudez voluntaria de espíritu y suma pobreza por Cristo; aunque dejemos todas las riquezas y cosas exteriores de mundo.

Mucho hace el alma que deja todo lo exterior que podía poseer y otras cosas de sí misma; pero mucho más hiciera si en este interior camino se desapropiara de las cosas dichas y se quedara amando a su Dios en pura fe, que es el último escalón de la escala que dije al principio.

Y si permaneciera allí, esperando al que la fe le propone con repetidos actos de amor, no dudo experimentarías las promesas de su Dios y Señor. Que no sé si dice que se desposará en fe.² Esto es en vista de la que tiene el alma del Esposo divino, para que en fe la despose Consigo Mismo.

Mas, porque nunca acaba el alma de dejar su obra, suele el Señor entrarla en la purgación que dije. Ya sea

porque ella misma no se entiende o porque no tiene quien la imponga en la dicha desnudez de espíritu. Que, como dice nuestro Santo Padre, San Juan de la Cruz, les parece a algunos Padres espirituales que es una locura privar al alma de sus operaciones propias y dejarla como una insensata, ociosa y sin arrimo.

Vea el que en este siglo tuviere la misma duda la doctrina que sobre dicho asunto tiene dada mi Santo Padre. Que yo me remito a ella, creyéndola y venerándola como debo. Que no es razón me quiera yo meter con mi rudeza a dar luz al que por su oficio debe estudiar y pedir a Dios se la dé para las almas que tuviese o le pusiese el Señor en sus manos, para que las gobierne y encamine en desnudez y pobreza de espíritu, después que la pobre alma ha trabajado de su parte y labró la tierra de su entendimiento y demás potencias, desnudándolas de los afectos terrenos con la ayuda de su Dios. Y también del Padre espiritual que la cogió desde el principio en la labor de espíritu, ayudándola a que se aprovechase de las luces que nuestro Señor derramaba en sus potencias; con cuyos efectos que la dejaban, fue asimismo adquiriendo virtudes y venciendo a sus enemigos, dejándolos a todos burlados. Saliendo [así] de la casa de su sensualidad, como también de las imágenes de su fantasía; subiéndola a Dios a conocimiento más de sustancias intelectuales que de figuras corpóreas. Por donde fue adquiriendo muchas noticias de la grandeza, poder y sabiduría de Dios y de su inmensidad.

Y al mismo paso que fue conociendo más de su Amado y divino Esposo, fue el enemigo persiguiéndola con los espantos y mal tratamiento que he dicho. Y otros muchos modos de ejercicios de viva mortificación, persecuciones de criaturas y de sus mismos parientes, hermanos y conocidos; enfermedades agudas y otros mil modos de trabajos. Los que todos padeció por su divino Esposo con mucha conformidad y paciencia.

Y, ¿todavía se le impide su descanso interior en su Dios? Y, después de todo, ¿no se le ha de permitir a esta pobre alma que goce de la quietud y reposo de potencias que su mismo amante Esposo la ganó a costa de su preciosísima Sangre?

Dígole, señor mío, que no sé en qué Teología ha

estudiado. Qué quiere, ¿que su dirigida esté siempre andando y desandando el camino? Y de ese modo, ¿cómo ha de poder llegar al fin de la jornada? ¿Siempre ha de andar el alma como dicen arrastrando por la tierra de sus pobres discursos? ¿Nunca ha de volar más alto porque usted no quiere? Dígole que es fuerte cosa. Que acaso estará el Esposo divino tirándola y recogién-dola para Sí a su trato interior sin medio ya de sus discursos, y usted con su corto estudio la quiere sacar acá fuera a divertirse con las criaturas o cosas criadas y palpables del conocimiento, o de lo que pueda comprender con su entendimiento, para que se las pueda decir a usted, que si no le sabe decir lo que la pasa, todo va perdido en el concepto de usted.

Y cierto que si le puede decir debajo de algún color o comparación lo que le pasa, será de alguna cosa criada. Y usted estará acaso muy satisfecho de que esa alma llegó a la divina unión con su Dios por los discursos de su entendimiento, en que usted la pone y no me parece que llegará a la dicha divina unión, sino dejando de discurrir y caminando a ella por la oscuridad de la fe que dije.

Y si todavía no se satisface, déjale usted ir a otro, que tenga más letras, que no faltará ni han faltado en la Iglesia de Dios, para luz de dichas almas. Y conocerán, por la luz de ellas, en qué estado está esa alma que usted tiene así atada continuamente a sus discursos. Que no entra el divino Espíritu por estas puertas y ventanas; que antes bien, para que entre, es necesario el cerrarlas todas. Como entró cuando vino sobre los Santos Discípulos de Cristo, nuestro Bien, estando ellos cerrados y recogidos dentro del Cenáculo, esperándole con vivas ansias de que se cumpliesen en ellos las promesas de su divino Maestro. Que fue que perseverasen en oración con viva fe y confianza de que les enviaría el Espíritu Santo, como así vino.

Yo aseguro, con mi pobre saber, que vendría el Señor sobre el alma dichosa, después que anduvo en la compañía de su divino Esposo, hecho Hombre, toda su vida espiritual, como hicieron los Santos Apóstoles. Esto es [vendría sobre el alma] que trajo presente la santa Humanidad de Cristo por donde anivelaba y gobernaba

sus acciones sacado de aquel divino Dechado, luego que esa vista le faltó por su divina Voluntad. Porque lo hace el Señor para levantar el alma a la divina contemplación de pura fe que dije.

Y, así, será una lástima pierda tanto bien: ya sea por poco saber del que la trata, por no saberla encaminar en fe desnuda de todos sus hábitos y modos de entender, así naturales adquiridos como sobrenaturales; ya sea por causa de la mucha ignorancia de la misma alma, que no sabe a qué tiempo ha de dejar su obra para dar lugar a que obre Dios en ella; ya sea también por alguna oculta malicia del diablo, porque no quiere que llegue a percibir algunos barruntos de lo que él perdió por su soberbia.

El Señor, como Dueño de dichas almas, las dé luz para saberse entender, que yo no sé más que decir en esta materia de las disposiciones que se requieren para llegar a la divina unión y Desposorio espiritual con el Esposo divino. Que, como principal Agente interior de las dichas almas, como se mantengan en humildad, sin duda las enseñará por Sí Mismo. Y cooperará a lo que su Majestad quiere de ellas también el Director docto que las guía. Que ya he dicho conviene lo sea mucho.

Y no se metan en manos de sujetos que saben poco de estas cosas místicas, porque acaso no las habrán estudiado o por habérseles olvidado por falta de práctica. En los lugares cortos suele haber más ignorantes que sabios. Y, así, en tal caso es preciso haga el Señor toda la costa en el alma que lleva por este interior camino.

Y porque vosotras, Hijas mías, no estáis en paraje en que os falte la luz de los doctos y letrados en el estado que tenéis, no tengo para qué detenerme en esto más. Porque, como os querráis aprovechar, no padeceréis la dicha falta que otras pobrecillas almas padecen. Que no es el menor trabajo de sus vidas verse metidas en tantas cosas interiores y no tener a quién comunicarlas para que les den luz de cómo se han de haber en ellas. Sea el Señor por todo alabado. Amén.

[CAPITULO 24]

[EXPLICA ADMIRABLEMENTE EL DESPOSORIO QUE EL VERBO ETERNO CELEBRA CON EL ALMA Y LOS EFECTOS SOBERRANOS QUE CAUSA EN ELLA]

Lo más que hasta aquí se dijo, fue acerca de las disposiciones que deben preceder en el alma para la divina unión y Desposorio espiritual con el divino Verbo, Hijo de Dios eterno. Y sobre todos los medios y diligencias que la misma alma, ayudada de los muchos socorros y favores de su Amado, puso con todos los trabajos que pasó al modo de los que he ido explicando, aunque mal.

Con nada se dispone mejor que con la dicha contemplación purgativa, en que el mismo Señor la mete. Porque ya dije que lo suele hacer el Esposo divino con algunas almas que quiere subir a un muy alto grado de comunicación de la divina luz increada. Que, a mi parecer, es el mismo Ser divino o el rayo que sale de su divino Ser. Que es el mismo Hijo del eterno Padre el que dispone al alma, su esposa, por medio de la purgación, para celebrar las Bodas con su criatura, que la tiene toda limpia y espiritualizada, como allí se dijo. Pues ahora falta el decir cómo el Señor celebra estas celestiales bodas con su amada Esposa. Y esto ¿quién lo dirá?

Es imposible que mi rudeza lo pueda explicar. Pues se ve que no he sabido decir cosa con concierto de las disposiciones que se requieren en el alma para que el Señor la llegue a tan subidísima merced y favor sobre todos favores y sobre cuantos le pudo hacer hasta éste por medio de todo lo inteligible y todo lo criado, así del cielo como de la tierra, por medio de sus Angeles y Santos de la corte del cielo.

Sobre toda Visión y Revelación de cosas sobrenaturales; sobre todas las noticias, cartas, billetes y recaudos que le enviaba el divino Esposo para que se fuera el alma enamorando de su hermosura por diversos retratos, como

son las criaturas racionales hechas a su imagen y semejanza.

Y, sobre todas, la del mismo Señor en cuanto Hombre. El que muchas veces se le habrá representado dentro de su alma haciéndola infinitos favores. Su Majestad me dé alguna luz para saber acertar. Con lo que me es imposible explicar el cómo celebra el Espíritu de aquel Señor, hecho Hombre, este celestial Desposorio con su amada esposa en este estado.

Una alma que yo sé,¹ que la llegó el Señor a esta tan grande dicha, según le pareció a ella, dice así:

Que primero la pasó Dios por aquella purgación tan terrible para su sentir, que ya no podía sufrir más en carne mortal. Y lo que sufría y pasaba por su alma, que la parecía era haciendo el Señor con ella un continuo milagro, sin morir a cada instante con la vehemencia del amor y deseo de su Dios. Y por otra parte, la vivísima desolación y desamparo que sentía en su interior, que se acababa por puntos. Y que todo su cuerpo juntamente padecía una hambre intolerable y todo lo demás que se dijo. Aunque no se explicó todo, porque no pudo ni yo he podido decir lo que supe pasó por la tal alma.

Y que estando así, como del todo acabando de morir por su Dios, sintió que la suspendía una Majestad infinita y como que la tomaba en sus divinos brazos. Y la empezó a llenar de un mar inmenso de divinos deleites, con los que la vivificó y apagó toda la sed y hambre que antes tenía por su Dios. Decía que por todos los vasos de su alma (que eran las potencias), que estaban vacíos y como desiertos sus profundos senos. Y corría por ellas un río como de divina leche: dulcísima, purísima, santísima y divinísima.

Y, en fin, que sentía toda la sustancia del alma y sus potencias bañada en luz y gloria divina. Y de lo que redundaba de la parte espiritual y superior de ella dice que se difundía por la sensitiva, que también pasó por su porción de la dicha purgación, que no sé si llaman los doctos pasiva. Que yo no sé los nombres que se le

1 Hace referencia a sí misma. Cf. *Autobiografía*, Trozo 1.º, p. 1.º, c. 43 y sigs., p. 269. Compárese esta descripción con la de Santa Teresa, *Moradas*, V, 4, 3; y la de S. Juan de la Cruz, *Cántico*, c. 14, n. 2 y sigs.

deben dar a cada cosa de éstas. Y, así, que también sentía correr por las venas de su cuerpo un néctar divino, que confortaba el mismo y pobre cuerpo, que antes estaba seco y como sin sustancia alguna que le pudiera dar aliento de vida, de suerte que parecía estaba como un cadáver muerto o sin casi animación de vida natural aunque conocía que vivía. Pero no naturalmente a su parecer.

Ha sido fuerte crisol y de las más terribles purgaciones éste por donde ha pasado Dios a esta alma, que digo, porque no se puede decir con lengua mortal.

Y, así, aunque viviese naturalmente metida en aquellos trabajos de espíritu [...] era tan viva la aprehensión de dicho padecer, que la parecía que sin milagro no pudiera vivir. Y, así, su divino Esposo con el dicho favor, el que tampoco se puede explicar, la resucitó como de muerte a vida según la dicha alma ha experimentado; y la tuvo como una amorosísima madre puesta a su divino pecho, manteniéndola por bastantes días con aquella suavísima y divina leche de su divina Sabiduría, que la dejó del todo sana, esforzada y valiente, para pasar por el Amado, que así la favoreció, otros trabajos y mil muertes por la gloria y honra de su Dios, y bien y salvación de otras almas y deseo de que todas las que crió llegasen a conocer y amar aquella suma Bondad, que a ella se le manifestaba con tanta liberalidad; y goza de vida eterna aun en esta miserable vida.

He dicho este favor que pasó por la tal alma, que yo conocí, para que veamos más bien las maravillas del Altísimo y cómo favorece a la esposa, que con ansias y amores le busca, sin detenerse en el camino que emprende de esta divina jornada.

Mucho la costó el pasar por tantos estrechos, crisoles y aprietos. Pero mucho más vale lo que le han dado en la dicha merced; porque no fue nada menos que dársele todo su divino Esposo a Sí Mismo con palabra de que ya era todo suyo. Que ella ya se la había dado de que sería toda de su divino Esposo en otras ocasiones antes de llegar a la dicha. Y como la pobre alma padecía la tormenta de parecerle la tenía su Esposo divino no sólo olvidada, sino arrojada en las tinieblas, efecto de la dicha contemplación purgativa.

Que no puede la pobre alma respirar por vía de alguna especie consolatoria. Porque toda está como sumergida en una nube o noche tenebrosa, sin entrar un resquicio de luz por ninguna ventana y puerta de sus potencias y demás sentidos de la parte intelectual y sensitiva, que no sea todo para más y más penar. Porque se ve como colgada y pendiente en el aire, sin tener a dónde arrimarse. Esto ya dije también que no lo entenderá sino quien tiene letras. Y no tanto como el alma que pasa por dicha purgación. Esto es para sentirlo ella para sí, pero no para poderlo decir a nadie como ello es.

Pues como el alma que está así piensa que su Dios la ha dejado en medio de habérsele entregado muchas veces, de que ya sería su esposa, manifestándolo con las obras que ella entendiese serían del agrado de su divino Esposo. Pues se fue ejercitando cada día más en negarse a sí misma y en olvidar otros amores de criaturas. Como el Señor la tomó la palabra, cuando le entregó su libre albedrío, como queda dicho sacó por condición que si ella quería ser y entregársele por esposa, se había de dejar del todo en sus divinas manos, y que como cosa suya había de hacer con su alma lo que quisiera.

Y como el alma misma ya no tenía su voluntad por suya propia, sino que era toda de su Esposo, hizo el mismo Esposo lo que quiso de lo que ya era suyo, según el beneplácito de su divina voluntad, que fue labrarla de su mano para desposarse con ella. Que hasta tanto de no tenerla todavía dispuesta no la podía cumplir a la esposa su deseo. Y se lo cumplió ahora con el mencionado favor de modo que ella misma lo entienda, para que le dé las debidas gracias por tan singular merced. Que es de las más altas y supremas, que en este estado de unión puede el Esposo hacer con su criatura. Bien que antes de esta dicha merced han precedido otras muchas mercedes; porque como sabe el Señor la mucha flaqueza del alma, siempre el divino y piadoso Padre de Misericordias le hace lo más, y toda la costa de esta espiritual jornada, llevando muchas veces como sobre sus hombros el peso de la Cruz, que fía a la misma alma.

Y para que su yugo no se le haga tan pesado y cuesta arriba, se la aligera muchas veces el divino Aman-

te con diversos favores, aunque como de paso; dejando con alguna más duración los efectos, aunque la causa se retire de la vista de la misma alma, porque todavía no estaba dispuesta, como lo ha estado por la dicha labor y disposición que su Esposo hizo en ella. Pero todos los favores pasados por muchos que hayan sido, ninguno, ni todos juntos llegan a este estado del divino Desposorio con el Hijo de Dios eterno. Porque lo que se le ha dado al alma hasta aquí, fueron cosas hechas de la mano de su divino Esposo, noticias de El, aunque remotamente. Porque ninguna criatura y cosa criada puede representar tan a lo vivo y sustancialmente al divino Esposo y Dios.

Y, así, de preciso le será de mayor gozo y deleite divino el sentir dentro de sí misma a su mismo Esposo divino, el que trae todo su Reino en pos de Sí. Y se puede decir que no sólo viene al alma el Reino de Dios, sino que viene el mismo Rey con todo su Reino a celebrar con ella este divino y espiritual Desposorio. Porque, como se suele decir, a donde va el Rey allí va también la Corte en su compañía.

De suerte que este Desposorio espiritual, es sobre otros grados de unión que ha experimentado el alma en la Oración de quietud que dije, aunque de paso. Porque aunque parece que allí el alma ya no obra con las potencias, sino que están como quietas y sin bullicio de buscar, sino que es como un modo de recibir el agua, que cae del cielo por medio de una luz general que el entendimiento percibe sin poner él de su parte nada para traer la dicha agua como antes por [los] arcaduces de sus discursos con que la voluntad se refresque y pueda con aquel general rocío del cielo mantener las flores de las virtudes en su verdor y fuerza. Que no es ni con mucho como este río caudaloso o mar Océano donde se engolfa toda el alma con sus potencias, de suerte que se pierde de vista, toda ganada en su Dios y divino Ser de su Amado Esposo.

En la cual merced conoce el estado tan soberano, a que levantó Dios el hombre por medio del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y el Desposorio que hizo con su santa Esposa, la Iglesia, que son con todas las almas que creen verdaderamente y confiesan su fe;

aunque no todas se disponen para que Dios les comunique estos secretos que están encerrados en su misma fe.

Porque, aunque tengamos fe, si no la acompañamos con obras de amor y caridad del objeto de esta misma fe que es Dios, es como si no tuviésemos fe, la que sin obras estará como una cosa muerta y sin la vida de la caridad, como me parece que he dicho en otro lugar (Jacob., 2, 17).

También dije que los confesores y creyentes de la fe cristiana, como muchos y acaso sin ejercicio de virtudes que antes precedieran en ellos, exaltados de los enemigos de la dicha fe, como cristianos se dejaron martirizar antes de dejar su fe. Y si no tenían los tales obras, ¿cómo pudieron morir en defensa de la fe? Si es como una cosa muerta sin obras, poca fortaleza les podía dar a los que se entregaron al cuchillo de sus enemigos antes de dejar de confesar su profesión de cristiano y de su fe misma.

Es cierto que poco valor tuvieran los tales cristianos que de repente les cogió el enemigo y sin prevención alguna de buenas obras. Pero es el caso que en tales lances me parece concurre Dios mucho a favorecer a los soldados de su Cristo e Hijo Amado.

Que aunque antes no se ejercitasen en cosas de virtudes, ahora tenían la ocasión en la mano para ejercitarse en la mayor virtud de todas. Y todas las virtudes del cristiano las comprendían en la dicha mayor de todas que era dar la vida por su Jesucristo y su fe, así como su verdadero Capitán dio la vida por ellos.

Y así en dicho lance concurre el mismo Señor y divino Capitán a favorecer a sus soldados cristianos con sus divinas armas, que son el ilustrarles en sumo grado la fe misma que ellos tienen en sí desde el santo Bautismo. Y les comunica un grande don de caridad y amor suyo con que se les aviva la fe que antes estaba como muerta en ellos; porque vivían acaso descuidados en el servicio de su celestial Rey y Capitán cuando estaban metidos en el cuartel de sus pasatiempos, y sin manejar las armas de la virtud.

Y, luego que se les ofreció el ir a la guerra a pelear con sus enemigos por defender la fe de su Dios, les previno con todas las armas de su poder y gracia para dar

la vida antes dejar su fe y hacerle a su Majestad el mayor sacrificio de cuantos le podían hacer en esta vida, con darla por su Amor. Y después les aplica también los socorros espirituales de la misma Iglesia santa. Que como miembros que son suyos, tienen parte en todos los bienes espirituales de Ella.

Que sea el Señor alabado, por habernos hecho hijos de tal Esposa del Esposo divino, y Madre nuestra, para que participemos la comunión de las almas santas y santos que el divino Esposo tiene, tuvo y tendrá en Ella hasta el fin de los siglos. Que de fe es que hay santos en la tierra, siguiendo al Esposo de sangre, los que lleva en pos de Sí, para acabar de consumarlos en el estado del espiritual Desposorio en su gloria, que nos mereció en la Cruz de sus dolores, Pasión y Muerte.

Este espiritual Desposorio que pasa entre el alma y Dios, ya he dicho que por no detenerme tanto, no hice distinción del modo con que suele disponer el Señor al alma, para esta tan soberana dicha. Porque suele hacer la purgación de todo este interior del alma, esto es, después de los muchos trabajos pasados, hace esta última disposición en dos veces, acomodándose su Majestad a la flaqueza de la misma alma.

Y, así, en algunas hace la purgación de la parte sensitiva primero para que reformada ésta, se sujete con la mayor perfección posible a la parte espiritual y que en un todo le obedezca y le rinda vasallaje. Pero como estas dos partes están tan pendientes la una de la otra, no puede menos de participar una de los efectos buenos y malos de la otra; y así lo que a mí me parece es que aunque Dios ponga en dicha purgación por dos veces al alma, ambas partes padecen a un tiempo.

Sólo la distinción que hay en estas dos ocasiones de purgación para el alma, que no sabe decir el alma si es activa o pasiva dicha purgación, dice que la primera vez que le parece no es en tan sumo grado como la última. Y que después de la primera, aunque el Señor la regaló con el favor de desposarla Consigo, no quedó este Desposorio acabado de consumir hasta la última purgación, que es más pura y sutil la labor que Dios hace en el espíritu, aunque participa el sentido de la parte sensitiva y el mismo cuerpo también.

Entre una y otra purgación de toda la armonía del alma, sus potencias y sentidos interiores y sus partes que todas quedaron como vacías y desiertas, suele el Esposo visitarla muchas veces después de la merced dicha. Que si durara en su peso, no pudiera atender ya a cosa de esta vida; sino con un punto que apretara más la gloria o vislumbres de ella, que no será otra cosa lo que en este raptó comunica el Señor al alma, se podía quedar allá para siempre con su Dios. Y, así, después que pasan algunos ratos, suspende el Señor del alma el dicho favor y la deja con maravillosos efectos para todo lo bueno; y, sobre todo, ordena en ella una caridad insaciable del bien de sus prójimos. Que por la salvación de una sola alma, la parece que padeciera mil muertes; porque conoce el bien que tantas pierden, por estar medidas en las glorias vanas de esta vida mortal y perecedera.

Y, así, le da Dios un deseo vivo de padecer por su amor; y por ver si puede ser medio por donde alguna alma se salve, que no para ni sosiega; y parece que se halla con fuerzas para ir a pelear con todos los herejes, moros y bárbaros por la fe de su Dios y defender aunque no fuera sino una sola alma de las manos de sus enemigos.

Así mismo, pierde todos los temores y miedos a los espantos del demonio que antes la perseguía. La fortalece el divino Esposo de modo, que la da como un general imperio sobre todos los demonios; y no los teme más que si fueran unas moscas, y menos que ellas. Tiene así mismo todas las cosas del mundo como debajo de sus pies; que no se le da nada de él ni de sus dichos y hechos; ni apetece cosa de él; y sólo toma de él lo que precisamente ha menester para mantener la vida natural; y sólo porque su Esposo divino quiere.

Con dicho favor siente otro efecto, que es el conocer la Bondad de Dios para ella en muy subido grado. Y de este conocimiento le nace otro de la nada que ella merece a su Dios. Y se confunde de ver su Misericordia tan grande para quien le merecía mil infiernos. Y se alegrará de no haber salido de la nada, por no haber ofendido a un Dios tan bueno. ¡Oh, lo que le pesa aquí a esta alma de haberle ofendido!

Aquí es el dolor sobrenatural, que el mismo Dios es en fuerza del favor que la hizo la comunica sobre manera. Pero en vista de su dolor y pena, que después de suspendido el dicho favor la da de haberle ofendido. Y sobre todo el pesar que siente de no haberle amado desde el punto que nació, por ser sólo digno de ser amado tan sumo Bien. Pero la consuela su divino Esposo con decirla que no tema, que dio por bien empleada su Sangre, porque ella se aproveche de ella. Y otras cosas de grande amor la dice, con que se sosiega y empieza a alabar a su divino Esposo por la merced que le hizo de meterla en aquella horrenda noche, en la que pensaba estaba Dios contra ella, pues no le parecía sino una sombra de muerte sin consuelo para después empezar en ella otra nueva vida.

Con la cual muerte acabó de morir a todas las cosas del mundo, que así se lo dio a entender el mismo Esposo. Y que ya viviría para El sólo y que tendría su vida en El. Y todas sus operaciones, que antes eran gobernadas por los discursos de su entendimiento aunque por medio de las luces distintas que caían en él, que aunque también eran dadas de Dios, ahora le parece al alma que la dejó la dicha merced habilitadas las potencias y dispuestas a lo sobrenatural para recibir en sí la divina contemplación que llaman infusa y divina sabiduría, que es una altísima merced que el Señor hace al alma. Porque ya no es ella la que obra, sino su divino Esposo en ella. Que sea por tantas Misericordias alabado. Amén.

[CAPITULO 25]

[EXPLICA LA DISTINCIÓN QUE HAY ENTRE DESPOSORIO Y MATRIMONIO ESPIRITUAL CON UNA OPORTUNA COMPARACIÓN. TRATA DE LAS DOS DISPOSICIONES PREVIAS A UNA Y OTRA MERCED. ES DE GRANDE ADMIRACIÓN]

ESTA divina Sabiduría y hábito de unión con el divino Esposo, no se la concede a la esposa el Amado de su alma, hasta que pase por las dos purgaciones, activa y pasiva, que he dicho, aunque mal.

Porque no sé diferenciar ni dar los vocablos que se deben dar y poner a estas cosas tan superiores que pasan en lo íntimo del alma. Y, así, me parece a mí, que hasta que se acabe de consumir este espiritual Desposorio entre el alma y Dios que ya es como Matrimonio consumado. De suerte que parece a los que ya no se pueden apartar por el nudo del santo Sacramento del estado del siglo. Aunque aquí se ha de entender en sentido místico; porque no hay nada de cuerpo, que no tiene que ver, pues es todo espíritu. Y sus operaciones son limpiísimas y purísimas, quiero decir los actos de esta divina unión con Dios y su divina Sabiduría. La que decía no se le concede al alma en la primera vez que pase por el dicho crisol de asiento.

Que así como para celebrar el divino Desposorio, fue menester que pasara por mucha parte de la purgación y purificación que se ha dicho, así también la acaba nuestro Señor de disponer la segunda vez para el Matrimonio espiritual que llaman los Santos.

Porque, aunque es distinta esta operación divina y consumada unión del alma con el espíritu divino, su divino Esposo, parece no se halla más adecuada comparación para poder explicar algo de ella, que el dicho Sacramento de los casados, que el Señor dejó en la santa Iglesia. Que como no se habla con gente tonta y simple en este discurso, sabrá que todo esto es en sentido espiritual y puro espíritu, como he dicho, aunque no lo sé explicar tampoco como ello es. Porque es un sublimadísimo estado a que el Altísimo Dios puede subir a un alma en esta vida mortal. Y, así, suele pasar tiempo bastante entre el Desposorio y la consumación del Matrimonio espiritual. Que como dije se necesitan en el alma más subidísimas disposiciones, que para el primero. Que, en fin, parece (como lo explica nuestra Santa Madre por otro mejor estilo que el que tiene ésta su más indigna hija para estas cosas tan subidas) que en el Desposorio, aunque se une el alma con su divino Esposo, es de modo que todavía en pasando aquel acto de estar el alma toda unida con su Dios y Señor, parece que no lo siente después en sí de suerte que lo conozca. Para lo cual trae, si no me engaño, la comparación de las dos velas, que juntándose las dos parece una sola luz, pero

bien se pueden apartar una de la otra. Que yo creeré que me engaño en esto; porque no me acuerdo si lo dice así o de otra suerte mi Santa Madre.¹ Que ya he dicho que ha mucho tiempo que no leo en sus escritos ni en otros, por estar empleado por la obediencia en esto; y así no será mucha, diga una cosa por otra; que sabe Dios no es de voluntad.

Pues así el alma en este estado de Desposorio, y unión con su Amado, cuando se pone en acto, parece una cosa misma con su divino Esposo, por estar unidas con El todas las potencias; pero no llega todavía a transformación, como en el Desposorio consumado; que es muy distinto exceso de aquél, que se puede decir que la mete el divino Esposo en su tálamo.

Otra cosa experimenta en el estado del Desposorio. Que le parece al alma no queda con ella el Esposo de asiento, como en el Matrimonio espiritual. Y, así, sólo la parece que la visita de cuando en cuando; aunque en dichas visitas, siempre la saca de sí con arrobamientos dulces y suavísimos para ella; porque como ya son estas visitas y vistas del Amado en puro espíritu, así que le ve el alma, al punto se va toda tras de El con que la pone en acto de divina unión por entonces con El Mismo que se le da a conocer que está allí.

Pero no sé qué inquietud todavía trae la esposa; porque no se contenta con las dichas visitas del Amado. Porque allá dentro siente un no sé qué, que la falta para poderle tener de asiento en su casa; y está deseando que acabe el divino Esposo de dársele todo de una vez, entera y cumplidamente. Que según los deseos y amor que la deja con sus divinas visitas, no la acaban de satisfacer su vacío. Antes bien, cada vez que el Esposo la visita, la deja con más hambre y vivos deseos de volver a verle y tenerle ya de asiento en su corazón y alma.

Mas este deseo que ella muestra aquí, conoce no sé por qué manera, que no se le cumplirá, hasta que pase por aquél no sé qué, que la falta; que todavía allá dentro de su espíritu le parece que no está dispuesta, para

¹ Así lo explica, en efecto, la Doctora mística (*Moradas*, VII, c. 2, n. 4) y suya es la comparación de las dos velas, tan expresiva, para dar a entender la unión de voluntades.

que su divino Esposo se sirva de quedarse con ella de asiento. Esto se entiende de suerte que el alma misma lo conozca. Como sucede a las almas que llegaron al estado del Matrimonio espiritual, que es de suerte más subidamente lo mucho que el Esposo se da a conocer al alma; y ella misma experimenta el grandísimo favor a que la ha subido por su infinita Misericordia. Que en este caso no se habla del modo de cómo está nuestro Señor en el alma, como lo está en las de todos los buenos y malos, conservándoles la vida y ser que dio a todos. Sino que el modo de estar Dios en las dichas almas que llega tan íntimamente a Sí por estas vías de unión con su divino Espíritu, es de suerte que lo entiende y conoce el alma bien.

Y como el Desposorio es estado a mi parecer en que todavía se pueden apartar el uno del otro, porque no está consumado, aunque es para el alma esposa de grandísimo deleite y suavidad en el Espíritu del Señor, cuando la visita y la pone en acto de su divina unión; pero luego se queda por muchos ratos, y aún días y acaso meses, sin experimentar aquella divina compañía de su celestial Esposo.

Y por lo dicho conoce ella que le falta aquel no sabe qué, para que el divino Esposo la cumpla del todo su deseo; y suplícale muy de veras que acabe de disponerla, para que se sirva de entregársele del todo; que ya no puede sufrir muchas ausencias y tardanzas suyas.

Lo que la falta en su estado es, a mi corto entender, aquella última purgación del espíritu; que por no detenerme en explicarla dos veces por su orden, la dije toda junta y de una vez y bien oscuramente; porque no alcanza mi poco saber y rudo entendimiento a poder decir y explicar con los términos que corresponde cada cosa de estas interiores.

Mas, se ha de entender que para el tiempo que Dios nuestro Señor tiene determinado meter al alma, su esposa, en la segunda purgación más sutil y pura del espíritu, la suspende el Esposo divino todas las visitas y favores que en el estado de desposada le hacía. Y se le retira, como se ha dicho, y de repente la mete en el último crisol, donde la purifica la mano divina de todo cuanto le pueda impedir aquel consumado, y divino abrazo y

consumada unión con el divino Esposo, que es este espiritual Matrimonio.

Favor a que me parece llegan pocas almas, porque no nos disponemos todas, para llegar a tan alto estado en esta vida mortal. Aunque no nos obliga nuestro Señor a tanto, porque por nosotros mismos no somos capaces de merecer tanto bien; ni podemos disponernos por nuestra mucha flaqueza, para que nuestro Señor nos haga tal favor, si El Mismo no nos dispone de su divina mano.

Pero como hiciéramos lo que está de nuestra parte ayudados de sus divinas inspiraciones, auxilios y favores, el Señor hiciera en nosotros sus criaturas la labor y obra que no podemos por nuestra industria alcanzar. Porque siempre nuestro Señor de su parte nos llama y quiere que se cumpla el fin para que nos crió: que fue para unirnos Consigo Mismo.

Que para eso bajó del seno de su eterno Padre: para unirse con el hombre y merecer por aquella divina unión que tuvo por bien de hacer con la generación humana, para hacerla y levantarla a la divina, estotra unión de amor que comunica a las almas de sus escogidos aun en esta vida. La que no se puede decir que es consumadamente como en la gloria. Mas se dice que es consumada en el estado dicho; porque es permanente el sentir el alma a su divino Esposo, que se dignó de celebrar con su querida esposa este celestial Matrimonio; de suerte que ya no le siente ausente de lo interior de su alma como antes.

Y, así, aunque por parte de la misma alma está todavía a peligro de perder su sumo Bien, por vivir aún en esta vida mortal, parécele a ella que por parte de su divino Esposo nunca la faltará, ni le echará menos de lo interior de su espíritu, como ella no le dé motivo para ausentársele; que sólo será por alguna culpa, en que como criatura puede caer, si no anda con muy especial cuidado de servir y atender a tal Esposo como siente dentro de sí.

¡Dichosa purgación y bien empleados trabajos, desnudez y pobreza de espíritu, desamparos y desolaciones, donde el Esposo mete a estas almas, oscureciéndolas la luz de sus potencias y haciéndolas perder su modo na-

tural de obrar en su Oración para ilustrárselas a lo divino! De suerte que por donde pensaba el alma que se perdía, porque a su parecer le faltaba la guía de las luces que antes hallaba en la vía iluminativa, ahora se halla tan ganada que da por bien empleada la pérdida de las dichas luces particulares de los discursos y conceptos bajos y altos que hacía de las cosas que se le mostraban: porque ve dentro de su alma, según se sufre en esta condición de vida, al [que está] sobre todo, que es la luz del divino Sol de su Amado Esposo, el que le da bien a entender que es ya el que gobierna sus potencias y las rige, como que es Señor de ellas, con su divina operación, sin mezcla de discursos naturales ni aprehensiones de parte del alma; porque ya no es ella la que obra, sino su divino Esposo en ella.

Sólo si, que como ya dio su consentimiento al divino Esposo para que gobierne y mande en su casa, que es la misma sustancia de su alma y potencia, así el Amado hace en ella — como he dicho — su divina operación cómo y de la suerte que quiere.

Con que cesa ya en estas almas el afán de buscar lo que tienen en posesión y como cosa suya; pues el divino Esposo ya tuvo por bien de dárseles a ellas de suerte que las cumple el deseo que tenían de ver su vacío lleno de su Dios. Porque se sentía con tal sed y hambre, que bien conocía que otra cosa que El Mismo no era capaz de llenarlas aquellos profundos senos, que el mismo amor de su Amado las descubrió en la dicha contemplación purgativa.

Para mi sentir no hay cosa en este camino espiritual que más haga admirar al alma que el modo de cómo el Esposo divino hace aquella labor; pero, así mismo, dificultosísima de poderse explicar a los vivientes.

Yo pienso que todas las almas que se han de salvar y entrar en la gloria de este nuestro gran Dios, han de pasar por la dicha purgación, que si no en esta vida acaso se lo dejará nuestro Señor para la otra. Aunque sea de otros distintos modos como he dicho. Porque pide esta divina unión con el Espíritu del Esposo divino una correspondiente pureza, no obstante que es el alma criatura, que no tiene comparación con el Sumo Bien increado.

Mas, por lo mismo que El la hizo a su imagen y semejanza, con el fin de unirla con su Ser divino, es preciso que para dicho efecto esté el alma del todo purificada y limpia de todas las impurezas que heredó del primer pecado y de todo lo que se le pegó de esta mala tierra de su carne; y se vuelva como en el estado de la justicia original e inocencia.

Y, así, bien es menester que su divina Majestad haga la dicha labor; pues para entrar en el Reino de los cielos, parece que dijo que entrarían los hijos de los hombres o los mismos hombres cuando se volvieran como aquellos niños.² Con que las almas que no pensamos sino en ser grandes en nuestros pensamientos delante de los hombres, y acaso más grandes en edad, gobierno y empleos que los otros, con un continuo apetito de subir a tanto si pudiéramos y acaso a más, tarde nos volveremos a la edad de los dichos niños inocentes; ni llegaremos a ser grandes en los ojos de Dios, porque no hemos hecho caso de lo que nos dejó dicho en su santo Evangelio.

Y, así, aunque nos salvemos por su Misericordia, acaso tendremos que estar muchísimos años en el santo Purgatorio; porque no hemos puesto los medios en esta vida para que el Señor nos concediera la gracia y favor de volvernos al estado de la inocencia de los niños y hacernos pequeños como ellos delante del mismo Dios y de los hombres: sencillos y sin malicia ni doblez, reales y verdaderos, sin culpas personales, sin envidia ni soberbia.

Pero como crecemos en edad, crecen así mismo en nosotros las pasiones y los vicios, con que cada día vamos huyendo más y más del dicho estado de la inocencia; y así será preciso que si no en esta vida, lo paguemos en la otra.

Lo cierto es que mucho pudiéramos descontar en ésta de lo mucho que allá debemos satisfacer en suposición de que el Señor nos perdone las culpas, por su Misericordia, mediante los medios que debemos poner de nuestra parte, si hiciéramos el ánimo, como dije en el primer Tratado de este Espiritual Edificio del alma Religiosa, de servir a nuestro Dios con toda nuestra

alma, emprendiendo este espiritual camino con valor y esfuerzo por nuestro divino Esposo. Que no sólo satisfaríamos aquí por lo que allá en el santo Purgatorio nos han de hacer purgar, sino que mereciéramos mucha gloria. Porque como el Señor es tan amigo de dar y como sumo Bien tan comunicativo de Sí mismo, desea con ansias darnos todo aquello que nos mereció su precioso Hijo. Con sola la condición de que le amemos de corazón, nos concede que merezcamos a tan poca costa nuestra la gloria, que nos tiene ofrecida por su Hijo Amado.

Y el amar a este Señor, ¿acaso no es deuda de justicia? Pues es digno de ser amado por Sí solo, sin otro interés ni fin particular mío le había de amar; y le daría muchas gracias, porque me consiente a mí su vil criatura el que le ame; pues nadie le puede amar con el amor que El se merece. Que sólo le será correspondiente amor el que se tienen entre Sí mismas Aquellas Tres divinas Personas de la Santísima Trinidad; aunque es una la divina Esencia de las Tres en que consiste aquel altísimo Misterio, que todos los fieles creemos por su infinita Misericordia. Pero es tanto el amor que nos tienen las Tres divinas Personas, siendo nosotros sus pobrecillas criaturas, que no desechan nuestro amor; antes bien, dicen que si alguno le amase, vendrán a él y que harán su mansión en su alma.³

Miremos por amor de Dios y detengámonos, Hijas mías, en la bondad de tan altísimo Misterio, que se digna del amor de su criatura. Que como ella le ame de corazón, la ofrece el que todas las Tres divinas Personas vendrían a hacer mansión en ella.

¿Y es posible que no amemos a Quien nos quiere hacer tan soberano y extraordinario favor y merced? Sobre todo favor es éste que aquí ofrece el Altísimo y Omnipotente Dios al alma, aun viviendo en esta vida. Y así lo cumple a la dichosa alma que llegó a este divino y consumado espiritual Matrimonio; que se le manifiestan estas Tres divinas Personas por una manera muy maravillosa que ella no sabe decir.⁴ Que me parece a mí

³ Joan., 14, 23.

⁴ Cf. *Moradas*, VII, c. 1, n. 6.

que es como por Revelación y noticia divina; que con ella conoce el entendimiento que dichas Tres divinas Personas la hacen compañía.

Pero en este estado es el entendimiento sobre manera ilustrado y levantado sobre todo otro conocimiento: que es un acto muy eminente de divina unión con la Esencia de estas Tres divinas Personas. En el dicho raptó es donde se le da noticia en altísima contemplación de cómo están las Tres divinas Personas unidas entre Sí Mismas; y le dan a entender que viven y moran dentro de su alma. Y así cada Persona de las Tres, aunque es un solo Dios, por los favores que cada una de las Tres divinas Personas la hacen, esta primera vez que el Señor la hace este especialísimo favor, porque cada una la comunica al alma dones y virtudes, según lo que se atribuye a cada una, como el poder al Padre, la sabiduría al Hijo y el amor al Espíritu Santo.⁵

Y así recibe el alma o le comunican en dicha merced algo de lo que a cada divina Persona le corresponde. Y en esto no quiero decir que el alma vea la divina Esencia, sino que a mi parecer la muestra Dios nuestro Señor en muy subida manera este Santísimo y Beatísimo Misterio con la distinción que nos dice la fe de que es Trino en Personas y uno en Esencia. Que aunque digo se une el alma en sustancia con la Esencia de todas Tres Personas, es en vista de la merced que el mismo Dios la muestra con la distinción de ser Trino y Uno; porque así como estando el alma en este estado unida con el mismo Dios Hijo, su divino Verbo, y así como son Tres Personas divinas inseparables una de otra, aunque al alma no se le muestre más de esta vez su Criador — como he dicho — con la distinción de Personas para que mejor entienda esta merced, así estando todas unidas en una misma Esencia, así también le parece al alma o se lo dan a entender por medio de la divina iluminación, que he dicho, que se une con todas Tres divinas Personas.⁶

Este favor es cosa que no se puede decir. Y es de suerte que, a mi corto entender, toca más al entendi-

5 Cf. *Llama*, c. 1, n. 6. *Cántico*, c. 39, n. 3.

6 *Cántico*, c. 39, n. 3, 4, 6. *Llama*, prólogo, n. 2; *ibíd.*, c. 2, n. 1; *ibíd.*, c. 3, n. 2, 80.

miento que a la voluntad, aunque Dios por lo común se comunica con mucha más frecuencia a la voluntad; porque gusta más de los actos sencillos y afectos de amor de la voluntad que de sutilezas del entendimiento. Aunque en la dicha merced no discurre de su parte nada porque está puesto en otro poder; y sólo atiende a lo que el mismo Señor le manifiesta y pone presente.

Mas, el secreto de este divino Misterio como otros muchos, no son de cosas que no están reveladas; pues ya tiene su Majestad revelados todos los Misterios de nuestra santa fe a su santa Esposa y Madre nuestra, la Iglesia; que como somos hijos de ella por la Misericordia de Dios, todos los creemos a ojos cerrados. Pero como el divino Esposo ama tanto a estas dichas almas, que tiene sus divinos deleites con ellas, suele el Amado descubrirles en cierta manera la sustancia de lo que la misma fe nos representa y nos manda la santa Iglesia que creamos. Que es lo mismo que descubrimiento de verdades reveladas, y es para el entendimiento de grandísimo regalo; y después de todo como experimenta en sustancia lo que la fe oscuramente nos propone, es para esta dicha potencia de grandísima admiración; y conoce más bien cómo dichos Misterios fueron por el mismo Dios revelados a los Santos Patriarcas y Profetas antes de la Ley de gracia, y después los confirmó todos el Prometido en aquella Ley con cumplir todo lo que entonces manifestaba a los Santos Padres por figuras y cosas que yo no sé decir, que todo está cumplido con la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Y así entiende el alma en dichas ilustraciones de verdades desnudas tantas cosas que le parece a ella, que aunque no hubiera fe que se las manda creer, las creería. Esto ya he dicho que no es necesario, para que el alma se entere de las cosas que debe creer; porque no tiene ni padece en este estado duda alguna sobre las cosas de la fe; sino que el Señor, como es Dueño de sus criaturas, como tal obra y le manifiesta lo que quiere de sus mismos secretos y Misterios que a otros les esconde.

Porque no a todas las almas las da tan clara luz como a otras de las dichas verdades que encierra en Sí la misma fe. Porque aunque todas la tengamos, como cristianas, la que [tienen] estas particulares almas favore-

cidas tanto de su Dios, la tienen a mi corto entender muy ilustradísima por don particular del Altísimo que se la comunica. Que sea por todo alabado para siempre. Y conocido de todas sus criaturas. Amén.

[CAPITULO 26]

[REFIERE CÓMO EN EL MATRIMONIO ESPIRITUAL SE LE CUMPLE AL ALMA A LA LETRA LA PROMESA DE QUE VENDRÍAN A ELLA LAS TRES DIVINAS PERSONAS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y QUE HARÍAN EN ELLA MANSIÓN. ALTÍSIMA INTELIGENCIA QUE SE LE COMUNICA DE ESTE MISTERIO Y OTROS MARAVILLOSOS AFECTOS DE AMOR ENDIOSADO EN RETORNO DE LA SUMA POBREZA Y DESNUDEZ DE SU ESPÍRITU A QUE LA REDUJO EL DIVINO AMANTE. SOBRE QUE ALEGA LA HISTORIA DEL PACIENTÍSIMO JOB OPORTUNAMENTE]

LA merced dicha acerca del soberano Misterio de la Santísima Trinidad, que su divina Majestad se digna de representar al entendimiento, mediante la divina luz o ilustración ya dicha, no es por medio de figura corpórea alguna, sino que parece toda divina.

Ni se ve en esta visión tampoco a la segunda Persona, que es el Hijo, en figura humana. Quiero decir que no se le manifiesta al entendimiento en cuanto Hombre, sino en cuanto Dios con las demás divinas Personas.

Digo esto, porque no se entienda que es esta visión de ninguna manera imaginaria, ni tiene cosa que el sentido de la imaginación pueda percibir; porque todo es intelectual y espiritual. Que no es como otras, donde se ve a Cristo nuestro Señor que en tal caso pudiera el alma decir en alguna manera cómo le vio. Y, así, sin figura alguna le representa al divino Esposo ese Misterio; pero de suerte que conoce el mismo entendimiento que le hace su Criador aquella merced.

Que es como si dentro de un oratorio hubiera una efigie o efigies hermosas y que estuvieran tres distintos rostros unidos [los] unos a los otros. Y que todos tuvieran

la misma hermosura que el uno y todos tres nacieran de un mismo tronco y dicha imagen de tres rostros estuviera cubierta con algún velo. Si este velo se corriese, luego veríamos aquellos tres divinos rostros en un supuesto con un mismo levantar de ojos.

Esta comparación es imaginaria y de cosa corpórea. Y, así, no viene bien para lo que quiero decir; porque es muy distinto el modo con que el Señor manifiesta al alma en un brevísimo acto este divino Misterio en el supuesto que todas las Tres divinas Personas son una misma Esencia, tan iguales en todas sus divinas perfecciones, que no discrepa un punto una de la otra, porque todas son una misma cosa y tiene la una lo que tienen todas Tres juntas y juntas las Tres es un solo Dios. Que no se puede decir más que el que debemos cerrar nuestros ojos y creer a ciegas este Beatísimo Misterio como todos los demás de nuestra santa Madre Iglesia. Que lo que acá creyéremos por fe, allá lo veremos y gozaremos en lumbre de gloria, mediante la Misericordia de Dios y los méritos de su Amado Hijo y las buenas obras, si las hiciésemos.

Tampoco ven las dichas almas enamoradas de tal Esposo siempre que quieren estos secretos; porque con una sola vez que el Señor se los muestra, les quedan de suerte impresos los que han visto en este modo de divina visión; aunque no es tan claramente en esta vida, que no promedie en algo el velo de la fe. Aunque ya para dichas almas les parece que es dicho velo para ellas muy sutil y delgado. Porque como experimentan la suavidad del Espíritu Santo, las parece que ya ven mucho de lo que creen; y así no se les olvidan dichas mercedes como quiera. Porque como el Señor se las hace a fin de cumplir en ellas la palabra que dice: "*Si alguno me amase, vendremos a él, y haremos en él mansión*",¹ una vez que su divina Bondad se digna de hacer mansión en las dichas almas, queda de la expresada merced hecho efecto de obra. Y aunque el entendimiento no sea otra vez levantado sobre sí mismo, para ver en cuanto se sufre el mismo Misterio, como le fue representado al tiempo de quererla el divino Esposo consumir en el

1 Joan., 14, 23.

espiritual Matrimonio, por los efectos que siente en su voluntad, conoce que moran y viven en el centro de su alma las Tres divinas Personas como en templo suyo, pues se dice que está Dios en el corazón del justo.

Que aunque las dichas almas no se tienen por tales, antes bien se confunden de ver que siendo tan malas las haga su divino Esposo tan grandes mercedes como si fueran santas, en este estado no les encubre el Señor la luz de conocerse mucho más aprovechadas en las virtudes que en otros estados más bajos. Y no ignoran dónde les procede su aprovechamiento y todo lo atribuyen al dador de dichas virtudes.

Que es este estado de tal suerte, que conoce el alma en un punto más que si mil años estuviera pensando siempre en lo que tiene de su cosecha y en su nada. Porque penetra con el espíritu purgado los más profundos secretos y senos de la tierra. Y conoce claramente que todo cuanto tiene de bueno es dado de su divino Esposo. Sin ningún estudio suyo conoce todo esto y otras muchas cosas por razón de la misma luz divina, que le parece está como una hacha encendida en la esencia de su espíritu con que sin trabajo del entendimiento ve todo lo que su divino Esposo la quiere manifestar.

Y, así, sin inquisición de sus discursos activos de dicha potencia todas las cosas que Dios quiere que conozca, así para su aprovechamiento como para que ayude al de otras almas sin el dicho estudio activo se las comunica el Amado pasivamente; que es a mi corto entender como cosa ya hecha. Por tanto, todas las cosas del servicio del divino Esposo las hace el alma en este estado como movida por El. Y de ese modo ya no es el alma la que se mueve, sino que es el Esposo el que la mueve a ella, para que haga todo lo que El quiere en su servicio; y para que todo redunde en gloria, y alabanza del Mismo Amado, que siente, estar siempre en su alma; aunque algunas veces se suele retirar a lo más superior o escondido de ella y deja la parte sensitiva como seca; pero de modo que nunca le echa menos del centro del alma.

Estas, como dije en otra parte, ya aman a su divino Esposo y Dueño con el mismo amor que el mismo

Amado les comunica por la divina unión que tiene con ellas. Y, como es amor del mismo Dios el amor con que las tales le aman, es tan agradable a sus divinos ojos, como cosa que sale del mismo con que a sí Mismo se ama el Mismo Amado.

Y es este amor divino el que une el ser de su esposa y criatura suya Consigo Mismo. Y no sólo la une como en el estado de esposa, en que todavía le parecía no le tenía el alma tan seguro que no temiese harto de perderle, sino que la transforma toda en Sí; de suerte que queda una misma cosa con El, esto es, mientras dura en el acto de esta divina transformación. La que no se puede comparar con razones, porque parece que no parece el alma en dicho acto; sino que toda se pierde de vista. Ni por entonces ella se halla a sí misma, porque toda está metida como en el seno o tálamo de su Amado, donde la esconde para mostrarle sus divinos deleites. Los que después no le son fáciles de poder decir al mundo; como son los que la divina Sabiduría le comunica.

Después que el Señor le hizo la merced dicha, quiso se hiciera su entendimiento capaz de cómo las Tres divinas Personas la venían a hacer compañía. Que me parece a mí fue darle a entender el divino Misterio por última merced de las particulares que le hacía el Señor, antes de llegar a la consumación de este altísimo estado del Matrimonio espiritual. Que es como darle a entender que ya venían a hacer mansión en el alma, que el mismo Dios acabó de disponer con la última espiritual purgación.

Y, así, luego que la tuvo dispuesta, la hizo la dicha merced del conocimiento del Misterio de las Tres divinas Personas. Y también asegura a las dichas almas, como yo sé de una, que nunca se apartará de ellas; y que siempre le hallará dentro de su corazón; de suerte que se le dará a conocer como el alma no se quiera apartar de su Señor por sus descuidos, como he dicho.

Así desde dicho favor experimenta el alma que nunca se le ausenta el divino Esposo como antes. Que yo estoy maravillada de ver que las palabras de Dios son como obras: que el punto halla el alma hecho lo que la dice su divino Esposo.

Pero lo que suele hacer comúnmente después que el Señor está como de asiento en el alma, es hacer su divina operación en la voluntad. Esta, como es potencia ciega, no tiene que hacer más que actos de amor; y como el motivo para ella hacer dichos actos es en este estado sin el correo de los discursos de su entendimiento, porque le tiene el Señor sosegado, quieto, sin bullicio y sólo está como suspenso, mirando al divino objeto que se le pone presente, este divino amor es el que con sus divinos toques mueve al punto la voluntad.

Y ésa es la causa de ponerla el Amado en acto de amor divino; y es la que ordinariamente se une con su Dios en su Oración, aunque las demás potencias también están atentas a su Dios, que se les pone presente; mas no siempre parece que están tan unidas como la voluntad con su Criador, si no es cuando son arrebatadas del mismo Amado. Como sucede en los raptos, que en tal caso todas tres potencias están unidas con su sumo Bien, que llamo yo transformación de toda el alma, donde parece una misma cosa con Dios Nuestro Señor, aunque conserve su ser criado.

Mas por entonces no está capaz de poderse conocer a sí misma, porque toda está transformada y metida en otro poder; que no la dan libertad para poder hacer la más mínima reflexión sobre su ser criado; y, así, todo lo que en estos traspasos y raptos la enseñan, no la parece que entre el ser de su alma y su Criador hay diferencia alguna; porque todo le parece ser Dios, hasta que vuelve a bajar de los dulcísimos brazos de aquel Señor que así se digna de comunicarse con los hijos de los hombres, con los que dice tiene sus deleites² o que quiere comunicarles los suyos, como ellos se dispongan para ellos.

Y, así, para que el alma pueda subir a tan alto estado, mucho es menester pasar, como se ha ido diciendo. Y entonces la llegará el Amado a Sí y experimentará la suavidad de su divino Espíritu; y verá cuán dulce es su divino Esposo para ella y cuán bien le paga todos cuantos trabajos ha pasado por El. Que bastaba para dicha retribución un solo acto de transformación de toda el

2 Prov., 8, 31.

alma con su Dios; que se puede decir que "*toda deuda paga*".³ Si se puede decir que nos debiera mucho tal Dios y Señor. Porque nada nos debe y somos nosotros los deudores. Pero parece que su divina Majestad nos quiere pagar lo mismo que le debemos; que sabe somos incapaces de poder satisfacer con nuestras cortas obras y pobres servicios.

Sea tal Bondad por todas sus Misericordias alabada y nos comunique su luz para que no perdamos tantos bienes como estas almas escogidas tuyas aun en esta vida experimentan. Que ya parece gozan de muchas primacías de la gloria y de aquella eterna y bienaventurada vida, empezando en ésta el Reino de Dios en ellas. Porque conocen y sienten muy bien, que está el mismo Rey de la gloria dentro de sus almas. Y las acaricia y regala como Esposo divino que las mete en su lecho muchas veces. Y sobre todo hace el Esposo estos excesos de amor con la esposa, cuando ella está más afligida y llena de dolores, trabajos y penas por El. Porque aunque a ella no se le da ya mucho por buscar su consuelo ni lo pretende tener en cosa criada y aun de grado renuncia todos los deleites que su divino Esposo le puede hacer por padecer más a secas por El, por lo mismo se agrada tanto el Amado de este amor desinteresal de su Esposa que sólo desea la gloria de Dios y nada para sí.

Es el Esposo de tal condición que no sufre el dejarla de favorecer cada vez más, según la dignación de su infinita Misericordia. Y ésa es la que le paga así mismo ya que la esposa por sí no le puede pagar tantas como le hace en este dichoso estado, que me parece es el más alto a que la puede subir en esta vida mortal.

Yo pienso que aquí vuelve el Señor duplicados al alma su esposa todos los bienes, que antes la quitó por medio de la desnudez de la purgación espiritual que dije, pues la hizo verdaderamente pobre de espíritu, que no la dejó cosa suya propia.

Que me acuerdo de lo que hizo con el pacientísimo Job, como hemos oído en su historia,⁴ que le quitó nuestro Señor todos los bienes que poseía: sus ganados, hijos

3 Cf. *Llama*, c. 2, n. 23.

4 *Job.*, 1-2.

y demás cosas hasta dejarle desamparado de su misma carne; pues estaba puesto en aquel muladar lleno de llagas, sacando la podre de ellas con la teja, según he oído. Y cuando sus amigos le fueron a ver con título de consolarle creo que le causaron más dolor y pena. Mas después que nuestro Señor cumplió en el santo su divina voluntad, con aquella obra tan grande de probar a su amigo en el taller de tantas penas y dolores, que según lo que mostraba de afuera no podía menos de sentir al mismo tiempo mucha aflicción interiormente en su espíritu y desamparo, pues dicen que maldecía la hora o día en que nació.⁵ Mas también he oído decir que en dichas maldiciones no pecó,⁶ que eso no es del caso ahora para lo que quiero decir, sino que después de pasar por aquellos terribles trabajos [así] interiores como exteriores y suma pobreza de alma y cuerpo, en que su Criador lo metió para probar su paciencia y acrisolarlo como a fiel siervo suyo, le volvió a sus riquezas, y le restauró la salud de su llagado cuerpo; pero todo con mayores ventajas que antes cuando era señor de sus bienes.⁷

Y, así, aunque parece que el Señor desnuda a dichas almas y las quita todos sus propios bienes, que ellas podemos decir poseían, que eran todas sus operaciones naturales así de la parte sensitiva como espiritual, y parecía que era una losa aquella para el alma como una destrucción de su ser natural, ahora conoce que si no pasara por aquel desecho y despojo, no pudiera verse tan rica de los bienes espirituales que su Esposo divino la da en retorno del dicho despojo.

Porque Dios no destruye la naturaleza del hombre una vez que se la dio. Lo que hace es reformarla y quitar de ella todo lo que la puede embarazar esta divina operación que su Criador quiere hacer en su alma y potencias, moviéndose a lo divino para que obren así mismo a lo divino y no naturalmente como antes, esto es, en cuanto a su Dios, y a entender en El. Que no le quita el Señor que sea libre en las demás acciones para

5 Job., 3, 1-5.

6 Job., 1, 22; 2, 10.

7 Job., 42, 11.

la conservación de la vida humana; y, está tan arreglada y unida a la voluntad de su Criador, que ya no le cuesta nada el hacer todo lo que entienda ser de su divina voluntad; porque todo su cuidado lo pone en eso en todas las cosas que piensa y hace. Mas en su Oración ya no anda el alma buscando motivos con su entendimiento para que la voluntad se encienda en el amor de su Esposo divino; porque el mismo que mora dentro del centro de ella, es el que tiene ese cuidado.

Y, así, luego que se pone el alma en su Oración, encuentra al punto con quién hablar, que es su Mismo Esposo, que sin discurrir con el entendimiento nada, parece que luego la mueve al dicho acto de amor. Sin ruido de palabras pasa este secreto; pero es como decir con la obra: "*Mírame, hija, que aquí me tienes*".

Y basta lo dicho para que se entienda cómo el Mismo Señor no quiso que su esposa hallara su sosiego y descanso, hasta llegarla a este dichoso estado, para cuyo efecto la despojó de todo lo natural y sobrenatural de cosas, que distintamente podía ella percibir y hacer sus actos reflejos sobre las dichas luces.

Y así quedó su seno y casa de su alma vacía y desocupada, para su Dios poder enchirla de Sí y ocupar sus potencias como Señor de ellas, para que se cumpla en ella el fin para que fue criada y sacada del ser de la nada. Y, así, la dejó el Amado sin nada suyo para que sea Dios todo de ella y ella toda de El, sin dejar cosa que no le haya entregado. Y, así, el Esposo también se le da todo a ella. Que sea tal Amor por todo alabado. Amén.

[CAPITULO 27]

[DEL GRADO DE AMOR SUAVE QUE COMUNICA EL ESPOSO AL ALMA DICHOSA EN ESTE ESTADO DEL MATRIMONIO. Y CÓMO YA NO SIENTE LOS ÍMPETUS QUE ANTES LA ARREBATABAN Y SACABAN DE SÍ CON MUCHA PENA DEL NATURAL. DA CON LOS MOTIVOS DE TODO Y TOCA INCIDENTEMENTE OTROS PUNTOS]

ESTAS almas que llegaron a este estado divino, ya pueden decir con el Señor San Pablo, que *no son ya ellas las que viven, sino que vive en ellas Cristo*,¹ su divino Esposo en espíritu, pues se les muestra tan unido, y en El arden con suavísimo amor, que es el que hace la dicha divina unión de la criatura con el Criador de ella, sirviéndose El del mismo amor que la tiene, para hacerla tan soberana merced.

Digo que arden suavemente. Porque en este estado no es el amor que la comunica su Esposo, impetuoso como suele suceder en otros grados más bajos de esta divina comunicación. Porque como el alma no está tan dispuesta como en este estado, con cualquiera cosa que sobre-naturalmente la comunique el Señor, sale de sí de espanto y gozo; y anda como una loca, sin poder suprimir [*sic*] en el pequeño vaso de su alma aquel gozo que siente en su interior. Y suelen hacerle de ahí los arrobamientos que padece muchas veces, no sólo en secreto sino en público.

Mas yo digo que no es cosa que ella, aunque quiera, pueda remediar. Y, a veces, lo ordena nuestro Señor para manifestar a otras almas lo que a aquella favorece; aunque también la suele venir a la pobre alma un tropel de trabajos con el motivo de los dichos arrobos en público.

Porque como somos las criaturas tan tardas en crecer y que Dios es poderoso, que puede hacer lo que quiera con los que de veras le buscan, nos parece que es

1 Gal., 2, 20.

algún mal espíritu el que hace aquellos excesos con las dichas almas. Y así también, como hay tantas experiencias de que el demonio ha engañado a muchas con cosas aparentes, no me admiro de que no lo crean; porque también lo permite Dios para ejercicio de la misma alma, que lleva por el camino extraordinario. Y con el tiempo no dejará de dar luz al mundo, como aquellas almas que él piensa están engañadas del demonio o de sí mismas, que no es así, sino que es espíritu suyo, el autor de los dichos excesos en público.

Porque es este Señor la honra por excelencia de los suyos y tiene la suya y su gloria en honrarlos a ellos. Y lo que se debe atribuir a su Majestad no es razón se tenga por cosa del demonio. Y, así, vuelvo a decir que aunque permite el Señor por algún tiempo a las tales almas, que El quiere y son para El las niñas de sus ojos, que las tengan las demás por engañadas del demonio, como su divino Esposo con quien tienen su trato y comunicación es suma Verdad, la aclarará como he dicho. Que bastantes experiencias se hallan en las vidas de los santos de la fidelidad de Dios para con ellos; y de camino da luz a las contrarias, esto es, a las que piensan son las dichas almas engañadas de mal espíritu, para que lo crean y no padezcan las dichas dudas y temores contra las almas de verdadero espíritu; porque no poco siente el Señor semejantes juicios, cuando pasan a ser demasiado temerarios, por no decir otra cosa peor.

Y en esto no quiero decir que no se prueben los dichos espíritus; que no se habla aquí con los Ministros de Dios y de los que tienen esa obligación. Que antes bien les manda su Majestad que lo hagan con la prudencia debida. Pero suelen tomarse esa mano de probadores muchos legos y aun mujeres que no tienen superioridad alguna sobre dichas almas. Y se meten a discernidoras de espíritu para tener que contar en los estrados si no es en la cocina. Que yo sé que aun de esa esfera se quisieron meter a correctoras del espíritu de una sierva de Dios. Mas permitió su Majestad que la salió cara su curiosidad con harto dolor de la dicha sierva de Dios porque se quiso meter en lo que no la tocaba por ningún camino.

Lo cierto es que, como digo, al fin y a la postre siempre declara el Señor la verdad, para que a El se le atribuya lo que es suyo y no se tenga por cosa del enemigo su contrario.

Porque cuando él fuese el que fingiera las dichas cosas, también permitiría Dios que se supieran y descubrieran sus embustes y engaños. Como también hay bastantes experiencias de eso en el mundo y en la santa Iglesia. Que, como gobernada y regida por el Espíritu Santo, no la puede el demonio oscurecer la luz para que no conozca sus depravados errores y engaños, con que intenta engañar y apartar de ella a algunos miembros suyos, que son las pobres almas que se quieren voluntariamente dejar engañar de tal infernal serpiente. Su divina Majestad nos defienda de sus lazos. Amén.

Pues volviendo a lo que decía, suelen las dichas almas de buen espíritu padecer los éxtasis y arrobamientos en otros estados de esta vida espiritual, porque se les comunica el Señor con más fortaleza. Que no sé cómo ello es, pues se siente mucho descoyuntamiento de cuerpo, que parece que restrañan [*sic*] los huesos y se pone el cuerpo yerto y tieso como un baral. Porque como el Señor se quiere sólo comunicar al espíritu, y no a la parte sensitiva en los dichos estados, y como para dicho fin hace que se retire el alma a la parte superior, como el pobre natural está tan unido con ella, siente mucho el que lo desampare de aquella suerte.

De modo que el alma no es aquí la que hace este desamparo, porque es Dios el que la lleva y arrebatada para Sí. Aunque al pobre cuerpo le cuesta mucho el que se la hurten en los dichos excesos. Y porque le parece que le deja ella desamparo, cuando empieza a sentir el arrobamiento, hace aquella novedad el natural; y después que baja de él, luego se siente flexible, pero como una cosa descoyuntada, que le parece se le abrieron los nervios y aún los huesos.

Y consiste, a mi ver, en que el alma aunque es espíritu, es la que da vida al cuerpo después de Dios; y el cuerpo está sano y vivo, que no está tan insensible como el cuerpo de un enfermo que está para morir: que ya casi no siente dolor exterior cuando llega a los últimos de la vida. Así, casi no siente el que el alma se la vaya.

Pero acá es de otra manera como digo. Que estando en sus sanos sentidos o vivo y sano en el cuerpo, ver que de repente parece que le llevan a su compañera, no hay que admirar haga tanto sentimiento el pobre natural. Llamo yo impetuoso a este modo de arrobamiento, porque es hecho con mucha aceleración; aunque en otros no es así: que va poco a poco el Señor recogiendo al alma, hasta llevarla a ver lo que El quiere enseñarla, y así no siente tanto el natural su desamparo; ni tampoco es del todo arrobamiento en que pierde los sentidos, como en el que acabo de decir; porque no llega a ser en su acto tan perfecto.

Quiero decir que no llega a perfecta unión de las tres potencias con el Criador, porque oyen y ven; aunque no atiendan a lo que los sentidos pueden ver y oír; pero se conoce que está el alma en alguna manera, como dicen, en su tierra, que es en su mismo cuerpo.

Mas en el otro exceso primero que dije, aunque el alma está en el cuerpo, no lo conoce hasta que vuelve en sí. Y también conoce al principio, cuando empieza a sentir aquel impulso o ímpetu, que está en sus carnes: que por eso le hace temblar como de miedo que tiene porque no sabe a dónde le llevan el alma; pero llegando a lo sumo de lo superior de ella, ya no conoce si está en su cuerpo o fuera de él. Porque toda está empleada en lo que su divino Esposo la muestra.

A este modo de merced, que es el de los raptos, llega muchas veces el Señor a favorecer al alma, antes de llegar al estado de que vamos hablando del Matrimonio espiritual porque cierto que no era mi intención hablar de estas cosas, sino de los medios que debe poner de su parte el alma religiosa, para llegar a la divina unión con su Amado Esposo. Y por eso no lo puse en sus lugares.

Mas ahora con la ocasión de explicar algo de lo que pasa en este último grado de desposados y como cosa de que está ya consumado este divino estado, el que en la gloria se acabará perfectamente de perfeccionar para siempre, lo digo aquí para que se vea la diferencia que va de unos efectos a otros. De suerte que los raptos que he dicho que de cuando en cuando hace el Señor a las almas antes de llegar a este estado, no son tan

suaves y dulces para la parte sensitiva como lo son en éste. Aunque cuando salió el alma la primera vez de la purgación que he dicho, la hizo el Señor aquella tan maravillosa merced que dije también allí que no sólo la llenó su espíritu de divinos deleites, sino que los difundió por la parte sensitiva y aun gozó mucha parte el pobre cuerpo que estaba seco y árido y a punto de acabar de expirar.

Y así también *su carne se alegró en el Señor* como sus secos huesos, de suerte que la vivificó toda.² Esta maravilla la hizo el Amante de su esposa, sin sacarla de sus sentidos para que todos y cada parte gozaran con libertad de aquel caudaloso río de suavísima leche, que derramó el pecho divino sobre ella.

Y de este género de merced no son los arrobamientos que empecé a decir; que son penosos en cierta manera para el natural, porque acaso no está tan dispuesto, como cuando el Señor le hizo aquel favor tan grande que dije en su lugar, y sólo se comunica Dios al espíritu en dichos arrobos y raptos.

Mas, en este estado son — como he dicho — cuando el Señor es servido de hacérselos de otra eminente manera, más llenos de gozo y gloria para el alma y para el cuerpo, porque no lo maltrata. Antes siente al mismo paso que va el Señor transformando para comunicarse a su esposa algunas veces más que lo ordinario, la va llevando con una divina dulzura como en sus divinos brazos metida. Y así como la parte sensitiva está ya reformada y dispuesta como a lo divino también y tan sujeta al querer de Dios y de la misma alma, que sólo quiere lo que su Esposo quiere, no resiste nada; antes siente deleite y gozo por lo que le redonda del espíritu.

Por lo dicho se conoce que el modo de comunicarse el Señor a estas almas es de muy distinta manera que en otros grados. Y también aquí se le quitan los dichos arrobamientos; porque ya están dispuestas para comunicar con su divino Esposo; y para que sin salir de sus sentidos, puedan gozar de la suavidad de su divino Espíritu.

Porque ya no vuela el alma por las criaturas, para

que le den noticia de su Amado, pues ya le tiene consigo. Lo que antes buscaba con tantas ansias, fatigas, dolores y penas. Y ya reposa y descarga en El como en su único Bien. Ya no anda sustentándose de las migajas que caen de su mesa, que son las cosas criadas y sus conceptos que hacía de su Criador por ellas. Ya la sienta el divino Rey a su celestial banquete; y la mantiene su familiar trato y conversación. Ya no se anda tras de sus pobres discursos para la fábrica de su miel, que aquí la encuentra hecha. Y tan dulcísimo para la boca y paladar de su voluntad, que no se puede explicar, ni comparar con todas las suavidades y dulzuras de esta vida mortal. Aunque no está el alma siempre gustando de la suavidad de aquella divina miel, como se dirá si se me acordase después; pero no sé por qué manera conoce ella que no deja su divino Esposo de estarse en su mismo centro; aunque no perciba la parte sensitiva la suavidad del espíritu; y le basta al alma conocer que aunque parece que está como dormido, está dentro de ella como he dicho.

Pero podemos decir que cuando recuerda o despierta, es cuando el Señor hace aquellos divinos toques en el alma y entonces es la parte sensitiva también con la superior regalada.

Este género de toques divinos es a mi ver de las mayores mercedes que en este dichoso estado hace el Esposo al alma, que la hacen derretir en amor del que así la toca con sabor de vida eterna. Esto es en cuanto a la sustancia de ella; mas resulta este divino efecto de tal suerte en la sensitiva, que sin perder los sentidos, está manteniéndose cada parte en lo que la toca; pues no es esto como en los arrobamientos o raptos; que desampara el alma la casa de los sentidos, para gozar de aquel sumo Bien libre de ellos; aunque la conserva el Señor en su cuerpo. Acá no es así. Que sin aquel arrebatamiento del alma a la parte superior, goza cada una de las dos de un modo de fruición de gloria; y así sucede esto cuando Dios nuestro Señor hace el dicho toque. Para lo que no espera que el alma se ponga de propósito en Oración: que en cualquiera parte que el sujeto se halla, ya sea en ejercicios exteriores del servicio suyo de la obediencia y cosas tocantes al empleo que tiene por dicha obe-

diencia, ya en otros actos de virtudes, le pasan estas cosas.

Y algunas veces corriendo y durmiendo según el beneplácito del Amado que tiene dentro de sí misma, que es el que hace aquel movimiento y toque divino; y le basta para ponerla el Señor al punto en el dicho acto de amor y unión. Que se puede decir que éste es el punto que le da su divino Esposo, para que se ponga en Oración, sin necesidad de ayudarse de los discursos de su entendimiento ni de la lección de los libros, para meditar sobre lo que se lee. Porque tiene dentro de sí al Autor de los santos libros; y aquel es el que quiere lea la Esposa en El; pues se le pone como en las manos abierto; aunque todo él está en blanco, por ser el blanco de su Esposa el que la lleva toda su atención con el contacto de los dichos divinos toques. Los que dejan también en el cuerpo el efecto de aligerarlo; que no parece sino una pluma; y con especialidad cuando está el pobre natural quebrantado con enfermedades y dolores, se los suaviza el Amado con dejarlo tan ligero que no le pesa su carne más que si fuera un papel.

Y aun algunas veces parece que anda sin poner los pies en el suelo; y otras parece que le van a subir por el aire de ágil que siente su cuerpo. Que a mí me admira mucho esto; porque sin perder los sentidos, anda el cuerpo como un papel de un lado a otro. Que parece que ya le comunica su Criador alguna partícula en cierto modo de las dotes de gloria, que después ha de gozar con toda plenitud, perfección y libertad en la Resurrección de la carne, como nos lo dice la fe en dicho artículo.

Así también le quita el Señor, cuando es servido, no sólo el peso de su carne, sino que la sana y libra de la enfermedad que padecía, sin más medicamentos naturales; aunque esto no es siempre que el cuerpo está enfermo; porque Dios así como le favorece con tantos y [tan] divinos regalos, también le deja padecer para que merezca más; *porque no ha de ser el Siervo más que su Señor*,³ que fue su santísima vida una continua Cruz.

Estas dichas almas ya tienen toda la obra de su inte-

3 Joan, 13, 16.

rior hecha en paz, o por mejor decir, se la da el Señor toda hecha en divina paz. Porque ya no las mueven fiestas y regocijos y cosas que por sus mismas causas causan devoción y júbilos al alma devota.

Y lo que a otras causa ternura y fervor de espíritu, a ellas no las hace el caso nada que vean y oigan; porque como Dios es sobre todas dichas cosas de devoción y de todos los medios que se la pueden causar y dar al alma, ya no atienden a eso; porque el Dios que en ellas mora con tanto gusto suyo, es toda la devoción de ellas mismas. Y, como digo, en cosa ninguna hallan más ternura y devoción que con la atención a su sumo y amado Bien. Que bien siente que es El el que las mueve sobre toda devoción.

Que así como una cosa grande junto a otra pequeña, y más si es de todos modos más hermosa que apenas tiene semejanza con la pequeña, nos llevará toda la atención naturalmente y no hiciéramos mucho caso de detenernos en ella, así acá como es este Señor que vive en las dichas almas con tantas muestras de su amor sobre todas las cosas, toda la atención ponen en El y toda su devoción les arrebatata.

Y éste es el motivo por qué no sienten ya júbilos y fervores sensibles como antes y todas las cosas hacen con una misma igualdad de ánimo; porque están en todas ellas muy conformes con la voluntad de su Amado y sumo Bien. Que no apetecen cosa alguna fuera de él; porque tienen todos sus apetitos sujetos a la razón. Y por ella se gobiernan mediante la divina luz que reciben en su entendimiento; porque aquí se la vuelve su Señor y Criador con muchas ventajas alumbrada y reformada a lo divino. Que para dicho fin de perfeccionarla le pidió el Amado que se la sujetase el alma a El. Que pensaba ella acaso, entonces que era más destruirla que perfeccionarla, como se ha dicho en su lugar. Aunque no como yo lo siento acá por mí; porque aunque parecía aquello muerte y peor que muerte del alma, era para darla nueva vida, para que obre más a lo divino que a lo humano; y sea el Señor el que quiere vivir en dichas almas; y en El tienen ellas su vida. Que vive y reine en la de todas las nuestras por su Misericordia. Amén. Amén.

[CAPITULO 28]

[DE LA PERFECCIÓN Y EXACTO AJUSTAMIENTO A LA DIVINA LEY Y PARTICULARES OBLIGACIONES CON QUE VIVEN LAS ALMAS QUE LLEGAN A ESTE SUBLIME ESTADO Y DE SUS EFICACES DESEOS DE APROVECHAR A SUS PRÓJIMOS Y ENGENDRAR HIJOS EN CRISTO. CON UN APÓSTROFE A LOS RELIGIOSOS]

ESTAS son las obras y maravillas, que Dios hace en las almas de sus escogidos: que como dicen son los que pasaron por fuego y agua de tribulaciones y aprietos de espíritu,¹ que he dicho, pasándolos el amor de su divino Esposo por la puerta angosta que los guía a la vida eterna; empezando en ésta a gozar de la libertad de espíritu que tienen los perfectos que viven entre las gentes como si no vivieran. Porque aunque no dejan de tratar con ellos, porque son estas almas tan amigas de humillarse a todos y servirlos en lo que puedan, según se lo dicta la caridad que reina en ellas, y acuden con más prontitud a sus socorros y alivios espirituales y corporales de ellos que a los suyos propios, pero su trato y conversación interior la tienen en el cielo.²

Porque tienen y sienten, si así se puede decir, en el de sus almas el Esposo y Rey de la gloria con el que tienen su íntimo trato.

Y no dejan por eso de tratar con las criaturas con santa libertad, cuando lo dicta la razón y prudencia; porque todo lo convierten en más amor de su Dios y del prójimo. Que son dichos dos mandamientos en donde se encierra toda la Ley de todos los demás. Y así tienen esta divina Ley de su divino Esposo tan estampada en sus corazones como un sello, para observarla con la mayor prontitud y perfección que ellas entiendan ser del mayor servicio de su divino Esposo.

Y así los que le aman de veras son estas almas, que

1 Ps., 65, 12.

2 Phil., 3, 20.

ponen todo su cuidado en no discrepar un punto a sabiendas de la divina Ley que El Mismo tiene estampada en sus corazones. Porque ya en este estado tienen las virtudes, así adquiridas como infusas, en muy subido grado por la Misericordia del dador de ellas y de todo don con que favorece a dichas almas.

Y aunque algunas veces, como sucede, tengan algunas imperfecciones como criaturas, no son de suerte que las turbe demasiado. Porque los yerros que cometen no pasan a ser de ningún modo voluntarios. Y, así, se pueden llamar las dichas imperfecciones en estas almas involuntarias; que sólo se quedan (como dicen) en descuidos materiales; porque tienen un cuidado sumo de no desagradar a su Dios y Señor en la menor cosa por pequeña que sea que ellos entiendan.

Y su Majestad, como los ve con este desvelo en la guarda de su santísima Ley, las favorece con la gracia de no dejarles caer. Y si alguna vez se lo permite en cosas leves con alguna advertencia, es para que se humillen más y conozcan más bien lo que deben al que les hace la costa de no resbalar en cosas de mayor monta. Y, así, luego se levantan con más conocimiento de lo que tienen de su cosecha y con mucha más compasión de las demás almas, que viven tan olvidadas de aquel Señor que ellas conocen con otra luz, que es el que las mantiene en pie, aunque siempre con el conocimiento de que si Dios se aparta de ellas pueden caer. Y, acaso, en más graves culpas que las de los que no son tan favorecidos de Dios como ellos.

Y, así, mire el que está en tan alto estado, que todavía está en esta carne mortal y por lo mismo puede caer. Que ninguno se puede tener por dichoso del todo, hasta verse en aquella eternidad, donde no hay ya peligro de perder a Dios para siempre. Aunque como se mantenga el alma en humildad, conociendo que todo es dado de aquella divina mano, crea que también tiene un Esposo tan fiel Consigo, que la tendrá muy de su mano para que a sabiendas no le ofenda.

Que tampoco gusta de que el alma ande llena de miedos demasiados; que no sirven sino de traer turbado el corazón, cuando el Señor quiere que le sirvan y amen con dilatación de ánimo y buena intención en todas las

cosas; aunque no salgan a los ojos de los que se tienen por más celosos que las dichas almas, tan perfectas en lo material, como ellos quieren y piensan. Porque para las acciones de dichas almas miran con ojos de lince; y no saliendo a gusto suyo y de la suerte que ellos las pintan, todas las condenan por malas en el tribunal de sus cabezas.

Como hay tantos de estos celosos en el mundo, como dije en otra parte, es una lástima lo que padece la virtud. Y, así, no hay más que poner de continuo el corazón en el que tira de adentro. Y juzguen los demás lo que quisieren: que porque alaben o motejen nuestras obras y acciones externas, no somos ni hemos de ser más ni menos que aquello que fuésemos delante de Dios, que es el que penetra el Corazón. Y, si ese le tiene el alma con ella misma unido con ese mismo Dios, no tiene que detenerse mucho en los siniestros juicios de los hombres y mujeres, que cavilamos un poco más que ellos.

No me falta un poco de humildad por la Misericordia de Dios, para confesar lo que siento y conozco de mi flaco sexo; aunque algunas de mis Hermanas no quieran conocerlo. Y dirás acaso que no es así; que si yo tengo esa flaqueza de ser cabilosa ellas no la padecen. Yo respondo que digo lo que siento por mí; porque debo decir verdad.

Así anduviéramos siempre en ella, como andaríamos también en humildad; y no se nos diera de decir y confesar lo que somos; que de ese modo nos favoreciera más el Señor por lo mismo que somos más flacas que los hombres. Como lo hizo con otras santas Mujeres; que quien las hizo varonesas fue el poder de su gracia; pero no las dotó tanto como a los señores hombres la naturaleza de nuestro sexo; y también quiere y gusta nuestro Señor que conozcamos lo uno como lo otro y que nos sirva de mayor motivo de alabarle por todo. Que, en fin, en cuanto nos dio un alma racional y como ésta la dejemos gobernar por El y por los que están en su lugar, no valdremos menos delante de sus divinos ojos, que la de los dichos hermanos nuestros que los crió Dios para mucho más en esta vida, como se apliquen a corresponder al divino Autor de nuestra naturaleza. Pero la lástima es ésa: que así unos como otras

muy tarde nos acordamos del fin para que nos crió. El Señor nos comunique la luz, que comunica a las dichas almas de [quienes] íbamos hablando; que ya no se les da nada por las cosas de esta vida; aunque a tiempos, como viven más en Dios que en el mundo, desean con bastantes ansias salir de él; y la causa es por lo que diré ahora.

Aunque están conformes con vivir por ser voluntad de Dios; si ven que no le sirven en provecho de otras almas, están descontentas. Que como ya tienen en muy subido punto la caridad de sus prójimos no se contentan con sólo aprovecharse a sí mismas; porque el amor y la íntima unión que tienen con su Dios, les produce este deseo de ser parte para que algunas almas se vayan a Dios por su medio, aunque sea a costa de muchos trabajos suyos.

Y así lo piden al Señor que les descubra modo para emplearse en el bien de las otras almas; y si no, que no se pueden sufrir a su parecer en esta vida, sin trabajar por su amor en este ejercicio por imitar más a su divina Majestad, que vino al mundo por la salvación de todas, padeciendo tantos dolores y penas hasta dar la vida en una cruz.

Y como el amor de su Majestad les causa este deseo, hacen lo que Raquel, que decía a su consorte Jacob, que le diese hijos, que si no, moriría en deseo y amor de ellos.³

Que cierto estas almas no pueden menos de pedir a su divino Esposo lo que su mismo amor les causa. Porque si hasta los Reyes, Príncipes y Grandes del mundo una vez que están puestos en estado y esto aunque sea un pobre le suele suceder, desean tener sucesión y fruto del santo Matrimonio y no ser estériles que aún el Señor lo dispuso para que le den frutos de bendición para su santo servicio. Y una vez que su Majestad u ellos fueron por ese estado naturalmente apetecen la dicha sucesión. Pues, ¿qué harán las almas que llegaron a este divino estado del Matrimonio espiritual de que hablamos? Que aunque el alma sea una pobre pastorcilla, una vez que el divino y soberano Rey del cielo

3 Genes., 30, 1.

se dignó de desposarla Consigo y comunicarla su divino amor, también este divino amor engendra hijos y deseo impaciente de tenerlos como Raquel los suyos.

Estos hijos del amor del divino Esposo son los que han costado tanto a nuestra santa Madre y demás Patriarcas y santos Fundadores de las sagradas Religiones. Que después que los concibieron del mismo amor de su amado Esposo, ¡cuántos trabajos les costaron! ¡Cuántas penas y dolores! ¡Cuántas persecuciones no sufrieron! ¡Cuántas vueltas han dado y pasos dieron para sacarlos del poder del Faraón del mundo y de la tiranía del común enemigo para traerlos a la tierra santa de la Religión, cuyo medio les dio el mismo Dios para cumplirlas el deseo, que su amor mismo les movía al de la dicha espiritual sucesión?

¡Oh Hijos e Hijas espirituales! ¡Cuánto debemos a Aquel celestial Padre y Esposo de dichos santos Patriarcas y santos Fundadores, nuestros primeros Padres! ¡Qué mal que nos acordamos de lo mucho que les costamos nosotros que somos los hijos e hijas de su amor y de sus dolores, penas y cuidados! Que por sacarnos de los peligros del mundo no perdonaron a trabajo y dificultad alguna, que se les haya puesto por delante, hasta lograr el fin de la empresa a que el mismo Dios les impelía del establecimiento y fundación del destino de cada uno y tanto Instituto como hoy florece en el jardín de la santa Iglesia.

Estos son los principales efectos que causa el amor divino en las almas, que llega al dichoso estado del Matrimonio espiritual. Que se lo comunica el divino Esposo, para que no sólo se aprovechen a sí, sino que con él aprovechen también a otras muchas almas de su viña, no teniéndole ocioso.

Y, como digo, ellas mismas conocen que su divina Majestad gusta mucho de que se empleen en el magisterio de tan alto talento como aquí reciben de su liberalísima mano. Y, así, desean con muchas ansias, sin detenerse en barras de dificultades, trabajos y cosa alguna contra la flaqueza del natural se arrojan a todo lo que entienden ser para el mayor servicio y gloria de su Dios y bien de sus prójimos.

Porque ya estas santas almas no cuidan de sí ni se

las da nada por su descanso así espiritual como temporal; porque toda su gloria, alivio, reposo y descanso le tienen en mirar que se aumente la de su Dios y Señor, ayudándole cuanto les es posible al fin por que vino aquel Amado de sus almas al mundo; que no descansó un instante por librarnos de la esclavitud del demonio.

Y aunque aquella divina Sangre se derramó por todas las almas, como nosotras nos queramos aprovechar de ella, aunque nos halláramos entre nuestros enemigos de la fe que profesamos, nos sirviera. Y del mismo modo servirá a las almas que viven en el siglo entre sus y nuestros hermanos católicos; mas, porque conocían los santos Fundadores las muchas ocasiones que hay en la Babilonia del mundo, ilustrados como ha dicho del divino amor que en ellos ardía, ordenaron establecer estos santos desiertos de sus Ordenes, cada uno según la divina determinación, para las almas que voluntariamente quisieren dejar la libertad del siglo y sus peligros y aseguran su salvación por este medio más perfecto que nos dejaron nuestros Santos Padres y Patriarcas.

Y, así, como a Hijos espirituales suyos, porque nos han engendrado en Dios, nos amaron y aman tanto que más hicieron y trabajaron por dichos hijos espirituales que si fuéramos hijos naturales de su sangre. Que no han derramado poco la suya, hasta sacarnos a luz, para que con más seguridad y medio más acomodado y perfecto, que es este santo estado de las santas Religiones, pudieran dichos hijos espirituales servir a tal Padre celestial, y que puedan ser herederos de sus bienes eternos por los méritos de su Santísimo Hijo, que sea por siempre alabado.

Y, así, no debemos pensar tampoco que las almas que están tan favorecidas de Dios en tan alto estado, siempre están como en una continua gloria y divinos deleites que se han dicho. Que antes bien, por lo mismo que toda la vida del Esposo que reside en ellas ha sido una continua cruz, quiere que padezcan con El; que sola una vez se quiso transfigurar en el Monte Tabor⁴ para que sus Discípulos fuesen testigos, y como participantes de aquella su gloria, que manifestó por de fuera;

4 Mt., 17, 2.

y supiesen que en su divino maestro estaba encerrada la divina Persona del Verbo, Hijo de Dios eterno, de quien procedía aquella divina gloria.

Pero miremos lo que el Señor respondió al Señor San Pedro, cuando le dijo que sería bueno quedarse allí y hacer tres tabernáculos: uno para el Señor Mismo, otro para Moisés y otro para nuestro Padre Elías y quedarse allí. Que aunque yo no tengo a punto fijo en la memoria lo que en esta gloriosa transfiguración pasó, me parece le respondió que las glorias de esta vida era una necedad querer que durasen. Y, así, aunque a estas almas las muestre el Señor algunas veces muchos regalos, como los que se han dicho y otros de distintos modos, también las previene el Señor con ellos, para beber el cáliz amargo de muchos trabajos y cruz como después experimentan, con que se hacen más semejantes a Aquel de quien se dice, que sola aquella vez desabrochó la Divinidad del Hijo de Dios su divino Pecho, y dejó correr el raudal de su gloria por la santa Humanidad de Cristo nuestro Señor que estaba unida con su Misma Divinidad hasta manifestarla por afuera. Pues creo que dicen los libros que tratan de la Santísima Vida de Cristo y de sus misterios que en esta gloriosa Transfiguración hasta sus sagradas vestiduras se vieron blancas como la nieve. Mas después de este divino exceso de tanta gloria como se difundió por la santa Humanidad de aquel divino Maestro, que hasta sus Discípulos que estaban presentes como que fueron participantes de ella, luego les previno el cáliz amargo que su eterno Padre tenía decretado que bebiese su querido Hijo en cuanto Hombre, como luego sucedió.

Pues así las dichosas almas, que tienen tanto trato familiar con tal Esposo, no siempre están gozando de los divinos deleites. Que aunque están en cuanto al espíritu unidas con Dios, no siempre se difunden por la parte sensitiva. Qué unida estaba la Humanidad de nuestro Señor Jesucristo con la Divinidad (y de otra manera que yo no sé decir) y con todo eso se quejó a su Eterno Padre en la Cruz, diciéndole: “¿Por qué le desamparaba?”⁵

5 Mt., 27, 46.

Y unida estaba, cuando en el huerto de Getsemaní estaba oprimido de tristeza mortal el divino Maestro, como les dijo a sus Discípulos, que estaba su Alma santísima triste hasta la muerte.⁶

Y, así, los que son verdaderos amigos suyos, como lo son las almas dichosas que han llegado a la divina unión de amor y estado dicho [del Matrimonio espiritual], no se ha de pensar que están siempre gozando de los dulces brazos de la Divinidad. Que suelen ser dichas almas a las que fía el Señor mayores trabajos como después de dichas mercedes pasan; aunque es verdad que también los llevan con mucho más gusto y consuelo espiritual, si los dichos trabajos son parte para que se salven algunas almas por su medio; y que todo redunde en la mayor gloria de su Dios y Señor. El que los conforta y alienta para ellos.

Aunque en la parte sensitiva sienten muchas veces sequedad; porque ya no obran por gustos que sientan o deben de sentir; sino por conocimiento de que darán gusto a su divino Esposo. Y así ya no se mueven por sus gustos ni interés de gloria propia; sino por la de Dios, en donde ponen toda la proa de sus cuidados, afanes y deseos sólo de contentar a su Dios, que de continuo sienten en el centro de su alma; aunque no se comunique tanto a la parte sensitiva como se ha dicho porque gusta el Señor más de que sus hijos, mientras viven en esta vida, apetezcan llevar el camino de su Unigénito en cuanto Hombre, que el de regalos.

Y, así también, como ellos conocen eso, les hace el mismo Señor la merced de no apetercerlos; antes bien los renuncian de grado por el Amado. Que ni aun se acuerdan de la gloria que les tiene preparada para después de su muerte. La que tampoco temen; porque están conformes con su Dios, que dejan en sus divinas manos todos los cuidados que acerca de sí mismos podían tener. Y así sólo ponen el suyo en contentarle a El; y en cumplir su santísima voluntad. La que sea hecha en todas sus criaturas. Amén. Amén, Jesús.

[CAPITULO 29]

[BREVE RECOPIACIÓN DE TODO LO DICHO EN ESTE TRATADO Y EXHORTA AL MODO CON QUE SE HA DE EMPRENDER ESTE CAMINO ESPIRITUAL PARA APROVECHAR EN ÉL SIN PELIGRO DE VOLVER ATRÁS. CONCLUYE EL CAPÍTULO CON UNA EXCLAMACIÓN PROPIA DE UN ESPÍRITU Y CELO APOSTÓLICO]

AUNQUE no vayan tan bien explicados los efectos que causan en el alma las mercedes que nuestro Señor les hace en el estado de este divino Matrimonio, por mi mucha ignorancia y rudeza, no me da mucho cuidado; porque los hallarán mis queridas Hijas y amadas Hermanas venideras de esta Casa con toda claridad y perfección en los libros santos de nuestra gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús. Que como tan ilustrada del Espíritu Santo, que la comunicó también este don de explicar cosas tan altas, espero supla mi gran Madre para vosotras mis muchas ignorancias y oscuridades así en la explicación de las causas como en la de los efectos.

Que no a todas las almas les comunica el Señor esta misma gracia. Y las que no tenemos (como yo) la santidad y virtud de la Santa, tampoco debemos quejarnos de que Dios nuestro Señor no nos haga a los pecadores como yo, tan iguales en recibir sus dones y gracias como a los Santos. Y así más vale humillarnos delante del Señor y tomemos con hacimiento de gracias lo que de sola gracia nos quiera conceder. Y veneremos todo lo que obró e hizo con sus Santos, aprovechándonos del ejemplo que principalmente nos dejaron de sus virtudes, que son las que les acarrearón tanta gloria.

Como lo reveló nuestra Santa Madre diciendo a su hija muy amada, Catalina de Jesús, que la gloria que tenía se la habían dado por las virtudes y no por las revelaciones. Que esas y todas las demás mercedes y favores que Dios hace a las almas, no las cuesta mucho el recibirlas; porque son dádivas graciosas del Esposo.

Y, así, merecen más con sufrir por Dios una pequeña contradicción y vencerse en alguna cosa que el natural repugna.

Que las virtudes, y los apetitos mortificados, son los que nos sirven de escalones para que Dios nos haga participantes de la gloria de los Santos; aunque en esta vida no nos haga Dios nuestro Señor tantas mercedes [extraordinarias] como a ellos; porque los predestinó para hacer tanto fruto en el bien de muchas almas de la Iglesia santa. Y así les comunicó tanta luz para que sus Hijos e Hijas espirituales se críen y mantengan con la leche de su espiritual doctrina, como la que hallamos en sus santos libros [...] pues toda ha sido como dictada del Espíritu Santo que vivía en ellos.

Mas porque deseo que me entendáis, Hijas mías, en lo que queda dicho en este mi corto Tratado y no penséis que deseo llevéis camino extraordinario, que fuera salir de las reglas comunes que nos enseñan los Santos, que dicen que de nuestra parte no queramos llevar otro camino que el que Dios Nuestro Señor nos señala, aunque no soy yo santa, digo lo mismo. Que será mejor humillarnos; y que si el Señor quiere que toda nuestra vida le sirvamos como los soldados de infantería que sirven al Rey de a pie, [lo hagamos así].

Y los otros caminan en sus caballos, que andan las jornadas a paso más veloz y acelerado, y van más descansados al parecer. Que aseguro no les cuesta poco el tener que cuidar también del caballo cuando llegan a las posadas; y más si con la corrida que han tomado se les puso enfermo. Tomado esto por el pobre cuerpo al que muchas veces, como el caballero del espíritu que le lleva del freno, con el ansia de llegar al destino que es a donde le llama la orden del Rey, sin detenerse mucho en el pobre animal, suelta el freno y las riendas del pobre caballo y le espolea de suerte que no sólo enferma, sino que casi no le deja con vida para volver al otro día a caminar. Y, así, es preciso se detenga mientras se repara con nuevas fuerzas, para proseguir el camino.

Mas aunque no venga mucho al caso esto para lo que comencé a decir, digo que unos y otros, así los soldados de a pie como los de a caballo, sirven todos a su mismo Rey; y llegan unos y otros al fin de su destino,

venciendo a sus enemigos que son los que se han dicho al principio; y que todos merecen el premio de su Rey. Que es el del cielo de otra condición que los Reyes de la tierra; que no deja a ninguno sin el debido sueldo, y les da mucho más que sus cortos méritos merecen.

Pues así el alma merecerá mucho; aunque no la levante Dios a Oración más alta, que la que dije al principio de meditación, así en sus divinos beneficios como en su sagrada Pasión; poniendo la vista de su alma en aquel divino Dechado, donde sacaré abundantes efectos para ejercitarse en todas las virtudes religiosas que se han dicho; aunque no pueda levantar su mente a cosas más altas.

Que en nuestro divino Esposo hecho Hombre está depositado lo más alto y subido a que las almas contemplativas pueden llegar. Pero si el Señor no me levanta, sino que quiere que me detenga toda la vida en la santa Humanidad de su amado Hijo, no por eso debo yo de querer llevar otro camino y otro más alto modo de entender los divinos Misterios que están encerrados en la Persona Sacrosanta de Jesucristo. Que, para yo amarle como debo, me basta saber lo que padeció por mí y las virtudes y ejemplos que nos dejó en todo el discurso de su santa y perfectísima Vida.

Y lo que nos pide es que arreglemos la nuestra con la suya, en cuanto nos sea posible. Que para esto no nos faltará jamás con su divina luz; y nos ayudará con su gracia, como apliquemos de nuestra parte la voluntad, no soltando la rienda al caballo de nuestros malos apetitos para que no nos despeñe.

Y de ese modo se dará por contento nuestro divino Rey de que le sirvamos a pie de nuestros discursos, mediante la fe y trabajo. Que no sacaremos poco fruto de la Oración de meditación y consideración de sus penas, llagas y dolores como sufrió por nosotros, si con verdadera atención nos detenemos en la santa Pasión y Cruz de nuestro Salvador, en el que está toda nuestra salud eterna. Que como le traigamos siempre presente en nuestra memoria y pensamiento, el Señor Mismo tendrá el cuidado de levantar nuestro espíritu, si fuere de su santísima voluntad, a la divina contemplación de su Divinidad, cuando sea servido y viese que ya está el

alma dispuesta para recibir aquella divina influencia, habiendo ella hecho lo que podía de su parte con su ayuda, para merecerle a su divino Rey el dicho favor.

Y entonces caminará con más velocidad por la carrera de sus santos Mandamientos y esta espiritual jornada que se ha ido diciendo, aunque harto oscuramente por mi poco saber, como he dicho.

Además que, a los principios de nuestra conversión a Dios, es muy necesario el que trabajemos como se dijo en su lugar; y Dios lo quiere así: que nos detengamos en labrar nuestra tierra con los discursos del entendimiento, mediante las buenas imágenes y figuras que se nos representan en nuestra imaginación de objetos que nos encaminan a Dios. Que ya he dicho que la mejor Imagen es la de nuestro Señor Jesucristo Crucificado, en la que hallaremos cuanto habemos menester. Porque como he dicho es un Libro de tantas hojas aquel divino Señor hecho Hombre, que aunque fuéramos eternos en esta vida, nunca le acabaríamos de leer.

Pero, además de esto, también gusta el Señor de que nos detengamos algunas veces en lo que somos; y como por nuestra flaqueza hemos dejado cubrir la hermosura de nuestra alma de tanta tierra, por dejarnos llevar de la corriente de nuestros apetitos y pasiones, que nos impiden ver la luz y reverberar en ella; que como he dicho es la luz de la divina contemplación, que Dios comunica a las almas que están ya purgadas y limpias de la mencionada tierra y escoria, como también de sus modos bajos de entender y discurrir en las cosas divinas y sobre su modo natural de entender como se dijo en su lugar; teniendo las cosas de Dios a las que no son Dios, por Dios, muchas veces, por la ignorancia de su bajo entender; hasta que el mismo Señor les quita las cataratas del ojo de su entendimiento, con pasarlo por aquellas purgaciones, en que después conocen qué diferente es Dios de lo que ellos pensaban. Pues ya dijimos cómo, pasada el alma por aquellos crisoles, se digna el Amado de dársele a conocer en cuanto se compadece con esta condición de vida.

Mas, mientras tanto que el Señor no nos levanta a otros modos más altos de entender, vuelvo a decir que no seamos en estas cosas demasíadamente ambiciosas.

Porque Dios más se precia de un alma humilde, que le parece que no es digna de que nuestro Señor Jesucristo la consienta a sus sagrados pies, como la Magdalena,¹ que de la que quiere volar sin las alas de verdadera humildad a otras contemplaciones más altas.

Mas si el Señor tuviese por bien dársela, tampoco será razón dejar de recibirla con la misma humildad y con hacimiento de gracias. Porque Dios no está tampoco sujeto a reglas en este camino espiritual, por donde llama a los suyos; que es dueño de sus obras y nadie le puede atar las manos.

Así, puede suceder que, a poco tiempo que el alma se ejercite en las dos vías primeras, purgativa e iluminativa, la levante a contemplación; aunque el alma no esté todavía muy ejercitada y purgada de las heces de su mala tierra; o, por mejor decir, de la que se le pegó de su naturaleza viciada por la mala culpa.

Porque también, así como la divina contemplación ilumina al alma, al mismo paso hace el otro efecto de purgarla de todas sus impurezas. Y de esa suerte, sin que se detenga el alma mucho tiempo en labrar la tierra con sus meditaciones y el trabajo de sus discursos, como dicen, tómanle al alma la labor ordinaria de la mano, para hacerla y acabarla de perfeccionar más presto, y con otros distintos primores de lo que la pobre podía hacer por sí; aunque asistida de la común luz, que nuestro Señor no niega a nadie como se la pidan.

Y, en tal caso, es éste un favor especial de Dios en las tales almas que desde luego levanta a contemplación. Que como tan Amante de las que de una vez se determinan de veras a dejar las cosas del mundo por seguirle, las quiere como Amante hacer la costa del camino espiritual que han emprendido. Y porque sabe el Señor que caminando por su pie llegarán acaso más tarde al fin de la jornada como se dijo en otra parte, las sale el divino Esposo al encuentro y las lleva como buen Pastor sobre los hombros de la dicha contemplación; y con ella van dando de manos a todas las cosas. Van saliendo de su amor propio, de todos los querereres y no querereres de sus apetitillos; se van así mismo perfeccionando en

1 Le., 7, 38, 44.

la santa obediencia de los que están en lugar de Dios para su gobierno; van aprovechando en el conocimiento propio y manteniéndose en continua humildad; van conociendo lo que deben a su Dios que así las favorece; van adelantando en todo género de virtud; van creciendo en la fe, esperanza y caridad acerca de su divino Esposo, creciendo al mismo paso [en] el [amor] de sus prójimos.

Porque estos dos amores andan siempre hermanados y unidos uno con otro. Y, aunque dichas almas no puedan llegar a hacer tantas hazañas por el bien de sus hermanos como los Santos Patriarcas y Fundadores de las Ordenes Santas, porque no son llamadas para tanto, como tienen la caridad de Dios, así también la ejercitan con ellos en cuanto les es posible y se lo permite su estado.

Porque en cada virtud de las dichas, ya se supone que hay muchos grados; y obra el Señor o se los comunica a cada uno según el orden de su dignación. Y también según el talento que diere a cada una de estas almas, así también les pedirá le correspondan, empleándolos bien y como el Señor quiere [de] cada uno en el ministerio que le es encomendado.

Que, como cada alma se sepa aprovechar de los talentos que reciben de Dios, y cumpla cada una con sus obligaciones, yo les digo que aunque se hallen en otro estado entre los afanes del siglo como no tengan pegado su corazón a las cosas de él, y que sólo usen de lo que han menester para mantenerse y a su familia, sin gastos superfluos, que aunque sea en medio del bullicio de la gente, hallarán a Dios como le busquen de veras.

Pues en este siglo por la Misericordia de Dios se sabe que hay muchas almas que parecen andan en lo exterior muy adornadas y compuestas por razón de su estado, y se les comunica el Señor con mucha familiaridad; porque ellas andan muy puntuales en atender a las obligaciones de su estado, como las más encerradas Religiosas en el suyo; y andan juntamente interiormente tratando con Dios nuestro Señor sin perderle de vista. Y, así, como andan con ese santo cuidado El mismo anda también en favorecerlas con darlas a gustar de la divina contemplación que acabo de decir.

¡Oh, si quisiéramos amar de veras a [tan gran] Dios

como tenemos, almas y queridas hermanas de la mía! ¡Cómo le obligaremos a que no guarde reglas y modos de vías, caminos y estados, para que El mismo nos comunique el suyo y su divina contemplación! Que más desea el Amante de comunicarse con los hijos de los hombres, que ellos buscarle; pues en todas partes está este gran Dios, esperando como Sol divino a que le abramos las puertas y ventanas de nuestro corazón, para bañar nuestra alma toda de su divino calor y luz.²

¡Oh, que tantos bienes se pierden los que andan arrastrados por la tierra de sus apetitos, ambiciones y riquezas, envidias, murmuraciones, infamadores de honras y malas parlerías! ¡Qué poco caso hacen del Dios que los está mirando, manteniéndolos la vida y conservándoles en el ser de hombres, los que en su obrar apenas se distinguen de las bestias del campo! ¡Cuánto nos sufre este Dios que tenemos los cristianos! ¡Cuántos años ha que nos espera, por ver si nos tornamos a El y dejamos por El esta mala carne y sus malos gustos, para comunicarnos su divina Bondad los suyos a las pobres almas que tenemos oprimidas y cautivas debajo del dominio de nuestras malas y perversas pasiones!

¿Puede darse mayor desventura que una criatura racional hecha a la imagen de Dios, su Criador, la tengamos sujeta a este caballo desenfrenado del animal de este mal cuerpo? ¡Oh, astucia del demonio! ¡Cómo cierras los ojos de la razón que el mismo Criador dio al hombre para que no conozca la carrera de su perdición! Que más ciego estará el que conociéndola, no pone los medios para seguir la de su salvación.

¿Y es posible, Dios y Padre mío, que habiéndonos echado en medio del cielo de vuestra Esposa, la Iglesia, la que tenéis llena de luces y Sacramentos para remedio de nosotros los pescadores y que viviendo en medio de tan saludables y divinas fuentes no queramos aprovecharnos de tan puras y cristalinas aguas para sanar a nuestras almas, las que tenemos tan llenas y cubiertas de podre y llagas? ¡Que estemos, Padre y divino Esposo mío, entre tanta luz y andemos en medio de ella en

2 Cf. *Llama*, c. 3, n. 47.

tinieblas, para dar gusto y complacer a los apetitos de la mala carne de estos miserables cuerpos; los que, cuando menos pensemos los hijos de Adán, se nos han de convertir en polvo y gusanos; y que por condescender con él en permitirle un breve deleite de esta mala tierra queramos perder esta alma que nos has dado, para una eternidad de siempre?

No permitas, Señor y Padre mío, que se pierda cosa que te ha costado tanto. Y da luz a los que están tan ciegos que no atienden al precio de la Sangre preciosa de tu amado Hijo, que derramó con tanto amor por ellos. Que es lástima digna de llorar que no se acuerden todas las almas racionales de tal Redentor, como tal Padre nos envió para nuestro rescate y remedio. Que como lleguemos a valernos de El, siempre está pronto para recibirnos con los brazos abiertos; aunque vayamos por nuestra mucha miseria cargados de pecados y culpas. Que llegando humillados y contritos de corazón, nos descargará de ellos aquel amantísimo Jesús que tanto desea que su purísima Sangre preciosa nos aproveche y que se logre en nosotros los pecadores cosa de tanto precio.

Y, así, ánima mía, acaba por este divino amor de abrir los ojos y da de mano de una vez al amor que te tienes a ti misma; y verás cómo te ama Dios a ti; y entonces te pesará de veras de tantos años como has perdido andando con tu corazón derramado en las cosas vedadas por sus divinos Preceptos y Mandamientos, que apenas dejaste uno, que no quebrantasen muchas y repetidas veces.

Y de ese modo éntrate en el conocimiento de lo mucho que nos llevan en pos de sí los efectos de la primera culpa; que cometiendo yo muchas más, personalmente, acabo de matar del todo a mi pobre alma. Que no se puede ponderar la fealdad de la que cae en un pecado grave, como lo explica bien a mi Santa Madre, hablando de esta materia.³

Por lo cual se compadecía la Santa tanto de las muchas [almas] que están así feas, atadas de pies y manos como una cosa tullida que no se puede menear para buscar su salud y remedio, si no le acude la Misericor-

3 *Moradas*, I, c. 2, n. 2, 6.

dia de Dios con enviarle una luz eficaz, para que se torne a su hermosura, poniendo de su parte los medios que se han dicho y están en los Santos Sacramentos de la Santa Madre nuestra, la Iglesia. En cuyas divinas aguas se puede lavar la pobre alma, que se hallare así fea y negra, como lo dice mi Santa Madre. Y no dude de que la Sangre del divino Esposo, como haga lo que debe de su parte, luego al punto le aproveche; que no espera nuestro Señor a otra cosa más de que el pecador se arrepienta.⁴ Porque no quiere que muera, sino que viva en su amistad y gracia. La que nos asista a todos por su infinita Misericordia. Amén.

[CAPITULO 30]

[EXHORTA A SUS HIJAS Y HERMANAS VENIDERAS A LA FINA CORRESPONDENCIA QUE DEBEN AL BENEFICIO DE HABERLAS DIOS SACADO DE LOS PELIGROS DEL SIGLO Y TRAÍDOLAS AL PUERTO SEGURO DE LA RELIGIÓN, A QUE ENCOMIENDEN A SU MAJESTAD EN SUS ORACIONES ENTRE LAS NECESIDADES COMUNES LAS DEL PUEBLO EN DONDE RESIDEN. A LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES PROPUESTAS Y ELECCIÓN DE LOS MEDIOS MÁS CONDUCENTES PARA LLEGAR A DESPOSARSE EN FE CON SU DULCE JESÚS Y CONSUMAR EL MATRIMONIO ESPIRITUAL. Y PROTESTA SU RENDIDA OBEDIENCIA A NUESTRA SANTA MADRE LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA Y LOS TRABAJOS QUE PADECIÓ POR VER ESTA FUNDACIÓN ESTABLECIDA, PARA ESFORZARLAS MÁS]

HIJAS mías, quisiera yo que no se os olvidara la grande merced que os ha hecho nuestro Señor en sacaros de tantos peligros como hay en la vida del siglo. Que aunque en todas partes puede entrar el demonio como león rabioso, que siempre anda buscando a quién tragar,¹ con todo acá en la santa Religión no hay las ocasiones tan grandes de perder a Dios.

Porque como las cosas del mundo están tan mal

⁴ Ex., 18, 23, 33, 11.

¹ 1 Petr., 5, 8.

regidas y concertadas, nos sirven de más provocativos objetos para manchar el alma y ponerla tan negra, como lo están las que se dejan llevar del consentimiento de la mala culpa.

Y por eso las que Dios libró de aquellos peligros con sacarlas de ellos y traernos a esta mejor disposición y santísima como tan concertada vida de la Religión, que tanto costó a nuestros primeros y santos Padres el conseguirla para que los que somos llamados a ella nos salvemos sin tantos temores ni riesgos como los que viven en los del siglo, estamos por lo mismo más obligados a Dios. Y a nuestros primeros Padres, que nos han dejado en donde podamos vivir santamente empleadas en el servicio de nuestro gran Rey, sin tener que salir fuera de este santísimo cuartel a pelear con los enemigos de nuestro divino Rey y de nosotras mismas que desde esta divina plaza, como sepamos manejar bien las armas de las virtudes monásticas y religiosas que de paso se han dicho en este espiritual Tratado les hacemos tan fuerte guerra que no se atreverán a tocar aun en sus muros por defuera; y se volverán con las manos vacías vencidos, y corridos de ver, que unas pobrecillas encerradas se les oponen y los vencen. Con sólo que vean menear las armas y lucir y relucir en vuestras almas, Hijas mías, temblarán no sólo uno o dos de vuestros enemigos, sino que haréis temblar a todo el infierno. Que no hay cosa con que más se venzan todos los demonios que nos persiguen, que con la verdadera humildad y demás virtudes, y también con la continuación de vuestras oraciones.

Que os ruego, como lo hacemos desde que nos fundó nuestra Santa Madre, llevéis adelante el pedir a Dios, después de lo que tenemos declarado por escrito, por el pueblo en donde estáis. Pues después de ser una obligación por los beneficios que recibís de él y porque la caridad de Dios os obliga a rogarle por los prójimos yo, Hijas mías, os lo encargo mucho. Que, por Dios, no os olvidéis jamás de este mi encargo; porque creo que nace del mismo Señor este deseo.

Porque gusta mucho de que sus esposas, que están encerradas en estos jardines gozando de esta santa quietud y retiro, nos acordemos de las necesidades de los

vecinos y moradores del mismo pueblo, que nos sustentan y mantienen en lo corporal con sus limosnas y buenas obras. Y así quiere nuestro Señor que les correspondan sus esposas en acudirlos en las [necesidades] espirituales suyas con la continuación de las santas oraciones.

Además que para rogar por todos los del siglo también dispuso la divina Providencia se fundasen estos santos Monasterios y Religiones en los pueblos, para que de más cerca se conozcan muchos trabajos y necesidades espirituales [que padecen] como también sus quiebras en lo temporal. Que cada día nos suelen comunicar, para que les encomendemos a Dios como hacen todas las demás santas Religiosas. Y, así, en esto es menester, Hijas, poner mucho cuidado. Pues acordaos de lo que le dijo Nuestro Señor a nuestra Santa Madre que si no fuera por las Religiones y sus ruegos a su Majestad como [también] por su virtud aun [por] relajadas que estén, *¿qué fuera del mundo?* ²

Por lo que se conoce, Hermanas, que se agrada su Majestad más del estado santo del Religioso, que se retiró del bullicio y peligros del mundo, aunque tengan como criaturas algunas quiebras ligeras en el cumplimiento de sus Estatutos. Aunque fuera de más agrado a Nuestro Señor no tener ninguna. Pero es preciso que mientras no salimos de la miserable flaqueza de esta vida, haya algunas imperfecciones que nos sirvan de humillarnos. Que, así como se cometen ligeramente, así nuestro Señor nos las perdona como de contado las que cometemos por nuestra flaqueza, [para que] nos conozcamos, y clamemos a su Majestad nos las perdone por su Misericordia.

Y, así, aunque también hay almas Santas y puras en el siglo que sirven a Dios muy de veras, y se hacen dignas de sus divinos favores, como las que dije, con todo, Hijas, también hay muchas que no se acuerdan mucho de Dios, por estar preocupado su pensamiento de las cosas que sólo sirven para el alma de sus negocios. Y pasan una vida con todos los gustos y contentos [a] que su apetito les mueve; mas poco cuida[n] del negocio

de sus almas. Por tanto, es preciso que roguemos a Dios mucho por dichas almas, para que no se pierda la preciosa Sangre de su amado Hijo por ellas.

Y, así, Hijas mías, no se os olvide lo dicho, ya que nuestro Señor os ha traído a esta santa vida, que es de contemplativos; y por lo mismo estáis más cerca de la luz y entre tantos ejercicios santos, que siempre os están despertando y dando motivos de emplearos todas en las divinas alabanzas de vuestro divino Esposo; y compadeceros de las pobres almas que no tienen tanta luz como nosotras.

Pues yo, aunque tan pecadora como soy os digo de mí, que me dan tanta compasión las almas que viven olvidadas de su salvación, que no hago sino pedir a nuestro Señor por ellas; y me cuestan hartas lágrimas. Y le suplico mucho también por las de los bárbaros y herejes. Y más le pido que para perderse tantas, por su amor no las críe ni las eche en este mundo; que no es más que una espesa dehesa de árboles secos para leña del infierno por su incredulidad.

El contemplar esto, no es decible la pena que causa a mi alma, aunque tan pecadora. Que no sé que me hiciera, para que tanta multitud de almas se convirtieran a mi Dios y divino Esposo. Y, así, Hijas mías, ayudadme en este mi deseo con vuestras santas oraciones, ya que pueden tan poco las mías. Porque es un grandísimo dolor el ver que caen en el infierno tantas cada día de aquella mala gente. Y aún me causa mayor dolor, si algunas de los cristianos, que son nuestros hermanos, se pierden. Que ojalá no se perdieran tantas por no aprovecharse de la luz; que andan ciegos en medio de ella como se ha dicho. ¡Oh, Hijas mías, qué mucho bien podéis hacer a las dichas almas de vuestros hermanos y prójimos, sin salir por esos mundos a buscarlas, desde este santo monte de la Religión, con vuestras oraciones y ejercicios santos!

Y de camino, os aprovecharéis también unas de otras, con andar en una santa emulación de quién ha de ser más santa, humilde y rendida a Dios y a los que están en su lugar, dando buenos ejemplos de todas las virtudes a vuestras Hermanas. Que así aprovecharéis mucho; y llegaréis a gozar de la divina contemplación que os he

dicho; porque Dios como desea tanto comunicarse con corazones limpios y sencillos, mucho más lo desea y lo hará con las que se consagraron a El con votos de esposas.

También os dije que todo lo perceptible en este camino interior del alma, cuando llega a los fines de la iluminación, se debe dejar por no estorbar la obra de la divina operación. Pues ya quiere el Señor obrar por Sí en ella. Y como ya son principios de unión, es cierto que servirá de impedimentos el que entonces ande el entendimiento activamente buscando en qué pensar; pues ya tiene presente el objeto que buscaba: que es aquella luz divina, que se ha dignado de ponerse como presente en las tres potencias, para que sólo se emplee el alma con afectos de amor de la voluntad en ella.

Y, así, si el alma o el entendimiento no se aquieta, estorbará la dicha influencia divina; porque lo hace el Señor a fin de comunicarla su divina unión. La que no consiste en variedad de discursos, sino en una quietud y negación de todos ellos como creo dije. Y no hay que andar con demasiados temores; aunque al principio no se conozca tanto. Porque como el alma está tan habituada a discurrir, le parece que si no obra naturalmente con su entendimiento, va perdida; y que no siente en la parte sensible cosa que la mueva; y que si discurre, se gobierna mejor por sus discursos y conceptos.

Y ésta es la mayor ignorancia del alma en los primeros grados de esta divina contemplación. Porque como Dios nuestro Señor más obra en el espíritu y lleva el fin de perfeccionarlo, para comunicársele más de lleno, no lo percibe todavía el sentido de la parte sensitiva, la que también está por perfeccionar; y de ese modo le parece al alma que si no piensa nada como he dicho se siente seca. Hasta que con la experiencia caiga en la cuenta, y, así, anda buscando en qué apacentarse.

Y su Majestad hace aquí como las madres con sus hijos pequeños: que los quiere ella llevar en brazos y ellos porfían y pernean por ir por su pie, como dice bien mi Santo Padre. Mas por no disgustarles la dicha madre les permite que vayan a su pie con pasos de niños.³

3 *Subida*, Prólogo, n. 3.

Pero, en fin, como desea la madre que lleguen más presto al fin de la jornada, no tiene paciencia ni puede sufrir que sus hijos caminen tan despacio. Y ¿qué hace? Los ata de pies y manos como dicen; y quieran o no quieran, los lleva como sujetos y presos en sus brazos, para llegar más presto con ellos a la ciudad, en donde quiere que hagan su asiento y vida con su misma madre.

Pues así el Amado de las almas que quiere llegar a su divina unión por medio de la dicha contemplación, que llaman infusa y dada de Dios graciosamente, muchas veces permite que aun estando el mismo Señor como ungiendo el espíritu de su esposa, la permite obrar muchas veces con sus discursos y habilidad activa; mas, al fin, digámoslo así, no tiene paciencia para que se esté el alma su esposa todavía divirtiéndose con su propio ganado, caminando como los niños al pie de sus discursos, y hace lo que digo de la madre con su hijo: que lo ata como de pies y manos de suerte que le quita el gusto de pensar en nada; porque le quita todo el jugo que antes algún tanto le permitía, dejándola todavía andar por su pie; y así la enseña a que se aquiete con hallar en toda su obra natural una sequedad terrible; y de ese modo por fuerza se halla sujeta a estarse queda; en la cual quietud luego ve que es su divino Amado el que obra y hace aquella divina labor y operación en ella mucho mejor que ella podía hacer con sus discursos y bajos conceptos porque sacara el alma más efectos de virtudes en un día que goce de esta divina influencia y operación del divino Espíritu, que si mil años estuviera trabajando con su entendimiento.

Porque además que el Señor comunica al alma la expresada contemplación, a fin de perfeccionar las potencias y habituarlas a ella, también le comunica juntamente las virtudes infusas como a modo de hábito. Las que ponen las dichas almas por ejecución, sin costarles el trabajo que antes, cogiendo los efectos de ellas de flor en flor, según las habían menester para mover la voluntad al ejercicio de ellas.

Y, así, cuando el alma viese que el Señor la suspende y, como dicen, le toma la labor de la mano, que es no poder ya pensar con el entendimiento, aunque pueda algo y prender en alguna buena consideración, no saca

devoción alguna, antes siente disgusto en la voluntad y se queda como seca y sin moción para sus actos, bien puede sosegar su entendimiento y ponerle en el acto de fe sencilla que he dicho, y hacer actos de amor [de] su Dios, como que le tiene presente dentro de Sí; y con eso verá el divino sol, que reside dentro de la sustancia del alma, se le va descubriendo más, de suerte que las potencias de la misma alma lo perciban.

Y esto sucederá más adelante como he dicho que la misma experiencia enseñará al alma lo que mal explico aquí. Y así es necesario que de nuestra parte no pongamos estorbos, para que aquella divina luz se nos comunique e illustre nuestro entendimiento y demás potencias, como el mismo Señor lo desea para que le sepamos amar en espíritu con el mismo amor que en el Señor se nos comunicará mediante su divina luz y Misericordia.

Y aunque yo no sé Teología, Hijas mías, que no es cosa para mujeres el estudiarla para saber qué cosa es, me atrevo a decir que, como os sepáis desapegar y desapropiar de lo que puede caer en el sentido y de cosas inteligibles y palpables a nuestro modo de entender, dejándoos ya gobernar por vuestro Esposo divino, que es el que os tira y recoge de adentro, os enseñará por practicar la que por vuestro sexo no habéis estudiado. Y esa es la que mejor provecho os hará, teniendo el principal objeto de la Teología Mística, que es Dios, en vuestro entendimiento; con quien os quedaréis en solos actos de amor, viva fe y sobre manera ilustrada; y a su vista se esforzará grandemente la esperanza. La que cuanto espera alcanzará de Aquel que desea dársenos todo por toda una eternidad. Que por toda ella sea siempre alabado. Amén.

También os dije que a las almas que están en la vía de iluminación, les suele el Señor hacer muchas mercedes particulares de cosas que caen en el sentido y con especialidad las luces que percibe el entendimiento por medio de especies, para que vaya conociendo muchas verdades que antes por estar ciego a modo de decir y embarazado con las cosas de esta miserable vida, [no percibía].

Que también el pobre trabajó harto, como se dijo en

la primera vía, para echar [tanto] fuera de sí como del sentido de la imaginación, dichas cosas y fantasías. Que no le servían sino de grandísimo daño para estorbarle la vida espiritual que después, llamada el alma de su Dios, emprendió. Y, así, habiendo ya trabajado allí un poco, por desechar las dichas malas imágenes fuera de lo interior de esta casa del alma, se dignó el divino Pintor de adornarla en la dicha vía de iluminación de muchas imágenes hermosas y diversos retratos y colores para que fuese su esposa rastreando por ellas, que son sus criaturas como allí se dijo, la hermosura del Criador de todas ellas.

Todas las dichas cosas que sirven de medios y como de escalones para subirnos a Dios, digo no se dejen de apreciar mucho. Que mientras el Señor no suspenda la obra del entendimiento y le ponga en acto sencillo de fe, que luego se echa de ver esta mudanza de operaciones, son muy apreciables. Que es menester, como también se ha dicho, que el entendimiento no esté ocioso y suspenso como un holgazán esperando que baje fuego del cielo como dice mi Santa Madre que abrase y consuma aquel sacrificio, sin que preceda antes el trabajo. Que mejor es que nos halle Dios trabajando, cuando se sirva de visitarnos con la ilustración divina, que ociosos y hechos unos haraganes como también he dicho.

Y después de todo, también gusta el Señor de que el alma se detenga un poco de tiempo en conocer, como mejor pueda y mediante la luz que la alumbraba en el dicho estado de iluminación, las obras de sus divinas manos para que le alabe y dé muchas gracias por tanto saber y poder como nos muestra por ellas.

Y sobre todo, no quiere que se olvide el alma jamás de su precioso Hijo; porque si ha de ir el alma a su Dios y al gozo de la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, es preciso entre por aquella Puerta que nos abrió la del cielo. Y eso es lo que con especialidad ha de traer presente [así] en todas las cosas que pensare y hablare, como en todas las obras que por tal Señor hiciere la verdadera esposa. Que como le dé contento o lo procure dar en todo, ese divino Abogado y Esposo nuestro será el que nos presente a su eterno Padre, ya limpios y lavados con la purísima Sangre de sus purísimas venas,

que toda la derramó para lavarnos de tantas culpas y miserias, como trajo el primer pecado al mundo.

Tampoco se deben despreciar ni del todo desechar los demás favores de Dios, cuando el fin suyo es para que nos aprovechemos de ellos, que son muy frecuentes a mi parecer en el estado dicho de la iluminación.

Porque como el Amado tiene particulares fines en favorecer a las almas, a unas les revela secretos suyos, de cosas futuras, a otras muestra Visiones y comunica sentimientos espirituales con luz, para que conozca[n] lo que el Señor quiere que ejecute[n], y a otras las da y concede la gracia de profecía, y de hacer aún milagros a otras, con todo lo dicho; que no es nada para lo que el Señor suele hacer con las almas aprovechadas.

Y para fin de que más se aprovechen, las hace dichas mercedes; y habla interiormente con que las va aficionando a su divino trato interior. Y como siempre el fin de Dios es bueno y para que más y más se perfeccionen las almas en las virtudes y en el amor de tal Esposo que así las favorece, tampoco se deben despreciar del todo dichas mercedes.

Porque si uno que desea desposarse acá en el mundo con la que apetece para su esposo la regalara con algunas joyas y alhajas, no hiciera bien la dicha esposa en no recibirlas; porque son dádivas de un esposo que se quiere desposar con ella. Y aún lo hace para que vea lo que tiene el esposo para ella misma guardando, cuando sin todavía desposarse con ella la regala de aquella suerte.

Mas es preciso que como he dicho estime las tales dádivas y cosas por el fruto que la traen [consigo] al alma, que es para que más se enamore del dador; que como ese es el fin para que el Esposo [celestial] la regala, por eso deben aprovecharse las almas del dicho fin que el Señor lleve, hasta que más adelante, con el mayor conocimiento de que todas, aunque sean dadas de Dios, no son todavía ese Dios que busca el alma esposa, las renuncia de grado por El Mismo. Porque no se deben desechar mientras nos sirven de motivo de más buscarle y amarle, se pueden convertir todas en más amor del dador de las tales gracias y mercedes, no dejando cosa de semejantes favores y otros muchos sin ponerlos en el juicio del que gobierna su espíritu con

mucha verdad y humildad; gobernándose por lo que [él] la dijere y no por lo que a la misma alma le parece; para que la vaya encaminando por fe y lo que tiene ya revelado nuestro Señor a su Esposa, la Iglesia, que es lo más cierto y seguro.

Y no quita por eso, como el alma camine a su Dios con desapropio de las dichas cosas, que el Señor haga en ella lo que quisiere como Señor y Dueño de sus secretos. Que los puede revelar acerca de algunas otras cosas a quien quisiera y como ve que conviene para su gloria y más provecho del alma, como también de otras, según el fin para que su Majestad las endereza, que siempre es para nuestro mayor bien como se ha dicho. Que vemos también que ha habido muchos siervos y siervas de Dios que aunque todo lo que debemos creer y obrar como cristianos, lo tiene revelado a su Esposa la Iglesia; y que todo cuanto tenía nos dio, que fue su amado Hijo, hecho Hombre, las ha revelado y mostrado cosas que no sabían las dichas almas.

Y, así, puede el Señor en todos tiempos manifestar a sus siervos lo que quiera; que [a] esto nadie se opone a ello porque no podemos atar las manos a Dios; sino que nos enseñan los Santos que no nos dejemos llevar del apetito de dichas cosas [extraordinarias], sino que nos gobernemos por las de la fe y lo que tiene nuestra Madre la Iglesia.

Sujetándome yo a ella en todo lo que he dicho en este espiritual Tratado, como hija aunque tan indigna, protesto morir y vivir debajo de su amparo; dando sólo real y verdadero crédito a lo que nos propone y manda nuestra santa fe católica que creamos. Y si alguna cosa no fuera conforme a ella, supla la caridad del mejor juicio que esto viere, mi mucha rudeza e ignorancia; que sabe Dios que de voluntad no lo he dicho, sino por no saber más.

Que, en fin, estas materias de espíritu no son para poderlas explicar una pobrecilla monja sin letras ni talento como yo. Que Dios nuestro Señor me reciba el sacrificio que le hice en rendirme a esto; que por la bondad de Dios no tengo tan cerrados los ojos que no conozca mi muchísima insuficiencia; aunque a ciegas lo hice, por no perder del todo el fruto de la santa obe-

diencia delante de Dios. El que viva y reine por todos los siglos de los siglos. Amén, Amén, Jesús.

Hijas mías de mi alma y corazón: Sabed cómo mi poca salud no me da más lugar para alargarme más que lo dicho en este corto Tratado. Que aún sabe Dios y quien lo mandó hacer lo mucho que me ha costado. Pero, Hijas, lo doy por bien empleado, si nuestro Señor se ha servido de esta mi obediencia. Que todo se reduce a daros consejos, tales cuales, para que llevéis adelante lo que profesáis con toda la perfección debida y como nos lo aconseja nuestra Santa Madre, de la que principalmente debéis tomar el modelo para saber gobernaros y obrar lo mejor, como Hijas verdaderas de tal Madre.

Y a mí me pagaréis lo mucho que me ha costado esta vuestra Casa con que hagáis lo que os suplico, en nombre de Dios y de la Santa, que es el que no se caiga un punto de la perfección con que empezó nuestra Seráfica Madre esta su Descalcez; que veréis cómo os lo paga en la otra vida nuestro celestial Esposo.

Este fue, Hijas mías, el que me hizo olvidar a mis propios hijos, siendo tan tiernos todavía y el estado que tuve en el siglo, por vosotras. Que el mismo Señor os [*sic*] me puso en mi mente, antes que naciérades; y así sois hijas de la Providencia divina, y también de muchos trabajos. Que, para que esta mala Hermana vuestra los pasara, por poneros en esta tierra esta Casa más de Nuestra Santa Madre, tomó su divina Majestad aquellas dos almas, que me ha dado en el dicho estado del siglo, por su cuenta.

Y así mirad, Hijas, que debéis mucho a vuestro divino Esposo; por cuyos respetos y su altísima Providencia, sin más medios que los buenos deseos que me dio, así salí de mi pobre casa por esos mundos, hasta que su Majestad fue servido de cumplir este destino a que me movió, a mi parecer. Porque, ya que mi alma no le supo amar ni servir como debía, antes bien por mi maldad no hice más que ofenderle, me consoló mi divino Dios en abrirme puerta y camino para que vosotras, Hijas mías, por medio de este santo estado os podáis emplear todas en alabarle y servirle mejor que yo lo hice.

Por tanto, os ruego que le supliquéis por mí; que

acaso tendré mucha necesidad de vuestras oraciones, como Dios me lleve por su Misericordia a carrera de salvación. Y no se os olvide ésta mi súplica en el Señor; el que os llene de sus santísimas y colmadas bendiciones, para que nunca os olvidéis de tan divino Esposo y de los grandes beneficios que os hace en traeros a esta su santa Casa; en la que espero sea muy servido y alabado de vosotras, mediante su divina gracia y amor. El que sea muy glorificado por siempre. Amén. Amén, Jesús. Que more en vuestras almas eternamente dando a su Majestad las gracias por todo.

NIHIL OBSTAT: *Fr. José de Jesús María, O. C. D.*, censor. IMPRIMI POTEST:
Fr. José Antonio del Niño Jesús, O. C. D., Provincial. Madrid, 20 de noviembre de 1960.

NIHIL OBSTAT: *Fr. Adolfo de la Madre de Dios, O. C. D.*, censor. IMPRIMATUR:
Fr. Francisco, O. P., Obispo de Salamanca. Salamanca, 26 noviembre de 1960.

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Volúmenes aparecidos:

- Fr. Luis de Alarcón, O. S. A.* — CAMINO DEL CIELO. Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO. (Ed. y prólogo de A. Custodio Vega, O. S. A.)
- Fr. Agustín Salucio, O. P.* — AVISOS PARA LOS PREDICADORES DEL SANTO EVANGELIO. (Estudio preliminar, edición y apéndices de Álvaro Huerga, O. P.)
- Fr. Juan Falconi, O. de M.* — CAMINO DERECHO PARA EL CIELO. (Ed. e introducción de Elías Gómez, O. de M.)
- P. Baltasar Álvarez, S. I.* — ESCRITOS ESPIRITUALES. (Introducción biográfica y edición de Camilo M.^a Abad, S. I. y Faustino Boado, S. I.)
- Vble. M. M.^a Antonia de Jesús, O. C. D.* — EDIFICIO ESPIRITUAL. (Ed. e introducción de Fr. Isidoro de San José, O. C. D.)
-

En prensa:

- Fr. Hernando de Talavera.* — CATÓLICA IMPUGNACIÓN. (Prólogo de Francisco Márquez. — Edición de Francisco Martín Hernández.)
- Doña María Vela y Cueto.* — AUTOBIOGRAFÍA Y LIBRO DE LAS MERCEDES. (Introducción y ed. de Olegario González Hernández.)
- Fr. Luis de Granada, O. P.* — VIDA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN. (Introducción de Álvaro Huerga, O. P. — Prólogo de Sister John Emmanuel Schuyler. — Edición de Bernardo Velado Graña.)

BX2349 .M33
Edificio espiritual

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00218 1727